

¿QUO VADIS AFGANISTÁN?

Autor:

Josep BAQUÉS QUESADA

Autor:
JOSEP BAQUÉS QUESADA

¿QUO VADIS AFGANISTÁN?



INSTITUTO UNIVERSITARIO GENERAL GUTIÉRREZ MELLADO – UNED
2010

© Copyright by
Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado
de Investigación sobre la Paz, la Seguridad y la Defensa
c/ Princesa 36
28008 Madrid
Teléfono: 91 7580011
Fax: 91 7580030

info@igm.uned.es
www.iugm.es

Madrid, 2010
ISBN: 978-84-608-1176-3
Depósito Legal: M-53589-2010

Maquetación e Impresión:
Doppel, S.L.
c/ Bruselas 46 A - EURÓPOLIS
28232 Las Rozas (Madrid)
91 637 73 49
doppel@reprodoppel.com

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO | 5 |
| INTRODUCCIÓN..... | 19 |
| CAPÍTULO 1 | |
| DESDE LOS ORÍGENES HASTA LA APARICIÓN DEL ESTADO | 23 |
| CAPÍTULO 2 | |
| UNA NACIÓN CON UN PARTO COMPLICADO..... | 43 |
| CAPÍTULO 3 | |
| UN ESTADO MULTIÉTNICO SIN NACIONALISMOS PERIFÉRICOS | 65 |
| CAPÍTULO 4 | |
| LA MONARQUÍA DE ZAHIR SHAH (1933-1973)..... | 73 |
| CAPÍTULO 5 | |
| EL DRAMA SE LARVA DE NUEVO: LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PDPA EN EL PODER | 97 |
| CAPÍTULO 6 | |
| LA GUERRA CIVIL 1992-1996 Y LA APARICIÓN DE LOS TALIBÁN | 109 |
| CAPÍTULO 7 | |
| EL IMPACTO DE LA IRRUPCIÓN DE LOS TALIBÁN EN CLAVE NACIONAL..... | 121 |
| CAPÍTULO 8 | |
| LA CAÍDA DE KABUL Y LA FORMACIÓN DE LA OPOSICIÓN A LOS TALIBÁN..... | 135 |
| CAPÍTULO 9 | |
| AFGANISTÁN, LOS TALIBÁN, AL QAIDA Y BIN LADEN | 147 |

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO 10 | |
| 2001: LA ODISEA DE AFGANISTÁN | 153 |
| | |
| CAPÍTULO 11 | |
| EN PARTICULAR, EL NEGOCIO DEL OPIO | |
| EN AFGANISTÁN..... | 177 |
| | |
| CAPÍTULO 12 | |
| LA APARICIÓN DE NUEVOS PROBLEMAS | |
| DE SEGURIDAD | 187 |
| | |
| CAPÍTULO 13 | |
| EL DILEMA NACIONAL. AFGANISTÁN, UNA NACIÓN... PERO ¿QUÉ | |
| NACIÓN?..... | 195 |
| | |
| CAPÍTULO 14 | |
| GEOPOLÍTICA EN AFGANISTÁN: DE ESTADO-TAPÓN A ESTADO- | |
| IMÁN | 207 |
| | |
| CAPÍTULO 15 | |
| EL CASO DE LOS ACTORES REGIONALES | 217 |
| | |
| EPÍLOGO..... | 231 |
| | |
| ANEXO. CRONOGRAMA CON LOS HITOS DE LA HISTORIA | |
| RECIENTE DE AFGANISTÁN | 237 |
| | |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 245 |

PRÓLOGO

PERE VILANOVA¹

Catedrático de Ciencias Políticas de la
Universidad de Barcelona

A primera vista, parece improcedente empezar unas páginas dedicadas a introducir un libro de un colega hablando de uno mismo, mediante una larga *autocita*, pero con el cordial permiso del profesor Josep Baqués, cabe esperar que el lector nos conceda su benévola comprensión. Pues estas páginas que siguen no tienen otro propósito que el de reforzar la argumentación de la tesis del fondo del libro.

La historia es como sigue: a finales de 2010, Internet², donde uno encuentra de todo, incluso lo que no busca, me regaló el rescate de un viejo artículo mío, escrito hace casi veinticinco años, cuando en plena guerra afgano-soviética, Gorbachev tuvo la osadía de anunciar (y luego cumplir) que en el plazo de un año abandonaría Afganistán, después de nueve años de guerra. Una guerra que, como todos los ejércitos extranjeros que se han metido en aquellas tierras, como no la ganó políticamente, la perdió militarmente. Yo ni siquiera recordaba en 2010 este artículo (del que cito aquí amplios fragmentos), pero no se me olvidará mientras viva mi visita y estancia en Afganistán durante algunas semanas en 1984, cubriendo como *free lance* el conflicto del lado de los *mudjahidin*, los “guerreros de la fe”.

El conflicto de Afganistán (Pere Vilanova 1987/1988)

Estos días se cumple el octavo aniversario de la intervención soviética en Afganistán, pero en sentido estricto el conflicto ya había

¹ El autor fue Director de la División de Asuntos Estratégicos y de Seguridad (DAES) del Ministerio de Defensa de 2008 a 2010.

² Yo nunca puse ese artículo en la Red, de hecho no guardaba copia del mismo. ¿Quién lo hizo?

estallado en aquel país antes de la entrada masiva de tropas soviéticas, el 27 de diciembre de 1979. La guerra, como todas, ha seguido un curso desigual, hecho de altibajos, y como muchas guerras, parecía haberse instalado en una especie de tablas, de situación en la que ninguno de los dos bandos puede alcanzar la victoria militar sobre el otro. La reciente batalla de Jost, que todavía dura después de cuatro semanas y que, al parecer, ha causado más de 2.000 muertos y el triple de heridos, llega a punto no sólo para recordar a los medios de comunicación que Afganistán todavía es actualidad, sino también para recordar qué sigue igual y qué está cambiando en el conflicto afgano. Según se miren las cosas, lo espectacular no es que un ejército de 125.000 hombres de las fuerzas soviéticas y gubernamentales intente romper el cerco de Jost, importante ciudad a menos de 200 kilómetros al sureste de Kabul. Lo esencial es que esa localidad, muy cerca de la frontera con Pakistán, estaba rodeada y sus accesos controlados por los muyahidin del comandante Jallaludin Haqqani desde 1980, es decir, durante ocho años. Ahora, después de un mes de intensos combates —que la televisión soviética ha mostrado por vez primera a los ciudadanos de la URSS—, los soviéticos parecen haber conseguido pasar por la carretera de Gardez hasta Jost. Pero cualquiera que haya estado en Afganistán sabe que se trata sólo de una victoria a medias, por el alto precio que costaría mantener abierta esa vía. De modo que lo más probable es que dentro de dos o tres meses Jost vuelva a estar asediada o, en su defecto, lo esté otra importante ciudad. De hecho, esta situación se produce o se ha producido ya en Kandahar (segunda ciudad del país), y en otros lugares.

Después de ocho años, la estrategia soviética sigue teniendo dificultades. ¿Por qué? Los soviéticos, que en términos militares no lo hacen tan rematadamente mal como muchos creen, optaron, una vez en Afganistán, por la única estrategia razonable. Concentraron sus medios militares en la defensa de Kabul, los accesos por carretera entre Afganistán y la URSS, y las principales carreteras del país, que son cuatro, además del control de algunas zonas agrícolas situadas en llanos y de fácil defensa.

Con ello esperaban administrar la guerra a un coste relativamente razonable: unos 1.500 muertos al año entre 1979 y 1984, sin el peso de la repercusión de estas bajas en la opinión

pública soviética (una de entre las muchas diferencias entre esta guerra y la de Vietnam), privada de cualquier información al respecto. Esta estrategia iba acompañada de puntuales operaciones militares de gran envergadura, en primavera y otoño, contra lugares que tenían interés militar o contra importantes concentraciones de guerrilleros, como las ofensivas de 1983, 1984 y 1985 contra el comandante Massud en el valle de Panshir. Nunca pudieron con Massud, al que han visitado muchos periodistas occidentales, que, al parecer, se ha retirado del Panshir para operar en otras zonas del noroeste de Kabul.

En verano de 1984, cuando visité la región, los expertos y los que siguen el conflicto desde Peshawar, en la frontera, admitían que los soviéticos podían seguir con esta política mucho tiempo, puesto que los guerrilleros se movían a sus anchas en la mayor parte del territorio, en casi todas las zonas rurales, viajaban en camión, en jeep e incluso en moto por muchos lugares, pero esa movilidad no era exactamente sinónimo de control o de dominación en sentido estricto. Los muyahidin se mueven libremente por zonas en las que ya no hay nada. Los soviéticos han aplicado sistemáticamente una política de despoblamiento de todas las zonas rurales que no controlaban, lo cual ha puesto muy a menudo a los rebeldes en dificultades de tipo material, pues sin gente no hay ni casas ni comida.

Ahora las cifras: el profesor Sliwinski, de la Universidad de Ginebra, acaba de concluir un detallado estudio sobre los costes que la guerra de Afganistán ha provocado en vidas humanas. En este trabajo, encargado por diversas instituciones europeas, se afirma que desde 1979 ha muerto o sufrido heridas el 9% de una población estimada en unos 15 millones; nada menos que un tercio del total de la población se ha refugiado en el exterior, y cerca de un 10%, en el interior del país (es decir, se ha trasladado a otro lugar que su región de origen). En 1983 había 2,8 millones de refugiados en Pakistán, en una larga franja fronteriza entre Chitral, al norte, hasta Quetta, en el desierto de Beluchistán. Hoy día esta suma ha ascendido a 3,5 millones. De manera que el pueblo afgano ha sufrido la guerra en unas proporciones alucinantes. Sin embargo, los soviéticos también han visto cómo durante estos años las cosas se les torcían, hasta el punto de que su estrategia, prevista para durar, corre el riesgo de durar para nada.

La guerrilla ha mejorado militarmente tanto tácticamente como en medios materiales. En relación a esto último, todos los observadores consideran crucial la llegada, en 1986, de los misiles portátiles Stinger, tierra-aire, tan efectivos que han forzado a los soviéticos a modificar el uso de su principal arma antiguerrilla: los aviones han de volar muy alto y sus bombardeos pierden precisión, y los helicópteros son utilizados con muchas precauciones. No ha mejorado sustancialmente la unidad entre los grupos de la guerrilla, aunque sobre el terreno existe una creciente coordinación que, sin ser mucha, representa una mejora en relación al caos imperante durante los cinco primeros años de la contienda.

Políticamente, la unidad entre los principales grupos se ha formalizado en un frente único, dirigido hoy por Yunis Khaled, pero tanto en Peshawar como en Afganistán las relaciones del Hezbhe-Islami de Hekmatyar con el Jamiat, el grupo de Gailani, el Jabba o el Harakkat suelen dirimirse a tiro limpio. La principal limitación de la guerrilla afgana, con sus grandezas y sus miserias, está en sí misma, en sus localismos, sus tribalismos, sus rencillas internas. La excelente capacidad táctica de los muyahidín, por fortuna para los soviéticos, se ve compensada por una notable debilidad de estrategia global tanto militar como política.

La debilidad del Gobierno de Kabul, la incapacidad de Najibulá de mejorar los resultados de su predecesor Karmal, que ya intentó paliar los desmanes de sus predecesores Amin y Taraki, son sólo una de las variables del problema, no la más importante.

El Gobierno es sólo Kabul; las dos fracciones del partido comunista, Parcham y Khalk, sumaban en 1979 menos de 12.000 personas, de las que una parte ha estado en la cárcel —según estuviera en el poder una u otra fracción— y el resto en la Administración, el Ejército y la policía. El drama de Afganistán —y la batalla de Jost viene a tiempo de recordarlo en todas sus contradicciones— es que todo puede seguir igual por mucho tiempo.

La única posibilidad reside en la conjunción de dos factores. Uno, Gorbachov ha explicitado que quiere irse, y es el primer dirigente soviético que no cree que el tiempo trabaje a su favor en esta guerra, pero no quiere hacerlo de cualquier modo ni a cualquier

precio. El otro, la reactivación de un acuerdo internacional entre Estados Unidos, la URSS y Pakistán, con la eventual participación del Gobierno de Kabul y de la guerrilla. Si esos tres países lo quisieran, las cosas se pondrían muy difíciles para los dos últimos interlocutores. La delicada relación entre Afganistán y Pakistán es una de las claves esenciales para que el conflicto continúe o entre en vías de estancamiento. Sin el apoyo de Pakistán, la guerrilla se vería muy pronto en una situación gravísima. Sin el apoyo de la URSS, el Gobierno de Kabul duraría dos semanas. Ésta es la cuadratura del círculo”.

El ejercicio es bien simple: se trata de sustituir las palabras “mudjahidin” por “taliban”, “soviéticos o rusos” por OTAN/ISAF, y poco más. Incluso los nombres propios de los líderes insurgentes, Rabani, Hekmatyar, Haqqani, Wardak, Ismael Khan, casi todos menos los difuntos Ahmed Sha Massud (asesinado por Al Qaida dos días antes del 11S) o Yunus Khales son los mismos, en los mismos lugares y con la misma política. ¿Quién tiene los relojes, y quién tiene el tiempo?

Contexto y perspectiva histórica

El contexto histórico es fundamental. Es necesario alejarse lo más posible de la coyuntura, si el peso de ésta nos ha de llevar a la confusión, por ejemplo pensando que tales o cuales aspectos de lo que pasa estos días en Afganistán son inéditos, o simplemente nuevos. Por ejemplo, es uno de los pocos, poquísimos Estados del mundo actual que no tiene pasado ni herencia colonial, en el sentido estricto que damos a ese término en el caso de los estados surgidos de la descolonización. Abortados los varios intentos de penetración de unos y otros, incluidas las tres guerras *británico-afganas*, Afganistán es, junto con Tailandia y algún otro caso, del exclusivo y reducido club de los países *no-colonizados*.

Ello hace que en la memoria colectiva de ese país, exista una percepción difusa pero muy consistente de la diferencia entre *los afganos* y los que *están de paso*. Se trata de una percepción complicada porque el afgano medio no suele identificarse explícitamente con el concepto Afganistán (excepto por supuesto en los medios urbanos educados), sino que —como sucede en otros

sitios— sus lealtades individuales pueden ser múltiples y estar ordenadas de modo volátil: Islam, grupo étnico, grupo lingüístico, y dentro de ello, lealtad tribal y lealtad a su clan. Afganistán está en guerra civil (esto es: afganos luchando contra afganos) de modo recurrente e ininterrumpido, desde 1973, cuando Daud dio un golpe de Estado (de orientación prosoviética) contra su tío el Rey Zaher Shah, acabando así con varias décadas de monarquía que los afganos de hoy afirman recordar como la más larga época de estabilidad y tranquilidad social que ha conocido el país. Esta larga guerra civil, muy brutal, ha *convivido* o ha servido de sustrato para varias intervenciones internacionales: la de los soviéticos desde 1979 a 1989, la de los talibán, que en origen fue una operación *import-export* venida de Pakistán, la de la actual coalición internacional desde finales de 2001. Observe el lector que la línea de continuidad es la guerra civil, y las etapas discontinuas y de duración desigual, pero de momento de no más de diez años, son las sucesivas intervenciones internacionales.

En 2009 tomó posesión de su cargo el nuevo Secretario General de la Alianza Atlántica. Algunos analistas y medios, además de algunos líderes políticos, parecieron pensar que era una buena ocasión para insistir en que Afganistán es *el* test exclusivo de credibilidad de la Alianza, la prueba en la que la OTAN se juega su futuro.

Y las cosas no son tan simples. La comunidad internacional — por usar una denominación convencional que en este caso incluye desde luego a Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad— se ha implicado a fondo en la estabilización de Afganistán, y esta es una gran diferencia con cualquiera de los episodios de intervención internacional anteriores en dicho país. Hasta ahora, quien entraba intentaba imponer su agenda, aguantaba el tiempo que podía, y se iba. Esta vez, justamente en la fase de estabilización y reconstrucción, la comunidad internacional —y ese término incluye mucho más que Estados Unidos— se ha implicado a fondo. El balance, a comienzos de 2011 es mucho más complejo de lo que parece.

Afganistán y la Comunidad Internacional

En sus aspectos no directamente militares, el esfuerzo de la Comunidad Internacional ha sido monumental, multidimensional,

sostenido en el tiempo, y aunque su rendimiento puede (y debe) ser discutido, no se la puede acusar de la dejadez que caracterizó las salidas de británicos (en las guerras anglo-afganas), soviéticos, la CIA en los ochenta (véase la película “La Guerra de Wilson”), por no hablar de los mongoles o Alejandro Magno en tiempos. Ésta y no otra es la principal diferencia entre la actual intervención internacional y las anteriores, intervención que como se verá a continuación tiene además —aparte de que su rendimiento sea susceptible de escrutinio y debate— una marcada orientación hacia la reconstrucción posbélica, la estabilización, y la aproximación integrada a tan descomunal desafío. Ello se puede medir, indicativamente, a través de las sucesivas conferencias internacionales que se han ocupado del tema en los últimos diez años. Sintéticamente, esta es la secuencia³:

- Conferencia de Bonn (diciembre 2001)

Tras la caída del Gobierno Talibán, el primer paso fue la Conferencia celebrada en Bonn, auspiciada por Naciones Unidas, en la que, el 5 de diciembre de 2001, se firmó el “Acuerdo sobre las Disposiciones Provisionales en Afganistán en espera de que se restablezcan las Instituciones permanentes de Gobierno”, hecho suyo por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (CSNU) en su resolución 1383 (2001). Mediante este Acuerdo se estableció una Autoridad Provisional, presidida por Hamid Karzai, que habría de convocar en seis meses una *Loya Jirga* de Emergencia para designar una Autoridad de Transición que, a su vez, habría de elaborar una nueva Constitución que permitiese en un plazo de dos años la elección democrática de un gobierno. Así mismo, se solicitó al CSNU el despliegue de una fuerza internacional de seguridad, bajo mandato de la ONU. La mencionada Fuerza, con la denominación de **Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad** (*International Security Assistance Force*, ISAF), fue autorizada por el CSNU, al amparo del capítulo VII de la Carta, en su resolución 1386 (2001), de 20 de diciembre. En la dicha resolución, el CSNU, tras determinar que “la situación en Afganistán seguía constituyendo una amenaza para la paz y la seguridad internacionales”, reafirma su “firme compromiso

³ Para esta parte, mi agradecimiento va a los miembros de la DAES (Ministerio de Defensa), cuyos consejos, sugerencias y notas informales (abiertas) en esta materia fueron en su día de gran utilidad para esta reflexión.

con la soberanía, la independencia, la integridad territorial y la unidad nacional de Afganistán” y reconoce que “la responsabilidad de velar por la seguridad y el orden público en todo el país incumbe a los propios afganos”, establece el mandato de ISAF: “apoyar a la Autoridad Provisional afgana en el mantenimiento de la seguridad en Kabul y zonas circundantes, para que la Autoridad Provisional afgana y el personal de Naciones Unidas puedan realizar sus actividades en un entorno seguro”. La OTAN asumió el liderazgo de ISAF en agosto de 2003 y el CSNU, a propuesta de esa Organización y por resolución 1510 (2003), de 13 de octubre, autorizó la ampliación del mandato de ISAF a fin de que pudiese, en la medida que sus recursos lo permitiesen, “prestar apoyo a la Autoridad Provisional afgana y sus sucesores para el mantenimiento de la seguridad en las zonas de Afganistán **fuera de Kabul** y sus alrededores”. La ampliación de ISAF fue llevada a cabo sucesiva y progresivamente al Norte (octubre 2004), Oeste (mayo 2006), Sur (julio 2006) y Este de Afganistán (octubre 2006).

Por su parte, y a efectos de liderazgo político civil, la “**Misión de Asistencia de Naciones Unidas en Afganistán**” (UNAMA) fue creada, para aglutinar todos los esfuerzos de dicha Organización en aquel país, por resolución 1401 (2002), de 28 de marzo.

- Conferencia de Londres (febrero 2006): *The Afghanistan Compact*

En Londres, a principios de 2006 se aprobó el “Pacto por Afganistán” (*Afghanistan Compact*) que habría de llevarse a cabo mediante una asociación entre el gobierno afgano, y la comunidad internacional, con un papel de coordinación central de las Naciones Unidas. El Pacto identificó tres áreas críticas e interdependientes o “pilares” en los que deberían llevarse a cabo actividades en los cinco años siguientes desde la adopción del documento. Estas áreas son: (1) Seguridad; (2) Gobernanza, Estado de Derecho y Derechos humanos; y, (3) Desarrollo económico y social. Además, se consideró como área de trabajo transversal vital la eliminación de la industria de narcóticos. Y sobre todo, respecto a la “Seguridad”, el Pacto considera que no puede lograrse únicamente por medios militares y requiere buen gobierno, justicia y Estado de derecho, reforzados por la reconstrucción y desarrollo.

- Cumbre OTAN en Bucarest (abril 2008)

En Bucarest, el 3 de abril de 2008, se produjo una declaración sobre la “Visión Estratégica de ISAF” en base a los siguientes principios rectores: compromiso a largo plazo, firme y compartido; apoyo al liderazgo y responsabilidad afganos reforzados; un enfoque integral de la Comunidad Internacional, mediante puesta en común de los esfuerzos civiles y militares; y cooperación incrementada de Afganistán con sus vecinos, especialmente Pakistán.

- Conferencia de París (junio 2008)

El 12 de junio de 2008 se reunieron en París el Gobierno de Afganistán y representantes de la Comunidad Internacional para reafirmar la asociación entre ambos. Se hizo un análisis del cumplimiento del “Pacto por Afganistán” y la Conferencia resaltó once elementos clave para la seguridad y prosperidad de los afganos: desarrollo de la democracia; apoyo a la Estrategia de Desarrollo Nacional; inversión en infraestructura, especialmente en los sectores agrícola y energético; crecimiento del sector privado; fortalecimiento de las instituciones de gobierno y suministro de servicios a todos los afganos; mejora de la efectividad de la ayuda y que sea tangible para los afganos; lucha contra la corrupción; intensificación de los esfuerzos contra-narcóticos; mayor participación de la sociedad civil en la construcción del Estado; respeto a los derechos humanos; e incremento de la cooperación regional.

- Nueva formulación de la estrategia norteamericana para Afganistán y Pakistán (febrero 2009).

A poco de asumir su cargo, Barak Obama anunció una nueva estrategia norteamericana para “Afganistán y Pakistán” (el famoso “AfPak, que debía implementar el recientemente fallecido Richard Holbrooke) con el objetivo general de “desorganizar, dismantelar y derrotar a Al-Qaeda y sus santuarios en Pakistán e impedir su retorno a Afganistán o Pakistán”. Los principios en los que se basa ya estaban contenidos en la estrategia de la Comunidad Internacional y que deben incluir diversos mecanismos (diplomático, militar, económico e informativo), estableciendo objetivos considerados “realistas y alcanzables”:

Entre ellos, cabe destacar, los de desorganizar las redes terroristas en Afganistán y, especialmente, en Pakistán para degradar su capacidad para planear y ejecutar ataques terroristas internacionales; promover en Afganistán un gobierno más capaz, responsable y efectivo; desarrollar unas fuerzas de seguridad afganas cada vez más autosuficientes, capaces de liderar las acciones contrainsurgentes y contraterroristas con asistencia de EEUU; apoyar los esfuerzos para fortalecer el control civil, un gobierno constitucional estable y mejorar la economía de Pakistán e implicar a la Comunidad Internacional en el logro de estos objetivos para Afganistán y Pakistán, con un importante liderazgo de Naciones Unidas.

- Cumbre de la OTAN en Estrasburgo-Kehl (abril 2009)

El 4 de abril de 2009, en la cumbre de Estrasburgo-Kehl, los Jefes de Estado de los Estados participantes declararon que Afganistán seguía siendo la prioridad clave de la Alianza, confirmaron los cuatro principios rectores establecidos en Bucarest (compromiso a largo plazo, liderazgo afgano, enfoque integral e implicación regional) y reafirmaron el resultado de la Conferencia de La Haya, celebrada cuatro días antes.

ISAF establecería una Misión de Adiestramiento OTAN del Ejército y Policía afganos, proporcionando más instructores; desplegar temporalmente refuerzos para apoyar a las Fuerzas de Seguridad afganas durante el proceso electoral; ampliar la finalidad del Fondo Fiduciario de las Fuerzas de Seguridad afganas para incluir gastos de sostenimiento; desarrollar la relación a largo plazo de Afganistán con la OTAN; fomentar la cooperación entre Afganistán y Pakistán; apoyar al Gobierno afgano y a Naciones Unidas para desarrollar un “enfoque integral” para sincronizar los esfuerzos civiles y militares en Afganistán; y, desarrollar el compromiso de la OTAN con los vecinos de Afganistán en apoyo de la seguridad regional a largo plazo.

- Conferencia de Londres (28 enero 2010)

La Conferencia se centró en tres pilares: “seguridad”, “gobernanza y desarrollo” y “aspectos internacionales y regionales”. En el pilar “seguridad”, se insiste en un marco para la transferencia de responsabilidades de ISAF a las Fuerzas de Seguridad afganas

(Ejército y Policía). En el pilar “gobernanza y desarrollo”, se respaldan las líneas maestras del Plan Económico del gobierno afgano y las medidas prometidas por Karzai para mejorar la efectividad de su gobierno, tema en el que el déficit de rendimiento es crónico y alarmante. Por último, en el pilar “internacional”, se insiste en la necesidad de medidas para mejorar la estabilidad regional.

Una conclusión provisional

A modo de conclusión, el dilema que expresó en su día la Canciller Merkel sigue vigente: “si nos vamos de Afganistán en las condiciones actuales, estamos abriendo la puerta al escenario de Afganistán como estado fallido”, hipótesis mucho más verosímil que la del “retorno del Gobierno talibán” tal como lo conocimos en su día. El símil con otros casos actuales es aleccionador y evidente, como lo muestra el caso de Somalia, porque las derivadas de esta hipótesis van en varias direcciones:

- a) un estado fallido deja a sus habitantes en unas condiciones terribles, de catástrofe humanitaria y en todos los casos deja abierta la necesidad de que la comunidad internacional “tenga que volver” más adelante, quizá en peores condiciones. En todo caso, un estado fallido en Afganistán deja a este país en la agenda de graves problemas de la comunidad internacional en su conjunto.
- b) Un estado fallido ofrece condiciones de cobijo, complicidades e impunidad a diversas formas de delincuencia política, económica, etc (terrorismo, piratería, narcotráfico, etc), para que éstas puedan actuar no sólo dentro del territorio de este estado fallido, sino hacia fuera, ya sea a nivel regional, ya a nivel global. Es un factor de desestabilización permanente.
- c) Un estado fallido en Afganistán constituye la peor de las sinergias con un Pakistán muy necesitado de estabilidad, de autoridad y de integración regional, tanto hacia India, como hacia Afganistán y Asia Central.
- d) Un estado fallido en Afganistán tiene otras derivadas potenciales, como ejemplo muy peligroso para otras situaciones (ya sea en algunos puntos de Oriente Medio o del Mediterráneo), en las que algunos grupos radicales puedan verse estimulados a la estrategia de generar inseguridad permanente, colapsar gobiernos y estados,

y aunque no lleguen a alcanzar el poder en términos convencionales.

Este conflicto no tiene solución militar únicamente, como bien han subrayado altos responsables militares y políticos de estados Unidos, Reino Unido y otros países. El uso de la fuerza es sólo el instrumento de una estrategia política, económica y social, de alcance nacional, regional e internacional. En suma, la comunidad internacional (y sus mecanismos de presencia en Afganistán) tiene ante sí una tarea tan difícil como inevitable. A la hora de determinar las condiciones de su salida del país, ha de poder definir el “status final” (que Ahmed Rashid define como un “minimal State”) que puede dejar detrás, y sobre todo, ha de integrar toda esta herencia estructural en toda solución de futuro. Pero lo que es seguro es que la Comunidad Internacional ha realizado un esfuerzo monumental, sostenido en el tiempo, tenaz en su aplicación, y sin embargo ello no elimina una obviedad estratégica: ¿cómo evaluar acertadamente el momento en que se dan las condiciones para una salida de tan complicado escenario?

En este sentido, el libro que ha escrito el Profesor Baqués es una aportación de gran valor a nuestro panorama académico e investigador, aunque también en el terreno de la divulgación de calidad. La opinión pública está entre inquieta y confundida en relación a Afganistán, y en general, esta inquietud se extiende a otros escenarios en los que España ha contraído, de modo responsable, obligaciones internacionales con una dimensión militar: Líbano, oceano índico (aguas de Somalia y más allá), Afganistán, en su día los Balcanes. Y si se habla de Afganistán, como es lógico, las fuentes de autoridad eran y siguen siendo Ahmed Rashid, Olivier Roy, Daniel Korski. Pero entre nosotros, hasta hace poco, las aportaciones eran limitadas, aunque de interés y calidad crecientes. Esta monografía de Josep Baqués, con quien tuve el honor de compartir un proyecto de investigación sobre Afganistán y Asia Central (Casa Asia, 2007/2009), es una contribución decisiva en este campo. Rigor histórico, perspectiva analítica, metodología bien asentada en el instrumental combinado de la Ciencia Política y los Estudios Internacionales, un

sustrato teórico inusualmente sólido en nuestro mundo universitario ⁴, todo ello justifica la publicación de un libro como el que el lector tiene en sus manos.

⁴ Es necesario mencionar aquí, por su relación con el tema, el libro de Josep Baqués: “La Teoría de la Guerra Justa: una propuesta de sistematización”, Thompson Aranzadi, Madrid 2008.

INTRODUCCIÓN

Desde que Afganistán es Estado, casi siempre ha constituido una entidad jurídica con escasa plasmación práctica. Es verdad que ha tenido épocas mejores y peores, como iremos viendo a lo largo de este análisis. Pero, en general, puede decirse que se trata de uno de esos Estados que sólo lo son en un plano meramente teórico. Un Estado de papel, en definitiva, una ficción sin parangón en el terreno fenomenológico. Poco más que un asiento en la asamblea general de las Naciones Unidas. O, dicho con otras palabras, en clave histórica ha sido –casi siempre, con escasas excepciones- lo que hoy se cataloga en la literatura científica como un “Estado fallido”. Porque los mínimos imprescindibles para hacer honor a su definición, en términos prácticos, están lejos de cumplirse. En este sentido, buena parte de la culpa de que Afganistán esté en las portadas de los periódicos de casi todo el mundo se debe a que este inconveniente se ha reproducido en las últimas décadas de modo especialmente virulento.

Por otro lado, tampoco parece que sea fácil hablar de una hipotética nación afgana. Cójase para ello la definición de nación que se escoja. El menú disponible en el ámbito de la ciencia política es variado, aunque no infinito. Sin embargo, ni esa variedad de opciones facilita hallar un resquicio en el que integrar ese pedazo de tierra tan heterogéneo en lo que respecta a las características objetivas de sus gentes, como en el plano de su subjetividad. Es indiferente cual sea la opción. Porque ninguna de las posibilidades se antoja aplicable al caso afgano. Sin perjuicio de lo cual, como ya ocurriera con el concepto de Estado, es factible –y hasta indispensable- el diálogo con esas posibilidades. Sobre todo, debido a los inmensos beneficios prácticos (potenciales) que ello puede suponer para Afganistán. Por lo tanto, también va a ser uno de los ejes que vertebrarán este análisis.

Efectivamente, sus posibilidades de supervivencia pasan por esforzarse en parecerse un poco a un Estado. Y, con toda probabilidad, dadas las circunstancias, sus posibilidades de poder andar ese camino pasan por ser –o al menos por aproximarse a la esencia de- una

auténtica nación. En ese sentido, en ese doble sentido, Afganistán es también un caso apasionante para la ciencia política. Un auténtico laboratorio. Además, en términos prácticos, es un lugar en el que hay mucho trabajo que hacer. Y para bien. Aunque sólo sea porque ya no puede estar mucho peor de lo que está. En este sentido, todo lo que se diga o haga pensando en Afganistán es algo más que un ejercicio intelectual, más o menos especulativo, y de mayor o menor rigor científico.

No. No se trata de eso. Lo que está en juego es la estabilidad de una de las zonas más castigadas del planeta. Estabilidad que, dicho sea de paso, compete sobre todo a sus propios habitantes, los auténticos protagonistas de esta historia. Cuestión distinta es que el ruido de los sables haya llegado lejos. O incluso que la sociedad internacional entera tenga derecho –legítimo, en este caso- a preocuparse por tierra ajena en la medida en que, como ha sucedido en otras ocasiones, un conflicto local se convierta en regional, o que un conflicto regional –éste lo es, además de ser otras cosas- se convierta en mundial. Pero, dicho esto, reitero que lo que los demás podemos hacer por Afganistán pasa no ya por el respeto –que eso va de suyo- sino también, y sobre todo, por la profunda convicción acerca de que lo importante es, en última instancia, el propio Afganistán. Ese enorme pedazo de tierra que, decíamos, no se sabe a ciencia cierta qué es. Ni siquiera sabemos si a día de hoy existe como tal eso que seguimos llamando Afganistán, pero sospechamos que es algo diferente a los Estados y a las naciones, conceptos al uso en el mundo académico.

Claro que, a pesar de todo, sabemos que lo importante son los hombres y mujeres que ahí viven. Las víctimas de la sinrazón, de los excesos cometidos en guerras interminables; del hambre y de la desesperanza, que acaba siendo peor que el hambre, si es que eso puede ser. De ellos sí sabemos cosas, en la medida en que están ahí. No son puras abstracciones. Ellos no. Así que por y para ellos van estas reflexiones, con ánimo constructivo. Animo no exento de una visión a veces cruda de la situación –cosa normal y hasta necesaria en la ciencia política-, porque de lo contrario se incurriría en el peor de los defectos, cual es cerrar los ojos ante la realidad, ante aquello que nos gustaría que fuese de otro modo. Sin embargo, el objetivo de este análisis no es buscar soluciones. Eso es preciso hacerlo. Pero primero

es necesario hacerse con un buen diagnóstico de la situación. De ahí que mi intención pase por contribuir a generar ese diagnóstico.

A fin de cubrir tal objetivo, voy a analizar la situación vivida en Afganistán a lo largo de los últimos tiempos. Mi pretensión no es llevar a cabo una investigación de corte histórico. Ahora bien, tampoco creo que sea conveniente ceñirse a los acontecimientos de última hora. Es más, algunas de las lecciones que se pueden aprender a partir del imaginario de la ciencia política sólo pueden obtenerse a partir de una cierta distancia cronológica. Sólo así se puede entender porqué ocurren las cosas que ocurren en Afganistán a día de hoy. Por lo tanto, para mejor cubrir este hueco, pretendo llevar a cabo una exploración en la que se pongan de relieve algunos pormenores de la reciente historia de Afganistán. Pero sin ánimo exhaustivo, sino con la mirada puesta en establecer desde el principio unos buenos cimientos conceptuales para después poder avanzar con paso más firme. Asimismo, este primer apartado puede ser útil de cara a sentar las bases de lo que debería o podría ser considerado como Estado, o como nación y para entender, al unísono, las graves dificultades afganas en este punto. De hecho, trataré de ir entablando un diálogo permanente, a lo largo del texto, entre la situación por la que en cada momento pasa Afganistán y a la relativa cercanía o lejanía con lo que podría ser considerado como un Estado, o como una nación, o como ambas cosas a la vez, llegado el caso. Todo ello de acuerdo con definiciones estandarizables en el ámbito de la ciencia política.

Seguidamente, voy a llevar a cabo un análisis de la situación vigente. Si bien, incluso en este caso, lo vigente lo entiendo como los avatares del país desde la expulsión de las tropas soviéticas hasta la actualidad. En una horquilla, pues, de no menos de 30 años. Esto puede permitir al lector que se aventure hacia la comprensión de la problemática de nuestros días con toda su crudeza. Como también conocer a los principales actores del escenario afgano, con sus idas y venidas –que en este caso son prolíficas- pero también con una imagen más de fondo –más estructural, valga la expresión- de la enorme complejidad de la situación socio-política del territorio.

Finalmente, pretendo introducir un análisis de corte geopolítico, que posibilite la entrada en escena de actores externos cuya influencia sobre la política doméstica afgana ha sido, y sigue

siendo, de tremenda importancia. En pocas palabras, habrá que tener en cuenta de qué manera y por qué razones otros Estados insisten en inmiscuirse en Afganistán y cuales son las consecuencias directas de este hecho. En este caso, no sólo habrá que atender a las veleidades de las grandes potencias. Veremos que los Estados vecinos acostumbran a sumarse a la lista de injerencias. En muchas ocasiones, de forma especialmente insidiosa. Porque, si algo caracteriza a Afganistán desde este punto de vista es que ha sido un territorio de encrucijada entre los intereses de terceros más poderosos. Y esta circunstancia, lejos de ayudar a resolver los posibles problemas internos afganos, ha tenido tendencia a agravarlos cuando no, directamente, a generarlos.

La pretensión de este libro radica en que la suma de estos prismas sea útil para mejor entender lo que sucede en Afganistán, así como para construir soluciones desde una adecuada percepción de la naturaleza compleja de este conflicto tan poliédrico. Como quiera que la tesis central que subyace al texto pivota sobre los factores que han impedido que Afganistán se consolide como Estado y como Nación a lo largo de su atribulada historia, son constantes las alusiones a dichas grietas. En este sentido, no estamos ante un texto de naturaleza periodística, como ocurre con muchas de las monografías que a lo largo de los últimos años han sido escritas sobre los pormenores de la sociedad afgana. Ni tampoco ante un texto escrito por y para historiadores. Sin embargo, a fin de hacer notar al lector cuán realista es el enfoque pergeñado, planteo las referencias que en cada caso sean pertinentes a la realidad social, cultural, económica y política de Afganistán. De esta manera, las reflexiones acerca de las carencias como Estado y como Nación, lejos de perderse en los vericuetos de la abstracción teórica, siempre aparecen directamente conectadas con la realidad. Esa ha sido, al menos, la aspiración que ha guiado este libro desde el primer momento.

CAPÍTULO 1

DESDE LOS ORÍGENES HASTA LA APARICIÓN DEL ESTADO

El actual territorio de Afganistán, que abarca unos 650.000 km², está ubicado en la antigua “ruta de la seda”, es decir, en el camino de la principal vía comercial que unía China y Europa. Esta es una interesante forma de verlo y hasta de comprenderlo, porque ya insinúa el hecho de que Afganistán acabará siendo un territorio de encrucijada, para lo bueno, y para lo malo. Quizá fue esta situación de privilegio la que provocó que desde muchos años atrás los principales imperios pusieran sus ojos en dicho territorio. En realidad, la historia de lo que hoy es Afganistán está repleta de incursiones de pueblos vecinos más poderosos. Hay que tener en cuenta que, a pesar de la imagen más reciente de un país destrozado por varias décadas de conflictos armados, Afganistán posee zonas realmente fértiles. Aunque la superficie cultivable no supera en mucho el 10% del territorio actual, la tierra que lo es produce excelentes frutos. Antaño eran reconocidos, y hasta codiciados, algunos de sus cultivos. En Herat, donde sus 300 km² de tierras suelen considerarse las más fértiles de todo Asia Central (Rashid, 2001: 66), pero también en los alrededores de Kabul, en la zona de Helmand y Nangarhar, o en el valle del Panshir. Por no hablar de otras explotaciones –como los minerales y algunas piedras preciosas- de las que pronto se tuvo noticia. Este hecho, unido al ya comentado carácter estratégico de la zona la hizo especialmente vulnerable a todo tipo de intrigas y deseos ajenos.

Sin ir más lejos, Alejandro Magno dejó su impronta. Hacia el año 330 aJC sus tropas pasaron a lo que hoy es Afganistán, a modo de prolongación de la conquista de Persia. Ahí fundaron la ciudad de Alexandria Ariana, muy cerca de la actual Herat. Desde entonces hasta nuestros días los heratis han alardeado de que su ciudad es una de las capitales culturales del mundo o, al menos, del mundo islámico. Desde luego, sí que podría decirse sin ningún género de dudas que es

la capital cultural de Afganistán, porque ahí irían floreciendo las artes -y muy especialmente la literatura- a lo largo de los siglos, como si esa primera semilla tuviera eterna fecundidad.

En lo sucesivo, una vez finalizada la aventura helénica, serían los propios persas, en sus diferentes ramificaciones, los que ejercerían un gran influjo sobre esas tierras y, como veremos, pretenden seguir haciéndolo. De hecho, hoy en día existen rasgos socio-culturales plenamente vigentes en buena parte de la sociedad afgana que derivan directamente de ese pasado ligado a Persia. Asimismo, las invasiones mongolas, dirigidas por el propio Gengis Khan, se encargaron de dejar una huella indeleble allá por el siglo XIII. Por ejemplo, en 1221 Herat fue conquistada y seguidamente saqueada. Cuenta una leyenda que sus 12.000 defensores fueron asesinados poco después. Otra leyenda indica que de sus 160.000 habitantes (incluyendo, pues, a los civiles) Gengis Khan sólo respetó la vida de 40 personas. No se trata de relatos incompatibles, en el fondo. En lo que a nosotros nos incumbe hay que decir que, de acuerdo con la interpretación más difundida de los hechos, más allá de esas leyendas relativas a su crueldad, el paso de los guerreros mongoles ha forjado y depositado -como por sedimentación- alguna de las variedades étnicas más peculiares y a la vez más características del país. Es el caso de la comunidad hazara. De todo ello hablaremos cumplidamente más adelante pero, por el momento, es importante recordar los orígenes más remotos de la vigente situación.

En lo que a religiones se refiere, las afganas fueron tierras de acogida de diversos credos. Destino casi inevitable dado lo comentado hasta ahora, porque los credos suelen ser como las maletas que acompañan al viajero y le aportan seguridad. En realidad, se trata de una tierra en la que el cristianismo apenas llega, si es que algo. Nunca tuvo gran predicación, aunque con el tiempo algunas minorías, muy minoritarias, llegaron a hacer aparición por allí. En cambio, fue una zona largamente dominada por cultos locales como el zoroastrismo (también conocido como mazdeísmo, en honor a su fundador). Se trata de un culto de indiscutible raigambre persa, que prosperó tanto con la dinastía de los aqueménidas, como con la sasánida, y cuyas creencias recogen, por lo demás, elementos bastante transversales a todas las grandes religiones, caso de la constante lucha entre el bien y el mal

como motor de la vida, el juicio a los muertos como balance y algún tipo de resurrección como estadio final.

Pero lo más significativo es que su vínculo con el Islam llegó pronto, con la primera oleada, en el siglo VII de la era cristiana. Ese poderoso embate marca el principio del fin del zoroastrismo y, de alguna manera, pone en dificultades la herencia tradicional persa, hasta entonces claramente dominante. Se trata, con mucho, de la influencia más poderosa con la que cuenta Afganistán. De todos modos, algunos analistas señalan que su entrada tampoco fue triunfal. Hubo prolongadas resistencias entre los nativos. Pero hacia el final del primer milenio de la era cristiana ya puede decirse que esas tierras se han incorporado al Islam. En este sentido, conviene saber que el importante colectivo pastún siempre ha alardeado de ser descendiente común de un compañero de Mahoma, llamado Qais, que habría sido el encargado de islamizar el país. De esta manera indican a la vez, por una parte, un especial pedigrí y, por otra parte, una fidelidad directa e irrevocable hacia el mensaje del Islam en esa versión primigenia que, con el paso del tiempo, ha desembocado en el sunnismo. De la suma de ambas cosas surgirá la fuente de legitimidad que les ha llevado a dominar Afganistán hasta el día de hoy.

Detengámonos un momento, pues, para hablar de los pastún, que constituyen la población más numerosa de Afganistán. Se trata de un pueblo que aún hoy conserva una fuerte base tribal y una estructura social patriarcal. La adscripción al grupo viene dada, básicamente, por el hecho de ser hijo de un pastún. Por lo tanto, se da por válido el hecho de ser hijo de un pastún y una mujer de otra etnia, pero no al revés (Jalali y Grau, 1999)¹. A fortiori, tampoco se considera pastún a quien, perteneciente a otra etnia, aprende su lengua, acepta su religión, o sigue sus códigos morales.

De mentalidad muy conservadora, han destacado por ser unos buenos agricultores. Asimismo se han dedicado a la caza y a la cría de

¹ Hasta tiempos recientes, los matrimonios entre pastún y no-pastún eran muy excepcionales. En los últimos años se ha comprobado que se han dado bastantes casos de enlaces entre hombres pastún y mujeres baluches, por ejemplo. Aún así, los pastún son reacios a abrir el abanico, pues consideran a algunos grupos como inferiores al propio. Iremos viendo las razones de ello.

ganado. Dadas las circunstancias en las que han vivido, a todo ello le añadan la reputación de ser “casi genéticamente expertos en la guerra de guerrillas” (Dupree, 1997: 425). No sólo debido a su legendaria oposición a ser dominados por extraños, sino también, de hecho, a sus interminables luchas intestinas. Conviene no olvidar este extremo, en ocasiones eclipsado por la brillantez de sus campañas contra extraños. En realidad, los pastún nunca han dejado de guerrear entre sí. De hecho, de ellos se dice que su carácter es complejo, y aparentemente paradójico. Porque sus miembros destacan por ser especialmente hospitalarios, pero también tremendamente irascibles. Esta combinación de hospitalidad e irascibilidad es característica de aquellos que están acostumbrados a liderar. Los pastún son, en este sentido, un buen ejemplo de un pueblo acostumbrado a marcar las reglas del juego.

Los pastún están especialmente orgullosos de su antigüedad: Herodoto alude en sus escritos al pueblo patki, que muchos identifican con el pueblo pastún. La mayoría de los pastún no saben quien es Herodoto, claro. Pero eso no es óbice para que alardeen de poseer una antigüedad rayana en los 6.000 años (Harrison, 2008: 3). De hecho, también se encuentran referencias al pueblo patki en los Vedas. Eso sería un indicio de que los pastún podrían ser descendientes de los pueblos indo-arios que ocuparon el subcontinente indio precisamente hace unos seis milenios (Ewans, 2002: 5). Sea como fuere, es indiscutible que se trata de un pueblo muy antiguo, muy arraigado en esas tierras y muy celoso de estos hechos.

La forma de entender la vida, o la relación con los demás, sigue en gran medida anclada en ese pasado al que se reverencia. Sus estructuras tribales tradicionales han permanecido casi intactas durante siglos. Sus lealtades siguen siendo intensas, pero de corto radio de acción. Más orientadas a la localidad en la que cada tribu está arraigada que a cualquier otro referente político o social al uso. Eso incluye al Estado, por supuesto. De ahí se infieren, también, como antaño –como siempre– las responsabilidades en el terreno de la protección de sus tierras y la seguridad de los miembros de cada comunidad (Marten, 2007: 56). Esto ha contribuido a que los

colectivos pastún –especialmente en el caso de las tribus del sur de Afganistán- estén fuertemente cohesionados².

Una de las características distintivas de los pastún es el desarrollo de un código de honor muy estricto, conocido como *pashtunwali*. Es el auténtico cemento social capaz de unir a toda la comunidad. Como ocurre con casi todo lo que rodea a los pastún, este elenco de normas recoge una tradición milenaria. De ahí derivan unos mecanismos de control social muy sólidos, así como sanciones que pueden llegar a superar en contundencia a las prescritas en las lecturas más radicales del Corán. El *pashtunwali* refleja adecuadamente la forma de ser los pastún. El concepto basal sobre el cual pivotan el resto de las reglas es el honor (*nang*). El ámbito en el que se dilucida es el de la familia, con especial énfasis en el de las mujeres. Pero, en caso de conflicto, el órgano encargado de tomar decisiones es la asamblea de ancianos o *Jirga*. En el caso de que se haya producido una vulneración de las reglas prescritas para defender dicho honor, aparecen una serie de mecanismos para resarcir a la víctima (o a sus familiares). De hecho, el mecanismo estandarizado es la venganza o *badal*. Con la particularidad de que no existe la prescripción. De modo que una venganza puede ser satisfecha varias generaciones después de que se haya producido la infracción de la que trae causa.

En este sentido, la sociedad pastún puede parecer cruel. Pero, lejos de ello, se trata de gentes con un hondo sentido de la justicia y de la caridad. De manera que existen alternativas. No es posible entender a un pastún con sólo atender a las pautas de tipo retributivo señaladas (Qasim Mahdi, 1986). Por eso, el *pashtunwali* hace suya la institución del perdón o *nanawatay*. En ese caso, el agresor debe dirigirse a su víctima y/o a sus familiares (pensemos en el caso de que la víctima haya fallecido como consecuencia de la agresión) para ejercer su derecho a solicitar esa misericordia. Curiosamente, las buenas

² Esto lo planteo sin perjuicio de atender a quienes comentan que, como consecuencia de las guerras constantes de los últimos años, reforzadas por las muchas migraciones internas habidas en ese mismo período, se estaría produciendo un fenómeno de “destribalización”. De todas formas, los estudios que se han llevado a cabo al respecto, siguen admitiendo que las tribus constituyen un componente esencial de la “identidad pastún”. Lo que se pone en tela de juicio es la capacidad de esas tribus como fuente de la “organización [política] pastún”. Especialmente de cara al futuro (v.gr. ARRC, 2009: 6-8).

costumbres entre los pastún admiten y hasta fomentan ese perdón, que tiene evidentes tintes de confesión pública. Pero generalmente está asociado al ofrecimiento y la consiguiente aceptación del *saz* o compensación. Algo así como una indemnización por los daños causados. Estos mecanismos, unidos a otros como la legendaria hospitalidad pastún conocida como *melmastia* –que se respeta incluso en relación con sus peores enemigos-, o como la lealtad hacia sus benefactores, conocida como *hamsaya*, constituyen una buena muestra de la mentalidad que configura a esa comunidad.

Por lo demás, aunque los pastún no tienen fama de ser gentes especialmente cultas, se ha dicho de ellos que “en su sangre llevan también la devoción por la poesía mística religiosa”. Poesía que no pierde ocasión de enfatizar la necesidad de preservar la “unidad pastún” a través de autores como Abdul Rahman Baba y Khushal Kahn Kattak, ambos del siglo XVII (Raich, 2002: 67-68). Así que la religión islámica y la política han ido de la mano en esos textos, siendo un buen reflejo de la mentalidad de aquellas gentes.

En todo caso, ese carácter de tierra de encrucijada permitió o hasta indujo a que en Afganistán se siguieran cultivando otras versiones de la espiritualidad, con especial protagonismo y continuidad para el budismo, que también había penetrado con fuerza, pero más discretamente, en lo que hoy es Afganistán. Por lo visto, años atrás este culto estuvo muy difundido en esas tierras. Pero, por encima de los centenares de monumentos y referentes dispersos a lo largo y ancho del territorio, destacan las famosas efigies de Bamiyán, excavadas en la piedra. Durante unos dos mil años han sido un lugar de referencia del budismo a escala mundial y, en lo que nos interesa, una demostración del modo abierto y hasta hiperbólico en que se llegó a venerar a esos ídolos al sur del río Amu Daria. Por cierto, estas estatuas fueron respetadas durante todo ese tiempo por los nativos de religión musulmana. Así como por Gengis Khan, quien ha sido considerado hasta época muy reciente –en la que le han salido buenos competidores- como el intruso por excelencia. Entonces, es bueno constatar que, hasta hace muy pocos años, no ha habido mayores problemas al respecto. A pesar de que, en puridad de conceptos, es evidente que un budista es alguien bastante parecido a un ateo...

Aunque pueda parecer más anecdótico, es de notar que en algunas zonas de Afganistán se ha practicado el politeísmo hasta hace poco –y probablemente se siga haciendo de forma más o menos solapada, o más o menos sincrética- con sus tradiciones anejas, incluyendo el sacrificio ritual de animales. Es el caso de Nuristán, no lejos de Kabul (Malinowski, 2004:45-46). De hecho, los nuristanos fueron incorporados al culto islámico de forma coactiva, pero en su caso, muy tardíamente, sólo a partir de los últimos años del siglo XIX. Debido a este cúmulo de circunstancias, esta zona de Afganistán también es conocida entre los musulmanes como Kafiristán (Kafir significa “infiel”), aunque dado el clima político vigente ese concepto suena en el mejor de los casos, tanto a propios como a extraños, como despectivo. De modo que los nuristanos se conforman con su nuevo nombre que, derivando de “nur” = luz, viene a significar “iluminados”.

Los nuristanos hablan cuatro lenguas diferentes, a razón de una por cada uno de los valles que habitan (Kati, Waigali, Ashkun y Parsun) en la zona del Hindu Kush. Viven de los recursos forestales y de la cría de ganado –especialmente, de la leche- (Pstrusinska, 1989: 3). Pero lo más curioso es que los nuristanos poseen unos rasgos físicos que delatan un origen, digamos, diferente. Diferente al resto de afganos, me refiero. Porque entre ellos abundan los individuos de pelo claro y de ojos azules. En ocasiones se ha comentado que quizá desciendan de los griegos que pisaron suelo afgano en la época de Alejandro Magno. Pero parece más probable que se trate de nativos afganos que con el paso del tiempo han sido arrinconados en sus valles actuales por las sucesivas oleadas de extranjeros. Algunos incluso aluden a que serían los auténticos “aborígenes” de Afganistán (Ewans, 2002: 10-11). En esta línea, su legitimidad histórica parece estar totalmente desproporcionada si se la compara con el escaso peso demográfico de que pueden hacer gala en nuestros días, habida cuenta de que podrían competir con elevadas probabilidades de éxito contra los mismísimos pastún en un hipotético debate sobre la antigüedad de sus raíces, pero ese debate deja de tener sentido práctico (suponiendo que alguna vez lo haya tenido) dada su evidente debilidad política en comparación con los pastún.

Por todo ello, durante siglos la realidad de esa franja de tierra que era parada obligatoria en la “ruta de la seda” no fue muy diferente

a la que debían enfrentar otros lugares a lo largo del orbe. Estamos ante una realidad, digamos, pre-estatal, en la que predominan pequeñas agrupaciones de base tribal dispersas en un territorio que, políticamente hablando, era tierra de nadie, con unas fronteras imposibles de definir, si es que el concepto de frontera tenía algún sentido, con variopintos y variables vínculos políticos con los vecinos, en una heterogénea amalgama multicolor que a la vez facilita la conquista por parte de los grandes imperios del momento pero que, inmediatamente después, dificulta el control de esa miríada de clanes indómitos, tradicionalmente hospitalarios con el extranjero, porque saben que lo es. Pero muy celosos de su *modus vivendi*, alejado y receloso de otras normas que no sean las de su entramado de tradiciones no escritas. Cada cual con su propio entramado, por supuesto. Territorios con lealtades difusas cuando superan las del clan, situación ésta que en realidad constituye la excepción, y con liderazgos espureos, débiles pero por otra parte necesarios como amalgama social mínima ante la ausencia de algo más sólido. En otras palabras, si analizamos el largo período que transcurre hasta los albores del siglo XVIII puede afirmarse que Afganistán aún no existe como entidad política. No lo es ni a ojos de algún avezado observador externo, ni a ojos de los propios habitantes de esas tierras. Pero, como digo, es natural que así sea. Todos los Estados-Nación de hoy han pasado por esa fase. Bastará recordar, en este sentido, la dilatada época feudal vivida en la vieja Europa.

Efectivamente, la construcción de un Estado, es mucho más que todo esto. Pero no es una empresa fácil. Ni se ha dado siempre. Por el contrario, los Estados son la excepción, no la regla, en la historia de la humanidad. Se suele decir que nacen en la Europa del siglo XV, aunque otras fuentes apuntan a la posibilidad de que algunos imperios más antiguos reunieran en su seno algunas de las características definitorias del mismo (especialmente, el romano). En cualquier caso, la norma ha sido una vida estructurada en familias, clanes y tribus. Pero entonces, para poder situar el debate con más criterio, quizá deberíamos preguntarnos primero, ¿qué es un Estado? Voy a basarme en una definición que aporté a un Manual de Ciencia Política y que creo bastante completa y algo compleja, como merece el caso. Podría decirse que un Estado es:

“una organización política (capaz de ser sujeto de adhesiones y objeto de reivindicaciones por sí misma, como consecuencia de un proceso de despersonalización del poder) que, en ejercicio de su soberanía, reclama para sí el monopolio de la violencia legítima (tanto como la potestad de crear y unificar el derecho y para generar una mínima cohesión social) en un territorio delimitado por las correspondientes fronteras, cubriendo estos objetivos mediante la especialización y subsiguiente integración de una parte de su población en una administración pública –civil y militar- profesional y permanente” (Baqués, 2006: 48)

La tomaremos como adecuada, y para los pormenores de su elaboración me remito a la investigación y los datos divulgados en el libro referido en la bibliografía. La cuestión es que, como decíamos, en Europa no encontramos las primeras tentativas serias de crear algo así hasta el siglo XV, pero incluso esa fecha tiene mucho de simbólico y, en ese sentido, de media verdad. En realidad, no fue hasta los siglos XVII y XVIII que esta ingente tarea de construcción de Estados empieza a cundir y a ser eficaz. Eso, en el mejor de los casos. Por poner un ejemplo muy ilustrativo, muy a finales del siglo XVI el pirata Francis Drake fue elevado a la categoría de almirante de la Corona británica sin que por ello dejara de ejercer el cúmulo de ilegalidades que le dieron fama, de forma que simultaneaba ambas funciones (pirata y almirante), pero ahora con el público beneplácito. De hecho, esta suerte de “señor de la guerra (de los mares)” se encontró con un Estado tan débil que de los 24 buques que tenía a su cargo, el erario público sólo aportó dos. Los otros eran suyos³.

Esto puede recordar lo que hacen los filibusteros de tierra a día de hoy en tantos Estados fallidos, así como el tipo de componendas a las que llegan con sus respectivos y débiles gobiernos. De hecho,

³ Otro ejemplo que en su día me llamó la atención y que suelo citar es el de las tropas del ejército de tierra prusiano, dado que en ese caso –que no era ni mucho menos único en Europa- los capitanes de las compañías adquirían el puesto y el grado para después tener que correr con muchos de los gastos asociados al mantenimiento de la unidad. Lo sorprendente es que en el caso de Prusia, hasta la paz de Tilsit, en plenas guerras napoleónicas, esos capitanes acostumbraban a costear el armamento de sus unidades, que ni siquiera pasaba a ser formalmente propiedad del Estado. Y esto nos sitúa en... ¡1807!

recuerda sobremanera lo que ha sido la reciente historia de Afganistán. Pero se daba en el país de Albión, casi dos siglos después de que el tópico al uso diga inopinadamente que ya existía un Estado. No. No ha sido un camino de rosas. Ni siquiera para los Estados que a día de hoy son considerados como ejemplares en su género y como más avanzados. Tampoco tuvo que serlo, por ende, para Afganistán, que de por sí incluye, lo hemos comentado, una especial complejidad. De hecho, iremos viendo que en este caso la empresa todavía no ha culminado. Pero insisto en que no se trata de algo tan extravagante. Por sorprendente que pueda parecer, creo que más bien se trata de lo normal en estos casos.

Así las cosas, ¿cuándo puede hablarse de que Afganistán “nace” como Estado? O, si eso es mucho afirmar –que lo es- por lo menos podemos preguntarnos, ¿desde cuándo se intenta llevar a cabo esta empresa en Afganistán? Existe un amplio consenso respecto a que la fecha clave es el año 1747. Nos añadiremos a dicha efeméride. Hay motivos para ello. Porque en esa fecha un rey-soldado, llamado Ahmad Sha Abdali intenta hacerse con el control de buena parte de lo que hoy es Afganistán buscando su propio espacio entre los persas y los mongoles que tradicionalmente habían dominado la vida en aquellas tierras de nadie y de todos. Y lo hace con la mirada puesta en unir a las tribus para ponerlas bajo una única administración que, con carácter permanente, él dirigiría. Es más, lo hace con la idea de unir, en particular, y sobre todo, a las tribus pastún, que deberían ser el núcleo duro inicial del proyecto.

Hay que tener en cuenta que las dos ramas pastún, conocidas como abdali y ghilzai, venían manteniendo una relación complicada. Sin ir más lejos, los ghilzai, más influidos por los mongoles que por los persas, habían aportado mucho en la lucha contra los safávidas. A ellos les corresponde el mérito del levantamiento de 1709, liderado por Mir Wais Hotaki, que recuperó Kandahar para su causa – derrotando y matando al gobernador persa-, evitando la expansión del chiísmo entre los pastún (parece ser que ésta era su principal motivación). Posteriormente, su hijo Mahmud prosiguió su obra y... ¡hasta llegó a invadir parte de Persia! Efectivamente, derrotó en inferioridad de condiciones y medios –con menos de la mitad de efectivos que sus contrincantes- al ejército safávida en la batalla de Gulnbad, para posteriormente someter a sitio la capital safávida

(Isfahan) que se rindió a los ghilzai tras 6 meses de asedio y más de 100.000 muertos, la mayoría de ellos de hambre. Corría el año 1722. Con posterioridad, los persas lograron retomar el control. Pero el genio de los ghilzai dejó una impronta indeleble en aquellas tierras (Tanner, 2009: 114-115).

Mientras tanto, en aquellos tiempos el papel de muchos abdali con respecto al dominio persa era mucho más ambiguo. Bastantes de ellos sirvieron en unidades militares de elite al servicio de los persas, hasta el momento mismo de la irrupción de Ahmad Sha Abdali. De hecho, debido a esa circunstancia, combatieron a los ghilzai. Es más, el futuro primer monarca afgano también sirvió, a sueldo, en el ejército de los persas, liderando una suerte de guardia de corps formada por 400 jinetes. Sin embargo, a pesar de sus méritos, lo cierto es que históricamente los ghilzai han sido “explotados y discriminados” por los abdali/durrani (Ewans, 2002: 5). Algunos de estos recelos también llegan hasta la actualidad, como iremos viendo a lo largo de este análisis. Estas cuestiones también deberían llevarnos a la reflexión. Porque el protagonismo abdali en la aparición del Estado debería ser conveniente matizado a tenor de estos hechos. Aunque eso conlleve la revisión de cierta literatura existente. Como es el caso.

Por su parte, Ahmad Sha Abdali fue, ante todo, un líder pastún, perteneciente a la tribu homónima. Así que se trata de un buen conocedor de las ventajas y los inconvenientes de liderar a sus correligionarios. Porque los pastún también son célebres por sus divisiones internas. De hecho, parece que sus constantes campañas militares y la *vis* expansiva mostrada a través de sus conquistas tenían una justificación de índole básicamente “interna”, a saber, mantener unidos a todos los pastún por medio de una empresa común que colmara sus aspiraciones (Ewans, 2002: 33). No por casualidad, su proyecto nace en Kandahar, zona pastún por excelencia, en la que confluyen varias tribus diferentes⁴. En esta línea, no podemos olvidar que esa va a ser la primera capital del nuevo Estado afgano (o del

⁴ A grandes trazos, puede decirse que los durrani se han extendido desde Kandahar hasta la zona de Herat, mientras que los ghilzai se ubican entre Kandahar y Ghazni. Así las cosas, Kandahar constituye una especie de zona de convergencia para ambos subgrupos. Más adelante comprobaremos que algunas políticas de los sucesivos emires afganos van a contribuir al hecho de que los pastún se fuesen distribuyendo -aunque muy desigualmente- por otras zonas del territorio afgano.

proyecto de Estado afgano). Finalmente, Ahmad Sha Abdali va a trocar su nombre por Ahmad Sha Durrani (que es el formato más extendido de su recuerdo), tras ser enfáticamente reconocido entre los suyos como “Durr-i-Durran” que significa “perla entre las perlas”. En lo sucesivo, todos los abdali recibirán la consideración de durrani. Hasta la actualidad. Así las cosas, Ahmad Sha Durrani se hace nombrar rey (o emir) a través del mecanismo tradicional pastún, que es la asamblea tribal conocida como *Loia Jirga* y, tras hacer suya la fuente de legitimidad por excelencia, se aventura confiado a esa empresa de construcción de un nuevo Estado que de esta manera pasa a convertirse prácticamente en un encargo.

Todo esto tiene un alto significado político, incluso para comprender algunas de las cosas que suceden hoy en día en Afganistán. Lo primero que llama la atención, en esta línea, es que los pastún son el indiscutible embrión del nuevo Afganistán y la reflexión adyacente indica que se trata del colectivo menos influido por persas y mongoles a lo largo de la historia. En lo que se refiere a sus componentes puede decirse que los pastún ni hablan persa (o dari, su dialecto en la zona) ni poseen ningún rasgo mongol, ya sea físico o de cualquier otro tipo. En este sentido, es como si su alzamiento contuviese a la vez una afirmación que hoy podríamos calificar de nacional frente a vecinos demasiado poderosos pero, sobre todo, suficientemente diferentes.

No me detendré en ello, puesto que más adelante pienso trabajar más y mejor el concepto –o, mejor dicho, los conceptos (en plural), de nación- que manejamos en el ámbito de la ciencia política. Pero por el momento es suficiente señalar, siquiera sea de modo intuitivo, que desde los primeros tiempos se asume en aquellas tierras la idea de que existe una identidad pastún y que ésta es la identidad sobre la que se construye el Estado afgano. Nótese que en este discurso lo importante es la palabra “identidad”. Pero recuérdese, también, que venimos hablando de un territorio de encrucijada, con múltiples etnias, religiones, lenguas, etc. Es decir, esa no deja de ser la realidad sobre la que trabajan casi desde el principio los pastún de Kandahar.

De todos modos, en esos momentos iniciales, ese Afganistán que desea tener sus propias fronteras, su propio ejército, sus propios

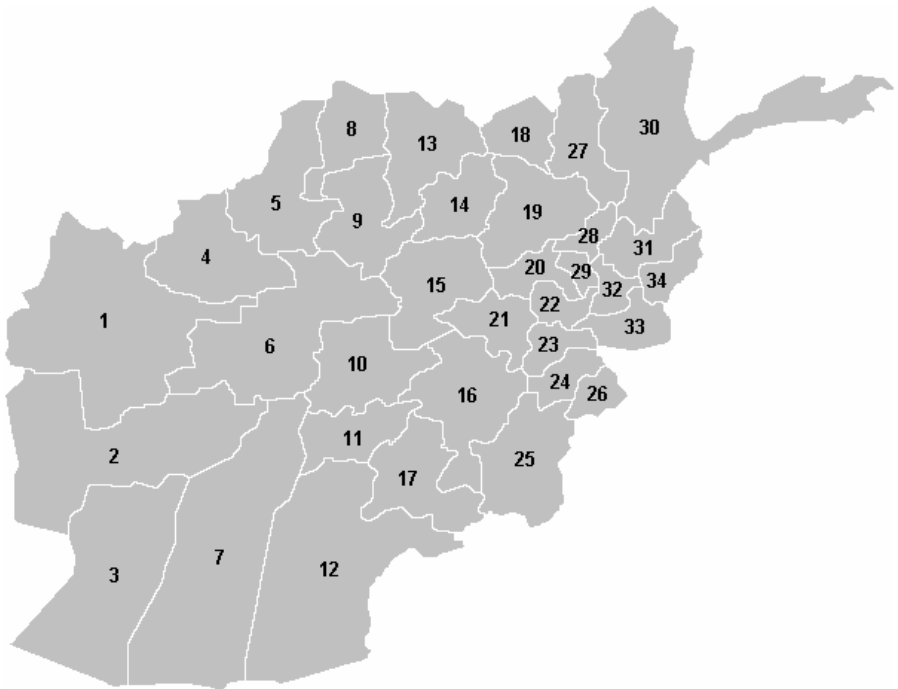
funcionarios, su propio proyecto político, en definitiva, es también –o se aproxima mucho a ser, porque trazar fronteras es más difícil de lo que parece- algo así como un Pastunistán⁵. En realidad, es imprescindible que no nos dejemos seducir por los mapas de hoy, si queremos entender lo que estaba sucediendo (y, de paso, si queremos entender, también, lo que todavía sucede, pese a lo que digan los mapas de hoy). El embrión de Estado afgano tenía la capital en Kandahar, como se ha dicho, pero incluía también zonas pastún que hoy pertenecen a Pakistán y que entonces fueron incorporadas al reino neonato. Es el caso de enclaves como Qetta y hasta Peshawar, aunque esta ciudad fue difícil de consolidar, siempre objeto de dimes y diretes. Por eso, algunos analistas comentan, con razón, que ese embrión de Estado afgano no era sino “una confederación tribal pastún” (Harrison, 2008: 4), de forma que, a la postre, “en los primeros tiempos, ser afgano y pastún era lo mismo” (Rashid, 2009: 10). En realidad, otros analistas apuntan que la sinonimia es aún más antigua. Es decir, aún en los tiempos en que no había ni siquiera un embrión de Estado en suelo afgano, los términos pastún y afgano ya eran intercambiables (Ewans, 2002: 4). Mucho antes de 1747, quiero decir. Pero esos mismos autores añaden que esa situación se prolongó durante poco tiempo, una vez creado lo que debería haber sido la culminación de esa sinonimia. Ahora bien, cabe preguntarse, ¿por qué?

Básicamente porque el reino durrani nació con mucho brío y, como suele suceder en estos casos, fue víctima de su propio éxito. O de su ambición coronada por el éxito. En efecto, rápidamente se extendió hacia el Punjab (hoy también parte de Pakistán) y hacia Cachemira (hoy, en buena parte, territorio de la India, aunque bajo disputa). Y no tardó en ser más aguerrido todavía para, asemejándose a esos imperios que quizá no llegaron a ser Estados (por paradójico que pueda parecer a primera vista), tratar de extender sus incipientes y de hecho aún no definidas fronteras en dirección a esa frontera natural, fácil y clara que es el río Amu Daria. Sí. Todo esto tenía lógica. Así que ahí trasladaron, casi al galope, su lengua pashtu o pastún, su sunnismo heredado de Qais, el acompañante de Mahoma, y su código de honor, el célebre *pashtunwali*, conocido por su rigidez y por su contundencia -así como por su hipersensibilidad, o la de sus gentes-.

⁵ Pastunistán también ha sido conocido como Patanistán, ya que a los pastunes también se les denomina patanes.

Pero, ¡ay! Las tierras a las que aspiraban no eran pastún. ¡Qué se la va a hacer! Las cosas son como son. Claro que eso no fue obstáculo. Al revés. La fortuna, por fin, les sonreía. Deseaban ocupar su lugar en la historia. Y probablemente lo merecían después de observar, durante siglos, como otros pueblos más poderosos les pasaban por encima sin pedirles permiso. Las tribus pastún reunidas estaban adquiriendo protagonismo, por fin. Ahora bien, como decíamos, las cosas son como son. Y ocurre que esas tierras hacia las que ahora se dirigían amenazadoramente desde el sur eran más bien las depositarias de esa sedimentación a la que antes hacía referencia. De una sedimentación milenaria de la que se habían encargado, más inadvertidamente que otra cosa, tanto persas como mongoles.

MAPA ADMINISTRATIVO DE AFGANISTÁN



| | | |
|-------------|-------------|--------------|
| 1 Herat | 13 Balkh | 25 Paktika |
| 2 Farah | 14 Samangan | 26 Khost |
| 3 Nimruz | 15 Bamiyan | 27 Takhar |
| 4 Badghis | 16 Ghazni | 28 Panshir |
| 5 Faryab | 17 Zabul | 29 Kapisa |
| 6 Ghor | 18 Kunduz | 30 Badakhsan |
| 7 Helmand | 19 Baghlan | 31 Nuristan |
| 8 Jawzjan | 20 Parwan | 32 Laghman |
| 9 Sar-e-Pul | 21 Wardak | 33 Nangarhar |
| 10 Daykundi | 22 Kabul | 34 Kunar |
| 11 Uruzgán | 23 Logar | |
| 12 Kandahar | 24 Paktia | |

En efecto, ahí vivían otras gentes. Como los tayikos, beneficiarios de una enorme influencia cultural persa. Los tayikos residen sobre todo en Badakhsan, en las cercanías de Kabul y de Herat, en Kohistan y en el valle del Panshir. Este último enclave ha sido tradicionalmente su último reducto en caso de dificultades. Los tayikos, a diferencia de los pastún, constituyen un colectivo más adaptado a la vida urbana. Ello ha implicado que sean hábiles comerciantes y magníficos artesanos. A diferencia de los pastún, sus estructuras tribales son menos marcadas. En realidad, los tayikos han demostrado ser más flexibles, adoptando formas y costumbres de sus vecinos con más facilidad y con más naturalidad. Hasta el punto de que los “heratis”, los “kabulíes” o los “panshiris” constituyen subgrupos enriquecidos por las diversas influencias recogidas de sus respectivos entornos (Jawad, 1992: 11).

También es muy relevante el colectivo hazara, de cuyos miembros se dice que son descendientes de los mongoles o, más bien, de un mestizaje entre los auténticos mongoles y la población nativa del Hazarajat, zona montañosa en el centro del actual Afganistán que constituye su tierra por excelencia⁶. Por este motivo los hazaras

⁶ También es notorio el territorio dominado por los aimak. Este colectivo suele ser integrado en el tayiko. Aunque sus miembros poseen algunos rasgos físicos mongoles, se trata de dari-hablantes de religión sunnita.

poseen rasgos físicos muy marcados –sobre todo faciales- delatadores de su ascendencia. El hazara es un pueblo eminentemente rural, dedicado a actividades agrícolas y de pastoreo, generalmente de subsistencia, y que ha ido acercándose a las ciudades a regañadientes, con el fin de desempeñar funciones serviles.

Lo cierto es que esos pueblos tenían sus propias lenguas, puesto que los tayikos hablan dari (dialecto del farsi o persa) y los segundos hazaraji o hazara, que, de todos modos, es a su vez un dialecto del dari⁷. Además, en el caso de los tayikos, hay que añadir que ellos se consideraban culturalmente superiores a esos pastún que bajo la dirección de Ahmad Shah Durrani se acercaban armas en mano a sus tierras. En realidad, lo siguen haciendo. Tanto por el hecho de que, en comparación con el dari, “consideraban el pastún un idioma vasto y malsonante” (Raich, 2002: 68) como por la consciencia de que su tradición en las artes y las letras era mucho más antigua y profunda que lo que podía ser la pastún. De hecho, varios poetas sufíes habían engrandecido la leyenda persa desde el siglo XI (como Abdullah Ansari) y desde el siglo XV (con Abdul Rehman Jami). De lo que no existe la menor duda, al margen de otras disputas más discutibles, es que el dari, por el hecho de ser un dialecto directamente derivado del persa, era (y sigue siendo) una lengua mucho más extendida, respetada, entendible y afamada que el idioma pastún⁸.

⁷ Más concretamente, se trata de un derivado del dari pero con muchas incrustaciones de lenguas turcómanas –especialmente kirguises- y mogoles. Pero el incuestionable componente dari provoca que en algunas publicaciones se diga que los hazaras hablan dari, sin más. En todo caso, parece evidente que su cultura está más próxima a la herencia persa que tiene en los tayikos a su principal legatario afgano, que a la tradición pastún.

⁸ En realidad, en Afganistán se ha producido un hecho muy curioso, del que conviene tomar buena nota. Se trata de que ante la dificultad para corroborar la ascendencia étnica de ciertos colectivos, se ha procedido a identificar como tayikos a todos los dari-hablantes de difícil o discutible ubicación. Más allá de casos individuales, ello ha afectado a colectivos como el de los aimak. Estas gentes, en efecto, podrían ser fácilmente considerados como un colectivo intermedio entre los tayikos y los hazara. Sobre todo en lo que se refiere a sus rasgos fisiológicos. Pero en muchas publicaciones aparecen referenciados, simplemente, como un subgrupo tayiko. Eso se debe, pues, a su lengua o, de modo más completo, a la combinación de lengua y religión (son sunnitas). Como quiera que esto ha llegado al nivel oficial de los censos, cabe entender que, en Afganistán, la categoría de “tayiko” se haya terminado convirtiendo en una categoría residual o, lo que es lo mismo, en un auténtico cajón de sastre.

En lo que a religión se refiere, el panorama tampoco iba a ser fácil de gestionar. Por una parte, la mayoría de los tayikos eran tan sunníes como los pastún, aunque entre ellos también se había desarrollado una versión del chiísmo, conocida como ismaelismo que era considerada como heterodoxa entre el núcleo más numeroso de seguidores de Alí. Los reductos ismaelitas más importantes se hallan en la provincia de Badakhsan, la más oriental de Afganistán. En ocasiones se alude a ellos como los “tayikos de las montañas”. Y, además de su peculiar práctica religiosa, se caracterizan por hablar dialectos locales que, de por sí, los diferencian del grupo central de tayikos afganos.

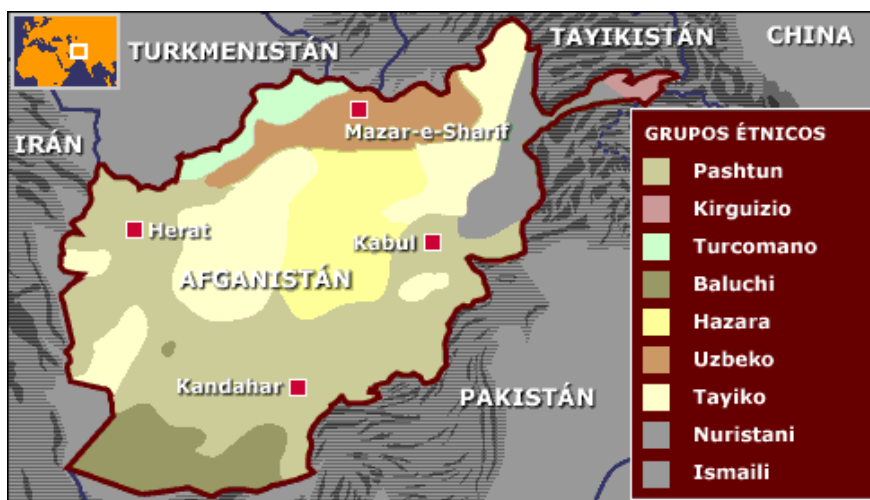
Por su parte, los hazaras sí eran, en su inmensa mayoría, partidarios de la rama principal del chiísmo⁹. Con lo que estamos ante unos descendientes de los mongoles que profesan la religión que terminó abrazando Persia. Una muestra excelente de la amalgama afgana. Y un signo inequívoco (uno más) de que la tarea que emprendían los pastún iba a estar repleta de incertidumbres. Por no recordar el caso, ya esgrimido, de los nuristanos. Pero los pastún no desfallecieron. Como quiera que sus jinetes al mando de Ahmad Shah Durrani no se detenían y el río Amu Daria era la referencia hacia el Norte, llegaron también a zonas habitadas por pueblos turcómanos, siendo el más numeroso de ellos el de los uzbekos. Estos, por lo menos, no parecía que fuesen a plantear graves dilemas religiosos al resto de colectivos –salvo los hazaras, claro-, pues también son sunnitas. Sin embargo, hablaban su propia lengua, que nada tenía que ver ni con el pastún, ni con el dari. Además, sus tradiciones eran completamente diferentes a las de sus vecinos. En este sentido, tendremos ocasión de ir comprobando como los turcómanos de Afganistán han contribuido (y siguen haciéndolo) a que esta suma de aportaciones permita que algunos analistas vislumbren Afganistán como una auténtica “pesadilla antropológica” (Arney, 1990: 4). Pero el caso es que Ahmad Shah Durrani pudo con todo. Y con todos. Al menos de momento.

Finalmente, allí donde las monturas agotaron su cabalgata triunfal, en la ribera sur del río Amu Daria, el rey victorioso llegó a un

⁹ Aunque no podemos omitir que también existen algunos hazaras sunnitas, sobre todo en las provincias de Badghis y Baghlan.

acuerdo con el emir turcómano de Bukhara. Acuerdo que podría ser explicado como el primer tratado fronterizo de la primera versión del Estado (o del proyecto de Estado) afgano. De esta manera, el monarca se llevó a Kandahar, la capital del nuevo reino –casi un imperio- dos trofeos, uno físico (geográfico) y otro también tangible, pero de índole algo más espiritual. El primero, el reconocimiento exterior de su codiciada frontera norte. El segundo, muy importante hasta el día de hoy, era una capa que el profeta Mahoma habría utilizado en su día y que le fue entregada por el emir de Bukhara como prueba de buena voluntad y quizá para seguir conservando, al menos, una parte de sus tierras. Esa capa fue depositada, desde entonces, en la mezquita kandahari de Kherqa Sherif Ziarat y se ha convertido, atendiendo a aquella donación, en un doble símbolo, a saber, en un símbolo del primer Estado afgano pero también, con toda probabilidad, en un símbolo de las conquistas pastún, esto es, del pueblo que lleva la sangre de Qais, el acompañante de Mahoma. O, dicho con otras palabras, símbolo de cierta manera de entender Afganistán... que también llegará a nuestros días.

MAPA ETNOGRÁFICO DE AFGANISTÁN



Cuando uno se adentra en esta fascinante historia y puede cotejarla con los marcos teóricos ofrecidos por la ciencia política, advierte de inmediato que es muy difícil que en tan poco tiempo y tras

tanta conquista, se consiga la estabilización de algo que se asemeje a un Estado, de acuerdo con la definición que venimos manejando. En realidad, el primer proyecto de Estado afgano era sólo eso, un proyecto. Y no podía ser otra cosa. La sensación que se tiene es que su arquitectura básica *qua* Estado, con un sistema tributario, un ejército formado por tropa o, al menos, por una oficialidad profesional y permanente, un derecho positivo y un sistema judicial que alcancen todo el territorio y demás atributos, estaba lejos de poder alcanzarse en tan poco espacio de tiempo, con el añadido de tantas y tan dispares anexiones. Como así fue. La (prácticamente inexistente) estructura estatal no estaba preparada para tanto esfuerzo. Y Afganistán –ese primer proyecto de Estado afgano– apenas va a poder controlar, de facto, muchos de los territorios que oficialmente quedan bajo su por otra parte enclenque caparazón.

Muy al contrario, Ahmad Sha Durrani no logró en ningún momento que sus conquistas fueran provistas del entramado institucional que permitiera que sus herederos las sostuvieran. Algunos analistas consideran que eso no tiene nada de extraño. Sobre todo si recordamos que, en el fondo, el monarca no era más que un líder tribal, que aplicaba la lógica tribal, según la cual las conquistas descansan sólo sobre el genio del líder y se asume que pueden declinar al mismo ritmo que desaparece esa circunstancia (Tanner, 2009: 123). De hecho, a medida que Ahmad Sha Durrani avanzaba, solía buscar acuerdos con los gobernantes de los territorios que iba incorporando a su deletéreo reino, de modo que les permitía seguir en sus puestos a cambio de un vínculo que recuerda al vasallaje feudal. Así aconteció, por ejemplo, con Mir Mannu (mongol) en Lahore, o con Alamgir (también mongol) en Cachemira, o con Shah Rukh (persa) en Khorasan... Estos hechos, y otros similares, podrían ser leídos, benevolentemente, como un signo de la magnanimidad del monarca. Quizá. Pero dadas las circunstancias y atendiendo a lo sucedido desde entonces hasta el día de hoy, parece más razonable interpretarlos como una señal evidente de su impotencia. Sea como fuere, lo cierto es que la agonía del efímero imperio de Ahmad Sha Durrani comenzó al mismo tiempo que su creador pasaba a mejor vida, hecho acaecido en 1772.

CAPÍTULO 2

UNA NACIÓN CON UN PARTO COMPLICADO

Las dificultades con las que se encontró Ahmad Sha Durrani tienen mucho que ver con su incapacidad para construir un Estado. Ciertamente. Pero hemos tenido ocasión de comprobar que, aún en las mejores circunstancias, la realidad afgana contiene una elevada complejidad en el terreno sociológico y etnográfico, de forma que este hecho constituye por sí mismo un reto para cualquier gobernante. Por eso conviene que nos detengamos en analizar las implicaciones que esto tiene en clave política. En esta línea, quizá sea conveniente traer a colación el otro concepto de la ciencia política que nos interesa emplear y cotejar con la realidad de Afganistán, que es el de nación.

La pregunta fácil sería del tipo ¿Afganistán lo es (por ahora me interesa analizarlo en el momento de su nacimiento, lo demás lo discutiremos en el capítulo correspondiente)? O, ¿tiene, al menos, capacidad –mimbres, diríamos- para llegar a serlo? Ante todo, vaya por delante que como es sabido, o al menos intuido, Estado y Nación no son conceptos equivalentes. Pero eso tampoco significa que no puedan coincidir en lo empírico. Es decir, cuando hablamos de Estado-Nación presuponemos, aunque sea mediante una presunción *iuris tantum* (de las que admiten prueba en contra) que existen casos en los que coinciden las fronteras del Estado y las de la Nación. Y a fe que en ocasiones no es posible encontrar la prueba en contra. Por lo tanto, en efecto, un Estado (de los que ya sabemos lo que es) puede ser nación y una nación puede ser Estado. Otras veces, en cambio, esa coincidencia no existe. Pero, ¿qué sucede en el caso de Afganistán? Sabemos que cuando nace como Estado, todavía no lo es (es sólo un proyecto de Estado). Pero, ¿era ya una nación o algo muy próximo a ese ideal?

Como siempre en estos casos, es imprescindible contar con una definición de nación. Así que para poder seguir avanzando, es preciso que nos hagamos con alguna, o algunas definiciones –porque hay más

de una- que nos puedan ser de utilidad. Sólo después podremos tratar de comprender, con un mínimo de rigor, si el Afganistán de finales del siglo XVIII adhiere a alguna de ellas.

Sabemos que a la hora de afrontar esta cuestión nos encontramos con dos grandes escuelas. Una de ellas, de origen germánico, está liderada por Herder y Fichte. Conceptualiza la nación como *volkgeist* o “espíritu del pueblo”. De acuerdo con sus parámetros, la nación (o la adscripción nacional de cada quien) es externamente observable de acuerdo con datos objetivos (o empíricos, si se prefiere). Datos que constituirían, precisamente, las señales externas de esa *volkgeist*. De acuerdo con esta escuela, la más importante de esas señales sería el hecho de tener una lengua común, aunque también existen otros elementos útiles para proceder a esa identificación, o para decidir casos difíciles, como las costumbres y tradiciones (la existencia de un derecho consuetudinario compartido, por ejemplo). O incluso la religión, si la entendemos como hecho sociológico con su añadido de ritos, fiestas o santoral específico. No en vano, este es un concepto de nación que muchas veces ha sido referido, creo que con toda razón, como étnico (que no necesariamente racial, dicho sea de paso) o como cultural.

Pero existe una alternativa a la idea precedente. La defiende lo que podríamos definir como escuela francesa, titubeantemente presentada por Siéyès y mucho más desarrollada por la pluma de Renan. En este caso la nación no depende de criterios etno-lingüísticos, ni de ningún otro atributo observable. Más bien depende de la capacidad de articular un proyecto político compartido que abrace, precisamente, a gentes de diversas lenguas, razas (en esa época se decía así) y/o religiones. Renan solía reafirmar su postura a través de una pregunta que en su contexto es retórica: “¿No se puede tener los mismos sentimientos y los mismos pensamientos, amar las mismas cosas, en lenguas diferentes?”. Aunque, por si acaso no quedaba claro a través de esa pregunta, él sentencia: “hay en el hombre algo más fuerte que la lengua: es la voluntad” (Renan, 1997: 77). Ahí está la esencia de su tesis: *querer* una misma realidad política, al margen de otros condicionantes. O, dicho de otra manera, compartir

un proyecto político, trabajando juntos para hacerlo realidad. Eso es lo que define a las naciones¹.

Por cierto, aunque esta idea de nación ya se acerque a la de Estado, todavía está hablando de lo primero. Porque el *querer* de Renan es bastante más que acatar la legislación fiscal y las sentencias de los tribunales. Pero también porque es evidente que existen por doquier Estados multiétnicos que no por ello son naciones. Podrían carecer, en su caso, de ese elemento cohesionador basado en una voluntad de hacer cosas juntos como comunidad política. Dentro de la amplísima familia de los Estados multiétnicos o multiculturales (son la mayoría), algunos la poseen, y otros no. Pero, por otro lado, podría darse el caso de una nación sin Estado compuesta por gentes de diferentes lenguas (por ejemplo) que a pesar de eso deseen fomentar una única unidad política compartida para el día de mañana.²

Entonces, ¿dónde queda el primer proyecto de Estado afgano de Ahmad Sha Durrani, a finales del siglo XVIII? Desde luego, queda en una difícil posición. Razonémoslo. El empuje inicial es pastún, es decir, lo es de una etnia perfectamente localizada, con su propia lengua (no compartida con sus vecinos), su versión del Islam (no siempre compartida con sus vecinos) y su *pashtunwali* (equivalente a un derecho consuetudinario, por no decir que constituye un caso

¹ Los ejemplos son múltiples. Es constatable la realidad multicultural de la inmensa mayoría de los Estados-Nación. Lo relevante aquí es que muchos de ellos funcionan sin excesivos problemas por medio de un pacto constitucional ampliamente consensuado. Aunque a Renan le gustaba trabajar con el ejemplo más palmario, que es Suiza. Nación, sin duda, de acuerdo con su definición, con sus cuatro lenguas y sus tres religiones diferentes a cuestas.

² Ni que decir tiene que entre los dos ideotipos que recupero y ofrezco pueden encontrarse varias hibridaciones desarrolladas en siglos posteriores y que tratan de ubicarse a modo de tercera vía entre ambas tesis. Pero estas vías medias tratan de recoger las cualidades básicas de los dos ideotipos, con lo cual lo que sí podemos afirmar es que si no se da ninguna de las características esgrimidas por boca de las dos tesis básicas, difícilmente se podría hablar de nación en clave de ciencia política. Un ejemplo de vía media lo ofrece John Stuart Mill en el capítulo correspondiente de su obra *Del Gobierno representativo*, cuando advierte que “puede decirse que las nacionalidades están constituidas por la reunión de hombres atraídos por simpatías comunes (...) que les impulsan (...) a desear vivir bajo el mismo gobierno”, pero seguidamente añade que esas simpatías pueden tener como causa la raza, la lengua, la religión, etc (Mill, 1994: 182). Así, en última instancia decide la voluntad, pero sería un grave error ningunear las cuestiones de corte étnico.

arquetípico de dicho fenómeno, que tampoco es compartido con sus vecinos). Por lo tanto, parece que adhiere bien al concepto *volkgeist* de nación. Otro debate, en el que no entraré, se refiere a si los pastún ya podían ser calificados como “nacionalistas”. Eso es más complicado por otros motivos, pero básicamente por el hecho de que en aquellas fechas (mediados del siglo XVIII) es posible que el nacionalismo, entendido como ideología, no existiera en ninguna parte del mundo (tampoco en Europa, por cierto). Con todo, es perfectamente posible que la nación, entendida como dato objetivo (o empírico, si se prefiere) ya exista de acuerdo con las indicaciones de la tradición *volkgeist*, que aquí hemos recogido a efectos analíticos. De hecho, esta es la hipótesis de trabajo de la cual parten Herder y Fichte, que a fin de cuentas son los creadores del modelo. Si esto es así, aún podríamos tratar de salvar una posible nación afgana por la sencilla razón que el proyecto inicial era un proyecto pastún, y los pastún constituirían una nación *volkgeist*, incluso con independencia de la conciencia que tuvieran de ello. Esto es, al menos, algo encajable en la ortodoxia académica.

Quizá sea así. Pero la realidad es que, como hemos visto, los pastún encabezados por Ahmad Shah Durrani tuvieron mucho éxito. Demasiado. Y si los pastún son una nación (habría que estudiarlo más, pero hemos visto que al menos disponen de esos mimbres a los que aludíamos), parece evidente que el Afganistán que surge de esa expansión ya no se sujeta bien, para empezar, al concepto de nación *volkgeist*. Es imposible, a todas luces. Cada grupo con su lengua, con sus tradiciones (no sólo ni principalmente derivadas de la religión), y con su religión también diferente, en ocasiones. E, incluso, en algunos casos, con marcadísimos rasgos físicos diferenciales. Al ampliarse, los dominios pastún pierden la homogeneidad necesaria para el caso. La nueva realidad es multicultural. Objetivamente considerada. Así que el primer concepto de nación ya no nos sirve. O, dicho de otra manera, lo que ocurre es que ese Afganistán agrandado forjado por Ahmad Shah Durrani –que es muy parecido al actual Afganistán– sería susceptible de integrar varias naciones *volkgeist* diferentes. Así ocurre si se desea ser consecuente con el discurso *volkgeist* y sus propias exigencias.

Pero, ¿qué ocurre con el segundo concepto de nación? Al ser más flexible en lo etnográfico, ¿podría ser útil para afrontar el caso afgano? Podría ser, desde luego. Porque la ventaja del segundo

concepto para los Estados multiculturales reside, obviamente, en que esa multiculturalidad deja de ser un impedimento *ab initio* de cara a su posible consideración como naciones. Por el contrario, deja las puertas abiertas a que sobre esa heterogénea base -y a pesar de la misma- se levante un ideal político común que fuese querido -como diría Renan- por sus diferentes componentes. Con lo que, de este modo, deja las puertas abiertas para que ese ideal madure finalmente en forma de Estado o, como sería el caso de Afganistán en sus albores, deja la puerta abierta a que la existencia de ese ideal nacional compartido contribuya decisivamente a que un mero proyecto de Estado acabe siendo un auténtico Estado-Nación (multiétnico, porque objetivamente es así) con todos sus atributos.

Lógicamente, aquí el problema reside en que la expansión pastún, en esa especie de huída hacia adelante, fue una expansión esencialmente militar. Seguramente no hay mucho que objetar. Estamos en Asia central, en pleno siglo XVIII. Así eran las cosas. Pero pretender que los tayikos, hazaras, uzbekos y otros grupos se sumaron a la aventura voluntariamente o, cuanto menos, de buena gana, es algo no probado y, de hecho, es algo improbable. Aún así, no quisiera cerrar esta puerta definitivamente. De hecho, creo que la apuesta de Renan puede ser, a día de hoy, la tabla de salvación de Afganistán (y de tantos otros Estados multiculturales con problemas de “encaje” de minorías étnicas/culturales). Porque las cosas, como decíamos antes, son como son. No nos podemos permitir el lujo de inventarlas, pero sí el de reinterpretarlas... con el permiso de los interesados, claro. En este sentido, el “gran Afganistán” que surge tras la galopada de Ahmad Shah Durrani y sus huestes, ese Afganistán que no es un auténtico Estado, todavía puede ser una nación, pese a su carácter multiétnico. Y, si lo llegara a ser, quizá podría mejorar también (paralelamente) *qua* Estado. Porque a un Estado que es nación (o que está en el buen camino para serlo) le resulta mucho fácil ser también un buen Estado, fiel a la fórmula que he esbozado unas páginas más atrás.

Ahora bien, no hay que lanzar las campanas al vuelo. Nada de eso. Porque, aunque esto de que una amalgama de etnias diversas se transforme en una nación que merezca este nombre sea perfectamente factible, la verdad es que no es necesariamente fácil. Para lograrlo, si los afganos de diferentes etnias, lenguas, religiones y tradiciones

seculares realmente desean vivir juntos -políticamente hablando- todos tienen que poner algo de su parte. Entonces, la última pregunta a plantear sería algo así como: ¿fue ésta la apuesta de los rectores de la política afgana? O, lo que es lo mismo, ¿fue ésta la apuesta del Afganistán de los Durrani? Para tratar de responderla, será preciso que recuperemos el hilo conductor de la historia de Afganistán donde lo habíamos dejado.

Lo cierto es que los pastún en el poder no hicieron mucho por generar aquiescencias entre sus súbditos no-pastún. De hecho, suele decirse que no hicieron mucho, ni siquiera, para contentar a los pastún Ghilzai, tradicionalmente marginados a la hora de ocupar los cargos públicos de la incipiente y enclenque administración. Por lo pronto, sí se dieron cuenta de que dada la subrepticia ampliación de la monarquía neo-nata, sería conveniente trasladar la capital de Kandahar a Kabul, evento que se producirá en 1774, bajo el reinado del hijo y sucesor del fundador -Timur Shah-³. Kabul es otra cosa. Todavía está cerca de la zona pastún pues, a través del no muy distante paso del Khyber, conecta con Peshawar. Pero ya no es parte de su tierra natal. Por el contrario, pronto devendrá la típica capital multicultural. Con el tiempo se ha llegado a hablar de la existencia de una identidad “kabulí”, por ejemplo. Eso sí, el dominio que los durrani han ostentado en los círculos de poder ha sido siempre avasallador. Lo fue desde el primer momento. Los durrani ocupaban los cargos públicos de forma casi exclusiva. Los tayikos estaban demasiado lejos y los hazaras estaban muy mal considerados, en parte por motivos religiosos, en parte debido a que se encontraban entre los colectivos más pobres y menos influyentes. Otras minorías residentes en las cercanías, como los nuristanos o kafires, se encontraban en una situación similar.

Así que, en general, el siglo XIX no fue una buena época para el proyecto de Estado afgano salvo, quizá, sus últimos veinte años⁴.

³ De hecho, Kabul recibía los honores, pero sólo era la capital “de verano”, mientras que Peshawar pasó a ser la capital “de invierno”.

⁴ Aunque este libro no pretende reconstruir la historia de Afganistán, puede ser interesante para el lector saber que Timur Shah, quien gobernó hasta su muerte, acaecida en 1793, se caracterizó por ser un monarca apático, más preocupado por disfrutar de los placeres de la corte que por asentar antiguas conquistas. Pero a sus sucesores no les fue mucho mejor. Las mismas dificultades por determinar los mejores

Como tampoco lo fue para un proyecto de nación afgana. Ni siquiera en esos últimos veinte años. A lo largo de este período, la debilidad intrínseca a la administración sólo provocó algunos retrocesos en las conquistas previas y, sobre todo, la falta de control efectivo sobre buena parte del territorio. Lo de que el brazo militar del gobierno de Kabul llegaba al Amu Daria era poco más que un eufemismo. Lo cual no impedía la organización de alguna expedición a Cachemira de vez en cuando, a sabiendas de que era muy complicado abrazar definitivamente dicho territorio. Pero esta combinación asimétrica de ambición y debilidad podía significar que la Rusia zarista advirtiera que podía proseguir su expansión hacia el Sur con más facilidad. Así que muy pronto llegaron los primeros emisarios británicos con la mirada puesta en poner un poco de orden en Asia Central así como para tratar de que Moscú tomara nota de cual iba a ser el límite de su codicia.

Como consecuencia de estas maniobras de alta diplomacia internacional, en fecha tan temprana como 1809 se firmó un Tratado al que se dio un título como mínimo curioso: el “Tratado de Defensa Mutua”, entre Afganistán y el Reino Unido. Claro que, como casi siempre, lo importante no es el nombre sino su contenido. En realidad, la defensa lo era respecto de Francia pero, sobre todo, respecto de la Rusia zarista. En este sentido, ese tratado ya configura lo que será el futuro inmediato del proyecto de Estado afgano: una tierra de nadie cuyo control era objeto de la codicia de una retahíla de enemigos – pese al rimbombante nombre de los tratados- que indefectiblemente resultan ser mucho más poderosos; un “Estado-tapón” entre los dos imperios más briosos de la época, cual es el caso de Rusia y el Reino Unido; una especie, pues, de frontera común con forma de Estado, de

derechos sucesorios entre los candidatos llevaron al territorio a una situación de guerra civil permanente, así como a una refeudalización. El más activo de los emires decimonónicos fue Dost Mohammed. Sin embargo, cuando en 1826 se plantó en Kabul, sólo controlaba una pequeña área que se extendía hasta Ghazni. Es decir, de nuevo tenía que partir de cero. Poco antes de morir, en 1863, había recuperado Herat. Pero ya no podría hacer lo propio con Peshawar. Además, pese a la recuperación de parte de los territorios ya ocupados por sus predecesores, el balance de su *state-building* no puede ser demasiado favorable, habida cuenta de que “él hizo poco para reformar o modernizar tanto la economía de Afganistán como su propio gobierno (...) su administración fue extremadamente rudimentaria y allí no había funcionarios y había pocos registros públicos” (Ewans, 2002: 78). Es evidente que hay cosas que en Afganistán operan como constantes...

miles de kilómetros cuadrados, que delimita el horizonte máximo de las pretensiones de ambos gigantes; o, dicho con otras palabras, una regresión actualizada a esos viejos tiempos de una realidad decididamente pre-estatal que a duras penas había sido abandonada.

Sin embargo, las potencias extranjeras no tienen la culpa de todo lo que le pasa a Afganistán. La mayor parte de males afganos se deducen de pautas endógenas. En este sentido, la sensación que tuvieron los británicos que llegaron a Kabul en 1809 no pudo ser más descorazonadora. Tras más de medio siglo de éxitos rimbombantes (o eso se suponía), allí no había nada que recordara ni por asomo a una administración digna de tal nombre. Los informes de la época relatan que se encontraron ante una país “anárquico” (recordemos que esta palabra significa inexistencia de Estado), sin “cortes de justicia”, “ni algo que recordara a una policía organizada”, no llegando a entender “cómo una nación (sic) puede subsistir a semejante desorden” (Weber, 2001: 60). Esta era la situación antes de que el influjo británico se dejara notar en aquellas tierras. Conviene no olvidarlo.

Por lo demás, esos visitantes pronto descubrirían en sus propias carnes que aunque esas gentes tuviesen dificultades para construir un Estado, o una nación, o ambas cosas, o algo que se pareciera a alguna de ambas cosas, tenían una notoria facilidad para hacer valer su identidad, o la amalgama de identidades que convergen en esas tierras, frente a cualquier intromisión extranjera. Y no lo digo para recordar lo que todo el mundo sabe acerca de las sucesivas derrotas de la Corona británica al norte del paso del Khyber, sino para insinuar que Afganistán se ha parecido un poco más a una nación cuando algún agente externo ha actuado como galvanizador de las gentes que habitan dicho territorio. Cuestión distinta es que eso haya sido suficiente. Pues tendremos ocasión de comprobar que no es así.

De todos modos, los británicos no se quedaron mucho tiempo. Lo de Afganistán fue un caso de protectorado, más que de colonia. De guarniciones comparativamente escasas que, a pesar de su relativa discreción, de vez en cuando soliviantaban a la población local y tenían que hacer precipitadamente las maletas para volver a cruzar ese fatídico paso en dirección a Peshawar, o para morir en el intento. Así las cosas, el Reino Unido no llegó a actuar como, digámoslo académicamente, *federador externo* de las diferentes tribus afganas.

Su presencia, intermitente y escasa, no fue suficiente para que los afganos se pusiesen de acuerdo más allá de algún esfuerzo coyuntural, por lo demás satisfactorio. Así que la anarquía interna en la tierra de nadie prosiguió al tiempo que languidecía ese proyecto de Estado.

O, al menos, así fue hasta la firma del último tratado anglo-afgano, en 1879, que vino casi a coincidir con la llegada al poder de otro monarca (emir) con las ideas claras: Abd-al-Rahman (1880-1901). Como si de un lejano eco del añorado Ahmad Shah Durrani se tratara, el nuevo líder, convenientemente apoyado por un Reino Unido que delegaba en él la pacificación del territorio, se afanó en el intento de crear una auténtica administración civil y militar. Algunos consideran, por este motivo, que en realidad estamos ante el primer intento serio de hacer tal cosa, que como hemos visto es condición de posibilidad de cualquier Estado (Rashid, 2009: 11). Tanto es así que otros plantean la posibilidad de considerar a Afganistán como Estado, en términos politológicos, sólo a partir de la acción de gobierno de este emir (v.gr. Suhrke, 2007: 1294-1295), aunque a la vez enfatizan que seguía tratándose de un “país nacido por defecto, un trozo de tierra que ninguna potencia europea pudo colonizar” (Raich, 2002: 24) como queriendo enfatizar la precariedad del proyecto, incluso en sus momentos de mayor lucidez. Sea como fuere, el objetivo principal de tales reformas era recuperar el control efectivo de la frontera norte, en el río Amu Daria, garantizar la seguridad en todo el territorio y, en la medida de lo posible, imponer un derecho común.

El caso de Abd-al-Rahman es curioso. Antes de acceder al poder vivió años exiliado en suelo del imperio Ruso (en Tashkent), bajo la protección del zar. Así que era considerado como un hombre de Moscú. De hecho, se dice que cruzó la frontera en dirección a Kabul vistiendo un uniforme militar zarista y bien pertrechado de rublos. Sin embargo, los británicos se apresuraron en reconocer sus derechos y ofrecerle ayuda de todo tipo (económica, militar y política) con el fin de atraerlo hacia sus propios intereses. Esta estrategia contemporizadora fue todo un éxito. Porque Abd-al-Rahman va a distanciarse paulatinamente de sus antiguos protectores y, en general, puede afirmarse que va a consolidar una magnífica relación con el Reino Unido. Ni que decir tiene que el cansancio (y los gastos, y las bajas...) provocado en Londres por las dos primeras guerras anglo-afganas fue decisivo a la hora de impulsar esta nueva política afgana,

bastante más suave que las anteriores (Fitzgerald y Gould, 2009: 48). De hecho, algunos expertos sostienen que la decisión británica no fue fruto de ninguna elección, sino de la pura “desesperación” (Tanner, 2009: 217). En todo caso, si el objetivo consistía en mantener cierto control sobre la política exterior afgana sin tener que soportar más bajas, puede decirse que la jugada les salió razonablemente bien.

Probablemente, ocurrió que tanto rusos como británicos vieron en Abd-al-Rahman al hombre perfecto para llevar a buen puerto su pacto bilateral de 1872, por el que se instituía Afganistán como “Estado-tapón”, de un modo bien explícito. Finalmente, como quiera que el estado en el que Abd-al-Rahman encuentra su propio país en 1880 era lamentable, la opción británica también puede ser interpretada como una tentativa *avant-la-lettre* de impulsar una acción de *state-building*. Algo perentorio habida cuenta de que por aquel entonces el gobierno de Kabul sólo controlaba la capital y sus alrededores. Esto significa que la tentativa de construcción de un Estado en Afganistán en la etapa de Abd-al-Rahman constituye un caso de cajón de lo que Charles Tilly define como variante “geopolítica” (o con motor endógeno) en el proceso de creación de Estados (Tilly, 1992: 26-27). De hecho, cuentan las crónicas que cuando Abd-al-Rahman alcanzó el poder, por no tener no tenía ni un palacio desde donde liderar su acción de gobierno. Con lo que tuvo que improvisar un campamento a base de tiendas, en el que quedó ubicada su nada flamante corte. Toda una metáfora del “estado de un Estado” que todavía no era tal cosa... ciento cincuenta y tres años después de que Ahmad Sha Durrani intentara una gesta similar... supuestamente coronada por el éxito. Así que el reto planteado era sobresaliente.

Como todos sus antecesores en el cargo, el nuevo emir era pastún durrani. Esta vez del clan barakzai. Como sus antecesores, pero con mayor énfasis si cabe, su apuesta no pasaba por construir un Estado-Nación afgano multiétnico, sino más bien por consolidar el dominio pastún sobre los territorios poblados por otras etnias. A poder ser tras lograr la reunificación de los propios pastún que, como sabemos, estaban divididos. Así que las primeras conquistas (o reconquistas, según se mire) tuvieron como protagonistas a las ciudades de Kandahar y Herat, y para lograr esta empresa logró movilizar a los pastún ghilzai y a los pastún karlanri. Aunque esas operaciones iniciales fueron un rotundo éxito, las continuas tiranteces

entre durrani y ghilzai provocaron un levantamiento de estos últimos hacia 1886. Así que Abd-al-Rahman decidió llevar a cabo su jugada maestra. Fijó su mirada en las tierras de los hazara que, como sabemos, eran chiítas. Y se propuso intensificar la desarticulación de la minoría hazara. Para lograrlo, Abd-al-Rahman declaró la *yihad* contra los chiítas afganos. Esto le permitió recuperar a los ghilzai para su causa, de una manera bastante más efectiva. Hacia 1888, el Hazarajat había sido sometido mediante una operación en la que durrani y ghilzai se dejaron liderar de consuno por el emir. Pero con esto se enfatizaba una vez más un proyecto de Afganistán esencialmente pastún, y esencialmente sunnita⁵.

Desde ese momento, los descendientes de quienes fuesen orgullosos guerreros de Gengis Khan llegaron por avalanchas a Kabul para “servir como siervos” a los pastún durrani que conformaban la élite política, como siempre, de forma casi monolítica. Pero antes observaron impotentes como les destruían sus mezquitas chiítas en sus propias tierras. O como los Koochi (pastores nómadas que comparten origen pastún) recibían todo tipo de protección y aliento desde Kabul para adentrarse en esas mismas tierras hazaras, muy a pesar de los deseos de los lugareños y de sus intereses agropecuarios (Griffin, 2001: 335-336). De hecho, la política de Abd-al-Rahman incluía una auténtica repoblación con personal perteneciente a las tribus pastún del sur que afectaba, sobre todo, a tierras tayikas y hazaras, así como de las otras minorías (como la uzbeka) que tras su éxito iban a quedar definitivamente encajadas en el nuevo Estado. Este hecho, efectivamente, ya no iba a conocer marcha atrás.

Los afectados fueron casi siempre pastún ghilzai, que en número de decenas de miles fueron conminados a abandonar sus tierras natales para establecerse definitivamente al norte de la cordillera del Hindu Kush, precisamente para encargarse de las tierras hasta entonces en manos de las demás minorías étnicas (Ewans, 2002:

⁵ De todas formas, se registraron insurrecciones de los hazara entre 1891 y 1893. Asimismo, Abd-al-Rahman combatió con éxito a los uzbekos en 1888. Y fue el artífice de la islamización del Nuristán, de la que hemos hablado más atrás, culminada en 1896. Según parece, fue especialmente duro en su trato con los hazara y los nuristanos, y algo más condescendiente con los uzbekos –por ser suníes- (Jawad, 1992: 15). En este sentido, puede decirse que su trayectoria como gobernante fue muy similar a la seguida por Ahmad Shah Durrani. Aunque algo más contundente.

102). De esta manera, Abd-al-Rahman lograba debilitar a sus incómodos aliados ghilzai en el sur del territorio –dejando el terreno más libre a la hegemonía durrani- a la par que incrustaba hábilmente auténticos caballos de Troya en unos territorios que siempre se le resistían, ya que una vez reubicados en el norte los ghilzai reforzaron su idiosincrasia pastún (Tanner, 2009: 218). Por lo demás de esta manera Abd-al-Rahman cumplía con su compromiso de reducir la influencia de las tribus y de los mulás *en cuanto tales*, al incorporar sus respectivas lógicas, más sectoriales, en un gran proyecto político de ámbito estado-nacional de corte más clásico⁶.

Lo cierto es que la deriva de estas decisiones todavía se deja notar a día de hoy en clave política. De hecho, algunos analistas consideran que la penetración talibán llevada a cabo en época muy reciente hacia zonas teóricamente hostiles se vio favorecida por la existencia de los islotes pastún que fueron creándose en tierras tradicionalmente habitadas por otros colectivos a partir de la época de Abd-al-Rahman (Marsden, 2002: 40). Ni que decir tiene que con esta, digamos, segunda tentativa sería de “hacer Estado”, se estaban volatilizandando las posibilidades de que el concepto de nación de Renan (que, curiosamente, estaba elaborando dicha tesis en esos mismos días, pues es coetáneo de Abd-al-Rahman) llegara a buen puerto en Afganistán. No por el hecho en sí del contacto entre diferentes etnias – que es condición apropiada para el concepto renaniano- sino por el modo en que se produce dicho contacto –que tiende a impedir la adecuación de esa condición-. Más bien parece que en ese momento, como en otros casos a lo largo de la historia de Afganistán, se estaba llevando a cabo una apuesta, aunque arriesgada, en favor de un Estado-Nación pastún.

Pero la apuesta en cuestión se vería muy pronto lastrada por otros hechos que acontecen paralelamente. Porque los británicos seguían su propia lógica. Ayudaron a Abd-al-Rahman, pero según sus

⁶ Cuando este emir llegó al poder, hacía muy poco tiempo que el ejército afgano había pasado a ser un ejército uniformado (así se hizo sólo tras el gobierno del emir Sher Ali, en los años setenta del siglo XIX). Aún así, para su desagradable sorpresa, las tropas eran escasamente leales a su autoridad, debido a que continuaban ancladas en una lógica de sumisión basada en la lealtad a sus respectivas tribus. Es decir que, en el fondo, pese a algunas apariencias, Afganistán ni siquiera había abandonado la lógica feudal.

propios intereses. Efectivamente, no reforzaban Afganistán para hacerle ningún favor a Afganistán. Ni mucho menos para reforzar a las tribus pastún, que habían hecho gala de su belicosidad contra la Corona en muchas ocasiones, y a ambos lados del paso del Khyber. De esta manera, aprovechando la situación de Protectorado que existía en Afganistán y de Dominio que existía sobre la India, los británicos van a forzar la firma de un Tratado de importancia capital cuyos efectos, como los de todo lo que estoy destacando, siguen plenamente vigentes. Me refiero al establecimiento de la célebre línea Durand, en 1893. Lleva este nombre en honor de Sir Mortimer Durand, el diplomático británico encargado de gestionar el establecimiento de una frontera entre el Afganistán casi-independiente (salvo para trazar sus propias fronteras, por ejemplo) y la India⁷.

Pues bien, esa frontera no hace otra cosa que seccionar en dos partes la zona pastún. De este modo, algunas posesiones del antiguo emirato afgano quedan del lado británico. Así que décadas más tarde quedarán incorporadas al actual Pakistán. El caso es que los afganos pueden ir olvidándose de Qetta y de Pesahawar. En realidad, pueden irse olvidando de la franja que las comunica. Como es evidente, se trata de un duro golpe para las aspiraciones de Abd-al-Rahman referentes a la posibilidad de consolidar una suerte de “Afganistán&Pastunistán-colonizador-de-pueblos-vecinos” (Nazif Shahrani, 2009: 173-174) en la medida que este recorte va a provocar que los pastún ni siquiera sean mayoría en el Estado al que tratan de dar forma y, quizá, identidad. En realidad, esos sucesos han impactado en la actual distribución étnica afgana, no sólo debido a que provocaron *ipso facto* una disminución de efectivos pastún, sino también porque desde entonces los miembros del colectivo pastún afgano han aprovechado esta circunstancia para huir hacia suelo pakistaní cada vez que los recurrentes conflictos internos afganos lo han requerido. Así que hoy por hoy los pastún afganos sólo son la

⁷ En la época, hubo otros sucesos derivados de la situación de Protectorado que demuestran la escasa sensibilidad británica por los asuntos afganos (por decirlo simpáticamente). Me refiero al hecho de que Londres llegó a ofrecer Herat a Persia (sic) a espaldas del gobierno afgano, aunque en esa ocasión las gestiones no llegaron a buen puerto. Por otro lado, el tiralíneas británico demostró hasta qué punto las cosas se hicieron sin atender a los intereses locales en la medida que en varias ocasiones la casa de un agricultor quedó a un lado de la frontera mientras que sus tierras quedaban ubicadas en el otro lado de la misma (¡?)...

minoría mayoritaria en el seno de un Estado étnicamente fraccionado. Ni menos, ni más. En el siguiente cuadro recojo algunos datos indicativos de esta realidad multicultural. A sabiendas de que las cifras exactas son muy difíciles de cerrar ante la práctica ausencia de censos fiables. Y ante las dudas que arrastran algunos censos elaborados en la época soviética. De ahí las horquillas empleadas.

| Minorías étnicas afganas | % sobre población total |
|---------------------------------|--------------------------------|
| Pastún | 38-42% |
| Tayika | 25-27% |
| Hazara | 10-12% |
| Uzbeka | 9-10% |
| Otras | 9-18% |

Todo eso complica más, si cabe, la ya de por sí difícil viabilidad del dominio durrani, al menos tal y como parecía entenderlo el emir. Un emir que, dicho sea de paso, insistía en que ese tratado fronterizo se trataba tan solo de un acuerdo provisional entre dos Estados soberanos y en que dicho pacto sólo se refería a una distribución de responsabilidades relativas a la gestión y el control de las fronteras (Raich, 2002: 68). Con lo cual, pretendidamente, esa coordinación se seguía efectuando sobre suelo enteramente afgano. Pero lo cierto es que hoy en día esa frontera “provisional” sigue formalmente vigente aunque, lógicamente, ya no separa Afganistán de la India británica, sino de Pakistán.

Eso sí, digo “formalmente” vigente porque para muchos pastún esa frontera ha sido papel mojado, sigue siéndolo y, desde luego, a día de hoy ellos se comportan de forma coherente con esta postura, desafiando a dos Estados que a estas alturas ya deberían ser algo más que proyectos de Estado. Es más, después de los años transcurridos, muchos pastún consideran que la pasividad de Abd-al-Rahman, demasiado preocupado por no soliviantar al Reino Unido, constituye un acto de traición (Ghaus, 1988: 16). Las malas lenguas añaden que quizá tuvo algo que ver en ello el hecho de que en aquellas fechas, tan decisivas, el subsidio que los británicos le entregaban al emir pasara subrepticamente de 1,2 millones a 1,8 millones de rupias (Ewans, 2002: 108). De esta manera, cuando Abd-al-Rahman fallece de muerte natural en 1901, deja un balance ambivalente. Pero eso no empece el hecho de que, gracias a su gestión, por fin Afganistán estuviera a las

puertas de la consolidación como Estado. Con el lastre, claro, de un proyecto demasiado pastún para un país en el que los pastún ya ni siquiera eran mayoría.

Así que, a pesar de los pesares, Abd-al-Rahman ha pasado a la historia como el “Emir de Hierro”. Su gobierno fue dictatorial, algunos opinan que maquiavélico. En realidad, se trató de una monarquía a la vieja usanza, forjada mediante un férreo control directo de las fuerzas armadas y mediante el fomento del cesaropapismo en clave religiosa. Nada nuevo bajo el sol, si lo comparamos con lo que durante siglos hicieron las monarquías cristianas europeas. Quizá la novedad, vista con ojos occidentales, es que este modelo alcanzara el siglo XX. Pero esa es una novedad muy relativa. Sea como fuere, desde entonces las bases de un nuevo Estado ya están sentadas. En muchos aspectos, Abd-al-Rahman interpretó adecuadamente la realidad. Se opuso a la extraña y a veces inextricable mixtura de señores feudales, asaltantes de caminos y jefes tribales que hasta entonces impedían la consolidación de una administración eficaz. O, a veces, simplemente, de una administración (Dupree, 1997: 419). A cambio, generó una red de funcionarios públicos que llegaba a todas las provincias y estableció los primeros tributos estatales auténticamente operativos (Fitzgerald y Gould, 2009: 50). Con ellos y las ayudas británicas logró poner en pie un ejército conscripto que pudo mantener el orden interno durante años. Es destacable el hecho de que también se opusiera a la maraña de mulás que con su discurso entorpecían esa acción unificadora de gobierno, Corán en mano. Los consideraba ignorantes del Islam y contrarios a los principios de Mahoma (Ewans, 2002: 101). Así que él mismo se erigió como el supremo intérprete de los textos sagrados. De esta manera, Afganistán pudo iniciar el despegue como Estado y se vio con fuerzas para ocupar un lugar propio en la escena internacional.

Consecuentemente, el protectorado británico tenía las horas contadas. Su extinción se formaliza en 1919, a través del Tratado de Rawalpindi, no mucho después de la finalización de la primera guerra mundial y tras una breve guerra anglo-afgana⁸. Los últimos años de

⁸ Hubo, en total, 3 guerras anglo-afganas. La primera en 1839-1842, la segunda en 1878-1880 y la última, como se ha indicado, en 1919, de la cual surge la plena independencia de Afganistán. Las dos primeras tuvieron que ver con el recelo de los británicos ante la

ese protectorado fueron difíciles para todos, debido a que Afganistán y la URSS se habían reconocido mutuamente como Estados independientes muy pronto, justo después de la revolución bolchevique. Esto no entraba en los planes de Londres, por supuesto, pero podía ser entendido como una prueba de madurez del Estado protegido que desea tomar sus propias decisiones. Aunque también podía ser entendido, menos benévolamente, como un aviso de que las corrientes anti-británicas siempre presentes en la corte kabulí se habían hartado definitivamente de la tutela exterior⁹. De hecho, además de ser ambas cosas, era también un anticipo de lo que sería la política exterior afgana a lo largo de casi todo el siglo XX.

posibilidad de que Rusia controlara el territorio afgano o, lo que es lo mismo, ante la posibilidad de que Rusia se abriera paso hacia la India, que era lo realmente importante para la Corona británica. La más célebre de ellas es la primera de las señaladas pues en dicho contexto, en enero de 1842, se sitúa el desastre de la columna británica que huía de Kabul por el paso del Khyber y que fue literalmente liquidada por los afganos. Murieron unos 4.500 militares y más del doble de acompañantes británicos, incluyendo sirvientes, mujeres y niños. Aunque la cifra exacta probablemente no se sepa nunca. Sólo llegó con vida a Peshawar un oficial médico, que relató lo sucedido, muriendo poco después a causa de las heridas recibidas. Esta realidad -convertida en leyenda- contribuyó sobremanera a fomentar al aura de guerreros indomables que aún hoy acompaña a los afganos. Aunque el colectivo más activo en la refriega fue, como casi siempre en estos casos, el ghilzai. Pero lo cierto es que tras este éxito los británicos regresaron y llevaron a cabo operaciones de castigo, tanto en la primera como en la segunda guerra anglo-afgana. Es conocido, sin ir más lejos, que arrasaron la ciudad de Istalif, matando a todos los varones que allí hallaron. Algunos analistas concluyen que ese hecho fue decisivo para que desde Afganistán surgieran planteamientos radicalmente anti-occidentales, incluso xenófobos, que eran desconocidos hasta entonces (v. gr. Ewans, 2002: 73, para la primera guerra anglo-afgana o Ghaus, 1988: 11, en general) habida cuenta de que tradicionalmente había sido considerado como uno de los países musulmanes más abiertos a la cooperación con el mundo cristiano, por ejemplo. En este sentido, Ewans comenta que la tradición afgana anterior a esas reyertas consideraba a los cristianos como *kitabí*, es decir, “gente del libro”. Sin embargo, con posterioridad se les ha calificado como *kafires* o “infielos” y, en todo caso, como gente “inmoral”.

⁹ Lo cierto es que Afganistán estuvo cerca de entrar en la 1ª GM... pero no a favor de su tutor, sino a favor de sus enemigos, Alemania y Turquía. Cabe encontrar la lógica de esta tendencia en la presencia del protectorado, pero leído al revés. Es decir, los afganos podían soñar con que una hipotética victoria de las potencias centrales podría liberarlos del yugo británico. El Reino Unido, consciente de la delicada situación, prometió la plena independencia a cambio de la neutralidad afgana. Pero una vez finalizada la gran guerra, los británicos creyeron que la situación aún podría ser renegociable, mostrando alguna relucencia a cumplir su compromiso. Notoriamente, se equivocaron.

En realidad, Afganistán se dedicaría en los años sucesivos a jugar a un juego peligroso, casi de funambulista, consistente en no estar demasiado mal con esa etérea entidad llamada Occidente (entonces todavía liderada por el Reino Unido, pero después por los Estados Unidos) pese a acercarse decidida y abiertamente a Rusia, recién transformada en URSS. Claro que, a su vez, este acercamiento difícilmente podía ser completamente sincero, ya que esta nueva versión del gigante euro-asiático había apostado fuerte por el materialismo marxista que, en clave religiosa, equivalía al ateísmo. Nada que pudiese interesar, al menos a primera vista, a la dinastía durrani que estaba en el poder desde la fundación de ese eterno proyecto estado-nacional afgano anclado en el sunnismo. Pero las cosas no suceden por casualidad. Este acercamiento tampoco. Lo que se había producido en el ínterin es la irrupción en la corte de Kabul de intelectuales y políticos capacitados para articular, por vez primera, un discurso auténticamente nacionalista para Afganistán. Un discurso que podríamos calificar como moderno, frente a la retahíla de conflictos tribales que hunden sus raíces en la noche de los tiempos. Un discurso que pretendía ser integrador –lo cual no significa que no mantuviera ciertos sesgos proto-pastunes- y, a la vez, aportar a Afganistán una personalidad propia frente a sus vecinos.

El más sobresaliente de estos personajes fue, con diferencia, Mahmoud Beg Tarzi. Un pastún durrani de buena familia, cuyos ancestros eran de Kandahar. En realidad, su padre sufrió el exilio en Turquía, pero el nuevo emir Habibullah reclamó a Tarzi para que le auxiliara en las tareas de gobierno. Una de las principales credenciales de Tarzi era su oposición al Reino Unido y, por extensión, a cualquier forma de imperialismo europeo. Nada nuevo bajo el sol, de momento. Lo relevante del caso es que al mismo tiempo se oponía a los sectores más conservadores del islamismo afgano. El era creyente, sinceramente creyente, pero deseaba buscar una suerte de vía media entre el predominio occidental del último siglo y el inmovilismo religioso que todavía era más antiguo, sin por ello tener que abjurar del Islam. En este sentido, estamos ante alguien que, cuanto menos, merece mayor atención de la que hasta la fecha se le ha deparado. Y la merece porque se trata, sobre todo, de un personaje cuyo enfoque de la realidad afgana es muy capaz de rendir buenos dividendos en beneficio de Afganistán, todavía al día de hoy. En mi opinión, Tarzi forma parte del futuro de Afganistán.

En esta línea, parece evidente que el ateísmo propio del materialismo soviético no era de su agrado. Sin embargo, una aproximación comedida a Moscú podía ser útil para marcar distancias con las potencias occidentales y para darles a entender que, en caso de necesidad, Afganistán ya no estaba sólo. De hecho, no lo estaba, porque el Kremlin, necesitado de legitimación internacional, se apresuró a ayudar a Afganistán. En 1919 se convirtió en el primer Estado en reconocer al gobierno de Kabul. Esto era un arma de doble filo porque lo que la doctrina leninista hacía era apoyar a los movimientos de autodeterminación no como un fin en sí mismo, sino como un primer paso para hegemonizar la zona, con la mirada puesta en “unir en torno suyo a los pueblos mahometanos oprimidos” (Zorgbibe, 1997: 601). Pero, por el momento, Afganistán obtuvo réditos económicos nada desdeñables para la época, incluyendo inyecciones monetarias directas a partir de 1921. Además, los soviéticos fueron responsables de la introducción de algunos avances, como el telégrafo, o el teléfono. También contribuyeron a mejorar las todavía débiles fuerzas armadas de Kabul. Cuando uno de los temas que nos ocupa en este análisis se refiere a la construcción del Estado afgano, estas aportaciones no pueden pasar desapercibidas.

Por lo demás, Tarzi, que llegó a ser ministro de asuntos exteriores de Afganistán, destacó también por liderar periódicos¹⁰ y por traducir libros occidentales al dari que, como sabemos, no es la lengua de los pastún, pero que terminó siendo la lengua de la corte y, por extensión, de Kabul. En realidad, él prefería la lengua pastún¹¹ y deseaba que fuese compartida por todos los afganos. Algo no tan fácil ante las dificultades de funcionamiento del sistema educativo afgano. Pero también en esta cuestión se hacía eco de la complejidad afgana y adoptaba, al fin, una postura equilibrada¹². Creo que este dato también

¹⁰ El más célebre de estos periódicos fue *ol-akbar-de-seraj* (la “Antorcha de las noticias”) que suele ser considerado como una de las principales fuentes del incipiente nacionalismo afgano.

¹¹ Tarzi temía que un Afganistán en el que el dari se convirtiera en la lengua franca no estaría exento de inconvenientes. Por ejemplo, le preocupaba que se incrementara la influencia de Irán. En cambio, el pastún no planteaba ese problema, pues en aquellos tiempos no se hablaba en ningún otro Estado independiente.

¹² Fue con posterioridad a su destitución y exilio cuando el pastún llegó a ser promocionado a la categoría de única lengua oficial de Afganistán, ya en los años 30. Pero este tipo de medidas han tenido siempre escaso éxito (y, por ello, poca continuidad) por motivos puramente pragmáticos.

puede ser interesante de cara a explorar las posibilidades de un Estado-nación afgano multiétnico respecto del cual la herencia dejada por Tarzi no sería tan extraña. Así que, asesorando primero a Habibullah (hijo y sucesor de Abd-al Rahman) y posteriormente a Amanollah (nieto de Abd-al-Rahman) se convirtió en el hombre fuerte de Afganistán. Muy influido por el movimiento kemalista turco, se sintió especialmente identificado con el último de los monarcas señalados, más dócil a sus indicaciones¹³. Fue él quien reforzó el recelo hacia los imperialismos europeos en general y hacia el Reino Unido en particular; fue él quien forzó el final del protectorado, armas en mano, pero, sobre todo, fue él quien le inculcó a Amanollah la necesidad de perseverar en la política de reformas dubitativamente iniciada por su padre. De esta manera, Tarzi contribuyó a modernizar el poder estatal. Pero, sobre todo, intentó modernizar la mentalidad de muchos afganos sin por ello renunciar a su religión. En este sentido, se propuso lanzar una reforma educativa que garantizara su universalización y la plena igualdad de acceso a la educación tanto de niños como de niñas. En realidad, su política, que nunca llegó a implementarse debidamente, hubiese sido, entre otras cosas, un duro golpe al sistema tradicional de educación en madrasas.

Sin embargo, todo esto era demasiado atrevido para algunos de sus conciudadanos. En aquellos tiempos unos le acusaban de ir muy deprisa. Otros, sin ambages, de caminar en la dirección equivocada. En todo caso, suele considerarse que la causa del fracaso de Tarzi –o, si se desea, del monarca Amanollah– fue la excesiva ambición de sus proyectos, que acabaron privados de legitimidad religiosa (Gregorian, 1969: 261). Así, suele aludirse a la “impaciencia” de dichas elites (Saikal, 2005: 80), así como a la “sobrecarga” de tareas acumulada sobre las espaldas de un Estado todavía débil (Suhrke, 2007: 1298). De modo que la respuesta estalló en forma de una nueva guerra civil. Pero en una versión diferente, hasta entonces desconocida. Se produce en los años 1928-1929, aunque el gobierno de Amanollah venía sofocando rebeliones desde 1924. La novedad reside en que los sectores más conservadores de la sociedad afgana, molestos con las reformas, van a ser liderados por los tayikos. No por los pastún o no, al menos, por la elite durrani. Esto puede resultar sorprendente, al

¹³ Amanollah era, oficialmente, emir. Pero en 1926 se hizo proclamar Rey. Una muestra más, aunque sea simbólica, de su talante al frente de Afganistán.

menos a primera vista, pues los pastún tenían una bien ganada reputación de ser especialmente cuidadosos con la conservación de las viejas tradiciones. Y en ese papel el Islam jugaba un importante rol de guía y cohesión. Por otra parte, sabemos que hasta entonces los tayikos se habían mantenido al margen de las grandes decisiones “de Estado”. Aunque no sería muy errado añadir que se habían mantenido al margen del Estado mismo. Entonces, ¿qué motivó este golpe de efecto?

Una de las explicaciones más plausibles arranca de la constatación que a lo largo de los años 20 del siglo XX los tayikos más creyentes -o menos dados a renunciar a sus creencias- habían tenido que huir precipitadamente de sus tierras ubicadas al norte del río Amu Daria, en territorio ahora soviético, para dirigirse al interior de Afganistán, precisamente debido a la política marxista-leninista al respecto (Marsden, 2002: 46). Por lo tanto, entiendo que se trataba de un colectivo crecientemente sensibilizado con respecto a la cuestión religiosa. Esto ayuda a entender, por lo demás que allí donde los tayikos han tenido protagonismo, sus posturas no hayan sido mucho más moderadas que las de los pastún más conservadores en lo que concierne a cuestiones de moralidad, por ejemplo. De nuevo, enfatizo el dato porque puede ser útil para entender situaciones que se trasladan a nuestros días.

La guerra civil de 1928-1929 culminó con la derrota de Amanollah (que, paradojas de la vida, terminó sus días en el exilio europeo, como también lo hizo Tarzi). Asimismo, culminó con el primer paso por el poder, en Kabul, de la minoría tayika, a través de Baccheh Saqow (que traducido significa “hijo del aguador/transportador de agua”) quien rápidamente adoptó el más egregio nombre de emir Habibollah II. Se trataba de un hombre de origen humilde que, todavía hoy, es aludido por muchos pastún como el “bandido”. Pero otro hecho que no deberíamos perder de vista de ahora en adelante es que esa privilegiada posición fue fugaz. No duró ni un año. Así que esos atrevidos tayikos ni siquiera llegaron a exiliarse (fueron ejecutados) mientras la vieja dinastía durrani se apresuraba a recoger las riendas de un Estado al que, desde un comienzo, habían patrimonializado. Por eso, los tayikos tomaron buena nota de que los pastún no iban a tolerar ingerencias de un pueblo al que, en el fondo, consideraban como extraño a su proyecto.

Por su parte, los propios pastún de la elite durrani tomaron buena nota de que una sociedad como la afgana (y no sólo las tribus, también pastún, del extrarradio) toleraba bastante mal las reformas. Se trató de una etapa de duro aprendizaje, bañado en sangre por ambos lados.

Con todo, el período que abarca desde 1880 hasta 1929 había incluido la fase más productiva de un Estado afgano que, por fin, parecía ser algo más que un mero proyecto de Estado. Y esta experiencia llevó a la elite durrani a perseverar en el intento. Ya no era posible echarse atrás. Tras la estela del gran Abd-al-Rahman, de su hijo Habibullah, más dubitativo y de su nieto Amanollah, quizá demasiado maleable; tras la larga sombra de Tarzi, el primer gran ideólogo de una hipotética nación afgana; tras la constatación, también, de que el crecimiento de la eficacia del Estado podía provocar roces importantes con otras etnias; tras todo ello parece que se llega a un punto de no retorno. Hay veces en que el guión de una obra, a medida que avanza, supera al autor de la misma. Este podría haber sido el caso cuando, en 1933, el rey Zahir Shah, también familiar (aunque no descendiente directo) de los anteriores líderes durrani, asume el poder en Afganistán¹⁴.

¹⁴ Hubo un breve interregno, protagonizado por Nadir Shah (1929-1933) que fue el encargado de organizar la persecución contra los tayikos, pero que murió asesinado en 1933. Zahir Shah era hijo de Nadir.

CAPÍTULO 3

UN ESTADO MULTIÉTNICO SIN NACIONALISMOS PERIFÉRICOS

Antes de proceder a analizar los derroteros de la fase más reciente de la historia de Afganistán, que es ya la antesala de la etapa actual caracterizada por una guerra civil permanente, creo que podría ser interesante analizar un hecho que a veces pasa desapercibido y que, pese a todo, me parece muy relevante. Me refiero a que, a pesar de la debilidad del proyecto de Estado afgano y a pesar de la práctica inexistencia de un discurso nacionalista afgano capaz de generar lealtades hacia el poder, todo parece indicar que la situación social estuvo bastante estabilizada a lo largo de casi dos siglos. Es decir, pese al abrumador dominio del clan pastún-durrani y pese a la importancia relativa de otros colectivos marginados y automarginados del poder (según los casos), lo cierto es que en Afganistán no se dieron auténticas tentativas de separación.

Dicho con otras palabras, se habla mucho de la importancia de las diferencias etno-culturales existentes en las tierras afganas, casi tanto como del carácter cerrado, belicoso y poco dado a llegar a componendas con etnias rivales, que solía caracterizar a cada una de las existentes. Pero, a pesar de todo, Afganistán no ha sido protagonista de movimientos secesionistas. En alguna ocasión se han peleado por el poder en Kabul (y aún esto no ha sido tan frecuente). Pero nada más. No ha habido, digámoslo así, nacionalismos periféricos ni nada que se les parezca. Esa es la realidad. Ahora bien, ¿cuál es la razón de ello? Porque, a lo largo del texto ya hemos comentado que la identificación –la querencia renaniana- de esas diferentes tribus tayikas, hazaras, uzbekas, aimaks, nuristanas, beluches, kirguises, y tantas otras de menor entidad demográfica y política con un Afganistán que los pastún identificaban, básicamente, con ellos mismos no era teóricamente imposible pero sí que era altamente improbable, dadas las circunstancias.

Entonces, ¿qué les mantuvo unidos en los peores momentos? Es más, ¿qué les ha mantenido unidos hasta nuestros días? ¿Sólo el uso de la fuerza? Pero, ¿acaso no hemos comprobado que la coacción ejercida desde el centro era intermitente y escasamente eficaz? Si, como también ha quedado claro, el Estado afgano durante muchos años apenas pasó de ser un mero proyecto de Estado y el nacionalismo afgano comienza a dibujarse, tímidamente, sólo con Tarzi, ya entrado el siglo XX... ¿cómo se resuelve este entuerto? ¿Qué nos aporta la ciencia política para tratar, cuanto menos, de ofrecer una explicación verosímil a todo ello?

Creo que una explicación plausible –o al menos el andamiaje necesario para encontrarla– es la que está detrás de la tesis más conocida de Ernst Gellner. Básicamente, alude a cómo se forjan los nacionalismos para, a partir de este hecho, exponer también, consecuencialmente, cómo se forjan las naciones¹. Pero la tesis de Gellner es útil en nuestro contexto porque, en el fondo, él parte de Estados que trabajan en la dirección indicada, esto es, en la construcción de naciones. Y, aunque se inspira sobre todo en la realidad europea es más útil, si cabe, considerando que alude a etapas de la formación de los estados-nación ya pretéritas. Pretéritas en Europa, pero por esa misma razón no tan alejadas en el tiempo de lo que ha sucedido a lo largo de estos últimos 200 años y, en gran medida, todavía está sucediendo en Afganistán. En efecto, en un primer momento Gellner se retrotrae al análisis de sociedades agrarias que todavía no han pasado por la fase de la revolución industrial.

¿Cuál es, en definitiva, el argumento esgrimido por Gellner? El opina que los primeros Estados no eran, normalmente, naciones. Por el contrario, se trataba, también en el corazón de Europa, de

¹ La tesis central de Gellner radica en que es el nacionalismo el que crea las naciones, y no al revés. Sin perjuicio de lo cual, es posible que dicho nacionalismo se apoye en algunos rasgos objetivos persistentes. Como también es posible que se dedique a resucitar lenguas muertas, o a inventar parte de la pretendida realidad sobre la que se sustenta (Gellner, 1997: 80). Todo ello para enfatizar el carácter socialmente construido del concepto. Por otra parte –pero seguramente por este motivo– Gellner destaca que las naciones no son algo necesario, sino meramente contingente, es decir, que durante siglos no las ha habido. En este sentido, su obra introduce un tono desmitificador con respecto al fenómeno del nacionalismo en comparación con otros textos más apoloéticos.

amalgamas de etnias, lenguas y tradiciones diferentes que, además de ser tan variopintas (con lo cual no superarían la prueba demandada por el nacionalismo *volksgeist*), tampoco se caracterizaban por articular y difundir un discurso patriótico transversal. Entre otras cosas porque, como veremos, esas elites potencialmente interesadas en lanzar un proyecto nacional tenían un acceso más que complicado a su propia población. Lo que se tenía en mente, incluso tras la implantación de los primeros Estados, era una lógica de vasallaje, heredada de épocas anteriores (con lo cual tampoco superarían el listón, más flexible, establecido por Renan). El interés de su propia creación *qua* Estados solía residir en móviles económicos de peso, como la necesidad de unificar y proteger mercados. Pero hasta esos mercados eran exigüos. Salvo alguna ruta internacional de gran radio, lo demás prácticamente se reducía a mercadeo comarcal.

Con todo, siempre podemos encontrar alguna dinastía un poco más fuerte que las demás con ansias de dominar a sus vecinos. La cuestión es que, al comienzo de este experimento, la economía era básicamente una economía agraria –o agropecuaria- de subsistencia. Los tributos a recaudar, resultaban insuficientes para levantar una administración civil y militar eficaz. Salvo en casos excepcionales, como podía ser la coyuntura de una guerra incipiente, el concepto de administración se desvanecía a las pocas leguas de abandonar el ámbito cortesano. En ocasiones, los monarcas tenían que negociar, o hasta guerrear, con miembros de su propia nobleza con el fin de aplicar sus políticas. Así que los primeros Estados tenían grandes dificultades para imponerse a sus súbditos, aunque sean catalogados como monarquías absolutas. No es casual que los restos del feudalismo tardaran tanto tiempo en ser destruidos (en Francia, por ejemplo, esto no se logra hasta después de la Revolución Francesa, ya entrando en el siglo XIX). Mientras tanto, pues, el Estado es débil y la nación apenas se atisba en el horizonte. Bien, Gellner cree que no se atisba en el horizonte en absoluto. Todavía no.

Este argumento es perfectamente compatible con el que defiende otro clásico de la ciencia política, Charles Tilly. Efectivamente, este autor se dispone a estudiar la génesis y evolución del Estado en cuanto tal, e incluye como decisiva la fase que denomina de “nacionalización” de ese Estado. Dicha fase se caracteriza por la aparición de un aparato fiscal eficaz, o por la

creación de unas fuerzas armadas profesionales y permanentes. Ahora bien, en lo que nos incumbe en este momento, Tilly recuerda que la evidencia empírica demuestra que en las sociedades de base agropecuaria (que cataloga como “intensivas en coerción”, sin que esta expresión tenga connotaciones relativas a la contundencia de la misma) ese proceso es mucho más lento y difícil que en las sociedades de base comercial e industrial (a las que define como “intensivas en capital”). Es decir, las sociedades de base industrial son las que mejor libradas salen, en tiempo y forma, de esta empresa relativa a la construcción del Estado. Y que es, de acuerdo con Gellner, el paso previo necesario para poder hablar, a su vez, de la construcción de una nación merecedora de tal nombre. Pues bien, no cabe duda de que Afganistán ha sido y en gran medida sigue siendo candidata a sumar dificultades y retrasos en ambas lides, por los motivos estructurales que Tilly pone de manifiesto, pero que son perfectamente conciliables, como estamos viendo, con los parámetros que Gellner emplea para elaborar su teoría de las naciones y los nacionalismos.

Pero lo relevante en este punto del análisis es que, en estos casos en que el Estado es débil y la nación (el Estado-nación) a duras penas se atisba en el horizonte, tampoco hay nacionalismos periféricos. Ni nada que se le parezca. Para comprenderlo, es conveniente seguir de la mano de Gellner. Efectivamente, no es descartable que en algún territorio de algún Estado se produzca un levantamiento de agricultores en dificultades para pagar los tributos a la corona, o para alojar y alimentar a las tropas propias (lo cual era más frecuente, de facto). Quizá. O, más probablemente aún, esos mismos campesinos – normalmente analfabetos y siempre ignorantes en cuestiones de alta política estatal- a veces se levantaban en armas porque algunos de los señores que dominaban esas tierras deseaban emplearlos como carne de cañón contra la corte. Pero sin que haya nada de especialmente nacionalista en ello, más allá de la disputa de un trono que pretenden siga siéndolo de todos (juntos). Entonces, pese a la debilidad del Estado, no surge ninguna oposición sólida contra el mismo desde su periferia que realmente se articule en formato nacionalista, o algo que se le parezca. ¿Por qué razón?

La tesis de Gellner afirma que la situación económica vivida en Europa hacia los siglos XV, XVI y XVII, e incluso algo más allá, quizá hasta mediados del siglo XVIII, *antes del impacto enorme de la*

revolución industrial, se caracteriza por dificultar el contacto entre los diferentes grupos etno-culturales (allá donde los haya, que es en casi todas partes) residentes en el interior de cada Estado. Tampoco facilita el contacto entre cualquiera de ellos y el centro de poder político que, en general, acostumbra a ser el portavoz de uno de esos grupos. Como se ha dicho, la base de la riqueza no era otra que una economía agropecuaria de mera subsistencia. Por lo tanto, apenas había necesidad de relación entre las gentes que habitaban los diferentes valles, las depresiones de las cordilleras o las riberas de los ríos. Y, cuando ese contacto existía, traía causa de alguna transacción comercial que no era prolongada en el tiempo, ni en el espacio (Rubin, 2009: 20). Si a ello le unimos las conocidas dificultades del Estado para trasladar las costumbres de la corte y de sus provincias adyacentes al conjunto de su territorio -no había educación pública obligatoria, por poner un ejemplo, ni medios de comunicación de masas- nuestra ecuación empieza a despejarse. Así que el retrato de esa situación magistralmente dibujado por Ernst Gellner nos invita a pensar en una yuxtaposición de “pequeñas comunidades separadas entre sí verticalmente que forman los miembros legos de la sociedad”, entre los cuales, ciertamente, “la diferenciación cultural está muy marcada”, sin que eso sea un grave inconveniente (en el sentido de provocar disputas, recelos o choques entre esos grupos) debido a que esas comunidades campesinas “suelen llevar una existencia vuelta hacia sí mismas” (Gellner, 1997: 24).

Efectivamente, creo que la situación por la que ha pasado Afganistán a lo largo de los últimos 200 años se ajusta a esta descripción de los hechos (que debe ser considerada ideotípica en el sentido weberiano, por supuesto). Y, en buena medida, con los matices que irán surgiendo de la explicación de la realidad actual, creo que todavía están pasando algunas de estas cosas. En este sentido, Afganistán se adapta bien, desde un punto de vista empírico, a la explicación de Gellner. Es más, creo que si yo no hubiera dicho, desde el principio, que esa explicación se refiere a Europa, el lector podría haber pensado que me estaba refiriendo a la economía de Afganistán. Allí, como también en Europa durante varios siglos, no era usual que se produjeran roces fundamentados en una lógica, digamos, nacionalista (o, simplemente, etnocultural), primero porque ese discurso ni siquiera se había articulado pero sobre todo, en última instancia, porque no había ninguna necesidad de articularlo. De forma

que, aunque lo hubiese sido, apenas hubiese tenido destinatarios dispuestos a escucharlo. No en vano, podemos preguntarnos ¿a qué género de desconocidos tenía que enfrentarse cada colectivo étnicamente identificable?²

Si esto es así, procedo a elaborar una ligera reinterpretación de Gellner, que en realidad no consiste más que en traer a colación uno de sus mensajes últimos, algo solapado tras el debate que vertebra a su libro. La explicación puede parecer contraintuitiva, pero es la que se deduce de las premisas anteriores. En este sentido, creo que Afganistán, como otros Estados que no eran más que proyectos de Estado, logra cierta estabilidad interna (o, al menos, evita la politización de la cuestión étnica) debido a su propia debilidad. En otras palabras, el hecho de que el brazo del Estado no fuese lo suficientemente fuerte como para tratar de imponer su lógica a territorios dispares en lengua, tradiciones, y a veces religión, unido al hecho de que los diferentes colectivos étnicamente identificables se mantuvieran encerrados en sus tierras de siempre (y hasta internamente fragmentados) propiciaba el mantenimiento de un *statu quo* caracterizado de consuno por la escasa entidad de las relaciones transversales y un acomodamiento mutuo favorecedor de la paz.

De hecho, cuando el emir Abd-al-Rahman, a finales del siglo XIX, pone en marcha su política de pastunización de las tierras del norte, expropiaciones de tierras incluidas, los hazaras no se van a quedar con los brazos cruzados. Por el contrario, en esas fechas surgen las primeras inquietudes que, empleando lenguaje occidental, cabría calificar como nacionalistas (Moussavi, 1998). Este rechazo será el

² En realidad, del discurso de Gellner se deduce que la situación interior de esos Estados era tan precaria que ni siquiera esos colectivos que con la perspectiva actual identificamos como posibles naciones o nacionalidades o grupos étnicos lo eran en sus inicios. O, para ser más concisos, no poseían el grado de homogeneidad interna que a veces se les presupone erróneamente. Y no lo eran porque la fragmentación era tan grande que, por ejemplo, hasta los vascos, o los bretones, o los escoceses habitantes de diferentes valles podían tener graves dificultades para entenderse hablando entre sí sus respectivas lenguas vernáculas –o lo que de ellas quedara- a lo largo del siglo XVII o XVIII.

embrión de auténticos partidos nacionalistas creados a lo largo del siglo XX³.

Obviamente, a lo largo de este epígrafe no he tratado de plantear un “ideal” de Estado. Lo que acabo de exponer no lo es, de ninguna manera. Son cosas de la ciencia política, más interesada en explicar la realidad que en desarrollar utopías. En cambio, mi pretensión sí que pasa por exponer una aproximación verosímil a la supervivencia de Estados multiculturales en sus primeros años y hasta durante varios siglos de existencia. Aproximación que ni siquiera es válida en todos los casos. Pues siempre sería posible pergeñar una alternativa renaniana. En el contexto europeo, la confederación helvética lo logró. Ahora bien, nuestra explicación es perfectamente aplicable a muchos Estados del mundo. Y, en lo que ahora nos interesa, lo es al caso de Afganistán. Es más, si no dispusiéramos de ella dejaríamos de entender muchas de las cosas que allí sucedieron y aún vienen sucediendo en tiempos recientes.

Porque la tesis de Gellner prosigue y expone, además, que con el devenir de los años los Estados van madurando como tales; que eso tampoco es casual, ni fruto de voluntades aleatorias de magnánimos dirigentes sino producto de que antes les ha llegado el momento de industrializarse; que advierten que, como consecuencia de esta industrialización, ya les interesa que su población se traslade con más agilidad de un lado hacia el otro de ese mercado interno en que se ha convertido cada Estado (porque esa siempre fue su pretensión, no lo olvidemos); que, a partir de ese momento, y gracias al excedente obtenido de la nueva industria convenientemente gravada por un moderno aparato fiscal, ya invierten en el establecimiento de una educación pública obligatoria para hacer operativa esa migración interna y que, finalmente, se convierten en una nación que contiene sus propios méritos, expresados en todo caso en una lengua común -y, en ocasiones, pero no siempre, respaldados por las otras lenguas del Estado- capaz de llegar a todos los rincones de su territorio.

³ El primer partido hazara de corte nacionalista fue denominado *Tanzim-i Nasl-i Nou-i Hazara Moghul* (Organización de la Nueva Generación de Mongoles Hazara) y se formó a principios de los años 70.

Pero entonces, tras darse este paso, las cosas cambian. Lo que antes era visto como virtud –o, al menos, no problematizado- deja de serlo. En palabras del propio Gellner, la nueva tendencia lo es a lograr cierta uniformidad cultural, estando esta pauta en gran medida obligada por las nuevas circunstancias socio-económicas. Ahora bien, esta situación puede conllevar la problematización de la convivencia, en la medida que arrincone algunas minorías étnicas. Porque en esta tesitura una excesiva fragmentación cultural suena a fracaso del modelo.

Todo esto es verdad. En algunas ocasiones el proceso funciona adecuadamente. Así que surgen Estados-nación fuertes. En otras ocasiones, no funciona tan bien. Y es entre las grietas del modelo que surgen, como respuesta a lo anterior, los nacionalismos periféricos a los que tan acostumbrados estamos por doquier. Nacionalismos que no aspiran a otra cosa que copiar el modelo de ese Estado en beneficio propio, porque, a su entender, extendió demasiado su brazo, rompiendo con ello esa fase previa caracterizada por la escasa entidad de las relaciones transversales y el acomodamiento mutuo favorecedor de la paz. Sí. Todo esto ya ha sucedido en Europa, y puede suceder en Afganistán algún día. Pero todavía no ha llegado tan lejos como Estado-Nación. Así que, por el momento, deberemos conformarnos con perseverar en el conocimiento de los principales avatares de la reciente historia afgana. Pero no estará de más que recordemos las reflexiones contenidas en estos párrafos desde este momento y hasta el final del libro. Porque explican una de las paradojas afganas: la curiosa combinación de un Estado débil, que a duras penas pasa de ser un mero proyecto de Estado; una miríada de etnias, lenguas y religiones diferentes, con tendencia al enfrentamiento; y la práctica ausencia de secesionismos.

CAPÍTULO 4

LA MONARQUÍA DE ZAHIR SHAH (1933-1973)

Zahir Shah llegó al poder muy joven. Demasiado joven. Sólo contaba 19 años de edad. Así que el verdadero protagonismo recayó en los sucesivos primeros ministros del gobierno de Kabul. Más curioso es que esta situación terminara prolongándose prácticamente hasta su exilio, en 1973. De hecho, arreció a medida que pasaban los años. Sin embargo, es lícito referirse a este período aludiendo al nombre de su monarca, ya que su figura ha sido bastante respetada por casi todos los afganos de diferentes etnias. Es más, su longevidad le ha permitido llegar al siglo XXI y presidir el renacer post-talibán del Estado, en época reciente. Aunque sea de un modo simbólico. De ahí el encabezamiento.

Su reinado, *lato sensu* considerado, no dejó un mal recuerdo. Es más, en ocasiones es recordado con auténtica nostalgia. Aunque quizá haya contribuido a ello el hecho de que muchos afganos consideran que tras su mandato la tónica predominante ha sido una nefasta intercalación de guerras civiles y de invasiones extranjeras. Es decir, que ese juicio positivo es directamente proporcional a los deméritos de sus sucesores. Con todo, el reinado de Zahir Shah también conoció momentos dulces cuya apreciación no depende de tener que jugar a contraluz con los fracasos posteriores. En efecto, Afganistán conoció una estabilidad interna sin precedentes. Las fuerzas policiales y las fuerzas armadas hacían acto de presencia en todas las grandes ciudades y controlaban las principales carreteras y aeropuertos sin mayores problemas. La seguridad estaba garantizada. Mientras tanto, las tribus de las zonas rurales, que seguían siendo en gran medida autosuficientes, mostraban su aquiescencia o, al menos, una pasividad delatadora de la misma, sin ofrecer resistencia alguna al poder central (Jones, 2009: 8). Así que la maquinaria del Estado rendía, dentro de sus posibilidades, aceptablemente bien.

Sea como fuere, su política interior fue una secuencia de la de sus predecesores, empeñados en pastunizar Afganistán. De hecho, como reacción frente a la nueva ofensiva del gobierno de Kabul, esta época va a ver como de forma definitiva los nacionalismos *volkgeist* periféricos formalizan sus posturas. En 1946 los hazaras se enfrentaron a una reforma fiscal con éxito. Kabul tuvo que echarse atrás ante el temor a un estallido secesionista en el Hazarajat. Era la primera vez que esto se planteaba en términos tan drásticos. Pero lo que ocurrió en esos años es que los hazaras se dividieron. Hubo algunos que empezaron a encontrar su sitio en Afganistán. Incluso colaborando con el gobierno de Kabul. Probablemente constituían una minoría ilustrada dentro de su propio colectivo. Pero llegó a haber profesores hazaras en la universidad, e incluso algún ministro. Así que ni siquiera para los hazaras fue un mal período. No, al menos, en comparación con otras etapas. Si bien seguían teniendo algunas dificultades, como las relativas a sus ascensos en la escala de mando de las fuerzas armadas. No había hazaras con el empleo de general, por ejemplo.

A los uzbekos les fue algo peor. Efectivamente, la minoría uzbeka también tuvo problemas con Kabul, dado que en esta época sus tierras eran las más castigadas por las políticas de expropiaciones y repoblación forzosa en beneficio de la etnia pastún. Con el agravante de que los uzbekos eran sometidos a una fuerte represión lingüística, desconocida por tayikos e incluso por hazaras, pues unos y otros se manejan bien en dari. En cambio, los uzbekos poseen su propia lengua, así que les costaba adaptarse al avance de la nueva administración que se expresaba en dari o en pastún. De manera que en su intento de pastunizar el país, se llegaron a establecer sanciones contra quienes emplearan en público esa lengua turcomana. El resentimiento era tan grande que los uzbekos crearon su propia organización política de corte, digamos, nacionalista. Quizá sea la primera de Afganistán. Parece ser que inicia su andadura en 1954, en una época en la que ni siquiera estaban legalizados los partidos políticos. Se llamó *Sazman-e Demokratik-e Khorasan* (Organización Democrática del Khorasan). Una de sus características era que combinaba esa

defensa de derechos vinculados a una reivindicación de tipo étno-nacionalista con un sólido ingrediente islamista.

En cambio la minoría tayika no estuvo tan mal posicionada. En realidad, estaba bien representada en las fuerzas armadas, así como en los círculos funcionariales de índole civil. Incluso en la capital. Como quiera que, casi por inercia, el dari había sobrepasado en importancia al pastún, en ese aspecto los tayikos se encontraban muy cómodos. Tanto o más que muchos pastún, de hecho. No debe olvidarse que los miembros de la elite política hablaban, básicamente, dari. Es el caso, asimismo, de Zahir Shah. Se trata de un dato sociológicamente muy relevante porque gracias a ello en años posteriores ha existido cierta transversalidad entre estos dos colectivos. Aunque no dejaron de aparecer disputas étnicamente fundamentadas entre unos y otros, lo que se acentuó de veras en esta etapa fue la distancia entre pastunes cultos y tayikos (por un lado) y las minorías hazara y uzbeka, por otro lado. Sin embargo, esta transversalidad tenía un alcance limitado. Porque no incluía a todos los pastún. En realidad, este fenómeno tampoco gustaba en demasía a esos pastún que seguían anclados en sus viejas tradiciones, al amparo de sus tribus, en las zonas rurales. Muchos de ellos pertenecientes a la rama ghilzai, tradicionalmente menos favorecida que la durrani en el reparto del poder político, en Kabul. Además, muchos pastún de esas zonas rurales renegaban de una elite política que, aunque aparentemente estaba conformada por gentes “de los suyos”, a medida que pasaban los años era cada vez más incapaz de expresarse en su lengua ancestral, ya que procedía básicamente en dari. Estos recelos dentro del colectivo pastún afectaban, por supuesto, a la propia casa real.

Por su lado, la política exterior de Afganistán en este período fue muy compleja. De hecho, es difícil analizarla en bloque, para los cuarenta años de reinado de Zahir Shah. Hasta mediados de los años cuarenta se trató de una política exterior ecléctica, casi como de funambulista, que recordaba de este modo a la seguida por alguno de sus antecesores en el poder. Esto permitió que fuesen llegando inversiones de otros países. Incluso diversificando las fuentes. Con un Reino Unido cada vez más evanescente, fueron las empresas estadounidenses las que reemplazaron gradualmente la

influencia británica. Aunque suele afirmarse que no con mucho empeño, pues en Washington todavía no se dieron cuenta de la importancia estratégica de Afganistán. De todos modos, la inversión privada estadounidense contribuyó a mejorar la zona de Helmand, por ejemplo. Por otra parte, aunque Londres ya quedaba muy lejos, desde esa especie de virreinato que todavía era la India proseguía con su tentativa de influir en Afganistán (Rubin, 2009: 21). Y Kabul se dejaba querer. Eran buenos tiempos. Además, tras el reconocimiento de la URSS, sabemos que Moscú también jugaba un papel importante, a través de inversiones, esta vez públicas, destinadas a la mejora de las infraestructuras afganas.

Los años treinta también vieron una curiosa influencia externa en Afganistán. Muy poco estudiada, por cierto. Se trata de la influencia de la Alemania nazi. A diferencia de las anteriores, tenía menos claros sus objetivos geopolíticos a corto plazo. A cambio, contenía un insidioso mensaje que podía contribuir a crear un fuerte Estado-Nación afgano... o a dinamitarlo definitivamente. Al parecer, los jerarcas nazis estaban empeñados en considerar que los pastún eran arios. Aunque algunos intelectuales estaban dispuestos a alargar el criterio a nuristanos y, en las versiones más abiertas, a ciertos colectivos tayikos (Gregorian, 1969: 346). Puestos a analizar los rasgos físicos superficiales, parece evidente que los nuristanos eran los principales receptores del mensaje de Himmler (Tanner, 2009: 223). Pero los pastún capitalizaron en su propio interés la intentona.

En todo caso, este nuevo criterio podía agrandar las distancias ya de por sí existentes a partir de los anteriores discursos en relación con otros colectivos, de raíz mongol o turca, que quedarían descartados *ipso facto*. Parece ser que los alemanes terminaron prometiendo a los afganos que, en caso de recibir su ayuda en la segunda guerra mundial, éstos podrían contar con una ampliación de sus dominios, a costa del Reino Unido. Es evidente que dado que los principales beneficiarios de la interpretación nazi eran los pastún, ese presunto beneficio tendría algo que ver con la recuperación de la zona pastún ubicada al este de la línea Durand, entonces bajo posesión británica. Ni que decir tiene que la deriva que finalmente adoptaron los acontecimientos complica

sobremanera la posibilidad de entender el impacto actual de esos tejemanejes. Pero siempre me ha llamado la atención no sólo la identidad de esta influencia sino también su tenor. Lo que parece claro es que no contribuyó precisamente a la lógica ínsita en un modelo renaniano de nación. Todo lo contrario. Más bien ayudó a que los pastún insistieran más (o con mayor convicción) en su propio proyecto étnico que, en todo caso, sabemos que a todas luces era anterior a esta influencia.

Tras la segunda guerra mundial, este juego a tantas bandas pasó a mejor vida. Aunque incluso esto fue gradual. Ocurre que en el contexto de la independencia de la India y la inmediata escisión de Pakistán, volvió a ponerse sobre la mesa el tema de Pastunistán. Desde Kabul se insistía en que ellos nunca reconocieron la línea Durand; en que Abd-al-Rahman siempre sostuvo que era un acuerdo provisional que ni siquiera estaba llamado a cerrar fronteras, sino más bien a gestionar de la mejor manera posible la seguridad de un territorio que a la postre, según Kabul, no era divisible. Como si del mismísimo Ahmad Shah Durrani se tratara, Zahir Shah veía una magnífica ocasión para ampliar las fronteras de Afganistán. Pero esta vez de forma negociada. Y, de paso, esa estrategia también sería útil para reforzar la hegemonía pastún. Era consciente, además, de que la zona pastún ubicada al norte de Pakistán gozaba de un estatuto especial en los últimos años de dominio británico. Efectivamente, los colonizadores habían creado la FATA, un área tribal semiautónoma dentro de su territorio¹. Esto podía facilitar las cosas, en la medida que el contacto real de esas tribus con la administración paquistaní en ciernes era mínimo.

Pero una anexión pura y simple de esos territorios a Afganistán podía parecer excesiva en ese contexto a pesar de que Afganistán proponía una solución pacífica al contencioso. La hipótesis barajada en aquellos días era una consulta popular a los interesados. Así que finalmente desde Kabul se optó por una especie de plan “B” que fue el más publicitado en la época. Su

¹ En realidad, los británicos dieron este paso ante la incapacidad manifiesta para controlar de forma eficaz ese territorio y para evitar males mayores.

propuesta consistía en crear un Estado pastún independiente en los territorios que desde 1893 habían quedado del lado paquistaní. Sin que eso significara que la zona afgano-pastún de la línea Durand se viera afectada en su status. No hay que hacer un gran esfuerzo para leer entre líneas el auténtico significado de esta propuesta, ya que lo más probable es que, de haberse aplicado, ese nuevo Estado-pastún habría acabado, *de iure* o *de facto*, más tarde o más temprano, bajo la égida de Kabul. De modo que el plan “A” hubiese sido realidad, aunque a través de una aproximación más indirecta.

Ni que decir tiene que en Pakistán no estaban dispuestos a ceder ni un ápice en este asunto. Aunque en esos momentos los pakistaníes no se podían permitir el actuar en solitario contra Afganistán. Menos, si cabe, teniendo a una India hostil a sus espaldas. Así que, en los años sucesivos a 1947, Pakistán va a acercarse al bloque occidental en la ya incipiente “guerra fría”. Como consecuencia de ello va a firmar el Pacto de Bagdad, en 1955, por ejemplo. Por aquel entonces, esta opción constituía su mejor garantía de que desde Kabul no se movería pieza sobre la controversia pastún. Pero me atrevería a decir que ese primer encontronazo ha tenido y sigue teniendo nefastas consecuencias en la región. Sea como fuere, esa entidad nunca juridificada llamada Pastunistán es uno de los mayores quebraderos de cabeza para unos y otros (y, al final, para la sociedad internacional en su conjunto). La verdad es que en los años sucesivos, a medida que se fortalecía política y militarmente, Pakistán ha aprovechado la más mínima ocasión para devolver la moneda al régimen de Kabul. Con el paso del tiempo, Islamabad devendrá la capital encargada de tomar la iniciativa con el fin de manipular la causa pastún en contra de los intereses de Kabul². Más adelante tendremos ocasión de analizar los efectos de esta política.

² Aunque la etnia dominante en Pakistán no es la pastún, sino la punjabi, con cerca del 65% de la población total del país. Los pastún, los beluches y los Sind agrupan el resto de su ciudadanía.

La consecuencia más inmediata de este alineamiento pakistaní es que, desde entonces, los sucesivos gobiernos de Zahir Shah van a acelerar su acercamiento a la URSS (Rubin, 2009: 21). No fue difícil porque, como sabemos, el terreno ya estaba abonado. Podría decirse que su acercamiento tuvo mucho de inercial. Pero, por otro lado, también se puede inducir a partir de la experiencia de épocas anteriores que una aproximación a un Estado que se autoconsidera adalid del materialismo puede traer graves efectos colaterales en la conservadora sociedad afgana, ya sea pastún o no pastún. Así que las elites religiosas estaban recelosas. Pero el Estado afgano seguía siendo, esencialmente, una autocracia. No existía auténtica libertad política. Así que las ventanas de la democracia estaban cerradas. Y, con ellas, también lo estaban las de la protesta pacífica. El problema tiene, en estos casos, nombre de dilema: ¿aguantar estoicamente o levantarse en armas? En las autocracias no existe una vía intermedia.

La solución fue, de momento, esperar acontecimientos. A los islamistas les quedaba una última esperanza: la elite en el poder, pastún durrani como casi siempre desde 1747, tan conservadora como era, ¿se atrevería a traicionar al Islam? Quizá no, después de todo. Quizá era Kabul la que manejaba las cartas. Y quizá los soviéticos se contentarían con tener un aliado estratégico sin mayores pretensiones de dirigir la política interior afgana. Quizá esa relación sería, puestos en el peor de los casos, tan mala como la del viejo protectorado británico. Pero no peor. Y quizá, como entonces, el Islam sobreviviría a las turbulencias provocadas por los tejemanejes de vecinos poderosos con los cuales, en el fondo, no se comparten las agendas políticas. Quizá...

Hacia 1953 se produjo algo más que una vuelta de tuerca en el gobierno de Afganistán. El teniente general Mohammed Daud Khan asume el poder, siempre de acuerdo con Zahir Shah. Era primo del rey. También pastún durrani, por supuesto. Su primera y principal obsesión fue no renunciar a las presiones sobre Pakistán

acerca de su zona pastún³. Su deriva, la de seguir estrechando lazos con Moscú, sobre todo en el terreno militar⁴. Y la novedad, lo realmente audaz, iniciar un proceso de liberalización (todavía es pronto para hablar de auténtica democratización) del régimen de Kabul. Pero, además de esto, parece que la agenda oculta de Mohammed Daud también incluía el camino de la secularización o, cuanto menos, de una notoria flexibilización en materia religiosa. Es decir que, como por otra parte suele suceder en estos casos, la liberalización no sería meramente institucional. Llegaría a la calle y afectaría a las costumbres de la gente. Como botón de muestra, en agosto de 1959 Daud y algunos miembros de su gabinete aparecieron en un acto público acompañados de sus esposas e hijas desprovistas de velo. Esto fue entendido por algunas autoridades religiosas como una provocación y como el preludio de una tormenta reformista peligrosa para su causa (Marsden, 2002: 44-45). Cuando las protestas llegaron a la calle, la Unión Soviética avaló el proceso de reformas iniciado en Kabul... así que a ojos de los sectores más conservadores de la sociedad afgana, se confirmaban las peores sospechas.

Aunque Daud dimitió de su cargo en 1963, dejó el camino franco para el cambio más importante de los acontecidos hasta la fecha: la reforma constitucional. La nueva Carta Magna vio la luz en 1964. Como era de esperar, el documento pretendía ser muy equilibrado. Reconocía un Estado confesional islámico –como siempre- pero convertía la *sharia* en derecho supletorio o, lo que es

³ Tanto es así que en 1961 Afganistán y Pakistán rompieron relaciones diplomáticas debido al asunto de Pastunistán. Se produjo un cierre de fronteras, con las consiguientes pérdidas económicas para ambos países.

⁴ Las compras de armamento a la URSS se incrementan exponencialmente a partir de 1955. En general, a lo largo de los años sesenta puede constatar que un 43% de las importaciones afganas proceden de la URSS, mientras que un 33% de sus exportaciones tienen ese mismo destino. En esta época se construyen, también a cargo de la URSS, unos 1.500 kms de carreteras, así como el aeropuerto de Kabul (Zorgbibe, 1997: 604). En los primeros tiempos de la guerra fría también llegó alguna ayuda de los Estados Unidos, aunque de menor cuantía. Destacan, en esta línea, la irrigación de la cuenca del río Helmand o la construcción del primer aeropuerto de Kandahar. Pero los estadounidenses optaron, en todo caso, por la implicación de empresas privadas. De hecho, la implicación norteamericana fue diluyéndose con el paso de los años. Justo al revés de lo acaecido con respecto a Moscú.

lo mismo, ponía el derecho positivo por delante de la ley divina⁵. Derecho positivo que, para mayor consternación de los sectores más conservadores del país, iba a ser elaborado por un Parlamento electo, en un marco multipartidista, en un contexto de progresivo acercamiento a Moscú y, como se demostró tras las primeras elecciones (celebradas en 1965) con una más que previsible representación femenina en sus escaños.

Hasta aquí todo es muy normal, visto en abstracto. Es decir, tras consolidar el Estado como tal (tarea iniciada, como hemos visto, por Abd-al-Rahman) y tras su progresiva liberalización política y social, había llegado el momento de sentar las bases de un sistema democrático. La Constitución de 1964 no era, todavía, ningún ejemplo de democracia. Pero no cabe duda de que ya avanzaba en esa dirección. Como estación intermedia estaba adecuadamente orientada. Aunque no faltan los analistas que consideran que se trataba de una empresa desmedida y, en ese sentido, demasiado ambiciosa. Máxime teniendo en cuenta que por aquel entonces un 90% de la población era analfabeta (Tanner, 2009: 228).

El problema estriba en que la sociedad afgana se había polarizado en los últimos años. El conflicto no había estallado con virulencia, pero ya se estaba larvando desde hacía tiempo. Así que el mapa político de la siguiente década vendría a reflejar este choque de sensibilidades. Por una parte apareció un partido comunista pro-soviético. Algo inaudito en Afganistán. De hecho, se evitó la palabra comunista, o la palabra socialista, a la hora de ponerle siglas. Pero es evidente que el PDPA (Partido Democrático del Pueblo Afgano) jugaba ese rol. Eso sí, era el partido llamado a gobernar en los próximos años y, como no podía ser de otro modo, estaba liderado por individuos de la etnia pastún. Hay cosas que no cambian tan fácilmente. De hecho, enseguida se dividió en dos facciones enfrentadas, la *Khalk*, liderada por Mohammed Taraki y

⁵ Esto no es algo tan usual en el mundo musulmán, a diferencia del cristiano. La constitución egipcia de 1972, sin ir más lejos, ubica la *sharia* en el lugar predominante. Y esa misma tendencia se refleja en otros muchos Estados islámicos a lo largo de los años 70 y 80 (Roy, 2003: 49).

la *Parcham*, liderada por Babrak Karmal. La primera de ellas podía considerarse, además, como una facción dominada por los Ghilzai, pero también integraba muchos afganos –pastún o no- de las zonas rurales. En este sentido, *Khalk* tenía el espíritu propio de una facción disidente, que amenazaba el predominio de los pastún durrani. Algo que también traería malas consecuencias. En cambio, *Parcham* era una fracción mucho más enraizada entre las elites urbanas, contando en sus filas fundamentalmente con una base pastún durrani, aunque también con la presencia de algunos tayikos.

Asimismo, hay que tener en cuenta que el mensaje marxista contribuye en esos primeros años a mantener bajo control los incipientes nacionalismos periféricos de base étnica. Esto forma parte del núcleo duro del marxismo, en la medida que prioriza el argumento de la lucha de clases y desplaza o margina definitivamente (según escuelas) la cuestión nacional. De hecho, algunos destacados líderes tayikos y uzbekos comenzaron su andadura política en la facción *Khalk* del PDPA. Sin embargo, más pronto que tarde iniciaron un proceso de distanciamiento del partido matriz. Así las cosas, en 1970 ya se desprende el líder tayiko Tahir Badakhshi. No va a fundar ningún partido alternativo pero, dadas sus magníficas relaciones con los nacionalistas uzbekos, va a contribuir a nuevos desgajamientos de antiguas corrientes del *Khalk*. Por ejemplo, la del grupo *Guruh-i Kar*, a partir de 1972.

Por su parte, los islamistas también vieron en esta reforma, que en líneas generales les parecía tan poco apetecible, una ocasión de oro para articularse políticamente a través de partidos. No hay mal que por bien no venga, dice el refrán. De hecho, Burhanuddin Rabbani, profesor de teología islámica en la universidad de Kabul, venía quejándose de la deriva que estaba adoptando el régimen de Zahir Shah desde hacía tiempo (Raich, 2002: 32). De origen tayiko, y de indiscutible prestigio en ambientes religiosos y académicos, lideraba los sectores más conservadores de la sociedad afgana desde mediados de los años sesenta. Así que, en 1972, pasó a dirigir el partido *Jamiat-e-Islami*, una formación confesional dispuesta a devolver la *sharia* al lugar de privilegio que siempre había ostentado en Afganistán. En realidad, cabe rastrear los orígenes de *Jamiat* hasta 1968, siendo su primer líder Nazi. Pero

Rabbani va a ser el encargado de conferirle el impulso necesario para que termine siendo uno de los principales referentes de la política afgana hasta el día de hoy.

Por un momento se puede tener la sensación de que se repiten los sucesos de 1928-1929, con protagonistas de un perfil muy similar, esto es, con un incipiente liderazgo tayiko en un escenario político que sigue siendo eminentemente pastún. Sin embargo, Burhanuddin Rabbani no era considerado un radical. Por el contrario, tenía fama de dialogante y, en definitiva, de ser un hombre “pragmático y moderado” (Marsden, 2002: 55). Además de eso, su cultura lo convertía en un buen conocedor de la historia de Afganistán. Así que, como quiera que los tayikos ya tenían aprendida la lección de que para acercarse al poder de Kabul con garantías de éxito necesitaban de un significativo componente pastún, *Jamiat-e-Islami* surgió y creció tratando de convertirse en un partido confesional-multiétnico, capaz de abrazar como mínimo a los dos colectivos demográficamente más significativos de Afganistán. E, incluso, al resto de etnias del país, habida cuenta de que desde *Jamiat* se divulgó la idea de que la protección de las minorías es una obligación derivada de la ley islámica (Gohari, 1999: 16). Por esa confluencia de motivos, tanto tácticos como de proyecto nacional afgano, *Jamiat-e-Islami* integró, al menos en un primer momento, algún destacado dirigente pastún, como es el caso de Gulbuddin Hekmatiar⁶. Sin embargo, el condominio duró más bien poco. La verdad es que las tensiones internas surgieron pronto, ya en 1972, mientras que hacia 1976 se produjo la ruptura definitiva que dio pie al nacimiento de *Hezb-e-Islami* como plataforma política de Hekmatiar y los pastún. De esta manera se consagraba la división interna, por motivos étnicos, dentro del

⁶ Hekmatiar es un pastún del norte (de Kunduz). No un kandahari. Por eso los más puristas de entre los pastunes en ocasiones lo han menospreciado, al carecer de contacto con la tierra natal de la etnia, que es casi lo mismo que decir que le falta “estirpe” (Griffin, 201: 43). Lo más probable es que Hekmatiar pertenezca a una de esas familias que llegaron a la ribera del Amu Daria, en una zona dominada desde siempre por tayikos y uzbekos, a raíz de las políticas de repoblación ordenadas por el emir Abd-al-Rahman, a finales del siglo XIX. En todo caso, Hekmatiar siempre se ha manifestado de palabra y a través de los hechos como un líder pastún cruel donde los haya. No sabemos si como un modo de reafirmar su identidad entre los suyos.

bloque islamista. Una división que, en buena medida, también llega a nuestros días, con los mismos protagonistas⁷.

En este sentido, el caso afgano parece adecuarse razonablemente bien al paradigma de los *cleavages* popularizado de consuno por Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan. De acuerdo con este esquema de trabajo, uno de los primeros cleavages corresponde a las tensiones entre Iglesia y Estado, tratándose de un paradigma que arranca, al menos en Europa y los Estados Unidos, de las revoluciones liberales. El caso afgano correlaciona bien con ese dato, en la medida en que la Constitución de 1964 en particular (y probablemente toda la monarquía de Zahir Shah) constituye una tentativa de liberalización de la política afgana. En este sentido, la no inclusión de un estallido revolucionario no es un grave inconveniente. Aunque, en caso necesario, como se ha dicho, la fecha simbólica de 1964 puede hacer las veces de dicho fenómeno.

Asimismo, es interesante comprobar que de acuerdo con la tesis sostenida por dichos autores, otra de las principales líneas de subdivisión social alude a las barreras existentes entre el campo y la ciudad. En esta ocasión, la salvedad reside en que Lipset y Rokkan sitúan el nuevo *cleavage* en la post-revolución industrial (Lipset y Rokkan, 1967). Sobre todo en los países occidentales. En el caso afgano, la industrialización es muy lenta, y apenas existe burguesía nacional. Además, mientras que los autores citados consideran que el principal factor de disrupción es la dicotomía entre políticas librecambistas y políticas proteccionistas pro-agrarias, en el caso afgano se demuestra una clara preeminencia de la problemática sociológica subyacente. Sea como fuere, parece que la incipiente clase media afgana de las ciudades juega el papel dinamizador y, en lo que nos interesa, eso es suficiente para generar los recelos correspondientes entre los campesinos de las zonas rurales y, en última instancia, para que ese enfrentamiento pase rápidamente a la escena partidista.

⁷ En realidad, Hekmatiar también trató de jugar la carta multiétnica durante algún tiempo. Pero no era fácil para él. De manera que con el paso del tiempo su formación se convirtió en una plataforma abiertamente hostil a los no pastún. Esta evolución conocerá su máxima expresión tras la invasión soviética, a principios de los años 90.

En cambio, resulta más sorprendente, precisamente, que ese enfrentamiento pueda deducirse de la clásica concepción marxista de la lucha de clases, habida cuenta de la práctica inexistencia de una clase obrera articulada como tal (y con conciencia de clase) en los años 70. Claro que siempre puede aludirse –con razón- a que el experimento comunista afgano tenía mucho de leninista, en el sentido de que algunos líderes del país podían pensar que si las condiciones objetivas para implementar el socialismo no se daban... siempre podrían recrearse. Pero lo cierto es que no se daban. Así que el incipiente sistema de partidos afgano –facciones incluidas- tiene más que ver con el *cleavage* campo-ciudad que con el *cleavage* burguesía-proletariado.

Lo que parece evidente es que la apertura del Estado provocada por la Constitución de 1964 dio pie a que las tensiones más o menos solapadas de la sociedad afgana salieran a la superficie y obtuvieran carta de naturaleza. Paradójicamente, la monarquía de Zahir Shah pasaba sus peores momentos tras alcanzar su reto de liberalizar el país. Su fracaso es la consecuencia más inmediata de su aparente éxito inicial. El problema es que, en tal tesitura, la monarquía corría peligro de no satisfacer a casi nadie. Ni a los comunistas, a los que en muchos aspectos se les podía quedar corta; ni a los islamistas, que ya pensaban en la manera de pararle los pies a tan atrevido rey. Ante el cariz que iban tomando los acontecimientos y con la esperanza de salvar la situación, el viejo general Daud dio un golpe de Estado en 1973. Lo hizo con el apoyo del PDPA y de las fuerzas armadas que él mismo había contribuido a modernizar algunos años antes del golpe. A Zahir Shah le ofreció un plácido exilio que no tardó en aceptar, mientras él mismo intentó apuntalar las reformas sociales y educativas más progresistas, previa proclamación de la primera República de Afganistán. República islámica, por supuesto. Pero a su manera...

A fin de no soliviantar todavía más a los islamistas, Daud dio un giro a su política exterior. Visto en perspectiva, parece que Daud deseaba recuperar el ideal afgano de neutralidad en

relaciones internacionales⁸. Aunque a su manera, esto es, jugando al juego –muy afgano– de los equilibrios entre las grandes potencias. De él se decía, sin ir más lejos, que “era feliz cuando podía encender sus cigarrillos estadounidenses con cerillas soviéticas” (Jawad, 1992: 17-18). Pero a ojos de Moscú también dio señales que podían interpretarse como un giro todavía más drástico en relación con el patronazgo soviético. La verdad es que pidió ayuda a Henry Kissinger para empezar a reconstruir las deterioradas relaciones con el Irán del Sha Reza Palevi y con los propios Estados Unidos (Zorgbibe, 1997: 605 y ss.). Esto último podía ser interpretado más bien como un gesto de desaire hacia Moscú, que a la postre le resultaría caro. Aunque no deberíamos olvidar que en aquellos tiempos los Estados Unidos todavía estaban bastante bien vistos en aquella parte del mundo musulmán que no llegó a cortejar con el socialismo Ba’az. Al menos en esos casos, gozaba de mejor consideración que los ateos soviéticos.

De todos modos, lo más probable es que Daud, como buen afgano, sintiera que los lazos con la URSS ya eran demasiado estrechos. Lo cierto es que cuando Brézhnev lo llamó al orden en 1977, Daud le respondió diciendo que los afganos toman sus propias decisiones. Pero el problema para Daud, desde entonces, ya no estaba sólo en Moscú. En realidad, debido a la peculiar relación entre el régimen soviético y el PDPA, Daud se había metido en un buen lío.

Así que, rearmado de razones y no exento de ciertos apoyos (o eso creía) trató de proseguir su lucha contra el analfabetismo y de avanzar en la igualdad entre sexos durante otros cinco años. Quizá quiso emular al déspota benévolo del que hablara, como tipo ideal, el mismísimo John Stuart Mill (v. gr. Mill, 1994: 7 y 25)⁹. O

⁸ No debemos olvidar que Afganistán fue miembro fundador del movimiento de los países no alineados, en 1955.

⁹ En esas páginas John Stuart Mill alude a diversos casos en los que un pueblo requiere de las virtudes que sólo puede desplegar un gobierno despótico a fin de generar las condiciones de posibilidad para un establecimiento ulterior de las reglas del juego democrático-representativas que, como es bien sabido, son las preferidas por este autor. Esto último es importante para comprender hasta qué punto este pensador es capaz de

quizá quiso emular a Amanollah, ese emir que decidió llamarse rey en vez de emir, sí, siendo un rey reformador, en definitiva. Quizá cometió los mismos errores que Amanollah, que tuvo más prisa que el déspota benévolo insinuado por John Stuart Mill. O quizá las cartas estaban marcadas de antemano, porque todavía no había sonado la hora de la democracia en Afganistán.

Lo cierto es que, de nuevo, así como le sucediera al rey Zahir Shah al que probablemente salvó la vida con su derrocamiento, el viejo general tuvo que enfrentarse con la creciente polarización de la sociedad afgana. Fenómeno ya típico y siempre problemático. Las cosas no siempre se observan bien desde la corte. Aunque sea una corte republicana. En la calle se respiraba mucha tensión. Es posible que una elite urbana, una incipiente clase media afgana, entendiera muy bien a Daud. Es posible, incluso, que Daud fuese su instrumento. Pero Afganistán es mucho más que eso. La mayor parte de la población vive de acuerdo con otros estándares, desperdigada en las zonas rurales. El golpe de gracia a su república se lo dieron los sectores más prosoviéticos del PDPA, mediante un golpe de Estado liderado por la facción *Khalk* de dicho partido, en abril de 1978. Lo más probable es que contara con el beneplácito de Moscú. Eso como mínimo. De hecho, el nuevo presidente Taraki se apresuró a firmar un Tratado de amistad afgano-soviético, en mayo de 1978. Mientras tanto, el depuesto Mohammed Daud pasó a engrosar la lista de (ex)mandatarios afganos que no llegaron ni a exiliarse. Daud fue asesinado... junto con toda su familia.

Sin embargo, este golpe de gracia también se lo podían haber dado los islamistas. En realidad, Daud terminó dejando de lado a los sectores más conservadores de la sociedad afgana, que eran los únicos que, dadas las circunstancias, le podían haber apoyado contra las argucias de Moscú (Saikal, 2005: 184). Así que las ansias reformistas del general sólo sirvieron para desatar la enésima tormenta entre los extremistas de uno y otro lado. El

tirar de prudencia, o de pragmatismo, a la hora de recetar medidas políticas adaptadas a las circunstancias sociológicas de cada época y lugar.

moderado, seguramente, era él mismo. Lo era, pero no supo jugar sus cartas con la adecuada prudencia, atendiendo a la peculiar idiosincrasia afgana. O a la tendencia de esa sociedad a la entropía. De hecho, los islamistas ocuparon inmediatamente las calles, tratando de aprovechar el caos político existente para provocar un giro en el sentido que a ellos les interesaba. *Jamiat-e-Islami* lideraba la oposición.

En esos momentos, muchos pastún estaban entre la espada y la pared, teniendo que elegir entre seguir las directrices de un partido esencialmente tayiko, aunque ciertamente conservador, o esperar que un partido esencialmente pastún, pero peligrosamente cercano a Moscú, devolviera la paz a las calles de Kabul y, con un poco de suerte, al resto de Afganistán. *Hezb-e-Islami* tenía también, por lo tanto, su oportunidad, al arrastrar a la lucha contra el PDPA a aquellos pastún que desechaban por igual las dos opciones precedentes. Desde el punto de vista de los seguidores de Rabbani y de Hekmatiar, la República de Daud podía ser odiosa, pero la satelización por parte de un PDPA convertido en mera sucursal afgana del PCUS era todavía peor. Así que la guerra civil estalló de nuevo. Los meses siguientes fueron trepidantes. De hecho, el presidente Taraki también terminó sus días asesinado, tras un golpe de Estado protagonizado por Hafizullah Amin, a quien Moscú primero avaló como nuevo hombre fuerte en Kabul, para poco después considerarlo reaccionario, es decir, escasamente dado a convertirse en su apéndice¹⁰.

Por otra parte, en esta etapa de la reciente historia afgana las rencillas étnicas también aparecieron en la escena. Los nuristanos, los tayikos del norte y los hazaras volvieron a la carga con sus reivindicaciones. Por ejemplo, el gobierno *Khalk* de Taraki no estaba dispuesto a abrir el grifo de las reformas de modo que todos

¹⁰ En realidad, desde Moscú se llegó a sospechar que Amin estaba al servicio de la CIA. Por ese motivo, trataron de asesinarlo mediante envenenamiento de su comida –pero Amin siempre hacía que terceros la probaran antes de que él mismo lo hiciera, de modo que no surtió el efecto deseado por el KGB- y mediante el recurso a un francotirador –que erró-. Finalmente, Amin fue asesinado por agentes del KGB coincidiendo con la entrada en Afganistán de Karmal.

esos colectivos se salieran con la suya. Pero sí se mostró favorable a otorgar status oficial a la lengua de los uzbekos, baluches y nuristanos. Con lo cual no hizo más que soliviantar a los líderes tribales pastún del este de Afganistán, poco proclives a dicha inercia, que no tardaron en empuñar sus fusiles. Ante el intento de represión gubernamental, no faltaron los soldados que desertaron del ejército afgano, llevándose con ellos sus armas (Tanner, 2009: 231). De manera que otra vez se pone de manifiesto la tendencia a la entropía propia de Afganistán. La situación es clara, dentro de su complejidad: si el gobierno Taraki se muestra firme en su carácter pastún, el resto de etnias se enfrentan a él. En caso contrario... lo harán los propios pastún. Así, pues, el laberinto afgano sigue haciendo de las suyas.

Dadas las circunstancias, la URSS decidió intervenir en esa maraña. Si la situación en Afganistán era convulsa, la dinámica política del resto de la región no ayudaba. La URSS estaba cada vez más inquieta por el auge del islamismo, por la incapacidad del PDPA a la hora de controlar el país sin ayuda externa, y por el temor a que el fenómeno se extendiera a sus repúblicas socialistas musulmanas, ubicadas al norte del Amu Daria. El recientísimo éxito de la revolución islámica en Irán fue un aviso para navegantes y, en ese sentido, la gota que colmó el vaso de su paciencia. Así que debido a este cúmulo de motivos la URSS decidió poner toda la carne en el asador e intervenir militarmente en Afganistán.

El argumento esgrimido es un clásico en las relaciones internacionales, la “agresión indirecta” que Afganistán estaría sufriendo por parte de otras potencias extranjeras debidamente conchabadas con los quintacolumnistas de turno (Zorgbibe, 1997: 611). Era el precio que Moscú les hacía pagar por el atrevimiento de Daud en 1973. Pero sabemos que la versión soviética de este principio genérico era la doctrina de la “solidaridad fraterna” (sic) o de la “soberanía limitada” (esto es más propio), a veces conocida, simplemente, como Doctrina Brézhnev. O, dicho con otras palabras, la cobertura ideológica de una injerencia que no conoce aval ni en las versiones más generosas de la teoría de la guerra justa. Así que, cargado de sus razones, el secretario general del PCUS dio la orden pertinente. Pero lo hizo a pesar de que su cúpula militar le

desaconsejó una invasión a gran escala, temiéndose lo peor (Vilanova, 2006: 85). En diciembre de 1979 sus tropas, mayoritariamente provenientes de las guarniciones del Asia Central, cruzaban la frontera en dirección a Kabul. Con ellos llegaba, incrustado en el mismo paquete¹¹, el futuro hombre fuerte de Afganistán, Babrak Karmal, de la facción *Parcham* del PDPA. Un pastún durrani, una vez más. Con ello, cambiaban muchas cosas y, a la vez, no cambiaba nada. 232 años después de que el rey Ahmad Shah Durrani fundara el Estado afgano, esta elite seguía dirigiendo las riendas del país, con las componendas que sean, y bajo la bandera que sea. Con la sola excepción del gobierno tayiko de 1929, los pastún habían ostentado el poder de forma continuada.

Pero una nube gris se cernía desde el primer momento sobre el gobierno de Karmal. En comparación con la elegante diplomacia británica de la era victoriana, con su protectorado nunca demasiado asfixiante, y con las reducidas guarniciones de soldados de Albión, lo que a finales de 1979 se le venía encima a la sociedad afgana era, decididamente, mucho más difícil de soportar por tan indómitas gentes. Y como quiera que los primeros partidos islamistas ya habían tenido ocasión de foguearse en los años anteriores a la invasión soviética, todo parecía presagiar que la estancia de los hombres del Kremlin en Afganistán iba a ser cualquier cosa menos agradable. Como así fue. Y que esa disputa podía arrastrar al cadalso a los hombres del PDPA que los apoyaron. Como asimismo sucedió.

En efecto, la *yihad* había empezado. Con ella, aparecía en escena una nueva oportunidad para construir la nación afgana. Oportunidad no buscada, aunque aprovechable. Si años atrás el Reino Unido no había sido lo suficientemente perseverante ni lo suficientemente agobiante como para garantizar la continuidad de la unión de las tribus y de las etnias afganas, quizá las tropas de la URSS podrían actuar, muy a su pesar, como el *federador externo* que esa amalgama afgana requería para fusionarse. Quizá los

¹¹ No se trata de una metáfora. Karmal llegó a Afganistán en un Tu-134 junto a un contingente de tropas paracaidistas soviéticas.

inadvertidos soldados soviéticos podrían alentar, con su presencia sobre el terreno, una reacción unitaria de esas diversas tribus, etnias y sensibilidades para que de este modo llegaran a compartir un mismo proyecto político; para que se animaran a trabajar juntos de cara a labrar un destino compartido; para pergeñar, aunque sea entre los escombros de la guerra contra el enemigo común, esa querencia renaniana que pudiera ser, en definitiva, el fundamento de una nación creíble y el cemento de un Estado viable. No en vano, Renan deposita muchas esperanzas en que la semilla de la nación surja de la comunidad de sufrimientos... (v.gr. Renan, 1997: 106-107).

Pero enseguida se pudo intuir, para empezar, que esta *yihad* -como muchas otras *yihad*- podía terminar siendo un fenómeno transnacional. Probablemente la *yihad* no tenga otro sentido. Pues bien, a lo largo de la historia de las ideas políticas son muchos los que han comprendido que el internacionalismo puede convertirse en el peor enemigo del nacionalismo. Lo constatado es que a tierras afganas llegaron más de 35.000 combatientes islamistas de hasta 43 Estados diferentes para expulsar a los infieles soviéticos. Todo ello con el estímulo de la CIA y del ISI (siglas del InterServices Intelligence, pakistani), de modo que esta última organización actuaba como intermediario entre Estados Unidos y la insurgencia que operaba sobre el terreno, en Afganistán. El resto del engranaje funcionaba gracias a los dólares inyectados desde Arabia Saudita y a la venta de armas de última tecnología¹² por parte de Estados Unidos (Rashid, 2001: 200). En lo que a nosotros nos concierne, podemos imaginar el impacto de esa miríada de voluntarios de tan diversas procedencias, aunque sobre todo árabes, en suelo afgano.

¹² El caso más conocido, por su decisivo impacto en las operaciones de la guerrilla afgana, fue el de los misiles antiaéreos *Stinger*. Se trata de un arma de corto radio de acción, de guiado infrarrojo, provista de un lanzador portátil, y especialmente concebida para derribar aeronaves que vuelen a baja altura (su radio es de 5 km). En realidad, entró en servicio en el ejército estadounidense en 1981, lo cual da una idea de lo novedoso del producto. Lo cierto es que su presencia sobre el terreno fue decisiva para frenar a los hasta entonces prácticamente invulnerables helicópteros de combate soviéticos.

Lo que en realidad ocurre es que ahí convergen muchas agendas diferentes. A veces hasta contradictorias. Ese aluvión de voluntarios probablemente contribuyó a alimentar la ceremonia de la confusión en un país ya de por sí muy atribulado entre capas de lealtades superpuestas: lealtad a la tribu, a la etnia, a un Afganistán independiente, al sunnismo, quizá al Islam *lato sensu* (no siempre) y por último, también con el quizá por delante, a la Umma¹³. Nada más y nada menos. Obviamente, no todos los implicados combatían por todos y cada uno de estos objetivos. Algunos no llegaban a entender la necesidad de abrazar el último de los citados. Especialmente entre los nativos de cada valle. Otros –entre ellos muchos de los voluntarios recién llegados de otros países– por el contrario, no llegaban a entender los dos primeros estratos de lealtad o, si lo hacían, les daba exactamente igual lo que sucediera con ellos. Mientras que el tercer estrato, por sorprendente que pueda parecer, tampoco les interesaba demasiado. Entiéndase bien. La independencia de Afganistán no era, para esos árabes, un fin en sí mismo. No estaban allí por ese motivo. Desconocían Afganistán. Y es muy difícil querer lo desconocido. Su guerra transcurría por otros derroteros, aunque en ese momento, casualidades de la historia, se libraba en Afganistán. De hecho, ni hablaban ninguna de las lenguas afganas, ni conseguían hacerse entender en árabe, lengua desconocida para la inmensa mayoría de los afganos, fuese cual fuese su etnia. No sería muy exagerado decir que para buena parte de esos afganos de origen que combatían para liberar sus tierras del yugo extranjero, como siempre habían hecho, los *muyahidin* árabes no dejaban de ser extranjeros. Aunque aliados. Y por eso invitados. Pero no más que eso. A esos afganos la Umma les quedaba muy lejos. A fin de cuentas, la suya no dejaba de ser una forma razonable de ver las cosas.

¹³ La Umma, a la que posteriormente nos referiremos en más de una ocasión, es un concepto que alude a la comunidad de los fieles islámica y que, por esa misma razón, posee carácter transnacional. En este sentido, la *yihad* sería el camino –el medio– que puede ser empleado para alcanzar la Umma, entendida como la meta final. La activación, o no, de este mecanismo, ya depende de las diferentes interpretaciones del Islam, por supuesto.

Por el momento, sin embargo, es evidente que una alianza táctica entre grupos tan diversos podía funcionar suficientemente bien. Y lo hizo. El enemigo común más fácil de identificar desde los tiempos del protectorado británico así lo propiciaba. El esfuerzo combinado contribuyó a erosionar la voluntad política de Moscú, en un momento en que la gran potencia euro-asiática comenzaba a titubear, al notar los síntomas de su propia decadencia. Ahora bien, lo que ya resultaba más complicado de vislumbrar, atendiendo a estos antecedentes, es el futuro tras la guerra, suponiendo que finalizara con victoria de la insurgencia, como así fue, finalmente, tras una década de lucha incesante. Efectivamente, ¿qué iba a suceder con el panislamismo en Afganistán, una vez inoculado a través de esta contribución a la causa nacional? Más adelante trataremos de dar respuesta a esta cuestión. Pero es preciso tener presente que comienza a plantearse seriamente y no sólo como mera hipótesis teórica, a partir de este momento y debido a la manera en que los actores externos en liza -Pakistán, Arabia Saudita y... ¡los Estados Unidos!- plantearon el guión de su apoyo a la causa afgana.

Mientras tanto, en la retaguardia, tanto en Kabul como en las otras grandes ciudades, se había fraguado lentamente la fractura social a la que antes hacíamos referencia –de acuerdo con la tesis de Lipset y Rokkan- entre el mundo rural y el urbano. Esta, más sociológica que ideológica, sin perjuicio de que finalmente también dejara notar sus consecuencias en este terreno, como hemos visto. A ello contribuyó el hecho de que la presencia soviética se alargara durante esa década y el hecho de que en las urbes gobernaran sin excesivos problemas, durante buena parte de la misma, los sectores más modernizadores de la sociedad afgana. Ya sabemos que estos sectores no habían surgido de la nada. Babrak Karmal pudo llegar casi acompañando a las tropas de la URSS. Es cierto. Pero tras este hecho podemos vislumbrar los efectos de varias décadas de reformas llevadas a cabo en el Afganistán de las décadas precedentes.

La cuestión es que la presencia soviética en las ciudades contribuyó a acrecentar esa brecha, ya existente, entre el campo y la ciudad. Entre las tribus, más conservadoras -a veces

verdaderamente inmovilistas- y una nueva clase media urbana, partidaria de muchos de los cambios que aquéllas rechazaban en cuestiones tan dispares como la educación, la moralidad pública y privada, las políticas de igualdad entre géneros, los mecanismos de ocio, etc. Y, por supuesto, en lo relativo al papel institucional del Islam. Consecuentemente, algunos de entre quienes más conocen la sociedad afgana no dejan de insistir en que se trata de una de las peores fracturas que han asolado Afganistán, y que sus consecuencias políticas a medio plazo han sido terribles (Stanekzai, 2009: 27). Porque no es muy aventurado decir que ciertos radicalismos posteriores han encontrado su caldo de cultivo, precisamente, en la explotación de esa brecha. Mientras que la carnaza precisa para expandir el conflicto ha sido reclutada, fundamentalmente, entre los cada vez más indignados pobladores de esas zonas rurales.

Así que cuando, en 1989, tras un esfuerzo baldío las tropas soviéticas repasan la frontera en dirección a sus bases de partida, de vuelta a casa, cabizbajas, dejando tras de sí a más de 15.000 compañeros muertos, todas esas contradicciones, algunas ya muy antiguas, otras de nuevo cuño, saldrán irremediadamente a la superficie. Desde el punto de vista de la construcción nacional, la guerra contra la URSS puede ser calificada como una ocasión perdida. Pero desde el punto de vista de la construcción de un Estado, el diagnóstico es necesariamente más sombrío: muchas de las conquistas logradas desde Abd-al-Rahman hasta la intervención soviética habían desaparecido en medio de la tempestad.

En efecto, el Afganistán que resurge de las cenizas como victorioso frente a la URSS no tiene nada que ver con el ave fénix. Por el contrario, no es más que una mala réplica de lo que algún día llegó a ser, con todos los defectos y con todas las carencias que pudiera tener. Tan grande es el golpe sufrido que otra vez vuelve a ser pertinente la pregunta que ya parecía innecesaria. Realmente, el Afganistán que la guerra nos lega, a finales de los años 80, ¿cumple con los mínimos requisitos para ser considerado un Estado viable desde el punto de vista de la ciencia política o, por lo menos, algo que se le parezca un poco? Que es tanto como decir, ¿es viable, como Estado, de cara al futuro? Que es tanto como añadir, ¿podrá

garantizar a partir de ese momento un nivel aceptable de seguridad y estabilidad a sus ciudadanos? Desde luego, no está nada claro que así fuese. Pero mejor será hacer un repaso a lo sucedido tras la salida de los soviéticos para entender hasta qué punto todos los esfuerzos anteriores habían caído en saco roto.

CAPÍTULO 5

EL DRAMA SE LARVA DE NUEVO: LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PDPA EN EL PODER

La situación tras la salida de las tropas soviéticas estaba muy enrevesada. Por una parte, en Kabul siguió gobernando la facción *Parcham* del PDPA. El presidente era ahora Mohammed Najibullah, sucesor de Babrak Karmal en el cargo desde 1986 y ex dirigente de la policía política de éste último. Se trataba de un gobierno débil que muchos observadores consideraban, de facto, como meramente provisional. Aunque teóricamente seguía siendo un gobierno prosoviético, estaba claro que Moscú tenía sus propios problemas como para poder seguir ayudándolo como le prometieron. El mero hecho de la retirada tenía un significado claro en lo que se refiere a las prioridades del Kremlin. De manera que la estrategia de la “afganización” del conflicto afgano dio al traste con las pretensiones de la potencia que avaló esa política. Como años antes, *ceteris paribus*, la “vietnamización” del conflicto vietnamita había dejado a Vietnam del Sur en manos de los vietcongs. La historia se repite.

Más adelante, la desintegración de la URSS y su implosión, en diciembre de 1991, fueron el principio del fin para Najibullah. Pero en realidad estábamos ante la crónica de una muerte anunciada. Con todo, Najibullah se agarró al poder y todavía pudo gobernar en precario hasta la primavera de 1992. No hizo grandes cambios, ni grandes concesiones a la oposición islamista, lo cual precipitaría su caída. Fue un hombre coherente con sus ideas que no se dejó derrotar fácilmente por las apuestas que presagiaban una caída precipitada. Pero por aquel entonces ya controlaba menos de la mitad del territorio afgano y sabía perfectamente que no iba a recuperar el resto. Sólo le quedaba resistir. Así que sus últimos tiempos en el poder debieron ser especialmente amargos.

Por otro lado, la diversidad de apoyos externos a la *yihad*, unida a esa tendencia a la entropía tan característica de la sociedad afgana, estaban provocando una proliferación de grupos, partidos o pseudopartidos de corte islamista que apenas mantenían relaciones entre sí y que, cuando lo hacían, era para enfrentarse. Una de las principales novedades de este proceso de desagregación social reside en que el sector pastún de la sociedad afgana salió de la guerra mucho más fragmentado de lo que ya estaba antes de comenzarla.

Surgieron muchas milicias. Pero no todas recibían apoyo económico y militar de terceros Estados. Ya sea de Pakistán, o de Arabia Saudita. Mientras que las que lo hacían, no lo hacían en la misma medida. Llama también la atención el hecho de que algunos colectivos que lucharon ferozmente contra las tropas soviéticas apenas recibieron esa atención internacional. De nuevo, como si de una constante fatal se tratara, ni uzbekos, ni hazaras, entraron en el reparto de forma significativa. Mientras que los tayikos estaban en el furgón de cola de dicha ayuda, pese al indudable prestigio de la institución decana, *Jamiat-e-Islami*. En cambio, la contribución a la causa común de todos ellos fue más significativa que la de ciertos grupos con financiación externa. Esto puede ser un indicio más de que tanto Pakistán como Arabia Saudita llevaban a cabo una ayuda interesada, tendente a manipular a su antojo el futuro de Afganistán a través de colectivos afines y, en ese sentido, se trataba de una ayuda muy selectiva. Como quiera que la variedad de grupos fue importante, voy a sistematizar en un cuadro a los partidos (en realidad, partidos-milicia) más relevantes del momento (aunque hubo más) que se beneficiaron, en mayor o menor medida, de esas ayudas. Todos ellos pertenecen a la rama sunnita del Islam. Pero en cada caso especificaré la corriente a la que adhieren en una columna que, por pura convención, catalogo como “ideología”.

| Partido | Líder | Ideología | Etnia |
|--|------------------------------|--|---|
| <i>Jamiat-e-Islami</i> | B. Rabbani y Ahmad Sha Masud | Islamismo influido por Hermanos musulmanes | Tayika, con elementos pastún y nuristanos |
| <i>Hezb-e-Islami</i> | G. Hekmatiar | Panislamista | Pastún kunduz |
| <i>Hezb-e-Islami (Khalis)</i> | Yunis Khalis | Deobandi | Pastún paktia y kandahari |
| <i>Ittihad-e-Islami</i> | Abdul Rasul Sayyaf | Wahhabita | Pastún kabulí |
| <i>Harakat-e-Inqilab-e-Islami</i> | Mohammed Nabi Mohammadi | Sufismo naqshbandia | Pastún karlanri |
| <i>Frente Liberación Nacional Afgano</i> | Mohaddedi | Sufismo/islamismo moderado/tradicionalismo | Pastún kandahari |
| <i>Mahaz-e-Islami</i> | Pir Gailani | Sufismo/Pro-monárquico | Pastún kandahari |

Fuente: elaboración propia

La complejidad en el seno de los grupos financiados por los dos principales benefactores de la insurgencia afgana puede apreciarse con más claridad si analizamos un poco más pormenorizadamente las características de los mismos. Como ya se ha dicho, el único partido con verdaderas pretensiones de transversalidad étnica era el *Jamiat* de Burhanuddin Rabbani. Pero las tensiones internas del período 1972-1976 se llevaron consigo a la mayor parte de los pastún que cohabitaban en él¹. Con lo cual terminó siendo una formación esencialmente tayika, con pequeñas incrustaciones de etnias minoritarias. Por lo demás, es remarcable que durante la guerra contra la URSS se incorpora a esta formación el célebre Ahmed Sha Masud, asimismo tayiko, que también era conocido como el “león del Panshir”. Con el tiempo adquirirá más protagonismo que el propio

¹ En realidad, un núcleo duro de fieles pastún se mantuvo firme en *Jamiat* hasta la irrupción de los talibán, bastantes años después. Pero ante el avance talibán, muchos de los individuos de este remanente se pasaron, directamente, a las filas del mulá Omar.

Rabbani dadas sus dotes para la acción militar, que era lo que entonces estaba en boga, por razones evidentes.

Olivier Roy comenta que *Jamiat-e-Islami* va despojándose de su componente islamista para terminar siendo, básicamente, un “partido nacional”, dotado de “una base muy marcada en el plano étnico” (Roy, 2003: 37) y propone a Masud, más que a Rabbani, como el personaje paradigmático en esta deriva. Pero la trayectoria de sus líderes (Masud incluido) muestra que *Jamiat* es, ante todo, un partido islamista. Masud tenía una bien ganada reputación de ávido lector y hombre piadoso. Esto último entendido en su primigenio sentido religioso. Aunque es cierto que también le complacía la lectura de textos sobre la guerra de guerrillas (Coll, 2005: 4-5). Pero eso está lejos de ser incompatible con el Islam. Incluso se ha comentado su querencia por las tesis radicales de Qutb –líder de los hermanos musulmanes- y su natural tendencia a señalar la presencia de *kafires* entre las filas de los propios musulmanes.

En realidad, ocurre que el Islam es el camino que *Jamiat* propone desde el principio para integrar en lo posible a la miríada de tribus y etnias diversas y dispersas por todo el territorio afgano (Gohari, 1999: 14-16). Ciertamente. Aunque, a tenor de lo dicho, creo que el compromiso de Rabbani y de Masud con el Islam es algo más que instrumental. En todo caso, parece evidente que *Jamiat* no debe ser considerado como un partido pro-occidental. Ni siquiera como un partido especialmente partidario de la línea de reformas que había protagonizado en sus últimos tiempos la monarquía de Zahir Shah aunque, por otros motivos, terminara siendo un partido muy elogiado desde Estados Unidos y desde muchas capitales europeas. Estas cosas terminan dependiendo de cuál es la alternativa.

Entonces, lo que parece fuera de toda duda es que, en muchos aspectos, los hombres de *Jamiat-e-Islami* eran tan conservadores, o más (siendo esto último bastante frecuente), que los propios pastún. Aunque también parece evidente que las veleidades *yihadistas* dejan de formar parte de su discurso más pronto que tarde. Asimismo, está demostrado que la relación entre Rabbani y Masud fue, como mínimo, compleja. Así como que esta circunstancia afectó a la gestión de las ayudas recibidas de la CIA -a través de los servicios secretos pakistanís- por *Jamiat*. De hecho, parece evidente que Rabbani sí

recibía fondos a través del ISI con regularidad. Pero estos casi nunca llegaban a manos de Masud. O no llegaban en las cantidades estipuladas. Todo parece indicar que no era sólo un problema de las conexiones entre Masud y el ISI (es evidente que Masud no era su *muyahidín* favorito). Sino, sobre todo, de los cortocircuitos en las conexiones entre los dos principales líderes tayikos (v.gr. Coll, 2005: 123-124).

El colectivo liderado por Hekmatiar era bastante peculiar. Sabemos que su partido es fruto de una escisión de *Jamiat*. Durante muchos años, y desde luego durante toda la guerra contra la URSS, fue apoyado por los Estados Unidos. Pero, sobre todo, fue el preferido de Pakistán, en especial a través del ISI². Quizá porque los pakistaníes aspiraban a que *Hezb-e-Islami* acabara constituyendo la plataforma de los pastún de Afganistán. Con lo cual podían dar continuidad a la presión de Islamabad sobre Kabul. Además, la postura de Hekmatiar respecto al Islam era ortodoxa, es decir, de corte internacionalista. Eso también gustaba en Islamabad, ya que de esta manera minimizaban la posibilidad de que Hekmatiar se alineara con aquellos afganos que pretendían recuperar (o satelizar) los territorios de la FATA pakistaní.

Con el paso de los años, Hekmatiar fue derivando hacia posturas crecientemente anti-occidentales. Por ejemplo, en la guerra de Irak de 1991 se alineó explícitamente del lado de Saddam Hussein con lo que perdió, de facto, el apoyo norteamericano. Pero el apoyo de Pakistán continuó durante más tiempo (pese a que, oficialmente, Pakistán estaba con la coalición liderada por los Estados Unidos en la guerra del Golfo). Asimismo, al principio Hekmatiar asumía que el reto planteado al Islam era tan grande que no convenía descartar acuerdos con los chiítas. Sobre todo con los de otros países. Pensaba, por ejemplo, que Irán debería presionar más a Israel para resolver la cuestión palestina, utilizando para ello su influencia sobre *Hezbollah*. Sea como fuere, su formación (un partido-milicia, en realidad) destacó por su estricta disciplina militar interna. Al fin y al cabo, las sucesivas escisiones dentro del colectivo pastún impidieron que sus bases

² De todos modos, es un secreto a voces que Hekmatiar obtenía una parte de su financiación del tráfico ilegal de drogas. Mucho antes de que se diera la actual expansión del cultivo de opio, hacia finales de los años 80, él ya obtenía suculentos beneficios (vid. Griffin, 2001: 230).

sociales fueran demasiado extensas. Y, a pesar de todo, estuvo en primera línea de la política afgana durante muchos años, antes y después de la invasión soviética. De hecho, siguió siendo el hombre fuerte de Paquistán en territorio afgano hasta que fue derrotado por los talibán, en 1995.

El tercer colectivo señalado era fruto de una escisión (otra más), esta vez de *Hezb-e-Islami*. No fue uno de los más importantes, pero merece un lugar específico en esta historia aunque sólo sea porque fue de los primeros en abrazar la doctrina deobandi en Afganistán. Doctrina que, con el paso del tiempo, será una de las fuentes de inspiración de los talibán. Además, se rumoreó que el mulá Omar estuvo vinculado, al principio, al grupo de Khalis. Y que probablemente combatió a sus órdenes en la guerra contra la URSS. En realidad, muchos de los futuros mulás asociados al movimiento talibán provenían de las filas de este partido. Hasta el punto de que algunos analistas defienden que *Hezb-e-Islami (Khalis)* constituyó la verdadera “plataforma de lanzamiento” de los talibán afganos (Gohari, 1999: 21). De lo que no cabe duda es de que a lo largo de la yihad contra los soviéticos constituyó la milicia más extremista.

Por lo demás, el grupo se compone sobre todo de líderes con un fuerte sentido patriarcal, de perfil muy conservador pero que, en última instancia, conceden prioridad a los ulemas sobre los jefes tribales. Ese es uno de sus signos distintivos: la supeditación de la tradición al Islam, y no al revés. Un buen ejemplo, pues, de la no siempre fácil relación entre el mero conservadurismo y la religión. Algunos expertos han apuntado que, en última instancia, un pastún es antes pastún que musulmán, alegando para ello comentarios vertidos por los mismos protagonistas (Jawad, 1992: 7). Quizá sea cierto en algunos casos. Pero no lo es, evidentemente, en el del grupo *Khalis*. Por su parte, sabemos que Yunis Khalis, como Rabbani y como Hekmatiar, ya había tenido problemas con el poder desde los tiempos de general Daud por oponerse a las dinámicas secularizadoras de éste.

En cuanto al ingrediente deobandi³, original de Delhi (Deoband es una ciudad ubicada en las cercanías de Delhi), valga

³ El fundador del movimiento fue Sayyad Ahmed Bareilvi, fallecido en 1831. Pero el empuje se lo dio la participación destacada de sus miembros en la rebelión anti-

destacar que fue difundido desde mediados del s.XIX en la entonces India británica. Esta influencia le aportaba, al menos teóricamente, carácter panislamista y una vocación de superar “entre otras, las lealtades étnicas, lingüísticas y tribales” (Marsden, 2002: 127). Pero ya sabemos que en Afganistán esto es muy complicado y, como en el caso de Hekmatiar, su partido terminó siendo, en esencia, un grupo étnicamente pastún de acceso bastante cerrado.

Por su lado, *Ittihad-e-Islami* es un grupo pro-árabe. Algo no tan usual en Afganistán pese a lo que algunos podrían pensar por mera asociación de ideas. En realidad, a lo largo de estos años, *Ittihad* fue a Arabia Saudita lo que *Hezb-e-Islami* era a Pakistán, es decir, algo así como su “sucursal afgana”. La influencia wahhabita es lógica, en este contexto, ya que la familia real saudí está formada por los descendientes directos de Abdul Aziz⁴, uno de los principales líderes del movimiento. El wahhabismo, fundado por Ibn Abdul Wahhab, a mediados del siglo XVIII era ante todo un movimiento de purificación del Islam, ante lo que identificaban como una desnaturalización (o incluso una degeneración) del mensaje originario del profeta. Esta circunstancia afectaba, sobre todo, a los propios creyentes, progresivamente convertidos en meros hipócritas. Así, por ejemplo, el fundador del movimiento estaba en contra de esos egipcios y otomanos fumadores y amantes de la música que, a pesar de su hedonismo, peregrinaban a La Meca. Los tildaba de politeístas blasfemos y seguidores de falsos ídolos (Coll, 2005: 75). De hecho, la recreación de esa imagen fue una de las motivaciones que le impulsaron a purificar el discurso, o a sus practicantes, o ambas cosas a la vez. Así de riguroso era Wahhab. Todo un carácter.

británica de los cipayos, acaecida en 1857. De ahí que en algunas publicaciones sea esa la fecha indicada para marcar el nacimiento de dicho movimiento. Entre sus principales líderes de esa primera época dorada podemos encontrar –siempre en la India– a Mohammed Qasim Nanautawi y Rashid Ahmed Gangohi

⁴ Abduil Aziz era un buen ejemplo de líder religioso que combinaba una profunda piedad con el ejercicio de la milicia. Él fue quien dirigió la reconquista de los lugares santos del Islam en la península arábiga, dominados por los otomanos desde principios del siglo XIX. En 1924 ya se había hecho con el control de La Meca. En 1932, con apoyo británico, constituyó la actual monarquía alauita en Arabia Saudita. Entre los signos distintivos del wahhabismo estaban el enorme celo por la moralidad, la injerencia constante de los poderes públicos (sobre todo a través de la “policía religiosa”) en cuestiones de indumentaria, o en cuestiones relativas al control del tiempo libre, incluyendo algunas restricciones a actividades relacionadas con la música o el baile.

Pues bien, los wahhabitas consideraban que este proyecto podía ser aplicado por la fuerza, en caso de necesidad. Asimismo, enseguida mostraron un enorme celo en la defensa del ideal de la Umma, esto es, de la constitución de una comunidad de creyentes por encima de las fronteras estatales y/o coloniales de la época. Probablemente como una deriva inevitable de esta influencia wahhabita, Sayyaf siempre se mostró especialmente contundente con los chiítas de Afganistán (básicamente hazaras, pero también ismaelitas⁵) al considerarlos malos musulmanes o, directamente, infieles. En cambio, se mostró mucho más flexible a la hora de negociar acuerdos políticos con Rabbani y sus tayikos. Quizá debido a esta circunstancia siempre se ha considerado a su partido como uno de los menos “étnicos” de Afganistán. Si bien, como contrapartida, *Ittihad* ha resultado ser uno de los colectivos más sectarios en clave religiosa.

El caso del *Harakat-e-Inqilab-e-Islami* es bastante curioso. Su líder, un pastún karlanri, se formó ampliamente en una de las principales órdenes del sufismo. Obtuvo un escaño en el Parlamento afgano en las elecciones de 1965, pero pronto se fue radicalizando, a medida que observaba el constante acercamiento de la política afgana a Moscú. Tras la invasión soviética lideró uno de los grupos insurgentes más belicosos, desde las provincias de Kandahar, Helmand, Uruzgan y Paktya, principalmente. Inicialmente, esta formación estaba muy abierta a miembros de colectivos no-pastún, especialmente uzbekos, aunque también mantenía una buena relación con los tayikos. Sin embargo, con el paso del tiempo fue canalizando su actividad a modo de un grupo casi exclusivamente pastún. De hecho, una de sus características, a finales de los años ochenta, era la práctica equiparación entre la *sharia* y el *pashtunwali*. En cambio, se mostraron furibundos en su crítica a cualquier tentativa de autonomía dentro de Afganistán para esas minorías, preconizando un Estado monolítico en esos aspectos (Crews y Tarzi, 2009: 27-28).

⁵ De hecho, Sayyaf se cuidaba de manifestar juicios críticos contra los hazaras *per se*. Su partido no deseaba ser visto, en este sentido, como un mero partido nacionalista pastún. Y seguramente no lo era. Era un partido confesional sunnita, que es muy diferente. Sin embargo, iremos viendo que el devenir de los acontecimientos acabó potenciando una imagen de él y de la formación que lideraba directamente anti-hazara, escrita con letras de sangre.

Pero con el paso de los años su protagonismo siguió una trayectoria claramente evanescente. Convertido en una sombra de lo que fue en los primeros años, hacia el final del conflicto con la URSS Nabi Mohammed todavía participó en los gobiernos de amplia base del período 1992-1996. Sin embargo, muchos de sus seguidores eran escépticos con ese gobierno, al que observaban con recelo por su liderazgo tayiko. De modo que dieron una nueva vuelta de tuerca a su proyecto y muchos de ellos terminaron integrados en las filas talibán. De hecho, junto al grupo liderado por Khalis, al que ya hemos hecho referencia, se considera que el *Harakat-e-Inqilab* fue uno de los principales apoyos del naciente movimiento talibán en suelo afgano. Es más, no faltan rumores que también sitúan al propio mulá Omar en la órbita de este partido-milicia. Lo que parece evidente, en todo caso, es que sus miembros se dejaron seducir por su discurso.

Las dos últimas formaciones incluidas en el cuadro presentaban un perfil netamente diferente a las anteriores, salvo en lo que se refiere al predominio casi absoluto de los pastún. Se trataba de partidos islámicos, pero muy moderados. De hecho, la crítica estándar que solían recibir del resto de grupos se refería a su talante demasiado cercano a las posiciones de los Estados Unidos. Esto siempre ha sido comentado de Mohaddedi. Quizá porque fue un incipiente e incansable propagandista anti-soviético, desde los años cincuenta –por ejemplo, en su juventud fue encarcelado por orden de Daud por manifestarse contra una visita de Breznev a Afganistán-. Pero no era extraño a Gailani quien, a ojos de ciertos expertos, resultó ser “el más pro-occidental de los líderes *muyahidín*” (Gohari, 1999: 23). En realidad, su influencia en la calle era bastante relativa. Porque, a pesar de unos prometedores comienzos como formación de masas por parte del *FLNA*, ambas formaciones carecieron de una amplia base social. Más bien terminaron siendo plataformas al servicio de lo más granado de esa elite pastún durrani que a lo largo de casi 250 años había gobernado en Afganistán. Esto constituía, a la vez, su punto fuerte y su talón de Aquiles.

Lo primero porque les otorgaba una gran legitimidad de tipo tradicional, siguiendo la tipología de Max Weber. En una sociedad como la afgana eso era importante. En las zonas rurales no sería fácil encontrar a multitudes de adeptos a Mohaddedi, por ejemplo. Pero se le profesaba un gran respeto, sólo por ser quien era. Lo segundo

porque por otro lado no se puede obviar que la situación vivida a lo largo de los años 80 era vista, por muchos islamistas radicales, como el producto de la defección a la causa islámica perceptible en los últimos tiempos de Zahir Shah y Daud. Y, a pesar de su incuestionable inquina contra la influencia de la URSS, en la hoja de servicios de Mohaddedi también aparecen cargos públicos –como el de diputado en 1964– que terminaron siendo un lastre para sus opciones políticas, máxime teniendo en cuenta la efervescencia y la polarización crecientes de la sociedad afgana.

Por su parte, Gailani fue de los pocos líderes del momento que abogó públicamente por el regreso del exilio de Zahir Shah. No precisamente como mera figura decorativa, sino como monarca con todas las consecuencias. Sea como fuere, en ambos casos se trataba de candidatos más que aceptables para occidente, cuando desde la lejanía se quería imaginar el futuro del maltrecho Estado afgano. Pero ya sabemos que eso no es necesariamente adecuado para fomentar su buena prensa en aquellas latitudes. Además, Pakistán y Arabia Saudita eran conscientes de este sesgo con lo que, en comparación con el patrocinio más generoso del que se beneficiaron Hekmatiar o Sayyaf, ni Mohaddedi ni Gailani fueron objeto de grandes aportaciones. Así que el ISI lanzaba balones fuera mientras que la CIA, supuestamente interesada en patrocinarlos –por razones objetivas– tampoco fue capaz de presionar a sus interlocutores pakistaníes –no consta que ni siquiera lo intentaran– aduciendo que, de hecho, los partidarios de Mohaddedi, o de Gailani, no mataban tantos soviéticos como los secuaces de Hekmatiar... lo cual era del todo cierto (Coll, 2005: 175). Más discutible es que se trate de un criterio acertado, por supuesto.

Ahora bien, como he comentado más atrás, que estos grupos hayan sido los beneficiarios de las ayudas externas de Pakistán y Arabia Saudita (unos grupos más que otros) no significa que su aportación haya sido la más relevante para la victoria final sobre los soviéticos, ni mucho menos que no existieran otros grupos, bien organizados, capaces de alzar su voz en la inmediata posguerra por méritos propios. El más conocido de todos ellos era el *Hisb-e-Wahdat*, un partido hazara, que es casi lo mismo que decir un partido chiíta. En realidad, era mucho más que eso: era el refugio por excelencia de la minoría hazara en Afganistán. Los harazas lucharon al lado de pastún y tayikos, que tradicionalmente los habían menospreciado, contra una

Unión Soviética que todavía no les había ofendido gravemente. Ni siquiera está muy claro si en este caso la alusión a que el dominio de Moscú habría sido peor, casa con la realidad. Pero su apuesta fue firme. En el transcurso de la guerra contra la URSS consolidaron sus posiciones en el Hazarajat, su tierra natal, de difícil acceso, estableciendo su particular feudo a imagen y semejanza de la revolución islamista de Jomeini (Marsden, 2002: 133). Lo cual da buena idea de las características del partido, así como de las ayudas internacionales que, con cuentagotas, podía recibir. Su líder en aquellos tiempos era Abdul Ali Mazari. Un hombre de prestigio a quien ocasionalmente se le dio trato de *ayatollah*. Tras su muerte, acaecida algunos años más tarde en manos de los talibán, el líder de *Wahdat* pasó a ser Khalili, que es considerado por algunos expertos como más claramente pro-iraní, si cabe, que su antecesor (Gohari, 1999: 25).

Pues bien, a esta yuxtaposición de grupos dispares le acompañaría, en el último momento, un nuevo socio. Un socio que todavía hoy muchos afganos de los demás colectivos consideran indeseable (enseguida descubriremos los motivos). Pero que se ha vuelto poco menos que imprescindible, dado el precario equilibrio de fuerzas en el país. Me refiero a Rashid Dostum. Dostum, de origen uzbeko, era general del ejército afgano. Durante toda la guerra contra la URSS permaneció fiel al gobierno de Kabul que es tanto como decir a la propia URSS. Así que, paradójicamente, combatió a los *muyahidín*. Dostum era, digámoslo así, el enemigo común de todos los anteriores movimientos. Es más, cuando las tropas soviéticas se fueron de Afganistán, él siguió siendo fiel al presidente Najibullah que, como hemos visto, todavía gobernaba en Kabul, aunque en precario. Tanto es así que sus tropas, bien entrenadas y más disciplinadas que los propios *muyahidín*, tuvieron buena parte de culpa en el hecho de que éstos no logaran entrar en Kabul para destituir a Najibullah y terminar con los restos del PDPA hasta 1992, casi tres años después de la huída soviética.

Pero si la historia terminase aquí, simplemente, Rashid Dostum no pasaría de ser la antítesis de la insurgencia afgana. En cambio, una nueva variable entra en escena. Este líder uzbeko fue esencial para la victoria final al abandonar a Najibullah y, en el último momento, poner sus tropas a disposición de la coalición. Más

concretamente, a disposición de *Jamiat-e-Islami* y de su líder de facto, Masud. Gracias a su defección las tropas de Masud entraron victoriosas en Kabul el 25 de abril de 1992 sin apenas resistencia. Así que Dostum podía exigir el derecho a sumarse a la fiesta, si bien su carácter advenedizo disgustó a más de uno. Por lo pronto, disgustó a Hekmatiar que pretendía llegar primero a Kabul para así poder liderar la reconstrucción de Afganistán de la mano de *Hezb-e-Islami*. En mi opinión, sin embargo, el peso político de Rashid Dostum supera con creces esta coyuntura. En realidad, se trata del líder más significativo de la minoría uzbeka. Minoría, sí, pero dominante en seis o siete provincias del norte de Afganistán. Por ese motivo, en Kabul se empieza a tener claro –desde la primavera de 1992– que este personaje de carácter tan difícil como volátil pasaría a estar en los primeros lugares de la agenda política por mucho tiempo.

Así las cosas, el desenlace de la guerra contra la URSS complica más –siempre es posible empeorar– la situación socio-política del país. Mientras que los pastún se fraccionan por momentos, algunas minorías étnicas que hasta entonces habían tenido un protagonismo escaso o nulo en la historia de Afganistán saltan a la palestra. Y, lo más importante, llegan para quedarse. De esta manera, la victoria sobre la URSS es la antesala de la guerra civil. La vida está llena de sorpresas. Aunque en este caso quizá no lo sean tanto. Simplemente, Afganistán era un polvorín étnico que algún día podía estallar. De hecho, lo peor estaba por llegar. Pero la distribución de fuerzas en la primavera de 1992 contiene un buen anticipo de lo que será. Y, sobre todo, nos permite vislumbrar con bastante exactitud la situación vivida en aquellos años a lo largo y ancho de Afganistán.

CAPÍTULO 6

LA GUERRA CIVIL 1992-1996 Y LA APARICIÓN DE LOS TALIBÁN

Tras su destitución, Najibullah se quedó en Kabul bajo la protección de la ONU. Un final muy civilizado en comparación con lo que había sido habitual en los años anteriores, con las muertes violentas de Daud, Taraki y Amin, cada cual sucediendo al anterior. Según hemos visto, *Jamiat-e-Islami* era el partido (o el partido-milicia) mejor posicionado para liderar el nuevo proyecto de Estado afgano. Efectivamente, Masud era quien había dirigido la recuperación de Kabul, y no podemos olvidar que era el lugarteniente de Burhanuddin Rabbani. A pesar de todo, el primer presidente fue Mohaddedi. Probablemente su mejor baza era la moderación de la que siempre hacía gala, así como el hecho de que occidente lo viese con muy buenos ojos. De todas formas, fue ratificado por una *shura* y tuvo que aceptar como primer ministro a Sayyaf. Esto prometía una prolongación del dominio pastún durrani, pero con matices. Esos matices los aportaba Masud, nombrado ministro de defensa. Sin embargo, la arquitectura política desarrollada a su alrededor era demasiado enclenque para soportar el reto que se le venía encima. Así que su mandato se alargó tan solo unos 4 meses a partir de la toma de Kabul.

Finalmente se optó por un gobierno que reflejaría mejor la correlación de fuerzas en los últimos años, liderado por Burhanuddin Rabbani, que se hizo nombrar presidente a finales de 1992, al parecer sin contar con la aquiescencia de Rashid Dostum, al que ni siquiera se invitaba a discutir estas cuestiones. Así que después de muchos años, un tayiko volvía a estar en el puesto más alto de la política afgana. Esto sólo había sucedido una vez, en 1929, y el experimento fue un desastre, básicamente porque los pastún no se conformaron con esa situación. ¿Qué iba a suceder ahora? Sucedió lo inevitable.

Aunque el nuevo gobierno pretendía serlo de coalición o, si se prefiere, multiétnico, no todos los líderes pastún lo aceptaron de buena gana. Sí Sayyaf, sin cuya complicidad hubiese sido complicado que Burhanuddin Rabbani accediera al poder. Los seguidores de Mohaddedi tampoco se enfurecieron mucho por tener que trasladar esa auténtica patata caliente a Rabbani. De hecho, en su caso fue un abandono a medias. El joven Hamid Karzai, que estaba muy cerca las posiciones de Mohaddedi, llegó a ocupar cargos de relevancia en el gabinete de Rabbani. Pero a lo largo de la fase que ahora analizamos, siempre estuvo en segundo plano¹. En esa coyuntura, Rabbani también tenía a favor a algunos líderes de los colectivos tradicionalmente ninguneados por los pastún, como el hazara Mazari.

El principal problema residía en que Hekmatiar soportaba muy mal su marginación, pues había alumbrado grandes planes para sí mismo. También los había alumbrado Pakistán, su patrocinador, que ahora veía desencantado como todos sus esfuerzos durante la larga guerra contra la URSS caían en saco roto, puesto que Kabul quedaba en manos de terceros. Así que herido en su amor propio, animado por el ISI y con la coartada de siempre: los pastún no pueden ser excluidos de un poder que ellos mismos crearon de la nada en 1747, Hekmatiar se lanzó a la empresa de bombardear esa capital gobernada por sus antiguos aliados en la guerra contra la URSS. Esto no hizo más que arrear la fragmentación étnica afgana. En efecto, si todavía quedaba algún atisbo multiétnico en *Hezb-e-Islami*, va a desaparecer tras la toma de postura de su líder. Asimismo, el partido-milicia *Junbesh* de Rashid Dostum va a derivar lenta pero irreversiblemente hacia postulados abiertamente nacionalistas, cuando en sus primeros días era capaz de aglutinar a un buen número de tayikos, así como a miembros dispersos de otras minorías. No es ajeno a esta última tendencia el hecho de que desde Turquía se intentara jugar un papel de

¹ Las malas relaciones entre etnias diversas podrían estar en la base de un hecho que llama mucho la atención y que concierne a Karzai. Siendo ministro, fue detenido e interrogado a instancias de Fahim, el líder tayiko encargado de dirigir la policía en Kabul. Aunque fue liberado y el presidente Rabbani se disculpó inmediatamente, Karzai se fue a un exilio semi-voluntario en Pakistán para no regresar hasta el año 2001. Posteriormente, cuando Karzai alcanzó la presidencia, le dio cargos de importancia a Fahim y todo ha quedado en una anécdota. Pero creo que se trata de una anécdota significativa para entender el estado de ánimo vivido en aquel contexto, no lo olvidemos, de guerra civil.

mayor influencia en Asia Central a través precisamente del *Junbesh*, incentivando para ello un nacionalismo de corte étnico que buscaba marcar distancias con los colectivos afganos de origen persa (v.gr. Giustozzi, 2005).

Tomadas en conjunto, el resultado de estas corrientes de fondo oscurece el panorama de la fase post-soviética. Para Afganistán se trataba de una mala noticia. Para ese proyecto de Estado afgano que debía resurgir de entre las cenizas de una década de guerra contra un invasor externo, fue una sentencia de muerte. Porque la guerra por el control de Kabul iba a tener consecuencias colaterales nefastas. Sin ir más lejos, iba a impedir que el resto del territorio fuese adecuadamente atendido en sus muchas carencias. La anarquía presidía la antigua corte, ahora tomada por los nuevos señores de la guerra. Muchos de ellos tan buenos guerreros como malos gobernantes. Pero lo peor de todo no era eso. Lo peor era que también presidía las zonas rurales, las más alejadas de esa corte objeto de disputas. Las más necesitadas de ayuda y las más proclives –siempre había sido así– a la insurrección. Algunos analistas opinan que “en 1992, Afganistán volvía a ser el Estado que había sido en 1880, antes de que Abd-al-Rahman tomara el poder” (Giustozzi, 2009: 32). Ciertamente. El Estado se estaba desintegrando por momentos. Así que, como consecuencia de ello, el feudalismo amenazaba con volver a hacer aparición en medio de la nada.

Efectivamente, lo que va surgiendo en plena guerra civil no es exactamente un Estado, puesto que le faltan sus atributos más elementales. El monopolio de la violencia legítima weberiano, capaz de imponer en caso de necesidad un derecho común no alcanza mucho más allá de Kabul. La administración no funciona. Los servicios mínimos han dejado de ser operativos. Lo que se produce, como siempre en estos casos, es un vacío de poder que los más avezados aprovechan para instalar sus propios señoríos, con sus ejércitos privados, sus cárceles privadas, sus servicios públicos-privados (valga la incongruencia) y sus aduanas particulares respecto de las cuales no tenían que rendir cuentas a nadie que no fuesen ellos mismos. Si no hay Estado, el Estado de derecho se convierte en un absurdo. Y la arbitrariedad del señor de la guerra de turno se convierte en la norma.

Así que mientras Hekmatiar comienza la demolición de Kabul con sus piezas de artillería hasta convertirla en una nueva Sarajevo y, según algunos, dicho algo exageradamente, en una emulación a pequeña escala de Dresde (Griffin, 2001: 52)², los halcones afganos se parapetan en sus respectivas trincheras con la confianza puesta en que nadie les molestaría en demasía.

Ante todo, es importante distinguir, conceptualmente hablando, el fenómeno de los señores de la guerra de otros similares que poseen ciertas conexiones con éste, pero que en realidad responden a otros contenidos. Lo planteo porque no debería confundirse a los *warlords* con los líderes tribales –con los que muchas veces mantienen una complicada relación- ni con los líderes religiosos. En esta línea, Kimberly Marten nos ofrece algunas pistas para separar estas realidades (Marten, 2007: 48).

Efectivamente, los señores de la guerra poseen rasgos específicos, tales como: 1) sólo desean sostener bajo su *potestas* porciones relativamente reducidas del territorio estatal. En este sentido, sus ambiciones son mucho más limitadas que las que suelen impregnar a los líderes religiosos; 2) su conducta está dirigida por el auto-interés, marginando aspectos ideológicos que, en su caso, adquieren un rol marginal y, en ocasiones, nulo. E incluso, si se da la primera circunstancia, dicha marginalidad se pone al servicio de esos fines de índole más crematística. En este sentido, se distinguen tanto de los líderes tribales y su sentido de servicio a su comunidad, así como de respeto a las tradiciones –de las cuales frecuentemente son meros legatarios- como de los líderes religiosos; 3) la autoridad de los señores de la guerra es carismática (en el sentido weberiano) y se refuerza a través de relaciones de patronazgo, desvinculándose de otras consideraciones y, finalmente, 4) su forma individualista de organizar sus actividades, así como el perfil de su liderazgo, provocan una tendencia a la fragmentación social y dificulta sobremanera la adopción de acuerdos transversales –ya sean de índole política o

² Griffin recuerda que esta circunstancia provocó la diáspora de lo que quedaba de la vieja elite urbana kabulí, incluyendo médicos, profesores e ingenieros. Y también algunos funcionarios profesionales dignos de ese nombre. Gentes, en definitiva, que hubiesen sido muy necesarias para levantar el país desde la capital y que definitivamente arrojaban la toalla. Cuestión de supervivencia...

económica- a escala estatal. En esta dirección, mientras que la imagen de un consejo de líderes tribales en la búsqueda de soluciones comunes no sólo tiene lógica en su dimensión teórica sino que además suele ser una realidad práctica, es altamente improbable que se puedan generar (y menos aún estabilizar/institucionalizar) tendencias semejantes entre señores de la guerra.

Pues bien, Afganistán ha tenido y tiene una fuerte propensión a abrazar este *modus operandi*. Rashid Dostum va a establecer su propio feudo. En realidad, por paradójico que pueda parecer, se trataba de algo bastante más parecido a un Estado que lo que realmente era entonces el simulacro de Estado afgano en bancarrota. Ubicado en las provincias del norte, refugio uzbeko por definición, se mostraba abierto a otros grupos étnicos, sobre todo a sus convecinos tayikos. En cambio, siempre mantuvo una postura desconfiada y hasta hostil hacia los pastún que habitaban “sus” tierras. Por lo demás, es conveniente indicar que ese sentimiento era mutuo. Aunque él, por su parte, nunca dejó las confabulaciones palaciegas con los políticos de Kabul. Probablemente porque siempre ha estado convencido de que ésa era la mejor manera de garantizarse esa cuota de poder.

Su modelo feudal incluía un ejército privado de miles de hombres. Hasta 40.000 en sus mejores momentos. Estaban bien uniformados (cosa rara en Afganistán) y eran disciplinados. Poseía cientos de vehículos blindados, incluyendo carros de combate, así como dos docenas de cazabombarderos de fabricación soviética que todavía daban que hablar. No está nada mal para un señor feudal. Con esas poderosas razones garantizaba la seguridad en el interior de su oasis político. Siempre lo había hecho. En realidad, su gran mérito consiste en que supo mantener a ciudades tan emblemáticas como Mazar-e-Sharif alejadas de la destrucción tras más de una década de guerra (Rashid: 2001: 96). Supongo que a Dostum le interesaba su gente, los uzbekos, y le daba relativamente igual quién mandara en Kabul, ya fuesen soviéticos o islamistas. Lo importante es que respetaran sus intereses en el norte. Pero, por esa misma razón, deseaba estar al tanto de los politikeos de la capital. Probablemente, pues, a Dostum el gobierno de Kabul le interesaba poco... salvo para poder controlar desde dentro que no molestara demasiado (Jawad, 1992: 12).

Su política era, en muchos aspectos, flexible. E incluso podría calificarse, usando retórica occidental, como progresista. En efecto, a Dostum no le agradaban las imposiciones de velos y menos todavía de *burkas*. Tampoco estaba por la labor de expulsar a las niñas del sistema educativo o a las mujeres adultas de las calles ni de los lugares de trabajo. Al contrario, creó una universidad (privada, claro) en Mazar-e-Sharif que llegó a tener centenares de mujeres en sus aulas. Vestidas sin velo, con falda y con zapatos de tacón, si así lo deseaban. También creó un embrión de sistema sanitario. Dostum llegó a acuñar una moneda propia que, lógicamente, sólo tenía validez dentro de las 6 o 7 provincias que estaban bajo su control. Incluso llegó a crear sus propias líneas aéreas (civiles, esta vez) a las que denominó Balkh Air. Pero no todo iba a ser trabajo. El ocio también forma parte de la vida. En Mazar-e-Sharif se bebía cerveza y vodka con normalidad. En sus cines se podían ver películas indias, con sus sensuales bailarinas escasas de ropa incluidas. Todo esto sin que Kabul se enterara demasiado (Raich: 2002: 33-34). Claro que, aunque se hubiese enterado, tampoco estaba en condiciones de hacer nada para evitarlo. Lo que parece evidente es que como político Dostum no era comparable a ninguno de los líderes islamistas que en aquellos momentos se disputaban Kabul. Ni mejor ni peor que ellos, pero era distinto. Rashid Dostum estaba en otra onda.

En materia religiosa también era muy abierto. Ya sea porque le importaba poco, o porque le importaba tanto que deseaba ser consecuente con el principio de libertad religiosa en el fondo defendido por casi todas las confesiones, incluyendo el Islam. El hecho es que en Mazar-e-Sharif está la tumba de Alí, yerno de Mahoma, a quien los chiítas han convertido en el fundador de su rama del Islam, venerándolo en consecuencia. Rashid Dostum, sunnita, se limitaba a proteger el lugar de culto para que los peregrinos pudiesen acudir sin mayores temores.

Eso no significa que Dostum fuese un hombre de carácter fácil. Todo lo contrario. Ahmed Rashid, uno de los principales expertos en Afganistán, relata que cuando visitó la fortaleza de Dostum en Mazar-e-Sharif, se encontró con trozos de carne y sangre en el patio de barro y preguntó si habían sacrificado una cabra, o algo así. Le contaron que Dostum había castigado a uno de sus propios soldados por robar: “lo habían atado a la oruga de un tanque de fabricación soviética, que dio

entonces unas vueltas por el patio y aplastó el cuerpo del reo hasta convertirlo en carne picada, ante los ojos de la guarnición y del propio Dostum” (Rashid, 2001: 94). De acuerdo con la *sharia*, a lo sumo habría perdido una mano. Bueno, quizá hasta un pie. Pero nada más. Rashid Dostum era así. Era su forma de mantener el orden.

El caso es que bajo su mandato Mazar-e-Sharif se convirtió – quizá sin proponérselo de este modo- en un interesante experimento multicultural: uzbekos, tayikos y hazaras compartían seguridad y bienestar. Siempre y cuando no vulneraran las reglas del juego impuestas por su benefactor, claro. En este sentido, Dostum, el irascible, el cruel, el eterno confabulador, el posibilista impenitente, era también un personaje respetado y hasta venerado por los suyos.

En Herat y en las tierras aledañas Ismail Khan –otro exoficial del ejército afgano de la época de Zahir Shah- va a intentar algo similar. Herat era un caso aparte en Afganistán. Ya que “los heratis se consideraban a sí mismos una comunidad sofisticada y educada que habla el lenguaje de la elite intelectual, el persa o farsi” (Raich, 2002: 104). Aunque más que con la lengua -en realidad el mismo dialecto dari de otros lados- esto podía tener que ver con la dilatada tradición de ciudad cultural e intelectual que otorgaba a Herat cierta distinción desde tiempos inmemoriales.

Así que Ismail Khan trató de establecer allí su propio feudo. Esta vez estamos ante un señor de la guerra tayiko, aliado del gobierno de Rabbani en Kabul. Siempre se había vinculado a *Jamiat-e-Islami*. Además, a diferencia de Dostum, Ismail Khan había fustigado a los soviéticos desde el primer día. Por lo tanto, era un hombre que merecía más confianza. De hecho él sí era un islamista convencido. Su ejército privado era más reducido que el de Dostum, pero no era problema. No se molestaban mucho. Con todo, llegó a contar con unos 20.000 hombres en sus filas. Su principal vía de ingresos provenía de las aduanas que él mismo había establecido y respecto de las cuales no rendía cuentas en Kabul. O lo hacía de forma que a la capital sólo llegara una parte insignificante de sus recaudaciones. Eso incluye el lucrativo comercio con Irán. Los pastún le caían igual de mal que a Dostum, y una de sus aficiones favoritas consistía en hacer la vida imposible a los que, como consecuencia de las políticas expansivas de Abd-al-Rahman, habían quedado

integrados en lo que en esos momentos habían pasado a ser “sus” tierras. Al igual que hiciera Dostum, Ismail Khan también procuró que la enseñanza funcionara para los dos sexos. Pero él sí era partidario del burka. Aunque sin imposiciones. Lo que significa que era partidario de las reglas de moralidad, indumentaria y ocio que caracterizaban a los sectores más conservadores de la sociedad afgana (Rashid, 2009: 158). Así que en Herat las opiniones estaban más divididas que en Mazar-e-Sharif. Ismail Khan proporcionaba la misma seguridad. Pero no mucho más que eso.

Claro que, como ya ocurriera en el viejo mundo feudal europeo, en Afganistán han proliferado también los pequeños señores de la guerra, que muchas veces sólo cuentan con unas pocas docenas de acólitos. En estos casos suelen dedicarse al pillaje, o al asalto de convoys (Marten, 2007: 58). En ocasiones operan gracias a algún tipo de acuerdo con los *warlords* más poderosos. En algunos casos se arriesgan a hacerlo desafiando su autoridad, a modo de precarios *freelances*.

Se trata sólo de un botón de muestra que nos permite comprender el modo en que ante la carencia de un Estado sólido renacen los reinos de taifas y cada uno de ellos aplica su propia idea de la convivencia, operando como compartimentos estancos, sin respetar otra legalidad que la libérrima voluntad del señor de la guerra dominante en cada uno de ellos. Eso es en lo que se había convertido Afganistán después de la victoria contra la URSS. Victoria pírrica, pues.

Pero volvamos a la capital de ese Estado que se descompone por momentos. ¿Qué sucedía mientras Rashid Dostum e Ismail Khan, cada cual por su cuenta y riesgo, trataban de consolidar sus particulares oasis de paz y seguridad? Sucedió que las inquinas étnicas todavía iban a dejar nuevas huellas en la capital y sus alrededores. Sabemos que los hazaras habían contribuido a la causa de forma significativa. Pues bien, desde el principio sintieron que no se les correspondía en la distribución del poder. No tardaron en circular rumores de que iban a ser marginados. Como siempre. Sayyaf se encargó de difundir dichos rumores. Como sunnita wahhabita estaba en su papel. Ciertamente. En realidad los roces entre los miembros de *Ittihad-e-Islami* y los de *Hisb-e-Wahdat* eran frecuentes en las calles

de Kabul. Pero esta vez los hazaras no se iban a conformar. En enero y febrero de 1993 esas rencillas terminaron en una auténtica guerra abierta. Llegó el momento de que los AK-47, los lanzagranadas y los morteros dejaran oír su voz. Masud, como responsable de la defensa, tenía que intervenir para poner fin a las hostilidades. Y lo hizo. Pero actuó descaradamente... en favor de Sayyaf.

Las fuerzas combinadas de *Ittihad-e-Islami* y de *Jamiat-e-Islami* destruyeron a los hazaras, en lo que es conocido como la “matanza de Afshar” que costó la vida a unos 1.000 civiles. En estos casos las cifras siempre son aproximadas. Máxime en un país sin buenos censos. Más allá de la frialdad de las cifras, a decir de algunos analistas los wahhabitas de Sayyaf y los tayikos de Masud actuaron con especial saña, ya que “decapitaron a ancianos, mujeres y niños e incluso a sus perros, y los arrojaron a los pozos” de manera que esto le valió a Masud “un puesto en la crónica chií de los horrores” (Griffin, 2001: 57). Nos encontramos ante una de las decisiones más llamativas y controvertidas de ese período. Su recuerdo aún hoy constituye un lastre para los tayikos.

Por más que la provocación no partiera de sus huestes, parece que Masud ostenta buena parte de la responsabilidad en los hechos. Y lo que parece evidente es que se le fue la mano. En clave religiosa esto podría leerse sin demasiado esfuerzo como un nuevo episodio de violencia entre sunnitas y chiítas. Probablemente tenga algo que ver con ello. Pero quizá no sea la única explicación. Sobre todo porque las tropas de Masud no se habían caracterizado por dar rienda suelta a esos instintos en contra de los hazaras. Marsden nos ofrece otra versión de los hechos, que es por lo menos verosímil: a Masud “le preocupaba la posibilidad de distanciarse de los pastún, acaso recordando el destino del único líder tayiko que había accedido al poder en Kabul, Habibollah II, derrocado por la jerarquía pastún en 1929, después de menos de un año de gobierno” (Marsden, 2002: 68). Es casi seguro que Masud temió enfrentarse a uno de los escasos colectivos pastún que, en esos momentos, todavía daba apoyo al gobierno de Rabbani. Y, sobre todo, que le aportaba ese plus de legitimidad tan afgano. De modo que optó por enfrentarse a los hazaras.

Pero su opción no fue muy acertada, después de todo. Ni siquiera a corto plazo. Porque los hazaras no tardaron en unirse al pastún Hekmatiar, que seguía martilleando Kabul con su artillería. Ver para creer. Ante la gravedad de los hechos, el presidente Burhanuddin Rabbani intentó una jugada maestra para resolver el inconveniente que Hekmatiar planteaba, nombrándolo subrepticamente primer ministro de su gobierno. Corría el mes de marzo de 1993 y todavía no había transcurrido un año desde la “liberación” de Kabul. Para entonces no eran pocos los kabulíes que empezaban a echar de menos a Najibuillah. O a los soviéticos. O a Daud. O a Zahir Shah. Y no digamos a Abd-al Rahman. Porque parecía que una vez más se cumplía aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Así que Rabbani optó por el camino más corto pero, como suele suceder en estos casos, también era el camino más arriesgado. Una apuesta tan audaz podía salir muy bien. O podía salir muy mal. No existía el término medio. Y salió muy mal. Efectivamente, la desconfianza entre las partes era excesiva. Además, estaba fundamentada. Un incidente acaecido en esos días será suficiente para comprender el clima de crispación existente.

Hekmatiar no se sentía seguro en la capital. Nunca fue un hombre muy querido en Kabul. Pero ahora empezaba a ser odiado. Sólo aceptaba entrevistas cuando estaba rodeado por sus guardaespaldas. Pero cuando el presidente Rabbani se dirigía a la base de Hekmatiar, ubicada en Charasyab, con el fin de negociar los pormenores del nuevo gobierno, su vehículo fue tiroteado, con lo que regresó a toda prisa a Kabul. Así que la peculiar versión afgana de la diarquía no hizo más que ahondar en la crisis de gobierno que, dadas las circunstancias, lo era también de Estado.

Para culminar el entuerto, a los pocos meses Rashid Dostum decidió cambiar de bando. Entraba dentro de los cálculos. Además de arrastrar su fama de comunista, arrastraba la de traicionero (Griffin, 2001: 54). Pero cada vez que eso sucedía (que era con cierta frecuencia) Afganistán temblaba. Esta vez argumentó lo mismo que casi siempre, es decir, que se le ninguneaba en el gobierno de Kabul. Con lo cual se ninguneaba a los uzbekos. Lo cual era cierto. Pero no novedoso. Ahora bien, añadió la falta de sensibilidad del gobierno esencialmente tayiko de Rabbani para con las reivindicaciones de autonomía de sus siete provincias. Lo cual era surrealista, ya que

sabemos que funcionaban, de facto, como un Estado semi-independiente. Pero suponemos que deseaba su certificación *de iure*.

Sea como fuere, en enero de 1994 se alió con el todavía primer ministro, Hekmatiar, contra el presidente Rabbani. Así que Hekmatiar se había convertido en una especie de polo de atracción capaz de recoger indiscriminadamente a los grupos que se consideraban ofendidos por las decisiones de Rabbani y de Masud, los auténticos cerebros de la política afgana del momento. Tras este nuevo giro, el primer ministro decidió seguir bombardeando su propia capital, pero esta vez con la adición de los obuses de Dostum. No es extraño que algunos opinen que Burhanuddin Rabbani forjaba coaliciones a desgana (Raich, 2002: 33-34). Esta situación tan extravagante se prolongó durante más de un año, hasta febrero de 1995. Provocó el éxodo de más de 300.000 personas, la mayor parte de las cuales cruzaron la frontera para dirigirse a Pakistán. Kabul estaba en las últimas. Rabbani y Masud también. Aunque no tanto. Ellos siempre podían escapar hacia el norte. Siempre y cuando Dostum mirara hacia otro lado, claro. En cambio, Kabul no podía moverse de su fatídico emplazamiento. Así que los destrozos causados en esta etapa fueron mucho peores que los de cualquier etapa anterior. Ahora sí. Definitivamente, se estaba tocando fondo.

CAPÍTULO 7

EL IMPACTO DE LA IRRUPCIÓN DE LOS TALIBÁN EN CLAVE NACIONAL

La irrupción exitosa de los talibán en tierras afganas constituyó en su momento toda una sorpresa a escala internacional. En sus primeros días de gloria, hacia 1994, pocos sabían lo que realmente estaba sucediendo. De hecho, no se sabía muy bien quienes eran, o a quien representaban. O cual era su proyecto político. Con el paso de los años, sin embargo, se ha podido reconstruir la historia de esta trayectoria de forma bastante fidedigna, aunque algunos detalles sigan esperando respuesta.

Si bien los talibán tienen su centro de operaciones en Afganistán, sus orígenes más remotos cabe buscarlos al otro lado de la frontera, en Pakistán. Más concretamente, en las *madrasas*¹ pakistaníes. En ese sentido, cuanto menos debería verse como un movimiento transfronterizo². Siempre en zona pastún, por cierto. Sus antecedentes más lejanos se podrían rastrear hasta el wahhabismo y, sobre todo, hasta el movimiento deobandi. Así que algunos tópicos comunes a estas corrientes, como la eliminación de las impurezas del Islam, o el

¹ Como es bien sabido, talibán significa estudiante de la ley islámica. Aunque esa expresión no se extiende a los estudiantes de teología de las universidades, sino que se reserva a los formados en las redes, más informales, de *madrasas*. Se calcula que hacia 1975 había unos 100.000 talibán estudiando en las escuelas coránicas pakistaníes. Eso no significa que el movimiento talibán, tal y como lo hemos conocido, ya estuviese en marcha. Pero esa dinámica forma su substrato. Es su condición de posibilidad. En 1998, cuando el mulá Omar ya se había posicionado, el número de talibán en el vecino Pakistán ascendía a más de 500.000 (Roy, 2003: 49).

² Uno de los principales mentores de los talibán en suelo pakistaní era Fazlur Rehman, líder de *Jamiat-e-Ulema-Islami*, a no confundir con el partido de Burhanuddin Rabbani y Ahmed Masud. En esas *madrasas* y bajo la dirección de Rehman, miles de jóvenes eran reclutados cada vez que los talibán lo requerían para apoyar sus operaciones militares en Afganistán. La facilidad con la que cruzaban la frontera siempre hizo sospechar del papel como mínimo pasivo del ISI pakistaní.

anhelo por regresar a los primeros tiempos, en los que el discurso del profeta Mahoma se seguía sin rodeos ni subterfugios, van a llegar a convertirse en la razón de ser de los talibán. Además, estos ingredientes deben ser conjugados con la típica postura musulmana (y no sólo musulmana) según la cual cada corriente se considera a sí misma como la depositaria de la única interpretación verdadera del Credo originario. Pero esta vez, al estar sazónada de wahhabismo, esto confiere a los talibán un aire más agresivo, en pos de la unificación – forzada, llegado el caso- de los territorios que sean bajo su égida (Gohari, 1999: 39).

El proyecto religioso-político que han desarrollado desde entonces se caracteriza por las numerosas restricciones que impone, sobre todo si lo cotejamos con la lógica occidental. Restricciones que se justifican por el estado de degeneración con el que decían haberse encontrado, y que operan tanto en el ámbito público como en el privado. Pero que también se integran en un nivel de discurso más conceptual. Llama la atención, por ejemplo, que se diga sin ambages que la *sharia* es incompatible con las elecciones generales. Porque todo gobierno debería representar los designios de Alá. Y, como es notorio, el veredicto de las urnas puede que contribuya a desplegar un gobierno de ese género, o puede que obre en la dirección opuesta. Es decir, existe el temor, razonable dentro de esta lógica, de que los gobiernos electos no sean la imagen del Islam sino de las “vulnerabilidades de las criaturas” (Gohari, 1999: 62-63). Así que, desde este punto de vista, no es conveniente dejar decisiones como la que concierne a la elección de los gobernantes en manos de la masa de los gobernados. En definitiva, los líderes religiosos que sí son auténticos conocedores del Corán son los que deben asegurar un buen gobierno, aunque el precio a pagar por ello sea, precisamente, que los beneficiarios del mismo no puedan hacer oír su voz.

De esta manera cierran un debate muy interesante acerca de la relación entre democracia e Islam. Así como su posible derivado acerca de la fisionomía que debería tener la “democracia posible” en tierras del Islam. Un debate todavía vigente en otras latitudes, pero al que los talibán desean dar carpetazo. En realidad, creo que la aversión que los talibán manifiestan va aún más allá. Probablemente se trate de una alergia hacia la política como tal. Pero tiene sentido. Porque en una sociedad como la que se deduce de su interpretación del Islam,

habría muy poco margen para la discusión. En ese caso, ¿para qué tener diferentes partidos políticos? ¿Qué podrían aportar al margen de interminables discusiones y rencillas? ¿Qué serían sino una fuente de división en el seno de la Umma? En realidad, esta perspectiva no es extraña a otros fundamentalismos. Ni siquiera es preciso que se trate de fundamentalismos religiosos³. La cuestión estriba en que esto sólo les deja una opción, que es seguir el consejo de su líder. Que será un líder religioso, por supuesto. Así lo indicaba el mulá Wakil Ahmed, uno de los portavoces del movimiento, cuando era interpelado al respecto: “nos atenemos a la opinión del *Amir* aunque sólo él mantenga dicha opinión... no habrá jefe de Estado” (Rashid, 2001, 159; Marsden, 2002: 105)⁴.

Otras restricciones afectan a la indumentaria, que queda perfectamente delimitada tanto para los hombres como para las mujeres. Los primeros deben vestir con el *shalwar kameez*, con turbante, y deben dejarse barba. Una barba del tamaño de un puño, por lo menos. En cambio, deben cortarse el pelo de sus cabezas con frecuencia. Los talibán lo prefieren corto. Por su parte, las mujeres sólo pueden salir de sus casas ataviadas con el *burka*⁵, que no deja a la

³ Algunos autores han relacionado el hipotético éxito del marxismo de Marx (no están pensando en el socialismo real) con la muerte de la política. Es el caso de Hannah Arendt, en su libro *La condición humana* y de David Held, en el capítulo correspondiente de su obra *Modelos de democracia*, por citar sólo a los más conocidos.

⁴ Este guión se cumplió al pie de la letra. El mulá Omar se mantuvo en Kandahar cuando, dos años después de la aparición de los talibán, éstos tomaron Kabul. Oficialmente, Kabul seguía siendo la capital. Pero desde Kandahar él movía los hilos de la política afgana de forma que, en varias ocasiones, revocó decisiones tomadas previamente por los mulás aposentados en la capital.

⁵ Aunque no voy a centrarme en el siempre polémico uso del *burka* y su peculiar relación con el Islam, no puedo resistirme a la tentación de aportar un apunte elemental y ampliamente consensuado entre los especialistas. Me refiero al hecho de que parece demostrado que dicha prenda no tiene nada que ver con el Islam entendido como tal. Técnicamente hablando, la shura 24 del Corán alude a que las mujeres deberán tapar ciertas partes de su cuerpo como muestra de pudor –para evitar que los hombres se fijen en ellas-. La cuestión es que, al margen del amplio ramillete de interpretaciones concretas que esto fomenta, es evidente que llevar el *burka* niega la mayor, esto es, al no dejar absolutamente nada al descubierto, dejan de tener sentido las indicaciones del Libro Sagrado, siempre tendentes a indicar qué es lo que se debe tapar y, por ende, qué es lo que no es preciso ocultar a ojos de los extraños. Por lo demás, la historia y la antropología también se revelan contra la conexión entre *burka* e Islam. En realidad, el *burka* es una prenda pre-islámica. De modo que su uso tiene más que ver con las costumbres del lugar que con la teología. A su vez, esto aporta otra prueba en la línea de considerar que los talibán –como grandes defensores del *burka*- representan algo

vista ninguna de sus facciones. Y no deben llevar zapatos ruidosos con los que llamen la atención de otros viandantes. Lo que significa, de facto, la prohibición de los calzados con tacón alto. También eran muy estrictos en el control de las actividades de ocio. Incluso en lo que concierne a los deportes. Las mujeres lo tenían prácticamente imposible porque, de forma sistemática, esas actividades exigían que dejaran su *burka* en el armario. En cuanto a los hombres, los talibán aceptaron la práctica del fútbol después de ciertas dudas iniciales. Pero proscribieron la mayoría de deportes, tanto individuales como colectivos. Incluso proscribieron las cometas, una de las aficiones favoritas de niños y no tan niños en ese país.

Tampoco entraba entre las actividades permitidas la visualización de vídeos, o el uso de internet. Ni siquiera la televisión estaba bien vista. Aunque, como algunos sagaces observadores han comentado, algunas de estas restricciones, que tanto indignarían a un occidental, no eran demasiado relevantes en las zonas rurales de Afganistán, en las que en primera instancia echó raíces el movimiento talibán. Más que nada porque pocos habitantes de esas tierras tenían dinero suficiente para comprarse un televisor y, aunque lo hubieran tenido, carecían de electricidad (*sic*). Había otras muchas restricciones, además de las señaladas, pero al ser más conmensurables con otras interpretaciones del Islam resultan menos sorprendentes. Es el caso, tan estandarizado, de la prohibición de tomar bebidas alcohólicas. Sin embargo, una rápida visualización del conjunto de las medidas resulta realmente espectacular. Para velar por el recto cumplimiento de las unas y las otras, los talibán pusieron en marcha un *Departamento para el Fomento de la Virtud y la Prevención del Vicio*. Interminable nombre para una institución que no era ni más ni menos que una adaptación de la añeja “policía religiosa” de estirpe wahhabita, vigente en Estados como Arabia Saudita.

Sin embargo, en la decadente situación afgana de 1994, los talibán iban a irrumpir en escena por un motivo bastante diferente. Los talibán no alcanzaron su fama por el conjunto de medidas que he indicado. No, al menos, en un primer momento. Y con ello no quiero decir que renunciaran a su discurso. Nunca lo han hecho, en lo

esencial. Lo que ocurre es que los talibán van a tener un indiscutible éxito inicial motivado por razones muy elementales: como encargados de poner algo de orden a un país absolutamente desmadejado. Es decir, ese éxito inicial estaba provocado, sobre todo, por el hecho de que enseguida se comprobó por la fuerza de los hechos que eran los únicos que podían aportar algo de seguridad en las zonas más deterioradas del país. Y, en ese sentido, esto tenía más bien poco que ver con los argumentos teológicos. Además, a ojos de muchos (entre quienes no eran talibán, me refiero), esto era bastante más urgente que discutir aspectos relacionados con la indumentaria o con la práctica de ciertos deportes.

Existen varios relatos de sus primeras intervenciones. Algunos pueden ser total o parcialmente ficticios. En todo caso, se sabe que se dieron en la zona de Kandahar. Uno de los más recurrentes y verosímiles cuenta que su presentación en sociedad acaeció después de que un grupo de talibán fuese advertido de que unas adolescentes estaban siendo retenidas y reiteradamente violadas por los *muyahidín* en el pueblo kandahari de Sang Hesar. El mulá Omar, antiguo combatiente anti-soviético, como esos *muyahidín* cuya conducta impropia mancillaba la imagen del Islam, era quien lideraba ese grupo. Así que se personó con unos 30 hombres en el lugar de los hechos. Al poco rato, las muchachas habían sido liberadas. Los *muyahidín* responsables de esa fechoría fueron colgados del largo cañón de un carro de combate... mientras éste se elevaba lentamente. Los talibán empezaban, pues, marcando estilo. Las ejecuciones debían ser públicas y notorias. Hasta espectaculares. No era cuestión de morbosidad. Era cuestión de dar ejemplo. Un aviso para navegantes, en definitiva.

Otro relato muy conocido cuenta que el estreno de los talibán como justicieros desinteresados tuvo lugar cuando un convoy de camiones proveniente de Pakistán fue asaltado por un grupo de afganos. En esas circunstancias, los talibán fueron los únicos capaces de repelar ese ataque y permitir que el convoy llegara a su destino sano y salvo. Este hecho, además, habría demostrado a los sectores más reacios de la elite pakistaní que los talibán eran gente de confianza.

Tras estos logros, comenzaron a multiplicarse las peticiones de auxilio que la población local dirigía a los talibán (Griffin, 2001: 65). No es exagerado afirmar que su popularidad inicial entre amplísimas capas de la población era directamente proporcional al odio que esas gentes sentían hacia las andanzas de los antiguos señores de la guerra, que hasta ese momento cometían todo tipo de tropelías impunemente (Rashid, 2009: 160). Así que las disputas internas entre líderes *muyahidín*, unida a su falta de escrúpulos morales fueron para los talibán la “oportunidad de oro” que esperaban y que sin duda supieron aprovechar (Gohari, 1999: 27). De manera que, ante la ausencia de una autoridad estatal capaz de pararles los pies a los señores de la guerra, los talibán se aprestaban a cubrir ese hueco. Lo cierto es que sus proezas se multiplicaron y en poco tiempo llegaron a adquirir un aura casi sobrenatural (Marsden, 2002: 78). Todo esto lo hicieron a su manera, por supuesto. Pero el debate acerca de las formas era, en realidad, un segundo debate. Hizo su irrupción en escena más adelante. Lo primero era la garantía de la seguridad de las gentes de bien. Ahí los talibán se mostraron muy contundentes.

Así que en 1994 Kandahar, capital de provincia y cuna de cierto nacionalismo afgano-pastún, cayó en manos del mulá Omar y sus talibán. Con ello este interesante personaje comenzaba también su particular trayectoria político-religiosa. Dada la importancia del individuo, conviene que nos detengamos un instante en su figura. Omar nació en el mismo año en que Daud y otros miembros de su gobierno aparecían en público con sus esposas e hijas desprovistas de velo, provocando las iras de los islamistas. Todo un presagio. Vecino de Nodeh, un pueblo ubicado cerca de Kandahar, el mulá Omar pertenece a la etnia pastún. Pero a su rama Ghilzai. Hombre piadoso donde los haya, después de pasar un tiempo en *Hezb-e-Islami* (Khalis) y de haber mantenido contacto con otros grupos islamistas financiados por Pakistán en la época de la lucha contra la URSS (caso del *Harakat-e-Inqilab-e-Islami*) Omar se había dedicado a divulgar el Corán en su propia *madrasa*.

Poco amante de los espectáculos cuando él era el protagonista, el mulá Omar apenas aparecía en público. Pero con el paso del tiempo se ha convertido en la cabeza del movimiento talibán. Además, ha logrado algo muy importante, y muy difícil en Afganistán, que es mantener unos aceptables niveles de cohesión interna entre sus

seguidores. Aunque, todo hay que decirlo, ésta fue bastante más fuerte en la fase álgida del movimiento (Griffin, 2001: 12) que en nuestros días (Friedman, 2009: 7). En todo caso, su prestigio entre la población era muy grande: “Omar había emergido como un Robin Hood que ayudaba a los pobres contra los jefes rapaces (...) no pedía ninguna recompensa ni reconocimiento por parte de aquéllos a quienes ayudaba, y sólo exigía que le siguieran para establecer un sistema islámico justo” (Rashid, 2001: 51)⁶. Muchos lo hicieron.

Después de todo, en la toma de Kandahar no se vertió mucha sangre. Porque, tras esos primeros avisos, apenas hubo resistencia. Como quiera que esa zona también era la tierra natal de muchos de esos primeros estudiantes del Corán, esto les aportaba un plus de legitimidad ante sus convecinos. Ni que decir tiene que pronto surgieron algunos roces. Al fin y al cabo, la interpretación del Islam que deseaban aplicar era muy estricta con las reglas de indumentaria, de moralidad privada, o de costumbres y festejos públicos. Pero no nos engañemos, en las zonas rurales de etnia pastún los talibán nunca tuvieron graves problemas. Quizá sea oportuno preguntarnos las razones de este hecho, que a ojos de muchos puede resultar contraintuitivo.

La explicación de esta circunstancia es variada. Multicausal, digamos. Por una parte, porque las provincias del sudoeste de Afganistán ni siquiera habían tenido la fortuna de gozar de la protección de señores feudales fuertes. Al revés. Todo eran rencillas, ajustes de cuentas, un ir y venir de venganzas. La situación de anarquía había llegado a tal extremo en esos territorios alejados de toda autoridad que lo que en realidad se planteaba era un marco hobbesiano. En efecto. Creo que pocos habían escuchado el nombre de ese intelectual británico en Afganistán. Pero, ¿qué más da? Lo

⁶ La metáfora de Robin Hood es más que adecuada. No en vano, aunque el Islam de por sí –genéricamente considerado– considera que la limosna a los pobres es un deber de todo buen musulmán, Omar convirtió este criterio en uno de los ejes de la política talibán. Y no sólo en lo que a impuestos se refiere, sino también en lo que afecta a la regulación de la propiedad de la tierra (Gohari, 1999: 79-80). Ni que decir tiene que, posteriormente, la realidad de un conflicto interminable no menos que sus nefastas consecuencias económicas, dificultaron sobremanera la implementación de estos planes. Pero en sus primeros días en el poder, fueron parte de la capacidad de seducción talibán entre los desposeídos.

importante es que sus tesis parecen corroborarse en la práctica, siglos después de que escribiera su obra más famosa. Como si, repentinamente, sus pretensiones de científicidad se vieran avaladas empíricamente. Es verdad que a nadie se le ocurriría plantear la intervención de los talibán como el resultado de un contrato previo con la población del lugar. A no ser que se trate de un acuerdo tácito, lo cual no sería nada descabellado en el contexto de esa guerra civil. El mismo contexto que alimentó la imaginación de Hobbes, por cierto.

En todo caso, parece evidente que es debido a esa anarquía previa –a esa subrepticia vuelta al estado de mera naturaleza, en definitiva- que los talibán se arrogan la potestad de decidir sobre los presuntos derechos de sus nuevos súbditos, mientras que éstos apenas presentan resistencia al recorte, siempre y cuando la nueva autoridad cumpla su promesa, que es también su deber (su único deber, en clave hobbesiana) de asumir la protección de sus súbditos –pues ya no cabe hablar, en ninguno de los dos casos, de auténticos ciudadanos- frente al riesgo de muerte, tortura o desaparición que se respiraba en el ambiente en el momento de su llegada al poder. Además, como en el contrato citado, la lógica de los talibán implica un camino sin retorno. En palabras del intelectual inglés: una vez instituido el soberano, los súbditos ya no podrán deshacerse de ese pacto “sin su permiso”. Y, si alguno lo intentara podría, “en justicia, ser muerto o castigado por el soberano” (Hobbes, 1992: 143). En este sentido, el paralelismo es enorme. Incluso si atendemos a otras particularidades del discurso hobbesiano, como es el caso de la unificación de la autoridad política y la autoridad religiosa en una misma cabeza para evitar lo que a ojos de nuestro autor sería una desintegración del Estado (Hobbes, 1992: 269)⁷. En esta línea podría aducirse que los talibán operaron a modo de *Leviatán*. Y que, dadas las circunstancias, eso formó parte de su encanto.

Por otra parte, si bien es cierto que el código ético de los talibán era muy estricto, no lo es menos que el *pashtunwali* no le

⁷ El matiz radicaría en el hecho de que Hobbes es cesaropapista, mientras que ese rasgo puede discutirse en el caso del mulá Omar y su proyecto político. Aunque, probablemente, ese rasgo consistente en manipular la religión en pos de algún objetivo político esté presente en los talibán, tal y como se expone en el cuerpo principal del texto.

andaba a la zaga. Es más, en algunos extremos rivalizaban en crueldad. Y no siempre era la *sharia* la que ganaba este particular *tour de force*. Ocurre que la tradición pastún siempre había dado una enorme importancia al honor. Mientras que las mujeres eran las principales depositarias de ese honor. Del suyo propio, pero también del honor de sus maridos y hasta del de sus familias en un sentido más amplio. Por ese motivo, ambos códigos restringían sus movimientos y su capacidad para decidir libremente en cuestiones de moral doméstica. E incluso en cuestiones profesionales. Un observador occidental definió lo sucedido en esos años en la zona pastún afgana de forma lacónica, pero rápidamente entendible: ahí las mujeres siempre habían estado igual de mal (Weber, 2001: 191). La irrupción de los talibán no empeoraba mucho las cosas con respecto a un *modus vivendi* ya de por sí complicado para algunos sectores de esa sociedad. Sin ir más lejos, la represión de los delitos mediante la aplicación de la ley del Taliún era frecuente entre los pastún del sur mucho antes de la aparición de los talibán. En ese aspecto tampoco se llevaron grandes sorpresas. Salvo, quizá, en la espectacularidad del formato (v.gr. ajusticiamientos en los estadios de fútbol). Pero, de nuevo, eso no afectaba al fondo de la cuestión.

Finalmente, debe reconocerse que los talibán actuaron con cierta habilidad, dentro de sus parámetros. En realidad, al menos en los primeros tiempos, relajaron algunas normas de policía que en teoría estaban vigentes. Por ejemplo, aunque a ellos les disgustaba sobremanera que las mujeres trabajaran fuera de sus casas, admitían la tradicional labor femenina en el campo. La explicación más segura es, precisamente, porque era algo que formaba parte de las costumbres del lugar. Y si eso significaba tener que flexibilizar un poco, paralelamente, la rigurosidad de las reglas de indumentaria, no había grandes inconvenientes para transigir, dada la necesidad de continuar esa labor con manos femeninas. Supongo que ahí se podía defender la tesis de que estaban en sus tierras, rodeadas por varones de sus familias. Protegidas por ellos. Con lo cual no se vulneraba ninguna regla sustantiva. Veremos que en las grandes ciudades las cosas iban a ser muy distintas. De acuerdo. Pero eso no afectaba a las gentes del suroeste (Marsden, 2002: 185) que era el escenario de su inicial expansión. Igualmente, aunque los talibán se propusieron controlar el ocio de los kandaharis y aunque sabemos que eran reacios a las cintas de video, o a la televisión, es sabido que en 1995 en Kandahar todavía

se podían ver ciertas películas con la connivencia talibán. Y que una de las más vistas era... ¡*Rambo III*!

Los talibán también fueron hábiles a la hora de procurar que alguna de las mafias más importantes de esa zona de la frontera afgano-pakistaní en la que ellos actuaban les diesen un respiro en esos primeros tiempos en el poder. Pienso, sobre todo, en el sector de los camioneros que diariamente cruzaban la frontera, provenientes de Qetta, transportando indistintamente productos legales y de contrabando. La situación era la siguiente: hasta la llegada de los talibán tenían que satisfacer una pléyade de aduanas arbitrarias -y a veces impredecibles- a los diferentes señores de la guerra. En realidad se trataba de un chantaje, o poco menos, por dejarlos circular. Con lo cual se generaba una superposición de mafias. En cambio, los talibán simplificaron el proceso. Exigieron menos pagos de aduanas y a cambio les dieron a los camioneros una seguridad de la que antes adolecían. Así que pronto se los ganaron para su causa. Esos contrabandistas salían ganando con el nuevo escenario.

Yo todavía añadiría otro dato que a veces pasa desapercibido. Quizá porque con el tiempo las cosas fueron empeorando. Se trata del trato deparado por los primeros talibán a los habitantes de las poblaciones que, como en un lento pero imparable goteo, iban cayendo en sus manos. Los talibán se mostraron, al principio, muy respetuosos con la integridad física de todos. Pero, sobre todo, de los más débiles. Las mujeres, por ejemplo, no eran violadas. Las escasas propiedades que quedaran en pie, no eran saqueadas. En este sentido, los talibán eran una especie de pastún-refinados. Hicieron gala de un talante capaz de impactar positivamente entre aquellas gentes. Eran una suerte de reedición de los monjes-soldado de otros tiempos y de otras religiones. Castos y justicieros. Incorruptibles y feroces. Desde luego, no era lo peor que les había pasado a los kandaharis. Ni mucho menos.

Así que entre las gentes del sur de Afganistán, cerca de la frontera pakistaní, lo único que les llamaba negativamente la atención de entre todas las prácticas talibán eran las grandes restricciones que, coherentemente con el mensaje del Islam, empezaban a imponer al negocio del opio. Efectivamente, esos castos y feroces talibán eran coherentes con su discurso. Y no parecían demasiado dispuestos a

dejar que a cambio de algo de dinero se corrompieran las costumbres del lugar más de lo que ya lo estaban a su llegada⁸. Esta era, en esencia, la situación en Kandahar y sus alrededores hacia 1994-1995. Y esas eran las principales razones del éxito talibán⁹.

Pronto los talibán se dieron cuenta de que podían abrazar más terreno. El resto de Afganistán les esperaba. O eso es lo que pensaban. En este sentido, no les falta razón a los analistas que indican que los talibán soñaron con restaurar el emirato de Abd-al-Rahman (Giustozzi, 2009: 33). Si esto es así, también podemos leer el discurso talibán como una tentativa, otra más, de lograr que ese proyecto de Estado llamado Afganistán sea por fin un Estado digno de tal nombre. Pero el proyecto se empezó a torcer a medida que avanzaban hacia otras idiosincrasias contenidas en ese gran Afganistán. En ese sentido, la historia se repite.

⁸ La postura de los talibán en relación con el cultivo y tráfico de opio fue girando, hasta llegar a fomentarlo. Pero los motivos que aducían para defender estas prácticas eran más bien prudenciales, de manera que no afectaran al núcleo duro de su discurso teórico, que permaneció incólume. Al menos sobre el papel. El argumento más socorrido aportado por los talibán a favor de dicho negocio es que los consumidores de heroína no son musulmanes, sino ciudadanos de los países occidentales, enemigos del Islam. Pero no cabe descartar que los propios talibán hayan comprobado sobre el terreno que la fidelidad a su causa por parte de muchos pastún depende más de que se les permita seguir con ese negocio que de cuestiones relacionadas con su modelo de sociedad islámica (Calvo Albero, 2007: 2-3). Asimismo, es evidente que el movimiento talibán ha visto en su cambio de postura respecto al particular una nueva e importante fuente de financiación para sus actividades.

⁹ De todos modos, la relación entre pastún y talibán o entre *pashtunwali* y *sharia* es más compleja y no deja de tener muchos claro-oscuros. El exceso de celo exhibido por los talibán terminó propiciando algunos desencuentros entre ambas lógicas, que erosionaron la confianza depositada en ellos por los pastún. La lista no sería precisamente corta, y abarcaría desde la prohibición de juegos practicados por los niños pastún hasta la progresiva implantación de la práctica de los atentados suicidas, pasando por la eliminación de festividades ancestrales como el *Nowruz* o la censura de la veneración de todo tipo de imágenes, dada la iconofobia talibán. En este sentido, es importante conservar en mente que no se puede establecer una conexión demasiado automática entre los miembros de la etnia pastún, *lato sensu* considerada, y los talibán. Una cosa es afirmar que éstos últimos desearan convertirse en sus portavoces, o en sus líderes (esto sería más exacto) o que se aprovecharan de una coyuntura especialmente favorable para realizar una ofensiva exitosa en esa dirección. Y otra muy distinta sería pretender que los pastún en cuanto tales estén inevitablemente llamados a favorecer los deseos de los talibán. Nada de eso. Con el paso del tiempo se fue comprobando que amplios sectores de la población pastún afgana vieron tantos inconvenientes como ventajas en las maniobras de los talibán.

La siguiente conquista fue Herat. El feudo de Ismail Khan cayó a principios de septiembre de 1995. Los talibán, pacientes, hacían una gran conquista cada año. De Herat, ya sabemos que esa ciudad es algo diferente. Es zona urbana, para empezar. Es zona de influencia persa dari-hablante, no pastún. Aunque con el paso de los años se habían establecido núcleos pastún, allí la mayor parte de la población es tayika. Además, existen núcleos de otras minorías. Incluso chiítas. En general, se trata de una zona mucho más culta que el área tribal pastún. Además, a diferencia de lo sucedido en las provincias meridionales de Kandahar, Helmand, Uruzgan o Nimruz, en Herat la seguridad estaba garantizada. Ismail Khan se encargaba de ello. Así que si éste era el principal aliciente para recibir a los talibán con los brazos abiertos, en los términos vistos, ¿para qué invitarlos? Nadie los invitó, claro. Llegaron solos. Robin Hood ya actuaba con plena autonomía, siguiendo su propia agenda, más allá de los confines de Sherwood...

Pero Ismail Khan se resistió. Esta vez sí que hubo sangre. Y mucha. Una de las contraofensivas de sus guerreros tayikos, a finales de agosto, llegó a penetrar en la provincia de Helmand y puso a los talibán cerca de la derrota. Pero, al final, Herat cedió. La sombra de Rashid Dostum también se dejó ver, por cierto. No en Herat, pero sí en la vecina provincia de Badghis, con lo cual, ahora aliado de los talibán, Dostum se aprestaba a engrandecer su propio feudo a costa de su vecino. Fue sólo un aliado de circunstancias. Para que el lector visualice rápidamente la situación, Dostum le hizo a la provincia más oriental de Ismail Khan ante el ataque talibán lo mismo que los soviéticos le hicieron a la zona más oriental de Polonia tras el ataque de Alemania, en plena segunda guerra mundial. En todo caso, Ismail Khan todavía tuvo tiempo de huir, renunciando a presentar batalla en los últimos días de campaña. Se refugió durante un tiempo en Irán. Pero para entonces ya estaba pensando en ajustar cuentas con los talibán. Y con Dostum...

En todo caso, como era de prever, en Herat las cosas fueron diferentes para los talibán. Nada que ver con Kandahar. En la capital persa muchos vecinos consideraban a los seguidores del mulá Omar como “fuerzas de ocupación”. Los talibán eran conscientes de ello, con lo cual, temiéndose lo peor, reaccionaron con un exceso de celo. Practicaron múltiples detenciones que venían a dar la razón a los

lugareños y de esta manera se entró en un círculo vicioso difícil de romper (Marsden, 2002: 80-81 y 104). Rápidamente entraron en vigor las restricciones que tenían preparadas para las urbes, que los talibán consideraban, en sí mismas, como ámbitos en los que se fomentaba la corrupción.

Estas restricciones afectaban, sobre todo, a las mujeres. Se cerraron muchas escuelas de niñas. Pero también escuelas de niños, porque no se permitía trabajar a sus profesoras. Las reglas relativas a la indumentaria se aplicaron con rigor, incluyendo el burka para las mujeres. Para entender el estado de ánimo de los orgullosos habitantes de Herat, sirven como ejemplo las palabras de un ex comandante militar de Ismail Khan que recordaba que los heratis siempre habían considerado que los talibán eran “una pandilla de pastores y pueblerinos incultos e ignorantes”, añadiendo que más que ninguna versión plausible del Islam lo que traían era “la venganza del Afganistán rural sobre el urbano” (Raich, 2002: 106-107). El Afganistán urbano trató de resistirse, pero con esa postura sólo logró que los talibán fuesen menos flexibles de lo que habían sido con los dóciles kandaharis. Todo ello sirvió para empezar a entrever el rostro menos amable de los talibán.

CAPÍTULO 8

LA CAÍDA DE KABUL Y LA FORMACIÓN DE LA OPOSICIÓN A LOS TALIBÁN

En 1996, le tocaba el turno a Kabul. De hecho, la caída de Herat constituyó una pésima noticia para el gobierno de Burhanuddin Rabbani. Sabemos que en marzo de 1995 Kabul estaba siendo bombardeada por las huestes de Hekmatiar, aliado de hazaras y uzbekos como consecuencia de los constantes desencuentros con la elite tayika en el poder. Tras la conquista de Herat los talibán ya sabían que no se iban a encontrar con ningún camino de rosas en Kabul. Pero estaban decididos a entrar en la capital, a sangre y fuego, en caso necesario. En febrero de 1995 sus tropas ya se encontraron con las de Hekmatiar, en la base que éste tenía en Charasyab. En vez de buscar componendas con los pastún de Hekmatiar, los talibán los echaron del lugar. En realidad, ocuparon las mejores posiciones, estableciendo una especie de tregua con Kabul. No era definitiva. Simplemente les interesaba cerrar temporalmente ese frente para concentrarse en la ofensiva contra Herat que acabamos de relatar.

Así que, tras algunas escaramuzas, las fuerzas de *Hezb-e-Islami* continuaron presionando a las fuerzas de Masud por su cuenta y riesgo, aunque muy debilitadas. Más allá de otras consideraciones estrictamente militares, la capacidad de liderazgo del mulá Omar era más fuerte que la de Hekmatiar, de manera que poco a poco miembros de los dos *Hezb-e-Islami* (Hekmatiar y Khalis) se fueron pasando a los talibán. Además, Hekmatiar estaba a punto de perder el apoyo de Pakistán. Su ineficacia a la hora de hacerse con el poder en Kabul estaba terminando con la paciencia de Islamabad. El empuje talibán fue tan fuerte que en la primavera de 1995 ya estaban en los arrabales de Kabul. De esta manera, quienes se encontraban en una difícil situación eran los hazaras de Ali Mazari. Como siempre. ¿Qué hacer? Sospechaban que no podían regresar con Masud, a quien temían por

las razones ya esgrimidas. Así que prefirieron llegar a un acuerdo con los talibán. Craso error.

Los talibán no querían nada con los chiítas, auténticos *kafir* (infiel) según su punto de vista. Aunque no les iba mal evitar un desgaste innecesario de sus tropas antes del asalto final a la capital. Así que se avinieron a hablar con Mazari. Pero éste había quedado, a su vez, en una difícil posición. Corría el riesgo que sus propias unidades no le siguieran en tan extravagante jugada. Con todo, habló con los talibán. O se dispuso a hacerlo. Se sabe que subió a un helicóptero de los talibán en dirección a Charasyab. Y se sabe, también, que murió mientras permanecía bajo su custodia. La hipótesis más plausible es que fue arrojado al vacío desde ese mismo helicóptero. Pero su cuerpo, además de tener la cara completamente destrozada, presentaba numerosos orificios de bala. Los talibán alegan que se cayó del aparato tras un forcejeo. No sabemos si los disparos fueron efectuados antes, durante, o después de ese forcejeo. Sí sabemos, en todo caso, que su muerte “provocó el brusco y estrepitoso final de la luna de miel entre chiítas y talibán” (Griffin, 2001: 77). Y es que hay matrimonios casi imposibles. Incluso en Afganistán.

Tras los sucesos de la primavera de 1995 y la toma de Herat, la entrada de los talibán en Kabul era sólo cuestión de tiempo. Se dilató algo más de lo previsto debido a que Rabbani y Masud recibieron ayuda de Irán, India y Rusia. Rabbani, perseverante y no escarmentado, hizo lo indecible por reconstruir una alianza anti-talibán que integrara a todas las fuerzas en la zona, al margen de los enfrentamientos del pasado. En enero de 1996 convocó a Hekmatiar, Dostum y Khalili, el nuevo líder de los hazaras. Pero no lo logró. Pakistán hizo lo propio, en las mismas fechas, para tejer una alianza pro-talibán que derrocará de una vez por todas a Burhanuddin Rabbani. Pero fueron precisamente los talibán quienes no acudieron a la cumbre de Islamabad. Probablemente porque seguían considerando a los *muyahidín* (sin excepción) como un atajo de “infiel comunistas” (Rashid, 2001: 76). En realidad, cuando Kabul ya estaba muy debilitada, Hekmatiar sí se sumó a sus defensas, junto con un puñado de fieles (no más de 1.000) para sumarse a las huestes de Masud. Corría el mes de mayo de 1996 y el gesto era poco menos que simbólico. Por su parte, por aquel entonces los hazaras sólo incluían agravios, seguramente muy razonables, mientras que Rashid Dostum

estaba finiquitando su alianza táctica con los talibán del otoño anterior y se mantenía a la expectativa con la mirada puesta en no perder, al menos, su feudo en las provincias del norte.

Así que en el mes de agosto cayó Jalalabad y en septiembre, justo cuando se cumplía un año de la toma de Herat, Kabul pasaba por el mismo trance. Rabbani y Masud se pusieron a buen recaudo. El primero en el exilio y el segundo buscando refugio en los valles inexpugnables del norte. Pero un personaje que teníamos medio olvidado estaba todavía en la ciudad. Se trataba del ex presidente Najibullah. No pudo huir. Algo falló. En el contexto de la desbandada previa a la entrada de los talibán, perdió la protección de la ONU, bajo cuya autoridad se refugiaba en Kabul. Así que fue encontrado por los talibán sin guardaespaldas ni cobertura diplomática. El resto es más o menos conocido, porque las fotografías de su cadáver colgado de una farola, junto al de su hermano, dieron la vuelta al mundo. Dicen las malas lenguas que antes fue castrado, seguidamente paseado por las calles de la ciudad, después tiroteado, y finalmente ahorcado. La sociedad internacional protestó enérgicamente...

No es objetivo de este libro entrar en muchos detalles sobre la historia reciente de Afganistán. Sí lo es, en cambio, traer a colación aquellos sucesos útiles para comprender las dificultades de Afganistán para ser un Estado. Y, en su caso, para ser una nación. Por eso es necesario hacer referencia a uno de los hechos más relevantes de la reciente historia de Afganistán. Relevante, sobre todo, para tratar de responder a algunas de nuestras preguntas. Acaeció el 4 de abril de 1996, en Kandahar. Y tuvo como protagonista al mulá Omar. Hasta ese momento, era el líder de un movimiento que recogía, quizá sin quererlo, casi por inercia, alguna de las características de las tribus pastún, cual es el caso de su igualitarismo y su falta de estructura. Pero cuando se está tan cerca de consumir la toma de Kabul, cuando se controlan tantos y tantos kilómetros cuadrados, es mejor asegurar una cadena de mando estricto, formal, que sea conocida y que esté reconocida por todos.

Así que tras consultar con un grupo de mulás kandaharis, el mulá Omar –hasta entonces poco más que un *primus inter pares*– se fue a la mezquita de Kherqa Sherif Ziarat, sacó de su receptáculo la capa que había pertenecido a Mahoma y, mostrándola a la multitud, se

proclamó *Amir-ul Momineen*. Algo así como el líder de los creyentes. Emir y director de la *yihad*. Jefe supremo, en definitiva, del país islámico que estaba construyendo. Pero esto tiene varios significados. El religioso lo acabo de comentar. Tiene que ver con la dirección espiritual de un país confesional. E incluso integra cierta visión panislamista, más allá de las fronteras afganas. Pero la cosa no se queda ahí. Porque sabemos que se trata del manto o capa que el emir de Bukhara le regaló al primer rey de Afganistán, que es también el fundador del Estado afgano, o al menos de ese proyecto de Estado afgano que nos ocupa. Efectivamente, es la capa que Ahmad Shah Durrani se trajo de las lejanas tierras del norte como símbolo de sus victorias militares. Victorias que lo fueron de un rey pastún sobre las demás etnias que habitaban esas tierras. Así que con este gesto tan audaz, el mulá Omar también se postulaba como el líder político capaz de reconstruir un gran Afganistán de base pastún y de hacerlo viable.

Dicho con otras palabras, el gesto tuvo tanto de nacionalista (o más) que de teológico. Esto refleja bien la naturaleza ambivalente del movimiento talibán (Shahid Afsar, Samples y Wood, 2008: 64). No por casualidad, con el paso de los años, se ha llegado a discutir la primera interpretación del mismo, que enfatizaba la idea de que los talibán eran, esencialmente, un grupo de yihadistas formado mayoritariamente por pastún. En lugar de eso, algunos análisis apuntan que se trataría más bien de un grupo de etno-nacionalistas pastún mayoritariamente formado por islamistas radicales (Holmes, 2008: 53). Incluso podría hacerse una tercera lectura, tampoco improvisada por parte del mulá Omar. Y perfectamente compatible con las otras dos. Complementaria, diría yo. Tiene que ver con las expectativas de creación de un gobierno estable en Kabul. Un gobierno, como decimos, de base eminentemente pastún. Y tiene que ver, asimismo, con la candidatura del ex rey en el exilio romano, Zahir Shah. Porque hasta abril de 1996 los talibán no se habían manifestado ni a favor ni en contra de un hipotético regreso del monarca. Tanto es así que en sus primeros tiempos se llegó a pensar que esa podía su opción. Pero todo parece indicar que el gesto del mulá Omar también estaba destinado a corroborar las sospechas de los escépticos: él y no Zahir Shah sería el encargado de llevar las riendas de Afganistán en el futuro (Griffin, 2001: 107). Esto es, exactamente, lo que con sus palabras iba a ratificar en el mes de octubre de ese mismo año el mulá Wakil Ahmed...

Ahora bien, el conjunto de los sucesos de 1992-1996 ponen de manifiesto varias consideraciones adicionales que conviene retener. Por una parte, las enormes dificultades surgidas para crear una coalición, digamos, de tipo renaniano, de grupos étnicos dispares capaces de amar una misma realidad en diferentes lenguas. Y conste que aquí empleo lenguas como metáfora de cualquier otra diferencia significativa a estos efectos, como sería el caso de la religión. Porque creo que éste es, en el fondo, el espíritu de Renan. Las escasas veces que se logró algo en esta dirección, denotó una tremenda fragilidad. Y acabó en nada. Salvo nuevos resquemores. Así que la debilidad de esta opción parecía jugar a favor de las pretensiones del mulá Omar. Especialmente del mulá que pretendía seguir los pasos de Ahmad Shah Durrani.

Por otra parte, si la otra opción factible era un Estado-Nación esencialmente pastún, parece que tampoco soplaban vientos favorables, dado que se aprecia una fractura dentro del colectivo pastún. Fractura provocada por los propios talibán, que también pertenecen a dicha etnia. En efecto, la realidad que se dejaba entrever desde el principio sale a la superficie en el enfrentamiento de los talibán con Hekmatiar. Porque éste era líder, no lo olvidemos, del principal partido-milicia pastún de los últimos 20 años en Afganistán. Así que los talibán son un movimiento fundamentalmente pastún. Con escasísimas incrustaciones de otros grupos étnicos. Todo eso es verdad. Pero eso no significa que todos los pastún estén en la causa talibán. Algunos, podría ser el caso de Hekmatiar, porque son rechazados por los seguidores del mulá Omar. Pero otros, veremos casos relevantes, porque no desean abrazar su modelo de sociedad. Así que como agregadores de pastún, los talibán dejaban mucho que desear, pese a las apariencias de los primeros tiempos.

Como casi siempre ocurre en la historia de Afganistán, el andamiaje del Estado va por detrás de estas dificultades, que en buena medida son inherentes a esa sociedad. Así que rápidamente entramos en la lógica del pez que se muerde la cola. En una especie de círculo vicioso: ni el Estado tiene fuerza suficiente para construir una nación en su interior, ni los actores más relevantes comparten un proyecto nacional que pueda servir de cemento social a ese mero proyecto de Estado que es lo que casi siempre ha sido Afganistán.

Pero el impacto de los talibán fue tan grande que tras la toma de Kabul sus detractores sintieron un impulso renovado a favor de las alianzas. Un impulso sin precedentes. Si esas minorías étnicas necesitaban un *federador externo* para ser algo más que eso y para forjar un pacto por Afganistán de altos vuelos, parecía que los talibán podían jugar ese delicado papel. Por lo pronto, en octubre de 1996, escasas semanas después de la pérdida de Kabul, Burhanuddin Rabbani lanzaba su enésima tentativa de coalición. Pero esta vez salió bien. Forjó en un tiempo récord el *Consejo Supremo para la Defensa de la Patria*, en el que se integraron rápidamente sus tayikos, con Masud al frente, los uzbekos de Rashid Dostum, que por fin parecía sentar la cabeza, y los hazaras dirigidos por Karim Khalili. Con el añadido de que Dostum se redimió ante Ismail Khan, a quien había hostigado el año anterior en Herat. Lo hizo de la mejor manera posible, al cederle sus aviones de transporte, con el fin de que Ismail Khan pudiese aerotransportar sus tropas y reestablecer sus antiguas posiciones en Badghis. A finales de octubre de 1996, más de 2.000 hombres de Khan estaban en Maimana, dispuestos a presionar sobre Herat. Por lo visto, Irán se encargó de rearmar y municionar a las milicias de Khan.

Es importante destacar que el colectivo hazara se unió al proyecto a pesar de los desencuentros con Masud que ya conocemos. Pero el temor a los talibán superaba el que Masud les inspiraba¹. Que ya es decir. Además, debían vengar la muerte de Ali Mazari, un hombre muy querido entre los suyos. Con Dostum sucedió algo similar. Se dice que quedó impresionado por el odio que los talibán profesaban hacia todos los no pastún (Rashid, 2001: 89). De hecho, el mulá Omar había declarado la *yihad* contra el propio Dostum y sus guerreros uzbekos. Y eso que eran tan sunnitas como los talibán. Al menos en teoría. Pero los talibán los consideraban hipócritas. Mal asunto. Con lo cual prefirió unirse a Masud. En ese contexto, era lo más lógico. Además, en este caso no había grandes agravios previos que resolver. Por lo demás, Rabbani mantenía esta alianza abierta a los pastún. Como siempre. Por el momento la aportación fue bastante limitada. Con todo, Pir Gailani acudió a las reuniones y dio su aval.

¹ De todas formas, Khalili mantenía una prudente desconfianza respecto a sus aliados. De hecho, prefería que no le enviaran refuerzos al Hazarajat, por si acaso (Griffin, 2001: 85).

Pero lo más significativo es que, con el tiempo, esta incipiente plataforma política sería la encargada de llevar a la que también se conoció, más informalmente, como “Alianza del Norte” al poder en Kabul... bajo la presidencia de un pastún durrani. Así que, vista en perspectiva, la iniciativa de Burhanuddin Rabbani fue un éxito sin precedentes².

Estos gestos, tan audaces como rápidos, impidieron el desmoronamiento de la resistencia anti-talibán tras la toma de Kabul por parte de los seguidores del mulá Omar. Desde entonces hasta la intervención estadounidense de 2001, se prolongó la guerra civil, pero de una forma bastante más disciplinada que antes. El nuevo escenario contenía unas partes bien definidas: los talibán, que eran pastún (con insignificantes adiciones tayikas), contra todos los demás, que eran muchos y muy variados y que, poco a poco, fueron integrando a pastún no-talibán.

Siguiendo su ritmo infalible, tras la toma de Kandahar, en 1994; de Herat, en 1995; y de Kabul, en 1996, a los talibán les quedaba una gran conquista por hacer, Mazar-e-Sharif. Así que, según sus cálculos, 1997 iba a ser el año del triunfo definitivo. Pero la campaña –o las campañas- de Mazar-e-Sharif sellaron a sangre y fuego la alianza anti-talibán. Aunque finalmente la plaza fuerte de Dostum fue tomada en 1998, el precio a pagar por ello fue muy alto, tanto en vidas como en clave de proyecto político para Afganistán. Además, tampoco sirvió para limpiar los valles del norte de las fuerzas de la Alianza del Norte. Aunque con dificultades, en el año 2001 las tropas de Masud seguían apostadas en la retaguardia talibán, negándose a entregar el testigo. Esto sirvió, por ejemplo, para que el todavía presidente Burhanuddin Rabbani mantuviese su cargo a ojos de casi toda la sociedad internacional³, así como el asiento

² Eso no significa que los roces entre los miembros de la coalición desaparecieran por completo, de la noche a la mañana, por supuesto. Los hubo. Y cuando eso se daba, la descoordinación o las traiciones, solían ser aprovechadas por los talibán. Sin embargo, es igualmente cierto que sobre la base de este acuerdo de 1996 se han ido proyectando los sucesivos pactos que con el tiempo han permitido establecer gobiernos democráticos en Kabul.

³ Los únicos Estados que llegaron a reconocer en algún momento entre 1996 y 2001 al gobierno talibán de Kabul fueron Pakistán, Arabia Saudita y los Emiratos Arabes

correspondiente a Afganistán en la Asamblea General de las Naciones Unidas. No entraré en detalles acerca de las operaciones militares. Pero, como vengo haciendo, trataré de rescatar de entre la maraña de sucesos, de idas y venidas, o de batallas, aquellos eventos que considero más interesantes para los objetivos de este libro.

La conquista de Mazar-e-Sharif vino precedida de traiciones, como había sucedido otras veces. Esta vez el traicionado fue el propio Dostum. El traidor era uno de sus subordinados, el general Malik⁴. Pero pese a las aparentes facilidades obtenidas bajo cuerda, la primera entrada de los talibán en la ciudad, en mayo de 1997, fue un auténtico desastre. En realidad, todo fue algo extraño, porque al principio no se encontraron con tanta oposición como creían. Sobre todo porque Dostum, al verse traicionado, huyó hacia Turquía (otro Estado musulmán que deseaba ver a los talibán lejos del poder). Así que todo parecía indicar que, al fin y al cabo, las gentes del norte no eran tan fieras como indicaba la leyenda. De modo que los talibán impusieron su versión de la *sharia*, sus restricciones al movimiento de las mujeres, sus reglas de indumentaria y, como lógico corolario del proceso, se dispusieron a desarmar a las milicias uzbekas y hazaras que convivían en la ciudad. Pero se equivocaron. Por sus características, Mazar-e-Sharif era una ciudad más parecida a Herat que a Kandahar. Sus gentes no estaban preparadas para soportar el yugo talibán. A las mujeres hazaras no les sentaba bien el *burka*. Estaban acostumbradas a ostentar cargos en la administración y en la universidad. Sus esposos, así como los uzbekos, provenían de una estirpe de guerreros que soportaban mal las imposiciones. En Kabul podían ser y sentirse extraños, pero ahora estaban en sus tierras. Y no se iban a dejar avasallar en las puertas de sus propias casas. Así que los talibán fueron sorprendidos en las calles de la ciudad mientras se empeñaban en la tarea del desarme.

Unidos. En sí mismo, este hecho constituye una muestra de la tenacidad de Rabbani y Masud, al frente del proyecto alternativo, multiétnico, del que venimos hablando.

⁴ Malik también era tayiko. La verdad es que pronto se arrepintió de su opción y terminó combatiendo a los talibán en las calles de Mazar-e-Sharif. Al parecer, no le dieron lo prometido. La verdad es que los talibán no estaban dispuestos a ceder ante las pretensiones de los tayikos. Finalmente, Malik resultó ser especialmente duro con los talibán.

La llama la encendieron los hazaras. Los enfurecidos descendientes de Gengis Khan no pensaban repetir sus errores del pasado. No confiaban en los talibán. Debemos tener presente que en Mazar-e-Sharif estaba la sepultura de Abdul Ali Mazari, su líder histórico, fallecido en las extrañas circunstancias que ya conocemos mientras permanecía bajo custodia talibán. Así que se lanzaron a una persecución sin cuartel por las callejuelas de Mazar. Pronto se les sumaron las fuerzas uzbekas del general Malik. Su suerte estaba echada. Las fuentes disponibles hablan de unos 2.000 combatientes talibán muertos en la jornada del 28 de mayo de 1997. Algunos de ellos eran pakistaníes, por cierto. De modo que los restos de las unidades talibán huyeron despavoridos de Mazar-e-Sharif, en dirección a Kunduz, donde se rehicieron. Se trataba de su primera derrota significativa –escaramuzas al margen- desde que iniciaran su andadura triunfal allá por 1994, en las proclives tierras de Kandahar.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Efectivamente, con el tiempo se fueron descubriendo fosas comunes en las que aparecían cadáveres de talibán y, probablemente, de pastunes no vinculados al movimiento que eran asesinados por el mero hecho de pertenecer a esa etnia. Las fuerzas de Malik se encargaron de estas matanzas. Se habla de 20.000 cadáveres encontrados en esas fosas (Griffin, 2001: 267). Aunque esa cifra podría estar algo hinchada. Los talibán tampoco se quedaron cortos. En el mes de septiembre, enrabiados por la derrota, entraron en el pequeño pueblo hazara de Qazil Abad, al sur de Mazar-e-Sharif. Mataron a unas setenta personas, “algunas degolladas y otras desolladas vivas” (Rashid, 2001: 104).

Los talibán volvieron a recuperar el aliento en ese mismo verano, asediando Bamiyán, en zona hazara. Pero la ofensiva final contra Mazar-e-Sharif se dio en 1998. Maimana fue ocupada en julio. Mazar-e-Sharif cayó de nuevo en sus manos en agosto. A Bamiyán le sucedió lo mismo en septiembre. Masud se refugió en el valle del Panshir. Los talibán aún no controlaban todo Afganistán, pero se habían sacado de encima buena parte de sus quebraderos de cabeza. En todo caso, decidieron dejar su huella para que los habitantes del lugar no tuviesen ni tiempo para reaccionar. En Mazar-e-Sharif iniciaron una nueva cacería de hazaras. Esta fue brutal. Duró dos días con sus noches. No se sabe a ciencia cierta cuánta gente murió. Fueron varios miles de civiles de todas las edades y de ambos sexos. Los

talibán también se entregaron a prácticas que antes habían repudiado como contrarias al Islam, como las violaciones masivas de mujeres. La toma de Mazar-e-Sharif, en 1998, constituyó un punto de inflexión en el comportamiento de los seguidores del mulá Omar. Probablemente a pesar de su propio líder, que periódicamente hacía llamamientos a la prudencia y a la contención dirigidos a sus huestes. Pero sin demasiado eco. Los talibán estaban encendidos como nunca antes. Así que cuando finalmente llegaron al consulado iraní entraron sin más preámbulos y encontraron a entre nueve y once diplomáticos de ese país –según fuentes-. Los condujeron al sótano y los asesinaron, acusados de espionaje (lo cual probablemente era cierto).

En Bamiyán, muchos hazaras habían huido a tiempo, temiéndose lo peor. Entre los afortunados se encontraba su líder, Karim Khalili, que pudo refugiarse en las montañas más remotas del Hazarajat, para proseguir la lucha desde allí. Los pocos que se quedaron en sus casas, sobre todo ancianos, lo pasaron mal. Algunos fueron asesinados. Pero la matanza en la zona de Bamiyán no dejó satisfechos a los talibán. Así la emprendieron contra las milenarias estatuas de los budas gigantes excavadas en la roca. Destruyeron la cabeza de uno de ellos a base de cañonazos.

Esta reacción contra los hazaras podía tener diversas explicaciones. Quizá se tratara de una venganza a gran escala por los sucesos del año anterior. Pero, dada la idiosincrasia de los talibán, también se podía sospechar que esa era la excusa perfecta para desarrollar una auténtica política de limpieza étnica. Por eso algunos opinan que “el objetivo de los talibán era limpiar el norte de chiítas” (Rashid, 2001: 121). En esta coyuntura, Irán estuvo a punto de declarar la guerra a Afganistán. Las tropas de Teherán fueron movilizadas y estuvieron un tiempo apostadas en la frontera común, listas para entrar en combate en cualquier momento. Tal guerra nunca llegó a estallar, pero poco faltó. Sus consecuencias hubiesen sido impredecibles, por cuanto los talibán tampoco estaban solos. Al menos Pakistán los apoyaba. Mientras que Arabia Saudita hubiese estado en una difícil situación, ya que su progresivo alejamiento de los talibán no empaña el hecho de su enemistad con Irán.

La persecución descarada por motivos étnicos continuó a lo largo del año siguiente. En el verano de 1999 los talibán se atrevieron

a hostigar directamente a Masud en el valle del Panshir. Como consecuencia de su ofensiva, muchos tayikos huyeron, ya sea hacia Kabul, ya sea hacia el interior del valle. El éxodo fue enorme. En pocas semanas dejaron esas tierras un mínimo de 100.000 personas. Aunque algunas fuentes aluden a que sobrepasaron las 200.000. Según algunos observadores esto fue provocado por los talibán con el fin de causar un daño irreversible a la economía del último reducto de *Jamiat-e-Islam*: “los vecinos tayikos de Shomali fueron simplemente expulsados en masa para que Masud no pudiera volver a confiar en la riqueza de su tierra” (Griffin, 2001: 346). En las semanas siguientes los talibán siguieron una política de “tierra quemada” en lo que hasta entonces había sido una de las zonas más fértiles de Afganistán. Masud se rehizo y obligó a los talibán a retroceder. Pero el daño ya estaba hecho. Y las crónicas lo culpan del hambre que en el invierno siguiente se pasó tanto en el Panshir, como en la propia Kabul dominada por los talibán.

La sombra de la limpieza étnica se reflejó como nunca en las llanuras de Shomali, dado el impacto de esa ofensiva. Pero los cooperantes occidentales que estaban sobre el terreno cuentan que las redadas, aunque de menor entidad, no eran precisamente excepcionales en el año 1999. Así, por ejemplo, en un pueblito hazara cercano a Herat, en marzo de 1999, los talibán entraron y se llevaron a punta de fusil a todos los varones adultos. Nunca más los volvieron a ver con vida. Poco después, los propios talibán entraban y salían de ese pueblo con total impunidad asaltando propiedades y violando mujeres. Algunos delincuentes comunes se sumaron a ese triste espectáculo. Cuando el mulá responsable de esas atrocidades fue interpelado acerca de si el Islam era o no respetuoso con los derechos humanos más elementales, éste adujo que sí, que por supuesto que lo era. Pero añadió que “los hazaras no son humanos, son asnos” (Raich, 2002: 124). Este ejemplo pudo haber pasado desapercibido, de no ser porque un occidental dedicado a la ayuda humanitaria, que además hablaba dari, fue parado por un anciano de ese pueblo. Claro que es de suponer que otros muchos sucesos similares habrán pasado inadvertidos a la opinión pública. Esa era, en todo caso, la cruda realidad de un Afganistán que, pese a los indiscutibles esfuerzos del mulá Omar, a esas alturas del siglo XX estaba bastante más cerca del infierno que del cielo.

CAPÍTULO 9

AFGANISTÁN, LOS TALIBÁN, AL QAIDA Y BIN LADEN

No quisiera terminar esta parte del libro, dedicada al análisis histórico, sin hacer alguna referencia a Al Qaida y su presencia en Afganistán. Aunque la verdad es que se trata de una relación de última hora. De hecho, lo correcto en este caso es distinguir cada cosa, empleando el bisturí cada vez que haga falta. De lo contrario, correremos el riesgo de incurrir en un discurso sensacionalista, más propio del periodismo vulgar que del mundo académico.

Así que será conveniente avanzar con cautela. Por una parte, los orígenes de la actual Al Qaida cabe rastrearlos en una organización casi homónima (Qaida o “base”) creada a instancias del príncipe saudí Turku Bin-Faisal. Corrían los primeros años 80¹. Esta creación, aunque luego le haya pesado a Arabia Saudita, se hizo con un más que probable apoyo institucional. No en vano, Turku era sobrino del rey y jefe de los servicios secretos árabes (conocidos como *Mukhabarat*). Asimismo, uno de los personajes que más influyeron en el joven Bin Laden fue el también saudí Ahmad Badeeb, a quien podemos considerar como su auténtico maestro. Pues bien, Badeeb era jefe de gabinete del Príncipe Turku (Coll, 2005: 72). Este hecho significa que la Qaida originaria bebía de las fuentes del wahhabismo, con todo lo que eso supone en términos de fomento de la *yihad* y de constitución de la Umma.

¹ Muchos años después, el 23 de febrero de 1998, Al Qaida formalizó su presentación en sociedad a escala planetaria mediante una declaración en la que se convocaba a todos los musulmanes a “dar muerte a los norteamericanos y a sus aliados, civiles y militares”. El documento lo firmaron, además de Osama Bin Laden, otros líderes como Ayman al-Zawahiri, Fazal ul-Rahman, Refai Ahmed Tada y Abdul Salaan Mohamed. Pero, notoriamente, su valor como acta bautismal es relativo, debido a que ya llevaba muchos años operando.

De hecho, las primeras noticias de la presencia física de Qaida se obtienen en el norte de Pakistán, en la zona de Peshawar, a principio de los años 80. En esos momentos Qaida se movía con total libertad, reclutando jóvenes guerrilleros para combatir a la URSS en Afganistán. En el fondo, contaban con la aquiescencia, si no con el estímulo, de los gobiernos de Arabia Saudita, Pakistán y los Estados Unidos, a través de sus respectivos servicios de inteligencia.

El propio Osama Bin Laden comenzó a implicarse en estas lides en aquellos tiempos, siendo todavía muy joven, tras terminar sus estudios universitarios. Su familia era originaria del Yemen, pero su padre, Mohammed Bin Laden, tuvo muchos contactos en la corte del rey Faisal. No en vano, se encargó de dirigir la restauración de las sagradas mezquitas de La Meca y Medina, con lo cual elevó a sus descendientes, incluido a Osama Bin Laden a una dignidad casi nobiliaria. Este perfil, un joven culto, millonario y unido a la casa real alauita, facilitó que Osama Bin Laden fuera el personaje adecuado para vertebrar la ayuda saudí a la causa afgana. De hecho, se sabe que él mismo se trasladó a Peshawar, hacia 1984, para desempeñar desde ahí tareas de apoyo logístico a la campaña anti-soviética². Por aquel entonces tuvo mucho contacto con el jordano Abdulá Azzam que a su vez había creado una organización llamada *Makhtab-al-Khidmat*, una especie de ONG que oficialmente se encargaba de canalizar donaciones de diversas entidades islámicas y que en la práctica probablemente lo hacía, pero con un sesgo muy marcado: era el principal apoyo del wahhabismo en la zona. Azzam había sido profesor en la Universidad islámica de Riad y parece que fue allí donde conoció al joven Osama, que estudiaba ingeniería (Roy, 2003: 191). Aunque la red de Azzam tenía otros tentáculos. De hecho, Abdul Sayyaf, otro viejo conocido nuestro, se benefició de sus gestiones y de su dinero. Se dice que Hekmatiar también formaba parte de esa nómina. De lo que no cabe duda, visto en perspectiva, es que el binomio Azzam-Bin Laden fue decisivo en esos primeros años de implicación del nuevo líder yemení.

² Es discutible que Osama Bin Laden entrara en combate, por lo menos en acciones ofensivas contra las fuerzas soviéticas. Sin embargo, parece que se vio involucrado en la defensa de una posición contra un ataque de las fuerzas del Kremlin, en abril de 1987. Esta escaramuza fue hábilmente aprovechada (y probablemente exagerada) por él mismo de cara a labrarse cierta reputación en los círculos *muyahidín*. Pero el tiempo pone las cosas en su sitio, y Bin Laden no pasará a la historia por este motivo.

Lo que estaba muy claro es que por aquel entonces los talibán ni siquiera habían aparecido en escena como tales. Cuestión diferente es que ya estuvieran haciendo méritos personajes que con el tiempo acabarían ligados a este nuevo proyecto. También es evidente que Al Qaida, en cuanto tal, no tenía apenas predicación entre los milicianos afganos que entraron en Kabul en 1992, destituyendo a Najibullah. La verdad es que Al Qaida era un *collage*. Reunía a musulmanes de todas las etnias, bajo liderazgo árabe. Mientras que ahí los tayikos, los hazaras, los uzbekos o los nuristanos brillaban por su ausencia. Tampoco había muchos pastún. Así que en esos tiempos Al Qaida estaba más interesada en proseguir su peculiar cruzada islámica en otros países que en entrometerse en un Afganistán ya recuperado para la causa islámica. Por otro lado, el carácter tan abiertamente internacionalista de Al Qaida no era necesariamente bien visto por muchos afganos, deseosos de reforzar un proyecto de índole nacional, en el que los árabes eran vistos –no sin razón- como forasteros.

Además, las relaciones entre Osama Bin Laden y Arabia Saudita se deterioraban por momentos. Sobre todo a raíz de la crítica del primero contra el gobierno de Riad por causa del apoyo que éste mostró a la campaña que los Estados Unidos lideraron en 1991 para liberar Kuwait. Le molestaba todo: que Arabia Saudita se convirtiera en un lacayo de Washington, que se enfrentara a un país hermano por motivo de religión, y que las tropas norteamericanas se aposentaran en el país que custodia los lugares más santos del Islam. Ahora bien, esta crítica fue muy mal digerida por los dirigentes alauitas. La mala relación se complicó más, si cabe, cuando Bin Laden llamó traidor al Islam a un alto dignatario saudí, en 1992, tras comprobar que meses después de la liberación de Kuwait las tropas del *Tío Sam* continuaban, por tiempo indefinido, en suelo saudí.

Así que Bin Laden fue declarado *persona non grata* e hizo las maletas hacia Sudán. Ahí participó en la revolución islámica de Hassan Turabi que gozaba del apoyo de Irán, enemigo de Arabia Saudita. Lo cual parecía confirmar los temores de Riad acerca de la radicalización de quien tiempo atrás había sido uno de sus hijos predilectos. De hecho, en esas fechas se llegó a hablar de una

“conexión iraní” de Bin Laden³. Además, el responsable del primer atentado contra el *World Trade Center* (en 1993), Omar Abdul Rahman, era un *yihadista* amigo personal de Bin Laden (Griffin, 2001: 208). Todo esto era público y notorio, de manera que, ante la actitud de Osama Bin Laden, en 1994 el gobierno de Riad le retiró su pasaporte, le congeló sus bienes y lo declaró enemigo público. Es evidente que este *affaire* se les había ido de las manos. Desde entonces Arabia Saudita, lejos de dar apoyo a Osama Bin Laden, ha venido presionando a quienes en cada momento pensaba que eran sus custodios con el objetivo, nunca alcanzado, de lograr su extradición.

Durante los meses siguientes la insistencia saudí, acompañada de la estadounidense, se cebó sobre nuestro personaje, que comenzó a experimentar el temor de encontrarse sin guarida. Ante la presión internacional en su contra, el propio Hassan Turabi le pidió a Osama Bin Laden que abandonara Sudán, y se sabe que el líder de Al Qaida se encontraba en territorio afgano, en Jalalabad, hacia la primavera de 1996. Fue en esos momentos en los que por vez primera contactó con los líderes del movimiento talibán. Se dice que el ISI pakistaní actuó como celestina. Lo que parece claro es que hubo una primera entrevista en noviembre, en Kabul. Y de que a lo largo de 1997 Bin Laden ya se estableció en Kandahar, con la protección del mulá Omar. Así que la relación entre Bin Laden y los talibán es también la que se produce entre un líder acorralado, sin mucho donde elegir, y un movimiento tan fundamentalista como novel que tan pronto parecía un camino directo hacia la Umma panislámica, como una mera reproducción de ese nacionalismo pastún tan propenso a fustigar a todos los musulmanes, sunnitas o chiítas, que no compartan sus tradiciones.

De hecho, parece ser que en esos primeros tiempos las relaciones entre los dos grupos no fueron fáciles. Los talibán catalogaron a Osama Bin Laden como “invitado”, pero era más bien su “rehén”. Esto es así hasta el punto que todavía a principios del año 1998 flirtearon con la posibilidad de entregarlo a los Estados Unidos a

³ Aunque se dejó de hablar de ello tras el acceso al poder de Khatami, en 1997. Posteriormente las cosas ya serían muy complicadas, porque a medida que Bin Laden se iba acercando al poder en Afganistán arreciaban las matanzas de chiítas en suelo afgano.

cambio de que éstos reconocieran al gobierno talibán como gobierno legítimo de Afganistán (Rashid, 2001: 216). En cambio, los lazos se estrecharon a partir de agosto de 1998. Ello se debió, paradójicamente, al impacto de los atentados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, que Washington atribuyó a Al Qaida. Osama Bin Laden no admitió una implicación directa. Pero sí que él era una suerte de autor intelectual de los mismos. Los Estados Unidos respondieron lanzando varias docenas de misiles *Tomahawk* contra los campos de entrenamiento que los instructores de Al Qaida venían empleando en suelo afgano, en la zona de Khost, y en Jalalabad⁴. El recuento de cadáveres provocados por este ataque resultó ser una interesante muestra del mosaico en el que se podía llegar a convertir el suelo afgano: turcos, yemeníes, egipcios...y por supuesto pakistaníes. En esa acción, tantos como afganos⁵.

Con lo que el desdén que los Estados Unidos venían manifestando hacia los talibán de un tiempo a esa parte, unida a la creciente influencia de Osama Bin Laden sobre los mulás talibán se encargaron de cerrar el círculo. De hecho, en una sagaz interpretación de los acontecimientos, Ahmed Rashid considera que la estrategia de Osama Bin Laden fue desde el primer momento la de contribuir al aislamiento progresivo del movimiento talibán. Porque de esta manera dependería cada vez más del apoyo de Al Qaida (Rashid, 2009: 24 y 32). Si esto es verdad, cabría decir que los talibán cayeron en la trampa de Bin Laden. Y que, en pocos años, pasaron a ser rehenes de quien fuese su invitado. Aunque creo que la predisposición existía por ambos lados. En esta línea, sería conveniente recordar que Arabia Saudita rompió sus relaciones con el régimen talibán tras los atentados de agosto de 1998, al cerciorarse de este ya definitivo acercamiento entre el mulá Omar y Osama Bin Laden⁶.

⁴ Parece ser que esos campos de entrenamiento tenían que ver con otro conflicto: el de Cachemira. Con todo, también se trata de un conflicto que a Afganistán, qua Estado, le debería importar relativamente poco. El interés principal era, obviamente, pakistani.

⁵ En aquellas fechas, a principios del siglo XXI, la mayoría de los yihadistas controlados por Al Qaida eran saudíes, egipcios y argelinos, según comentarios del propio Bin Laden (Roy, 2003: 193). En cambio, no todos las sociedades estaban igual de bien representadas. Por ejemplo, escasean los turcos, los marroquíes y los sirios.

⁶ Se dice que en 1998 se convirtieron en consuegros, al casarse una hija de Bin Laden con el hijo del mulá Omar (Griffin, 2001: 215).

Pero, aún así, la relación de Al Qaida con Afganistán debe ser analizada con sumo cuidado. Porque esta relación sólo se produjo con los talibán del mulá Omar. Porque los talibán menos capaces de congeniar con la Umma y más habituados a sostener un discurso estrictamente afgano, no necesariamente iban a congeniar con Bin Laden. Porque los talibán apenas tienen apoyo entre los colectivos no pastún que, sumados, incluyen más gente que los propios pastún. Y porque, como sabemos, ni siquiera es verdad que todos los pastún sean partidarios de los talibán⁷. Lo que sí es evidente, por otro lado, es que los talibán del mulá Omar ocupaban el poder, de facto, desde 1996; que desde esas fechas cobijaron a Osama Bin Laden con diferentes pero siempre crecientes niveles de admiración hacia la persona y, quizá, su causa; y que unos y otros compartían un enemigo común, los Estados Unidos, como símbolo y cabeza visible del mundo occidental. De ahí que el Afganistán del mulá Omar se metiera en un buen lío. Pero merece la pena que salvemos de la quema a muchos afganos (a la mayoría, con toda certeza) cada vez que aludimos a las relaciones de dicho país con Al Qaida. Efectivamente, si la identificación de Afganistán con el fenómeno talibán ya es falaz, hacer lo propio con Al Qaida es, *a fortiori*, una aberración.

⁷ Osama Bin Laden no pudo sentirse seguro en suelo afgano ni siquiera en sus mejores momentos. Sufrió varios atentados, sin que sea fácil adivinar cual de sus numerosos enemigos estaba detrás de los mismos. Dos de ellos mientras residía cerca de Kandahar, en diciembre de 1998. Al menos en uno de los casos los indicios señalaban a la casa real saudí (Griffin, 2001: 324), aunque la ejecución corría a cargo de afganos. Ante esta tesitura, Bin Laden trasladó su residencia varias veces en el interior del propio Afganistán. En su guardia personal siempre había árabes de confianza... Por su parte, el mulá Omar salió ileso de un atentado perpetrado contra él en agosto de 1999. Pero la magnitud de la explosión la atestigua el hecho de que a raíz de la misma fallecieron dos de sus hermanos, un cuñado y catorce miembros de su guardia personal (ídem, 349).

CAPÍTULO 10

2001: LA ODISEA DE AFGANISTÁN

Llegamos a lo que podríamos definir como el presente de Afganistán. El otoño de 2001 es un buen punto de inflexión. Puede decirse que su presente comienza en esas fechas. El detonante va a ser un desastre nada natural acaecido en las antípodas de Afganistán, en Nueva York. Me refiero a los atentados del 11-S. Porque, tras esos luctuosos sucesos, los Estados Unidos buscan culpables. Es razonable. No tardan mucho en encontrarlos. Cuestión de horas. Quizá menos. Es previsible. Osama Bin Laden estaba en un lugar preferente de la agenda de seguridad norteamericana como el terrorista más buscado desde hacía tiempo. No era la primera vez que islamistas vinculados a Al Qaida se fijaban en el *World Trade Center*. Asimismo, también conocemos el durísimo contenido del manifiesto fundacional del 23 de febrero de 1998. Así como que Bin Laden aceptaba ser visto como el cerebro de los atentados de agosto de 1998. Luego siguieron más pesquisas relativas a la identidad de los suicidas que se hicieron con el control de los aviones y los dirigieron hacia las dos torres gemelas y hacia el Pentágono. Las piezas iban encajando. Claro que dirigir la mirada hacia Bin Laden era hacerlo hacia Afganistán, el último país en el que había sido visto...

De manera que en los días inmediatamente posteriores al atentado de Nueva York, la posición del gobierno talibán de Kabul (o de Kandahar-Kabul) se convierte en más precaria de lo que ya era, si cabe. Además, la reacción estadounidense ante los atentados de Kenia y Tanzania, comparativamente mucho menos cruentos, les hace temer lo peor. Porque, por esas fechas, pese a las continuas reclamaciones de Washington y Riad, el hecho es que Bin Laden no ha sido entregado y que los campos de entrenamiento dirigidos por sus acólitos siguen operativos en suelo afgano. Ni siquiera era seguro que esos sucesos no iban a reproducirse bajo su batuta. ¿Es cuestión de permitir que Afganistán actúe impunemente como Estado santuario del grupo

terrorista más sangriento de la historia de la humanidad? No lo parece. De manera que la administración estadounidense lo tiene claro: es de justicia intervenir en suelo afgano para erradicar el problema antes de que sea demasiado tarde.

El tiempo apremia también por otros motivos. Se sabe que el impacto del atentado del 11-S otorga a la Casa Blanca la aquiescencia de buena parte de la sociedad internacional. Pero también se sospecha que con el paso del tiempo ese beneplácito pueda diluirse. Así que, liderando una coalición internacional, los estadounidenses ponen pie a tierra en Afganistán. Aunque lo hacen de manera bastante prudente. No implican muchas tropas, porque desde el primer momento pretenden rentabilizar el esfuerzo que venía desarrollando la Alianza del Norte. Es cierto que su líder más emblemático, Ahmad Masud, el “León del Panshir” había sido asesinado dos días antes del 11-S por dos sicarios tunecinos.

Probablemente se trató de un intento desesperado de la *yihad* por desmoralizar a esa coalición interétnica afgana que seguía resistiendo, aunque ya muy debilitada, en los valles más recónditos. Pero los avatares de la guerra civil que hemos ido comentando permitieron que la coalición no se deshiciera. Los talibán cavaron su propia tumba con los excesos cometidos a diestro y siniestro. De modo que en el otoño de 2001 es verosímil pensar que un esfuerzo combinado de unidades de elite estadounidenses, contando con el control absoluto del espacio aéreo, con la aplicación de las nuevas tecnologías militares y con la omnipresente mano de obra tayika, uzbeka y hazara, con algunas incrustaciones pastún, podrán derrotar a los talibán y echarlos de Kabul.

Así es. Sin demasiadas bajas. La campaña militar planificada desde ese mismo Pentágono que escasos días antes había sido blanco de uno de los aviones civiles controlados por islamistas suicidas resulta ser todo un éxito. Los talibán se retiran. Abandonan sus posiciones. Pero enseguida llama la atención, precisamente, que no presten la resistencia que cabría esperar. Por lo pronto, eso significa que no reciben un duro castigo militar. Ni mucho menos. Incluso puede decirse que técnicamente no son derrotados (Hussain, 2009: 76). O que no lo son “por completo” (Reinares, 2009: 2). Depende de cómo se mire. Depende de qué se entienda por una derrota. Pero me

inclino a pensar que Hussain y Reinares están en lo cierto. En verdad, nunca se arrodillaron ante los vencedores. Ni vieron mermada su capacidad para proseguir la lucha armada. Además, Clausewitz decía que nadie está derrotado hasta que se da por vencido. Craso error el que comete quien deduce cosas que no son ciertas por el mero hecho de que el enemigo se esfuma del campo de batalla. Convendrá volver sobre este hecho en algún momento de nuestro análisis. Por ahora, es preciso tener en cuenta que nadie acabó con ellos, ni física, ni moralmente. La sospecha, no obstante, es que a finales de 2001 o, a lo sumo, en los primeros meses de 2002, se perdió una gran oportunidad...

Ahora bien, otra lección del momento consiste en comprobar que la estructura política talibán no aguanta el leve soplo de las escasas fuerzas norteamericanas ayudadas por unas guerrillas que hasta hacía pocos días estaban, literalmente, en la UCI. ¿Qué es lo que ha sucedido en el ínterin? Básicamente, que mientras los talibán detentaron el poder, no supieron gobernar. Eso de la política nunca fue su punto fuerte. Se dice que en Kabul la dejadez institucional llegaba al extremo de que los ministerios sólo abrían 4 horas al día (Rashid, 2001: 158). Es de suponer que no sería por falta de retos que asumir. Entonces, aunque no se puede culpar a los talibán del estado en el que se encontraba el país en 1996, ya que en buena medida esas destrucciones fueron causadas antes de que ellos entraran en escena, la verdad es que tampoco se preocuparon en demasía de resolver esos problemas. Estaban demasiado empeñados en potenciar su Departamento para el Fomento de la Virtud y la Prevención del Vicio como para atender a las necesidades del cuerpo: educación, infraestructuras, alimentos, servicios públicos básicos... agua corriente, electricidad... Sabemos que el hombre no vive sólo de pan. Pero también que no puede vivir sin él. Es una cuestión de equilibrio. Si a eso le unimos el tremendo choque cultural que la llegada de los talibán supuso para la incipiente clase media urbana, se entenderá que en muchas partes de Afganistán las fuerzas de la coalición fuesen bienvenidas, como si auténticamente se tratara de fuerzas de liberación. En ese contexto, seguramente lo eran.

El descontento popular tenía varios ingredientes específicos, como la prohibición que de facto operaba para que las mujeres pudiesen trabajar. En realidad, se les permitía ocupar su lugar de

trabajo tan solo en el sector sanitario. Pero aún esto era complicado de llevar a la práctica, pues se les exigía que no tuvieran contacto con profesionales masculinos. Las escuelas también se resintieron sobremedida en el período talibán. El Islam defiende la educación de niños y niñas, aunque sea en términos de lo que en occidente se conoce como la “educación diferenciada”. Sin embargo, los talibán cerraron las escuelas para niñas. Y las escuelas para niños se vieron indirectamente afectadas, debido a la falta de profesoras, ya que una cuota significativa de la tarea docente era desempeñada por mujeres. En honor a la verdad, hay que decir que los talibán siempre esgrimieron que estas medidas eran provisionales. Mientras gobernaron decían que estas cuestiones se iban a resolver. Pero que en esos momentos tenían cosas más urgentes en las que pensar. Ese fue su problema. Aunque más adelante volveré sobre la cuestión educativa. Porque todo parece indicar que sobre la mesa existía un debate mucho más profundo, alejado del alegato a las urgencias del momento, que muestra más crudamente las limitaciones inherentes al modelo educativo auspiciado por los talibán.

La cuestión es que pese a los magníficos augurios que acompañan a las fuerzas de la coalición en sus primeros tiempos, se dejan escapar algunas oportunidades de oro. No es menor la concerniente a una hipotética captura de Osama Bin Laden para que comparezca ante los tribunales. Parece ser que huyó, en el último momento, a través de las montañas de Tora-Bora, en noviembre de 2001. Algunos analistas culpan de esto a la escasa implicación de las tropas de los Estados Unidos sobre el terreno (Rashid, 2009: 123-124). Como mínimo cabría decir que no se apuraron las posibilidades. Las consecuencias de ello saltan a la vista, todavía en nuestros días.

De todos modos, la gran oportunidad perdida se refiere a cuestiones más estructurales. Y se fue perdiendo poco a poco, hasta llegar al día de hoy, a través de una lenta pero interminable hemorragia de desilusión. Me refiero a la construcción de un Estado digno de tal nombre en Afganistán. Ese objetivo que nos mueve, y a veces nos conmueve, desde el inicio de este libro. En este sentido, las cabezas pensantes de Washington demuestran cierta miopía política. No está nada claro que nuestro objetivo –el de este libro– fuera el suyo. Más bien, por el contrario, su discurso y su práctica política avanzaban en otra dirección. Ni que decir tiene que la invasión de Irak,

en la primavera de 2003, complica todavía más las cosas. Porque detrae recursos escasos que hubiesen sido muy necesarios en suelo afgano. Pero, no nos engañemos. Todo parece indicar que en Afganistán nunca estuvo prevista una auténtica tarea de *state building*, cuando en casos como el que nos ocupa es perentorio actuar en esa dirección.

Lo que se detecta en el otoño de 2001 es que hay bastante más prisa en formalizar un nuevo gobierno en Kabul. Eso sí. Pero eso no equivale necesariamente a reforzar el Estado. Puede contribuir, o no. Depende de cómo se hagan las cosas. De manera que antes de que termine ese año 2001, Hamid Karzai asume el poder. El perjudicado principal es el tayiko Burhanuddin Rabbani que teóricamente había permanecido como la cabeza visible del Estado afgano, contra viento y marea, en sus últimos tiempos de dominio talibán. Este primer gobierno de la nueva etapa es tildado de provisional a todos los efectos, por supuesto. Pero también parece claro que no se trata de una propuesta lanzada al albur. Karzai es el elegido (de Washington, entre otros) por motivos comprensibles. En primer lugar, se trata de un pastún durrani. Creo que, en ese sentido, se trata de una elección acertada. No lo planteo en términos de justicia, entiéndase bien, sino en clave más pragmática, atendiendo a eso que los expertos en *realpolitik* definen como prudencia política. Los motivos cabe buscarlos en la historia de Afganistán y han sido suficientemente desarrollados a lo largo del libro. En segundo lugar, pertenece a ese grupo de pastún durrani cultos, dari-hablantes, capaces de liderar un proyecto con sensibilidad hacia el resto de minorías. Al menos sobre el papel.

Por lo demás, este dato corrobora que existe una brecha importante entre el colectivo pastún y los talibán. En efecto, Karzai es el reflejo de esos pastún de estirpe incuestionable que no quieren adherirse a la causa del mulá Omar y de su modelo de sociedad¹. En realidad, son ellos los que le recriminan a Omar su mediocre árbol

¹ En este sentido, Karzai tuvo más suerte que algunos correligionarios pastún, cuyo intento de sumarse a la aventura de la reconstrucción de Afganistán fue cortada por lo sano por los talibán. Es el caso del ex *muyahidín* Abdul Haq que se trasladó por vía terrestre desde su exilio en Peshawar al interior de Afganistán a mediados de octubre de 2001. Pero fue detenido, torturado y asesinado por los talibán.

genealógico. Cosas de Afganistán, pero que conviene no olvidar. Además, tampoco es cuestión de obviar que, algunos años atrás, había apoyado al gobierno liderado por el tayiko Burhanuddin Rabbani. Sabemos que tuvo algunos problemas con Fahim, también tayiko. Pero Hamid Karzai estaba dispuesto a demostrar que eso estaba olvidado y que, en esencia, sería el líder dialogante y abierto de mente que la compleja realidad afgana requería para reconducir la situación. Sería, en definitiva, un líder pastún durrani capaz de liderar un proyecto político omnicomprendivo. Así que, siendo optimistas, podría ser quien regenerara un auténtico nacionalismo afgano, cuya meta fuese superar las tradicionales rencillas interétnicas.

En esta línea, es también muy significativo que para configurar su primer gobierno se atienda a un estricto criterio multiétnico, procurando que las minorías más relevantes y activas estén proporcionalmente representadas en el gabinete. Por lo tanto, los pastún se llevan once ministerios, los tayikos ocho, los hazaras cinco y los uzbekos tres. En un primer momento, sólo estos últimos manifiestan algún descontento con la distribución de cargos. Pero tampoco va a más. A sus ojos, lo importante seguía siendo que nadie se entrometiera mucho con ellos en sus tierras del norte. En general, cómputos al margen –nada fáciles de hacer, tanto debido a la situación del país, como por causa de la endémica carencia de censos fiables– creo que ésta también es una medida prometedora. Una medida que además da continuidad institucional a esa Alianza del Norte constituida en octubre de 1996, escasos días después de la toma de Kabul por los talibán².

Sin embargo, los problemas llegan poco después. Los motivos son, al menos al principio, muy domésticos: en aquellos días, Hamid Karzai carece de dinero para pagar las nóminas de sus escasos funcionarios y policías. No se trata de un eufemismo. Hay gente que va a tardar tres meses en cobrar un sueldo que lo es de pura supervivencia. Así que se tambalean los cimientos del Estado antes

² Con el cambio, no menor, de que Burhanuddin Rabbani había dejado de ser presidente. Respecto de Rabbani y su papel en esta transición política, es conveniente tener en cuenta que su letargo ha sido compensado por Karzai. Sobre todo a partir del momento en que dio entrada en su gobierno al tayiko Ahmad Zia Massoud, a la sazón yerno del viejo líder de *Jamiat*.

incluso de que pueda comenzar su andadura. Mientras tanto, los Estados Unidos otorgan su beneplácito a los señores de la guerra dispersos por el territorio. Lejos de terminar con ellos, más bien parece que juegan esta carta. Al fin y al cabo, en Washington se comenta que esos señores de la guerra también habían contribuido a ponerles las cosas difíciles a los talibán. Se habían ganado a pulso su premio. Pero, sobre todo, habían demostrado ser eficaces. Efectivamente, sabemos que los Ismail Khan y los Rashid Dostum de turno funcionaron aceptablemente bien, en sus respectivos feudos, manteniendo la paz y el orden. E incluso desarrollando unos servicios mínimos para-estatales. Así que a ojos de los asesores de la Casa Blanca no tiene mucho sentido planificar una reconstrucción del Estado a gran escala cuando se puede ir tirando de esta manera. O eso es lo que entonces creen.

Quizá ocurre que en la práctica el objetivo no ya principal sino único de la operación *Libertad Duradera* liderada directamente por los Estados Unidos era destruir la red de Al Qaida. Nada más. Y para lograr eso Washington confía en la ayuda que sobre el terreno pueden reportar los señores de la guerra (Fuente, 2007: 70)³, delegando en ellos la consecución de buena parte de sus propios objetivos. Aunque sin demasiado éxito, por lo demás. La verdad es que la situación que muy pronto empieza a generarse no tiene visos de ser muy diferente a la vivida entre 1992 y 1996. Pero eso no constituye una buena señal, porque en su día ya dio pie al nacimiento del movimiento talibán. Sin embargo, en esos momentos nadie parece advertir nada de lo que se podía estar larvando como consecuencia de esa inconciencia.

Porque en realidad esta política de apoyo a los excombatientes condena a Karzai a terminar convertido en el “señor (de la guerra) de Kabul”... y poco más. Otro señor feudal, pues, aunque esta vez instituido como tal por la coalición victoriosa. Pero mermado de fuerzas propias, teniendo que soportar las de los demás y sin apenas autoridad sobre el resto de señores. En este sentido, algunos expertos opinan que Karzai ha sido la principal víctima de sus propios

³ No en vano, en un primer momento se opta por formalizar esa relación hasta el punto de que los diversos ejércitos privados de los señores de la guerra que derrotaron a los talibán pasan a engrosar las filas del AMF (Afghan Military Force). Eso sí, con carácter provisional, hasta que se encontrara una solución mejor.

patrocinadores, al serlo de su política de apoyo a los *warlords* (Jones, 2008: 25-26). Lo peor del caso es que ello obedece a una mala inteligencia, ya que este proceso no es novedoso. Al contrario, medido en clave histórica, puede demostrarse que “cuando a los señores de la guerra se les entrega dinero, armas y el control de territorios, ellos usan esos recursos para apoyar sus intereses particulares en competición con los demás señores y desafiando a la autoridad central” (Marten, 2007: 72).

La verdad es que, algún tiempo después de la defección de los talibán, el afgano medio observa en sus propias carnes que las cosas tienden a cambiar poco. Siguen existiendo, por ejemplo, cárceles privadas en manos de los señores de la guerra. Como antaño. Siguen proliferando impuestos extravagantes que no se sabe muy bien de donde vienen ni a donde van los ingresos correlativos. De hecho, en sus primeros tiempos en el poder, Karzai no cesa de pedir a los Estados Unidos que le ayuden a terminar con lo que venía a ser una reedición de los feudos heratis y uzbekos de los tiempos más grises de la guerra civil. No es esa, desde luego, la visión de las cosas que el propio Karzai tiene en mente para el futuro de Afganistán. Pero, ¿le dejarán ir mucho más allá? Muy pronto se da cuenta de que aquello no puede funcionar.

Es preciso dar un giro a la situación y Karzai decide crear el andamiaje de un Estado que merezca tal nombre. Para ello debe garantizar que estará en condiciones de mantener la paz y la seguridad en el interior de Afganistán. Es el mínimo indispensable. Así que opta por reclamar el desarme de las milicias dispersas por todo el territorio. No sólo talibán, que también (en la medida de lo posible). Sino, sobre todo, de aquellos grupos guerrilleros que ante la situación de guerra civil permanente se habían hecho con arsenales nada desdeñables y que, por ende, siguen constituyendo una amenaza potencial a su autoridad. Pero, como era de esperar, los señores de la guerra no están por la labor. La cuestión es que los Estados Unidos tampoco lo están. De hecho, los primeros se van a amparar en los segundos para resistirse a las pretensiones de su propio Presidente.

Es verdad que hasta las políticas más discutibles tienen algún sentido. En este caso, hay que decir que en Washington surge un temor que es hasta razonable: si se procede al desarme de las milicias

afines, ¿quién va a garantizar esa seguridad a lo largo y ancho del territorio? ¿Acaso lo harán Karzai y sus escasos policías sin sueldo? Es más, aunque los talibán se dejen desarmar al unísono (lo cual no iba a ser tan fácil por razones obvias) se sabe que los Estados fallidos presentan otros problemas de seguridad a gran escala. Porque Estados fallidos y economías fallidas –o, al menos, mercados fallidos- suelen ir de la mano. Adam Smith lo sabía bien. Por eso descubrimos, más allá de lecturas superficiales de su obra, que él deseaba un Estado fuerte que protegiera su anhelado mercado fuerte. Incluso cuando ello significaba que a corto plazo ese Estado debía dictar leyes proteccionistas. La ciencia política acaba siendo un buen antídoto contra el maniqueísmo. El caso es que, dadas las circunstancias, en los Estados fallidos florecen las redes de delincuencia organizada, mafias cuyos miembros están armados hasta los dientes. Muchos jóvenes afganos se suman a ellas, aunque sea más por necesidad que por convicción (Stanekzai, 2009: 31). El hambre aprieta. ¿Acaso alguien espera que estos delincuentes salgan a la superficie para entregar al nuevo gobierno interino sus, valga la expresión, instrumentos de trabajo?

Sólo queda una opción: podrían multiplicarse los efectivos de la coalición internacional en Afganistán a tales efectos. Dado el despliegue después realizado por norteamericanos y británicos (entre otros, pero sobre todo ellos) en la guerra de Irak que dio comienzo en la primavera de 2003, parece que esto hubiese sido perfectamente factible en suelo afgano, en otoño de 2001. Pero la verdad es que en aquellos días tan decisivos para la suerte de Afganistán, Washington sigue sin proponerse liderar el envío de tropas occidentales en número suficiente para controlar un país que lleva más de 20 años en guerra civil permanente. Así que, a falta de otras armas, Karzai tiene que armarse de paciencia mientras los Estados Unidos siguen confiando en la dúctil carta de los señores de la guerra afines, que de momento siguen sin ser desarmados. Porque de eso se trata. Pero no cabe duda que nos encontramos ante un mal comienzo para un proyecto de Estado que merezca tal nombre.

De todos modos, no todo van a ser noticias negativas. En junio de 2002 Afganistán ve la luz. O eso parece. Se convoca una *Loia Jirga*, la más espectacular en muchos años. Quizá la más espectacular de la historia afgana. Acude el rey en el exilio, Zahir Shah. Ya muy

anciano, las fuerzas vivas de Afganistán acuerdan que debe desempeñar un papel simbólico. Nada más. Pero nada menos. Un papel tendente a recabar la unidad de los afganos en la situación de emergencia en que de hecho se halla el país. Porque también se espera de él que traiga a las mentes del resto de asistentes esa nostalgia de tiempos mejores que su figura suele evocar. No en vano, ya hemos visto que Zahir Shah sí estuvo cerca de consolidar un Estado, o algo que se le parezca, en Afganistán. El programa funciona según lo previsto. Zahir Shah, proclamado *in pectore* “Padre de la Patria”, es homenajeado. No sé sabe muy bien qué es eso. Pero funciona. El es la imagen de la reconciliación nacional, porque lo es también del Estado, ese Estado que debería ser el instrumento de dicha reconciliación.

La *Loia Jirga* de junio de 2002 consolida a Hamid Karzai en el poder, como era de esperar. El principal objetivo de la reunión es elegir presidente y a tal fin se presentan dos candidatos adicionales. Uno de ellos, por cierto, es una mujer, Massuda Jalal. Pero Karzai arrasa, con 1295 votos sobre un total de 1555 emitidos. Sin embargo, la sombra de los señores de la guerra también planea sobre el evento, ya que muchos de ellos son invitados a asistir a su celebración. Ahí están, con su mirada audaz. Como si, después de todo, tuviesen que dar su visto bueno al proceso en marcha. Cosas de Afganistán. Pero eso, lejos de amedrentar a Karzai, le demuestra que el reto pendiente sigue siendo acabar con su poder. ¿Cómo comenzar esta tarea?

Con una legitimidad acrecentada, Hamid Karzai opta por crear un ejército nacional para Afganistán. Un ejército que no dependa de ningún señor de la guerra, que sea profesional, pagado por el Estado y leal sólo a las instrucciones dimanadas de los órganos de gobierno afganos. Así como por modernizar sus fuerzas de policía, de modo que se guíen a través de los anteriores criterios. Lejos de la corrupción, de los abusos de autoridad, de la complicidad con las redes de delincuentes en general y de narcotraficantes en particular. Sin apenas medios, grave inconveniente, Karzai lanza la propuesta en diciembre de 2002. Es un paso que, tarde o temprano, hay que dar. Además, como quiera que el compromiso internacional es sólo relativo, ésta puede ser su tabla de salvación. Pero se trata de una labor ingente. Habrá que esperar años hasta que eso sea una realidad.

La verdad es que desde ese día hasta hoy se ha avanzado mucho. Quizá demasiado despacio, dadas las necesidades. Pero las dificultades inherentes al proceso lo justifican. Las fuerzas de policía aún despiertan recelos entre la población, pero las fuerzas armadas están bastante mejor consideradas. Claro que ni siquiera estas instituciones se han salvado de las rencillas étnicas. La población pastún se queja de que muchos oficiales son tayikos (Jones, 2009: 15). Lo cual, dicho sea de paso, es cierto⁴. A decir de algunos expertos, la solución pasa por fomentar el acceso de más pastún y, sobre todo, por crear unidades militares mixtas, es decir, interétnicas (Simonsen, 2009: 49). Unidades que se identifiquen de una vez por todas con “Afganistán”, y no con ésta o aquella tribu. Estos objetivos se van cubriendo. Al ritmo de Afganistán, en que el reloj siempre corre más despacio que en otros lares. Pero la verdad es que, poco a poco, las fuerzas armadas nacionales han ido adquiriendo crédito. Participan con creciente éxito, junto a las fuerzas occidentales, en las operaciones destinadas a garantizar la seguridad sobre el terreno. Sus efectivos se han ido incrementando hasta alcanzar una cifra respetable. Los casos de infiltración de insurgentes talibán, o de sobornos por parte de éstos, se han ido controlando.

De todos modos, las necesidades siguen siendo superiores a lo que dan de sí estos proyectos. Si tomamos como referente el despliegue en 2009, esto es, incluyendo en las cifras los últimos refuerzos, se calcula que en suelo afgano operan casi 100.000 militares de las fuerzas internacionales, de los que 70.000 son estadounidenses. A su vez, las fuerzas armadas de Afganistán integran unos 70.000 efectivos más, aunque sólo la mitad de ellos son considerables como operativos para llevar a cabo misiones de contrainsurgencia (Fuente, 2009: 31). El primer inconveniente de estas cifras estriba en que, como acabo de indicar, se trata de los baremos alcanzados tras ocho años de conflicto. Pero durante los primeros años (sobre todo hasta 2006) el despliegue fue a todas luces insuficiente. El segundo inconveniente estriba que dada la extensión del territorio, su

⁴ Hay que tener en cuenta que cuando Fahim asumió la cartera de defensa, en 2002, hizo todo lo posible por potenciar el papel de los tayikos en la cúpula castrense afgana, hasta llegar a extremos que rozan lo escandaloso. Así, de los 38 primeros generales del entonces embrionario ejército afgano post-talibán 37 eran tayikos y el otro era uzbeko. Este sesgo se ha ido corrigiendo... muy lentamente (Grymes, 2003: 19).

accidentada orografía y su número de habitantes, ni siquiera estas cifras –las actuales, me refiero– parecen adecuadas. No, al menos, para garantizar el éxito de la misión combinada de lucha contra el terrorismo de Al Qaida y de estabilización del monopolio de la violencia legítima en Afganistán. Siendo consecuentes, no deberíamos perder de vista el hecho de que no hace tantos años los soviéticos fracasaron en su intento con más de 120.000 hombres sobre el terreno⁵.

Algunos expertos han añadido que a estos datos de índole cuantitativa habría que añadirles otros de diferente naturaleza. Me refiero al hecho de que ya se habrían detectado las primeras resistencias de miembros del ejército afgano cuando se trata de luchar contra sus convecinos, incluso en el caso de los talibán. En realidad, el discurso inicial enfatizaba la lucha contra el terrorismo internacional. Pero en la medida en que esto está cambiando y se cargan las tintas sobre el siempre espinoso tema del “enemigo interno”, las cosas pueden no ser tan fáciles (Constable, 2007: 95). Máxime, precisamente, cuando la institución militar aspira a serlo, realmente, de todos los afganos.

En este difícil contexto, también se ha procedido a llevar a cabo alguna campaña de desarme de milicias, aunque limitada en el tiempo y en el espacio. Efectivamente, en octubre de 2003 se pone en marcha un programa liderado por la ONU, llamado “Desarme, Desmovilización, y Reintegración”, pero también conocido como “Plan para un Nuevo Afganistán”. Las fuerzas estadounidenses ubicadas en Afganistán quedan al margen por expreso designio de Washington, que prefiere seguir financiando a algunos señores de la guerra (Rashid, 2009: 262-263). En cambio, desde la mayoría de capitales europeas sí se apoya el proceso. También lo hacen donantes

⁵ De acuerdo con lo previsto en el *Manual de contrainsurgencia del ejército de los EEUU*, la ratio adecuada para garantizar el éxito de este tipo de operaciones es de 1/50 (soldados/población) dando por descontado que esa densidad puede ser hasta superior en zonas especialmente conflictivas, mientras que puede relajarse en las menos problemáticas. Los estándares actuales, tras las sucesivas ampliaciones del volumen de tropa occidental y tras la reorganización del ANA aún no alcanzan esa proporción –que nos ubicaría en el entorno de los 500.000 militares–, pero se acercan a cifras razonables. Como se ha dicho, el problema estriba en las ridículas ratios del primer lustro de presencia de la coalición internacional en suelo afgano.

externos, como Japón. Asimismo, ISAF⁶ se implica. En el gobierno afgano casi todos están de acuerdo en que merece la pena ejecutar ese plan, pero se discute la mejor forma de hacerlo.

Algunos opinan que una buena salida para esos milicianos armados renuentes a aceptar su jubilación anticipada sería integrarlos en el ejército nacional afgano en ciernes. Es una idea audaz. Tanto como la cuadratura del círculo. Pero en el gobierno de Kabul no todos lo aceptan. En parte tienen razón, ya que el ejército afgano es demasiado joven y débil para asumir esa carga, máxime atendiendo al efecto contaminante que esto podría tener sobre sus tropas. Además, no podemos obviar que la mayoría de los milicianos desarmados en aquel momento eran tayikos. Su ingreso en bloque en el ANA (Afghan National Army) hubiera supuesto un elemento de desequilibrio creciente, en los términos que he expresado unos párrafos más atrás, de modo que los pastún se opusieron con vehemencia a tal medida (Jarne, 2005: 202). Consecuentemente, esta opción se descarta. En todo caso, se decide emplear la zanahoria antes que el palo –algo lógico, dada la escasez de recursos humanos en ISAF que venimos comentando- y para eso se ofrecen incentivos económicos al desarme. Las armas se canjean por 200 dólares, comida y aperos de labranza. Si bien esto último podía ser sustituido por formación profesional. De esta guisa, en pocos meses acuden a entregar sus armas unos 60.000 hombres⁷. Pero muchos más siguen sin hacerlo. También es posible que quienes las entregan, mantengan a buen recaudo la parte más moderna de sus particulares arsenales. Realmente, algunos milicianos que formalmente se adhieren al programa DDR y que oficialmente ya no son considerados como tales, van a continuar con su doble vida (Goodson, 2005: 34). Con todo, el

⁶ Para una breve e incisiva historia de los orígenes de ISAF, así como de los celos que generaba, vid. Saikal, 2006. Es interesante por cuanto se aprecian las resistencias tanto de los Estados Unidos, como de la Alianza del Norte, liderada por los tayikos, aunque por diferentes motivos.

⁷ Este dato puede parecer espectacular pero, en realidad, no lo es tanto. Buscando en las hemerotecas se pueden encontrar textos que analizan la fase final de la experiencia soviética en los que se reproducen acciones similares llevadas a cabo por el gobierno de Najibullah de consuno con los invasores. Por ejemplo, la desmovilización y desarme de 30.000 *muyahidín* (Nevill, 1987: 47). Quien escribe esas páginas añade una opinión personal ciertamente optimista para el futuro de la coalición afgano-soviética... que dos años después se deshacía derrotada por esos mismos *muyahidín*.

proceso es visto como un éxito. Lo es, de hecho. Pero es insuficiente. El incipiente Estado afgano no da más de sí⁸.

En síntesis, creo que el gran error se comete en los primeros meses de campaña, al movilizar muy pocos recursos materiales y humanos en la reconstrucción de Afganistán, precisamente cuando la ventana de oportunidad estaba bien abierta. Es más, algunos expertos comentan que en el transcurso del primer año a partir del inicio de la intervención estadounidense, Afganistán ni siquiera tuvo un auténtico gobierno. En esa fase, las fuerzas armadas norteamericanas se limitaron a perseguir terroristas de Al Qaida, mientras que las fuerzas desplegadas por la OTAN apenas superaron los 5.000 efectivos hasta 2004⁹. Y, eso sí, aparecieron sobre el terreno no menos de... ¡3.000 ONGs!, cuyos respectivos programas a duras penas estaban coordinados, mientras que en muchas ocasiones exacerbaban una competencia contrapudiente entre sí (Goodson, 2005: 27-28). Este fue el triste escenario de los primeros y esperanzadores tiempos.

Por lo demás, el empeño puesto por Karzai y la sociedad internacional en reforzar el aparato coercitivo del Estado, lejos de ser sometible a críticas o ser considerado contraproducente, merece la mayor de las aprobaciones. No me refiero sólo a su necesidad en aras de la eficacia inmediata del proyecto político en ciernes. No. Eso es evidente. Me refiero, más bien, a su robustez a largo plazo. En esta dirección, ni siquiera planteo este comentario como juicio de valor, o como sensación personal. No he optado por esa vía a lo largo del texto, y no voy a empezar a hacerlo ahora. Al revés. Lo planteo como juicio de hecho. O como constatación empírica. Realmente, la mejor literatura existente acerca de los orígenes de los Estados demuestra que la potenciación del aparato militar ha sido, normalmente, el auténtico acicate del proceso. De nuevo, puede ser de utilidad repasar sucintamente lo comentado por Charles Tilly, quien insiste en que el Estado ha sido, históricamente, el “producto secundario de los

⁸ Más adelante se intenta llevar a cabo una segunda fase de este programa de desarme y desmovilización conocida como Disbandment of Illegal Armed Groups. Pero esta vez la iniciativa va peor. Porque dado el incremento de actividad talibán desde 2006 muchos de los implicados razonarán que necesitan esas armas para su autodefensa, a falta de mejores garantías ofrecidas desde las instituciones públicas afganas.

⁹ Hasta esta fecha, las fuerzas de los Estados Unidos sobre el terreno apenas superaban los 10.000 efectivos.

esfuerzos del gobernante para adquirir los medios para la guerra” (Tilly, 1992: 37). Nada menos. Porque lo cierto es que esa necesidad es la que luego ha logrado que el brazo burocrático civil también creciera proporcionalmente a esas necesidades –en la búsqueda de recursos indispensables al caso- e incluso ha generado la cultura política indispensable para que la gran maquinaria estatal comenzara a rodar con éxito.

Dicho lo cual, es conveniente tener en cuenta que los esfuerzos de Hamid Karzai también se han redoblado en temas tan esenciales como la educación. La demanda existe. Muchas familias observan un importante deterioro en la formación de sus vástagos, causado por el recelo de los talibán al respecto. Desean recuperar el tiempo perdido. Además, del éxito de estas políticas va a depender el futuro del país. Lo que está en juego es el papel que podrán desempeñar las nuevas generaciones de afganos. Pero los problemas son múltiples. Afganistán como Estado fallido que es, carece de una estructura fiscal adecuada. Es más, debido a los avatares de su historia, carece de algo más básico, si cabe, que es una cultura fiscal. En efecto, la resistencia de las tribus locales a los tributos de Kabul es legendaria (Jawad, 1992: 8). De esta manera, las escasas prestaciones disponibles estaban en manos de los líderes de cada valle. Esto les convenía a ellos, pero seguramente a nadie más. Ni a los ciudadanos, ni al propio Estado. Pero es la realidad histórica en ese país. Así que no puede resultar extraño que uno de los pocos ministros del gabinete de Hamid Karzai que en estos últimos tiempos ha intentado incrementar la presión fiscal –Ashraf Ghani- se viera obligado a dimitir ante el aluvión de antipatías generadas.

Por lo demás, en Afganistán, como en otros lugares, el mercado negro no tiene ninguna intención de dejar de serlo. No, al menos, por propia voluntad. Algunas fuentes señalan que entre el 80 y el 90% de la economía afgana se integra en ese mercado negro (Riphenburg, 2006: 508). Entonces, ¿qué hacer cuándo no se dispone de policías y jueces suficientes –y suficientemente honrados, con sueldos dignos para que esa honradez no se convierta en un acto heroico, porque a nadie se le puede exigir la heroicidad- para obligar a esa economía a salir a la superficie? Es el pez que se muerde la cola. Una vez más. No se recaudan suficientes impuestos para pagar adecuadamente a la cantidad necesaria de funcionarios civiles que, a

su vez, podrían conseguir un incremento de la capacidad tributaria del Estado. Por otro lado, es cierto que los derechos de aduanas, en un país de encrucijada como Afganistán, son siempre prometedores. Pero los señores de la guerra han continuado monopolizando sus cobros y llenando sus arcas a costa de las finanzas públicas...Ismail Khan, Rashid Dostum, pero también Mohammed Atta, en el norte y Gul Agha Sherzai, nuevo gobernador de Kandahar, en el sur (Rashid, 2009: 233). Todos ellos se han enriquecido sin que Kabul obtuviese lo indispensable para reconstruir el país.

La situación es crítica. Tradicionalmente, la hacienda pública de Afganistán ha tenido como fuente de ingresos la exportación de minerales (incluso gas natural, en algún momento, en la fase de la ocupación soviética); los beneficios de empresas dedicadas a la producción de cemento, lana o fertilizantes; así como los beneficios del turismo. Pero, tras tantos años de guerra, casi nada de eso permanece en pie. Con lo cual las posibilidades reales del nuevo Estado son mínimas (Kalfon, 2005: 28). Algunas fuentes indican que los ingresos fiscales del Estado se duplicaron entre 2002 y 2005. Lo cual es verdad. Pero no podemos olvidar que casi se partía de cero. Así las cosas, es más útil ofrecer otros parámetros. Por ejemplo, en 2005 sólo el 8% del presupuesto afgano era financiado a través de los impuestos (Suhrke, 2007: 1302). A esta deriva no fueron ajenos los talibán. El problema es que hasta la fecha el gobierno de Karzai no ha podido elaborar un modelo alternativo. Efectivamente, los talibán construyeron un espejismo de Estado basado en el subsidio saudita (hasta el verano de 1998) y, sobre todo, pakistaní. Los talibán también funcionaron, mal que bien, gracias al contrabando y al apoyo tardío pero efectivo al tráfico de drogas. Pues bien, el gobierno de Karzai corre el riesgo de convertirse en algo muy similar desde sus primeros tiempos. Aunque cambie la identidad de los subsidiantes.

La potenciación de la economía real debería ser el fundamento de la recuperación de una base tributaria que permitiera revertir la actual situación. Algunas empresas multinacionales se han puesto en contacto con las autoridades afganas para invertir en el país. Entre ellas Alcatel, Coca-Cola, así como empresas vinculadas a los medios de comunicación. Por otra parte, las reservas de petróleo se calculan en una producción potencial futura de unos 95 millones de barriles. Mientras que la producción de cobre, mármol o esmeraldas es

igualmente prometedora (Riphenburg, 2006: 519). Ciertamente. Sin embargo, siguen faltando ingredientes para que esta ecuación funcione.

Sin duda, la falta de seguridad desmotiva a los potenciales inversores, temerosos de quedar empantanados en un escenario de crisis crónica. De hecho, les preocupa la seguridad física. Como también les preocupa que el sistema judicial afgano deje mucho que desear. El mundo de la empresa requiere de unos mínimos, vinculados a la idea del Estado de Derecho, con todo lo que esto conlleva, desde la defensa de la propiedad, hasta la seguridad de los contratos. Pero ese no es el único inconveniente. La economía afgana ha padecido y padece otros problemas que tampoco contribuyen a agilizar esas inversiones. La inflación galopante de las últimas décadas ha podido ser corregida, a través de medidas audaces, como la conversión de la moneda –el afgani- por parte del banco central afgano¹⁰. Ahora bien, a día de hoy en Afganistán sigue sin existir un auténtico mercado de capitales, con el volumen financiero adecuado y con la seriedad que se le presupone. En este terreno las relaciones informales, que son por definición relaciones de alto riesgo para todos los implicados y sin apenas garantías, también están ganando la batalla. Sobre todo en forma de toda una variedad de microcréditos ofrecidos por redes legales o, en ocasiones, desde redes directamente vinculadas a tráfico ilícito.

Asimismo, para que un mercado funcione es preciso que se den unas mínimas condiciones a nivel de infraestructuras. Pero Afganistán carece hasta de las más esenciales. Algunos datos son sobrecogedores. Pensemos en la red de carreteras. Me refiero a las pavimentadas. Pues bien, Afganistán dispone de unos 3.200 kms. Plantear la comparación con lo que sucede en países europeos está

¹⁰ En su momento se llegó a pensar en el empleo masivo del dólar como solución de choque a esos problemas inflacionarios. Pero, con buen criterio, los gobernantes afganos entendieron que la moneda nacional tenía también cierto valor político, al ser uno de los escasos símbolos compartidos por las gentes de las diversas etnias que constituyen esa sociedad. Así que la solución final pasó por reforzar dicha moneda, reduciendo la cantidad que estaba en circulación a fin de estabilizar los precios y proceder a un mayor control por parte del Banco Central. Quizá no sea la solución perfecta, pero probablemente estemos ante una de las políticas que mejor ha funcionado hasta la fecha. Aunque, como casi siempre en estos casos, habría que añadir que, siendo necesaria, se trata de una medida insuficiente para erradicar los muchos problemas estructurales que afectan al país.

fuera de lugar. Entonces, pensemos en lo que ocurre en algunos países vecinos, que poseen frontera con el que ahora nos ocupa. Las cifras hablan por sí solas. Uzbekistán dispone de más de 70.000 kms. de vías asfaltadas. Y Pakistán supera los 109.000 kms. Sobran los comentarios. Tras todas las vicisitudes por las que ha pasado, el resultado es que Afganistán tiene que empezar por el principio, en éste como en tantos otros terrenos.

Así que si los escasos recursos disponibles hasta la fecha, ya sean propios u obtenidos a través de las aportaciones de otros Estados, tienen que dedicarse a velar por la seguridad de los ciudadanos, mal le va a ir a la educación. De todos modos, el gobierno de Kabul se ha esforzado. La herencia recibida es terrible. Afganistán es un país con más de un 70% de analfabetismo¹¹. Pero el programa educativo, con fuerte implicación de diversas organizaciones internacionales, está teniendo cierto éxito. La misma ISAF también ha hecho un encomiable esfuerzo para volver a levantar escuelas destruidas por la guerra y para apoyar la construcción de centros de nuevo cuño. Porque tras tantos años de guerra civil se partía prácticamente de cero. Hacia el año 2002 los niños y niñas escolarizados eran 3,7 millones. Mientras que en el año 2008 la cifra se acerca a los 6 millones. Ahora bien, en este caso el principal obstáculo –aparte de la financiación– es la resistencia de los talibán. Y quizá, también, de otros sectores conservadores de esa sociedad. Todos ellos han tomado las escuelas como blanco de su ira.

En el fondo, tiene lógica. Sobre todo porque en Afganistán se plantea un interesante formato de ese viejo debate que también aparece en las sociedades occidentales entre la enseñanza pública y la enseñanza privada. Esta vez, la enseñanza privada es la que se ofrece en las *madradas*. Obviamente, este debate se complica y se polariza debido a la peculiar idiosincrasia talibán –a diferencia de lo que suele ocurrir en las sociedades occidentales, ellos no creen en la libertad de enseñanza– y a la crispada situación afgana. Así que los talibán consideran que los centros públicos, aparte de otros defectos de programa educativo, “desafían la autoridad de la mezquita” (Griffin, 2001: 249). Desde su punto de vista, ese es el principal problema. Lo

¹¹ Cifra que asciende a un 85% entre las mujeres.

demás viene de suyo, como derivado de lo anterior. Ocurre que los talibán (y otros sectores conservadores) están convencidos que la escuela pública forma “comunistas”, o por lo menos forma mentes occidentalizadas, con toda la carga peyorativa que esto conlleva.

Las formas de expresar el descontento varían. A veces, aluden a la existencia de libros de texto “extranjeros”, o de libros que pretenden transformar a los niños afganos en infieles. En ocasiones se refieren a profesores que criminalizan a la insurgencia. De manera que se mezclan criterios políticos y criterios religiosos (Jones, A: 2009: 116-117). Lo que parece evidente es que adquirir el conociendo equivocado o, simplemente, saber demasiado, son cuestiones problemáticas para un talibán. Por eso, los profesores han sido víctimas propiciatorias de sus ataques. Y, ante las dificultades inherentes a los primeros años de mandato de Hamid Karzai, esta tónica puede haberse mitigado, pero no ha desaparecido.

En este sentido, la crítica a la escuela pública es también una crítica al Estado que la genera y que la mantiene. Sin un Estado fuerte, las *madrasas* serían la única esperanza de la población para recibir formación. Con un Estado fuerte, las *madrasas* pasan a ser sólo un sucedáneo de la buena educación. De hecho, los talibán saben perfectamente que el éxito de la escolarización podría significar el principio de su propio fracaso. De ahí su inquina. De ahí, en definitiva, su interés en financiar escuelas coránicas alternativas (Shahid Afsar, Samples y Wood, 2008: 70). Tampoco podemos pasar por alto su negativa sistemática a favorecer la educación de las niñas. Sabemos que, de acuerdo con el Corán y el propio *pashtunwali*, la educación de las niñas entra dentro de lo razonable. Y hasta de lo debido. De modo que se trata de una cuestión respecto de la cual algunos líderes tribales pastún se han mostrado especialmente receptivos. Al menos en lo que equivale a la educación primaria. Sin embargo, los talibán se han mostrado especialmente críticos en este punto (Constable, 2007: 89).

El Estado afgano no está sólo en el ejercicio de esta responsabilidad de reconstrucción. Pero de ahí no se deduce que el apoyo recibido sea suficiente. Desde el año 2002 la misión de Naciones Unidas en Afganistán (UNAMA) se beneficia de la contribución de diversos Estados. Japón asume la dirección de las tareas de desarme; los Estados Unidos, la seguridad; Alemania, la

reconstrucción de las fuerzas de policía¹², e Italia, la del poder judicial. Mientras que el Reino Unido es responsabilizado de la lucha contra el tráfico ilegal de estupefacientes. Un buen ejemplo de esta labor, en el apartado de la seguridad lo constituyen los PRT (equipos de reconstrucción provinciales). Se trata de unas estructuras mixtas (compuestas por personal tanto militar como civil) llamadas a “crear un ambiente de confianza y seguridad que permita la reconstrucción y el desarrollo del país” (Mena, 2008: 48).

Como comenta un experto en estas estructuras, ésta no deja de ser una solución de compromiso conceptualmente ubicada entre dos tendencias, digamos, maximalistas, a saber, la que considera que las fuerzas armadas deben limitarse a labores de combate y la que considera que deben responsabilizarse de la reconstrucción. En esta tesitura, los PRT estarían vocacionados a permitir una transición gradual desde una mayor implicación inicial de las fuerzas armadas en tareas de reconstrucción hasta un protagonismo civil cada vez más importante, pero todo ello sin solución de continuidad (Silvela, 2005: 90-92). Ese es su mérito. Nótese que se trata, en todo caso, de estructuras interinas. Algo así como un andamiaje provisional que en su día debería ser sustituido por una auténtica administración permanente vinculada al proyecto de Estado-nación afgano.

De esta manera, la filosofía inherente al proyecto queda clara. De acuerdo con las resoluciones de Naciones Unidas, ISAF ha procurado levantar una red de PRT en auxilio de la precaria autoridad del incipiente Estado. En buena lógica, se trata de apéndices del mismo, una especie de organismos autónomos que complementan su acción de gobierno, aunque con la particularidad de que están gestionados por los diferentes Estados encargados de estabilizar el país. De hecho, a efectos de coordinación de sus actividades dependen de los diferentes mandos regionales que la OTAN ha establecido en todo el territorio afgano. En última instancia, dependen de la jefatura de ISAF. De este modo, cada PRT se encarga de una provincia. No ha sido fácil expandir este modelo, dadas las dificultades que venimos

¹² El papel de Alemania en la reconstrucción de la policía afgana ha registrado un balance especialmente desalentador. Con el tiempo esta competencia fue asumida por una empresa privada –DynCorp International– y, finalmente, por los propios Estados Unidos.

comentando y el temor, muy real, de encontrarse con una resistencia explícita en las zonas de dominio talibán. Con todo, el despliegue de PRT ha ido creciendo con el paso de los años hasta abarcar todo el territorio de Afganistán¹³.

En la práctica podrían llegar a ser vistos como una modesta tentativa de *state building*. Sin embargo, los PRT, cuyo trabajo ha sido por lo demás loable y, de hecho, loado, padecen graves inconvenientes. Una incisiva crítica alude a que, en el fondo, los PRT evocan “los viejos fuertes coloniales” (Fuente, 2007: 68). No son lo mismo. Está claro. Ahora bien, es posible que compartan ante los más escépticos de entre los afganos algunas características de aquéllos, como su relativo aislamiento del gobierno (local) al cual sirven y de la propia sociedad. Más allá de ello, cabe destacar la carencia de efectivos necesarios para controlar la seguridad y la reconstrucción en espacios tan ingentes. Así como el hecho de que cada PRT posee sus propias reglas de funcionamiento, determinadas por el Estado que lo nutre de miembros, de forma que a veces son difíciles de coordinar con las de sus homónimos (Colom, 2009: 23). Porque unos equipos tienen un perfil más estrictamente militar y más vocacionado a garantizar la seguridad. Otros, en cambio, se decantan por las labores humanitarias. En ambos casos el inconveniente más grave se refiere a que quizá no sea posible hacer las dos cosas bien hechas al mismo tiempo.

El ponerse en la tesitura de tener que elegir no es algo caprichoso. Además, dados los recursos disponibles, tampoco es posible acometer las grandes obras de infraestructura que son indispensables en un territorio literalmente devastado por un estado de guerra permanente. Se hacen esfuerzos para construir pequeñas obras públicas, para llevar a cabo reparaciones de las ya existentes, o para extender la asistencia sanitaria a la población local. Ciertamente. Pero falta una adecuada planificación estratégica que cree sinergias entre todos los PRT y, sobre todo, al final, faltan lo que falta casi siempre,

¹³ La autorización inicial de Naciones Unidas (resolución 1386/2001 de 20 de diciembre) sólo suponía un despliegue capaz de garantizar el mantenimiento de la seguridad en Kabul y sus alrededores. Nuevas resoluciones (v.gr. 1510/2003 de 13 de octubre) supusieron una extensión geográfica de dicha autorización, mediante la puesta en marcha de una primera gran oleada de 9 PRTs (Mazar-e Sharif, Maimana, Faizabad, Baghlan –año 2004-; Herat y Ferah –mayo 2005-; Chagheharan y Qal’eh-Now –septiembre 2005-).

en estos casos: recursos económicos y humanos con los que acometer con garantías la tarea asignada.

Así que en lo referente a la necesidad de llevar a cabo operaciones contraguerrilla, por ejemplo, los PRTs están mal dotados. Básicamente porque no han sido concebidos para ese fin. Ello no obstante, el problema es que la evolución del conflicto los puede conducir por esos derroteros y, de hecho, lo está haciendo cada vez con más frecuencia. Con cierta dosis de optimismo, los PRTs han sido vislumbrados como parte de una estrategia más amplia de la sociedad internacional consistente en implementar en Afganistán una política de *light footprint*, que es típica de escenarios con una conflictividad moderada (Jarne, 2005: 199). Esta política, *lato sensu* considerada, ha funcionado razonablemente bien en escenarios como el salvadoreño, en los años ochenta. Es cierto. Pero los expertos en escenarios COIN apuntan que tiende a fracasar –por insuficiente– cuando la situación es más compleja, ya sea desde el punto de vista militar, ya sea desde el sociológico –por ejemplo, cuando se opera en sociedades con valores muy diferentes de los occidentales, de forma que al menos una parte de la población receptora de la ayuda puede poner su animadversión a los extranjeros por delante de las ventajas que esa ayuda pueda reportar en términos de reconstrucción (Metz, 2007: 10-12).

Este es el marco en el que los sucesivos gobiernos de Hamid Karzai vienen desempeñando su labor. El fue elegido presidente a través de unas elecciones al estilo occidental en 2004. Unas elecciones vislumbradas por casi todo el mundo como un aldabonazo a la democracia en Afganistán. En esa fecha apenas hay disturbios. La gente acude en masa a votar. De acuerdo. Pero también se descubre la otra cara de la realidad. Falta de cultura política democrática, pese a los cursillos acelerados organizados bajo los auspicios de la ONU; escasa confianza de la población en las instituciones democráticas; menos confianza, si cabe, en sus instrumentos más emblemáticos, como los partidos políticos. Estos, en general, son mal vistos, y muchos de sus candidatos son tildados automáticamente de “candidatos occidentales”, sin mayor reflexión y de forma despectiva (vid. Tortosa, 2006: 74-76). El propio Karzai confía más en plataformas electorales *ad hoc* que en los partidos y renuncia a tener el suyo propio. Esto es sintomático de un estado de ánimo extraño a la democracia. Aún con toda la carga de escepticismo que estas variables

generan, es verdad que las de 2004 son unas elecciones que contribuyen a mantener la ilusión. Parece que Afganistán está en el buen camino, después de todo. Además, esto no solo legitima a Karzai. Hace lo propio con el papel hasta entonces desempeñado por la sociedad internacional.

Aunque el trasfondo es el que es, Afganistán ha disfrutado de una paz relativa durante algunos años. Pero los problemas estructurales comentados lastran esa sociedad. Con todo, los buenos augurios de los primeros tiempos animan a la coalición a superar nuevas barreras. Con Kabul y buena parte de las provincias del norte y del este controladas prácticamente desde el primer día, es hora de expandirse hacia el sur. Se trata de algo más que dominar el 100% del territorio. Si bien esto último es imprescindible para consolidar la soberanía estatal. Lo que ocurre es que existe una motivación añadida, esto es, controlar el territorio talibán de Helmand y Kandahar que es, además, un territorio en el que se produce opio en grandes cantidades.

En realidad, ambas cuestiones están relacionadas, pues sabemos que tras una primera etapa crítica, los talibán en el poder terminaron aceptando el cultivo y la venta ilegal de opio. Así que en enero de 2006, la Conferencia de Londres aprueba el “Pacto por Afganistán” cuyo objetivo es ampliar el control de la coalición internacional a prácticamente todo el territorio afgano¹⁴. Eso incluye, por vez primera, los territorios más conflictivos. Para llevar a cabo esta penetración se implementan diversas operaciones que implican de lleno a la ISAF, como es el caso de la operación *Medusa* (zona de Kandahar, desde septiembre de 2006) y la operación *Aquiles* (zona Helmand, desde marzo de 2007).

¹⁴ Ni que decir tiene que esta Conferencia internacional, así como su precursora en 2001 (la Conferencia de Bonn) plantea asimismo otros objetivos más amplios. De hecho, en Londres se reunieron cerca de 70 Estados y se aprobaron medidas de todo tipo, incluyendo una inyección económica de más de 10.000 dólares y otras iniciativas tendentes a coadyuvar a la reconstrucción del país.

CAPÍTULO 11

EN PARTICULAR, EL NEGOCIO DEL OPIO EN AFGANISTÁN

Se pueden establecer a ciencia cierta algunos hechos que nos deberían llamar a la reflexión. Principalmente, la constatación de que las mayores cotas de violencia se alcanzan a partir de la presencia de tropas británicas en la provincia de Helmand, que es la principal productora de opio del país¹. Algunos analistas consideran que el estallido de violencia acaecido en los últimos 3 o 4 años en Afganistán, así como el resurgir talibán a escala estatal tienen su origen en esta misión (Hallinan, 2009: 68). En este caso, la variable decisiva tiene que ver con el hecho de que los talibán han flexibilizado su postura en torno al espinoso tema del cultivo de la amapola, al mismo tiempo que la coalición occidental incrementa su presión sobre quienes la cultivan. Sabemos que a los talibán les conviene seguir esta nueva estrategia dado que además de mantener y hasta reforzar la aquiescencia de las tribus locales, pueden conseguir una fuente adicional de financiación.

Es curioso, porque a fin de terminar aceptando algo que en principio rechazaban por ser contrario a la ley islámica, los talibán han hecho un auténtico ejercicio de ingeniería ideológica –aunque también podría ser calificado de cinismo– indicando que de ahora en adelante ese cultivo y venta del opio es lo más congruente con su causa porque gracias a ello se puede luchar más eficazmente contra los enemigos ubicados en Occidente y Rusia, al ser ellos los consumidores actuales o potenciales de esta droga. Esa es, por ejemplo, la tesis del mulá

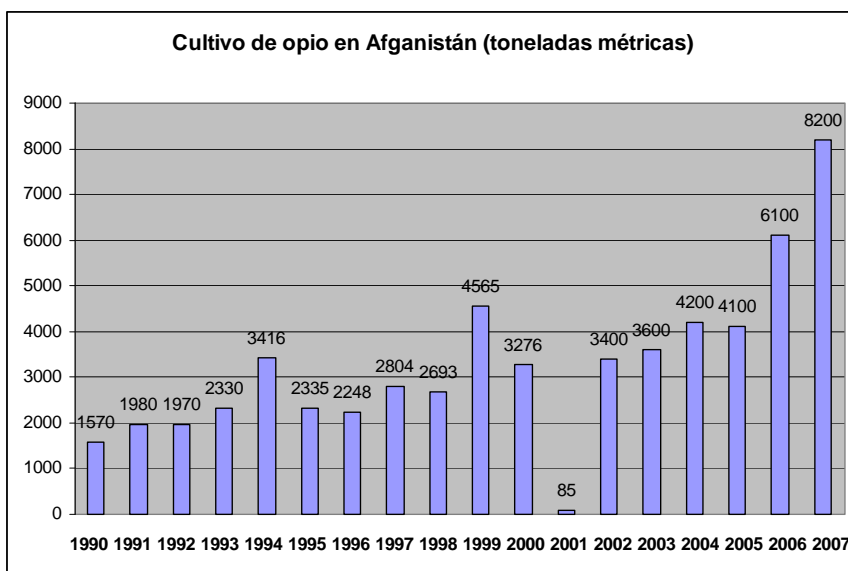
¹ En realidad se calcula de que sólo en Helmand se produce el 50 % del opio... ¡del mundo! A lo largo de la última década Afganistán se ha convertido en el principal productor mundial, con diferencia, por encima de los proveedores clásicos, como Laos, Birmania o Tailandia. Se calcula que el conjunto del país nutre más del 75% del mercado mundial de heroína. Aunque algunas fuentes incrementan la cifra hasta el 87% (v.gr. Riphenburg, 2006: 508).

Omar (Priego, 2008: 2)². En todo caso, hay varios indicadores que revelan el nivel de importancia que está alcanzando este tema como uno de los principales catalizadores del conflicto de Afganistán. Algunos se refieren a la corrupción política existente, que ya sobrepasa con mucho el círculo de los grupos talibán. El otro alude, pura y simplemente, a las cantidades producidas, ya que se están disparando de forma exponencial en los últimos tiempos, pese a algunos esfuerzos de las tropas de la coalición en sentido contrario.

En lo que respecta al primer tema, valga como botón de muestra que el ex gobernador de Helmand, Sher Mohammed Akhundzade, fue sorprendido manteniendo en depósito hasta 9 toneladas de pasta de opio. No es una cuestión menor el que para ello empleara recintos públicos. La cuestión es que una vez Karzai fue consciente de esta embarazosa situación se limitó a destituirlo, pero sin abrir investigación alguna al respecto. Por el contrario, Akhundzade, íntimo amigo de Hamid Karzai, fue nombrado Presidente del Consejo de Ancianos (*sic*). Es evidente que en cualquier democracia occidental esto le hubiera costado la cabeza al político de turno. Aunque por una vez esto se planteara en términos metafóricos. Al parecer la corrupción motivada por el narcotráfico se está expandiendo como un reguero de pólvora en los círculos más altos del poder político hasta el punto de que se cree que incluso se podría “estar desviando ayuda extranjera hacia dicho tráfico” (Kern, 2006: 9). Se ha insinuado que hasta un hermano de Hamid Karzai estaría implicado en este turbio asunto (Hussain, 2009: 85), pero hasta donde sé en este caso tampoco se ha llevado a cabo una investigación que lo incrimine. Sea como fuere, se trata de un secreto a voces, y esto

² Si bien China también está consolidándose como receptor de los estupefacientes de origen afgano, así como las ex repúblicas soviéticas de Asia Central. Irán, con un mercado que además goza de una gran capacidad adquisitiva, también está entre los países más perjudicados. En realidad, es uno de los que más esfuerzos está haciendo para erradicar el tráfico ilegal dentro de su propio territorio, claro. En todos estos casos, el número de adictos se está incrementando. La cifra ya alcanza los 2 millones en Rusia y supera el millón y medio en la UE. En Irán los afectados pueden constituir un número similar, pero en Pakistán se sabe que son muchos más. Probablemente más de 5 millones de heroínómanos... estas cifras van creciendo sin prisa, pero si pausa. Por lo demás, estos datos son relevantes porque vendrían a desmentir el discurso talibán según el cual sólo consumen heroína los occidentales infieles. Y es que la heroína contiene sus propios lazos de fidelidad, que nada tienen que ver con Dios.

añade un plus de dificultad a la de por sí complicada situación institucional del país.



Fuente: UNODC/MCM (2008); Priego (2008) y elaboración propia.

Por si fuera poco, esta corrupción no es sólo un déficit de las altas esferas administrativas. No parece que se trate de hechos puntuales. Porque, en la práctica, tanto la administración local como la provincial están siguiendo sus mismos pasos aunque a menor escala (Hernández Calvo, 2009: 9-10). Quizá se empiezan a cumplir los peores augurios que, desde hace un lustro, pronostican que Afganistán puede terminar convertido en una especie de “narco-Estado, donde todas las instituciones legales lleguen a ser penetradas por el poder y la riqueza de los traficantes” (Van Rooden y Dicks-Mireaux, 2005: 27; Rippenburg, 2006: 519 y 522; Shahid Afsar, Samples y Wood, 2008: 64)...

En lo que concierne al segundo tema, los datos disponibles son realmente espectaculares. Hacia 1990, antes de la llegada de los talibán, el cultivo de opio en Afganistán alcanzaba las 1570 toneladas anuales. Cuando se produce su ascenso al poder, el cultivo de opio ya llega a las 3400 toneladas. Y, si bien es verdad que al principio de su mandato se produce un descenso significativo (hasta las 2200-2300

toneladas en 1995 y 1996) rápidamente se produce un repunte que supera por vez primera las 4000 toneladas en el año 1999. Sin embargo, los datos disponibles dan a entender que la auténtica época dorada de la producción de droga es la actual, habida cuenta de que en estos últimos años se han alcanzado cotas sin precedentes: 6100 toneladas en 2006 y 8200 en 2007 (UNODC, 2008). Esto supone otra mala noticia para el resto del mundo, dado que cifras tan espectaculares sólo pueden contribuir a abaratar el precio del gramo de heroína y, en esa línea, a crear incentivos para nuevas adicciones (Van Rooden y Dicks-Mireaux, 2004: 22). Para terminar de complicar las cosas, hay que decir que se sospecha que parte de la ayuda económica internacional destinada a reconstruir los canales de riego afganos ha podido afluir a este negocio ilegal, al aprovecharse para dinamizar el cultivo de amapola (Griffin, 2001: 256). En realidad, como también ocurre en otros escenarios vinculados al narcotráfico - v.gr. Colombia- el cultivo de opio ni siquiera suele ocupar la totalidad de las tierras de los campesinos implicados. Es bastante normal que se combine con el de otros productos perfectamente legales y, de hecho, imprescindibles para la economía afgana y para la alimentación de sus gentes.

El papel de Al Qaida en el mercado de la droga también ha sido discutido por los expertos. En realidad, no parece que su presencia sobre el terreno sea suficiente para controlarlo directamente (Felbab-Brown, 2005: 59-61). Pero eso no significa que no se beneficie de ese mercado negro, probablemente a través de su connivencia con los talibán. Se ha especulado con que constituya una fuente de financiación a través del blanqueo de dinero surgido de esas actividades. Además, Al Qaida posee buenas conexiones con los traficantes de armas. Armas que pueden pagarse con el beneficio de las drogas. En este sentido, los talibán pueden ser los principales beneficiarios de esos contactos, al disponer del dinero suficiente para exprimir al máximo la agenda de proveedores de Al Qaida. Así que todo parece indicar que el papel de dicho grupo terrorista es relevante.

De esta manera ya podemos establecer los parámetros de un círculo vicioso que ha sido diáfananamente explicado por Alberto Priego, a saber, “en lo que a los talibán se refiere, han establecido una relación de conveniencia con los traficantes, a los que dan protección a cambio de financiación para comprar armas. A su vez, Al Qaida colabora con

los talibán facilitando su red de contactos para comprar dichas armas y, a cambio, éstos ayudan a los líderes de Al Qaida a mantenerse ocultos” (Priego, 2008: 8). Ahora bien, esta exposición vincula a tres actores característicos de esas “nuevas guerras” que describió Mary Kaldor: narcos, terroristas y un partido-milicia de corte fundamentalista. En efecto, la realidad de Afganistán nos acerca como pocos conflictos al modelo explicativo empleado por Kaldor para enfatizar cuales son las características de las nuevas amenazas a la seguridad nacional e internacional.

Según su punto de vista –con carácter general- las nuevas guerras presentan como principal rasgo un “desdibujamiento de las distinciones entre guerra [clásica], crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos”, lo cual implica una creciente confusión entre actores de naturaleza diversa cuyos objetivos a veces tienen más que ver con la obtención de beneficios privados que con motivaciones de índole más tradicional, como las patrióticas (Kaldor, 2001: 16). A su entender el conflicto de los Balcanes ya constituye un ejemplo claro de esta difuminación de la realidad, en comparación con las guerras clásicas. Pero creo que el de Afganistán refuerza sobremanera la imagen que Kaldor nos traslada, al mismo tiempo que confirma dramáticamente su hipótesis por la fuerza de los hechos. Es en el seno de esta confusión nada inocente que aparece, a poco que las condiciones lo permitan, el fenómeno del narcoterrorismo. Una imbricada combinación de agentes transnacionales capaces de desestabilizar cualquier sociedad cuyo Estado dé muestras de debilidad, como es el caso.

Pero sabemos que los miembros de esos colectivos que en última instancia son los grandes beneficiarios de esas prácticas irregulares no se caracterizan por ensuciarse las manos trabajando la tierra. Entonces, ¿cómo se logra la connivencia de esos campesinos honrados o, al menos, potencialmente honrados? La realidad es que muchos campesinos afganos están literalmente atrapados por un sistema de créditos-trampa que resultan ser imposibles o muy difíciles de devolver. Esos campesinos los necesitan para sacar adelante sus tierras y con ellas a sus familias. En muchas ocasiones no tienen ni para comer, así que es surrealista hablar de ahorros. De modo que a falta de un sistema bancario realmente operativo o a falta de programas públicos de financiación (otra vez: ¿dónde está el Estado?),

optan por la que quizá no sea la mejor solución, sino más bien la única posible. Se trata de una financiación que les proporcionan esas mismas redes delictivas. En la actualidad, el opio es la única garantía admitida en el mercado del microcrédito afgano, dado su valor y el hecho de que no es un producto perecedero (Felbab-Brown, 2005: 57). De esta forma se aseguran su lealtad por vía coercitiva –los créditos deben ser devueltos en tiempo y forma-. Muchos de ellos quedan atrapados de por vida en este círculo vicioso. En puridad de conceptos, esos campesinos no son talibán, y menos todavía partidarios de Al Qaida. Claramente, esa es otra historia.

En los últimos tiempos la presión ejercida sobre estos campesinos es tan grande y descarnada que los talibán, que vienen enviando a los aldeanos unas *shabnamah* o mensajes nocturnos en los que se les compele a no cooperar con las fuerzas armadas extranjeras, ni con el gobierno de Karzai, han dado otro paso adelante en su estrategia y “han distribuido folletos donde se ordena a los agricultores locales cultivar adormidera” (Kern, 2006: 3; Jones, 2009: 9-11). Sea como fuere, la verdad es que llueve sobre mojado. Me explico. Como era de esperar, el cultivo de opio es, de por sí, un cultivo capaz de reportarles a estos campesinos más rentas que el cultivo de otros productos alternativos. Por ejemplo, el salario diario medio del personal dedicado al cultivo ilegal asciende como mínimo a 7 dólares al día, mientras que cuando esa misma gente cultiva trigo obtiene sólo 3 dólares, o incluso menos. Algunos analistas hablan de que aunque los cultivadores de opio nunca se llevan más del 20% del beneficio, pueden llegar a quintuplicar las ganancias de otros agricultores dedicados a cultivos legales (Rashid, 2009: 406). Esto es más relevante, si cabe, a sabiendas de que el 70% de la población afgana vive bajo el umbral de la pobreza. Hay que tener en cuenta que el cultivo de la amapola apenas requiere gastos en fertilizantes, ni en pesticidas, ni ulteriores cuidados, a diferencia de lo que ocurre con otras plantaciones. El caso es que, visto en términos conductistas, se aprecia que la suma de los refuerzos negativos y positivos que he ido exponiendo ha provocado que actualmente la población afgana implicada en el tráfico de drogas se sitúe, según algunas fuentes, en torno al 10% de las familias (Smith, 2009: 67). Pero esa cifra se refiere, con toda seguridad, a los campesinos que trabajan la tierra. En realidad, si se añaden aquéllos que colaboran en el negocio del opio, en cualquiera de sus fases, la población afectada podría acercarse al

30% del total (Kern, 2006: 6). En cualquier caso, la horquilla es preocupante, incluso en la mejor de las hipótesis. Algo, pues, cada vez más difícil de desactivar.

Mientras tanto, el gobierno afgano ha tratado de poner en marcha un extenso programa anti-droga, basado en diversos equipos de verificación organizados desde el ministerio del interior, aunque en ellos también se integran delegados de los ministerios de agricultura y desarrollo (Jarne, 2005: 204). En la práctica, la iniciativa no ha dado todos los frutos que cabía esperar debido a múltiples consideraciones pero, sobre todo, al hecho de que se trata de equipos realmente pequeños así como a su nula capacidad coercitiva. Tanto es así que en varias ocasiones los miembros de esos equipos han sido ahuyentados por los propios campesinos que, armas en mano, no estaban dispuestos a dilapidar su única fuente fiable de ingresos. De todos modos, su trabajo ha contribuido a que podamos disponer de un adecuado mapa de situación de la proliferación de cultivos. Pero, no nos engañemos. El impacto real de la política de erradicación de cultivos está siendo más que modesto.

De ahí que se hayan barajado alternativas. Pero ninguna de ellas parece ser plenamente satisfactoria. La opción de la erradicación plantea los problemas ya señalados, que no hacen más que incrementarse cuando las tropas británicas y, en ocasiones, estadounidenses, se han implicado en este asunto. Puesto que entonces, el plus de eficacia se ve negativamente compensado con el incremento del recelo de los cultivadores, que detectan el carácter esencialmente extranjero de esta política tan opuesta a sus intereses a corto plazo. Por otra parte, la persecución de los traficantes tampoco ha dado grandes resultados. Quizá es debido a los intereses creados por parte de los Estados Unidos, por paradójico que pudiera parecer. Porque lo cierto es que algunos señores de la guerra implicados en el tráfico ilícito son también personas en las que a veces se confía para obtener inteligencia sobre el terreno en la lucha contra el terrorismo de Al Qaida. Seguramente no se trata de los mejores aliados posibles. En teoría. Pero no siempre se puede elegir. La situación no es menos comprometida para el gobierno de Karzai. En realidad, él sabe que buena parte de su apoyo político reside en algunas de las provincias con mayor incidencia en el tráfico de drogas, como es el caso de Helmand.

Así que la apuesta podría pasar por la utilización de vías más constructivas. Sin por ello descartar –por supuesto- las intervenciones puntuales que sean adecuadas en los apartados antes mencionados. En esta línea, a veces se aboga por la recuperación de algunos cultivos tradicionales en Afganistán. Pero también por salidas más imaginativas, como la absorción de parte del opio afgano en el muy regulado mercado legal de la adormidera, vinculado a las necesidades de la industria farmacéutica. O bien se aboga por una adecuada combinación de ambas opciones.

En lo que respecta a la primera de ellas, ya he apuntado que no es un problema menor el diferencial de ingresos aportados a los campesinos en comparación con el cultivo del opio. Aunque siempre podría plantearse en términos de que se pueden recuperar cultivos atractivos para la exportación, razonablemente rentables y, además, ello conllevaría que esos labradores podrían salir del círculo vicioso en el que hoy se hallan. Entre esos cultivos suelen citarse varias frutas y frutos secos (nueces), el azafrán, la canela y otras especias en cuya producción Afganistán llegó a adquirir gran reputación (Van Ham y Kamminga, 2007: 72-73). Pero las dudas razonables respecto a las rentas de los trabajadores del campo no constituyen el único inconveniente. Es preciso recordar que Afganistán es un país devastado por tantos años de conflicto. Esa circunstancia hace especialmente difícil cualquier cosa que no sean pequeños cultivos de subsistencia. En particular, la época soviética fue muy complicada, debido a que entre las políticas seguidas para debilitar a los *muyahidín* estuvo la destrucción de sus infraestructuras agrarias (Felbab-Brown, 2005: 56). Esto supone que el esfuerzo económico que tendría que llevarse a cabo es superlativo. Cuanto menos si realmente se está pensando en una política ambiciosa de sustitución de cultivos, que es de lo que se trata. Además de que los beneficios obtenidos sólo serían notorios a medio y largo plazo.

En lo que concierne a la segunda alternativa, que ha llegado a ser conocida como “Poppies for Peace”, lo cierto es que ya existen algunos Estados implicados en algo similar –notoriamente, India y Turquía-. Eso es, en principio, una buena noticia, por cuanto significa que no estamos ante ninguna utopía. La base del argumento estriba en que la medicina requiere de morfina y de codeína, para su aplicación con fines terapéuticos... y estos productos se obtienen a partir de la

amapola. Pero esta prueba empírica también posee su lado negativo. Me explico. Ocurre que se discute, en términos prácticos, hasta qué punto todavía existe un mercado tal que sea capaz de absorber una parte significativa de la producción afgana, habida cuenta de lo ya cubierto por los productores indios y turcos. Esa es la gran cuestión. De hecho, ya se han elevado algunas voces enarbolando la bandera del escepticismo (Marten, 2007: 70). Mientras que otros expertos consideran que sí existe un mercado para la producción legal. Al menos como mercado potencial. E incluso emergente. Quienes así opinan se basan en la demanda de medicamentos de los países en vías de desarrollo. O, directamente, en las necesidades objetivas –con o sin demanda formalizada– de los países más pobres. En esta línea, la opción podría pasar por la producción de genéricos derivados del opio a buen precio (Van Ham y Kamminga, 2007: 74 y 77-78).

Sin embargo, esta política tampoco está exenta de flecos, ni de posibles líneas de crítica, a las que se debe atender con atención. Para empezar, no está nada claro, éticamente hablando, que deba beneficiarse con estas cuotas de producción a las sociedades y/o los Estados que permiten o promueven el tráfico ilícito de estupefacientes. Porque esto los estaría dotando, en la práctica, de una importante capacidad de chantaje sobre la sociedad internacional. Por otro lado, es conveniente no perder de vista que hasta los más optimistas reconocen que esta vía reduciría el problema planteado, pero difícilmente terminaría con él. No en vano, se calcula que hasta un 20% de la producción de opio en la India se destina al tráfico ilícito. En buena medida porque, como siempre ocurre en estos casos, promete mejores ingresos para quienes así obran. De forma que la solución al problema es cualquier cosa menos fácil. Pero por lo menos se puede tomar buena nota del interesante debate asupiciado alrededor de este tema, tan importante para lograr la estabilización de Afganistán.

CAPÍTULO 12

LA APARICIÓN DE NUEVOS PROBLEMAS DE SEGURIDAD

Lo cierto es que hacia el año 2006 se abre de nuevo la caja de Pandora. Las cifras disponibles son preocupantes. No sólo por el número de víctimas de esta novedosa pero nada inverosímil amalgama de narcoterrorismo recubierto de religiosidad. Porque en el seno de un Estado fallido al que le cuesta pasar de la fase de mero proyecto de Estado, como es y casi siempre ha sido Afganistán en su tortuosa historia, lo normal es que crezca también la delincuencia común, desideologizada. El sueño de los anarquistas se convierte en pesadilla. Supongo que ellos nunca pensaron en Afganistán. Pero suele ocurrir. No es el único caso. Ni siquiera en un análisis meramente sincrónico de la realidad. Ahora bien, a partir del año 2006 aparecen en escena problemas derivados de esa extraña mezcla de, en primer lugar, fanatismo religioso, en segundo lugar, odio al extranjero y, en tercer lugar, inconfesables intereses creados de carácter meramente crematístico.

De manera que el primer ingrediente de entre los citados, quizá sazonado con el segundo, contribuye al incremento exponencial de la violencia en Afganistán. De hecho, de los tres ingredientes citados, estos dos combinan muy bien. Lo sabemos y lo ratifican otros expertos, para quienes este incremento se debe al respaldo que los talibán todavía reciben de Pakistán y a “una creciente reacción pastún contra la presencia de tropas extranjeras en suelo afgano que dura ya siete años” (Chellaney, 2009: 15). O a la combinación de ambos factores. En todo caso, la novedad radica en la difusión de los atentados suicida. Algo hasta entonces extraño a la cultura afgana. Extraño al código de honor pastún. Pero más característico de ciertas versiones de la *yihad*. De hecho, no nos engañemos, el suicidio está prohibido por el Islam, como por el resto de religiones que se precien. Sin embargo, esto último acaba siendo muy relativo. Paradójicamente. Puesto que los talibán y otros extremistas siempre pueden aducir que

se trata de una muerte en plena *yihad* y que es precisamente este tipo de muerte la que garantizará el paraíso en la otra vida¹.

En todo caso, como digo, las cifras son elocuentes, no sólo por el número de atentados, sino también por la curva creciente que describen, a partir de cierto momento. En 2004 se documentan sólo 3 y en 2005, de 17 a 21. A partir de ahí tenemos un punto de inflexión. En 2006 ya se contabilizan entre 123 y 139 –según fuentes- mientras que en 2007, alcanzan los 137 a 160. Todo esto ha hecho posible que de un tiempo a esta parte se venga aludiendo a un fenómeno de progresiva “iraquización” del conflicto afgano, especialmente a partir de 2006 (v.gr. Kern, 2006: 4 y Hsu&Cole, 2006). Sólo en ese año mueren más de 4000 personas, incluyendo cerca de 200 soldados de la ISAF, como consecuencia de la violencia (Fuente, 2007: 72). En 2007 las víctimas ascienden a unas 6000, mayoritariamente víctimas de alguno de los 2700 atentados contabilizados solamente en dicho ejercicio. Entre ellas se incluyen 210 militares de la coalición internacional y más de 700 miembros de las fuerzas de seguridad afganas, que ya pagan su propio peaje de sangre.

En todo caso, muchos de los fallecidos son civiles (VVAA, 2008: 30-31). Algunos de ellos han sido víctimas de los bombardeos de la OTAN como respuesta a atentados previos. No se trata de represalias, entiéndase bien. Sino de una determinada forma de entender la persecución de los terroristas aprovechando el indisputado dominio del aire de que se dispone. Pero esto ya ha arrancado algún toque de atención desde el gobierno de Hamid Karzai. Sin ir más lejos, en junio de 2007, el presidente afgano se quejó amargamente de que en sólo 10 días murieran 90 civiles a modo de víctimas colaterales de operaciones militares de la coalición aludiendo un tanto enigmáticamente a que “las vidas de los afganos no son baratas”. En agosto de 2008, el gobierno de Kabul ha decidido investigar la muerte de hasta 76 civiles producidas en similares circunstancias. Pero, al

¹ Si analizamos la oposición islámica a las pretensiones occidentales (cristianas) de dominación con mayor perspectiva tanto geográfica como histórica, podemos ver que la presencia de ataques suicidas no es tan extraña. A título de ejemplo, vale citar el caso de un regimiento de “asesinos kamikazes” creado en Delhi, en 1857, en el contexto de la rebelión de los cipayos (Dalrymple, 2008: 18). En aquel caso también se hizo alusión a la *yihad* y también se mezclaron los criterios estrictamente teológicos con los más propios de una guerra clásica de liberación.

margen de estas puntas, el goteo es incesante. Suma y sigue. Ni que decir tiene que este hecho puede dañar la legitimidad de las fuerzas occidentales a ojos de los afganos. Tanto de los ciudadanos como de las elites hasta ahora comprometidas con la reconstrucción tutelada de su Estado. Además, siempre es posible que una interpretación retorcida de estos sucesos anime a gente perteneciente a los círculos de familiares y amigos de los damnificados a unirse a la causa de la insurgencia. Al fin y al cabo, esto ya ha sucedido en conflictos similares (Metz, 2007: 28). Con lo cual es algo que debería evitarse a toda costa. Sin que eso signifique que sea tarea fácil. Al revés.

Efectivamente, el problema es que los milicianos suelen operar confundidos entre la población civil. Saben que, de facto, la están empleando como escudo humano. Los mandos de la OTAN han reiterado que sus tropas tienen derecho a defenderse frente a grupos armados parapetados de esa forma. Todo eso es cierto y convierte la responsabilidad por estas muertes en una responsabilidad compartida. De hecho, caben pocas dudas acerca de que los talibán arrojaron contra las tropas británicas en 2006 con especial virulencia, precisamente para provocar esa ulterior reacción en forma de bombardeos de las fuerzas occidentales (Constable, 2007: 88). Sin embargo, hay que tener en cuenta que estas dinámicas de tipo acción-reacción son exactamente las pergeñadas por los grupos insurgentes, o por los terroristas, como parte esencial de su estrategia de enfrentamiento (v.gr. Kilcullen, 2006: 71). Conviene tenerlo muy en cuenta para extremar las precauciones. Ni que decir tiene que algunas de las bajas civiles causadas en la persecución de elementos hostiles sólo podrían evitarse al precio de poner en peligro más vidas de soldados propios. El dilema (moral) está servido, aunque no es novedoso. Al revés, es un clásico. En este sentido, la sustitución de algunos bombardeos de artillería y/o aéreos por operaciones en las que se comprometan directamente tropas de infantería es la solución que mejor responde a los criterios morales del *ius in bello*. Y en la práctica también aportarían mayor legitimidad a esas operaciones, desde el punto de vista de la población local.

La situación es más enrevesada, si cabe, atendiendo al hecho de que muchas víctimas de estos bombardeos son pastún. Es lógico, porque los talibán también lo son (Harrison, 2008: 2). Pero es especialmente preocupante, por cuanto los pastún, pese a tener a

Karzai en el poder, están especialmente sensibilizados con un gobierno de Kabul al que con frecuencia acusan de ser la tapadera de las fuerzas de la Alianza del Norte. En esta línea, detrás de esa cadena de errores, algunos perjudicados pueden estar viendo una tentativa del gobierno afgano -en complicidad con la OTAN- para revertir la relación de fuerzas que ha presidido la política afgana desde sus albores. Esto constituye un problema importante puesto que como indica Steven Metz, uno de los principales expertos mundiales en guerra contrainsurgencia, en este tipo de escenarios “lo que se percibe es más importante que la realidad” (Metz, 2007: 30). Esto es así debido a que la sensibilidad de los participantes suele estar a flor de piel. Pero también porque en este tipo de situaciones es fundamental ganarse el corazón de la gente para tener expectativas de salir con bien. De manera que evitar las interpretaciones retorcidas de la población local es absolutamente necesario para estabilizar Afganistán.

Habíamos dejado temporalmente de lado un tercer factor importante como generador de inseguridad en Afganistán. Se trata de lo que algunos ya definen como la “insurgencia económica”. En los últimos años se ha consolidado y ha ampliado sus dominios. Efectivamente, los delincuentes comunes saben perfectamente que su éxito depende en gran medida del fracaso en la construcción de un auténtico monopolio de la violencia legítima en Afganistán. Y saben, también, que ese fracaso depende de que el incipiente Estado no controle algunos recursos económicos sobre los cuales pudiera levantar la economía y/o devengar impuestos. De modo que, aunque sea indirectamente, estas redes de delincuentes también se han convertido en actores políticos. Porque compiten por el control de esos recursos con las autoridades estatales. Son consciente de que en muchos rincones de Afganistán, por paradójico que pueda parecer, ellos tienen las de ganar. Los funcionarios del Estado apenas se dejan ver por sus tierras. Con lo cual, arriesgarse termina siendo hasta razonable.

Quienes acumulan experiencia sobre el terreno conocen bien estas dinámicas: “en Kunar muchos de los insurgentes luchan para impedir que la normativa gubernamental pueda dificultar su acceso a los lucrativos recursos naturales”. Es más, para evitar que los vecinos de esas provincias pidan ayuda al Estado, los delincuentes “logran primero el acceso a los recursos y, con sus beneficios, tejen una red de

patronazgo” (Yáñez, 2008:30). De esta manera consiguen una legitimidad añadida ante la población local. Una legitimidad con la que difícilmente puede competir el Estado, dadas sus actuales posibilidades. En la misma línea pueden observarse otras cifras preocupantes, que tampoco tienen mucho que ver con el islamismo, ni con las reyertas de base étnica. Es el caso del secuestro de empresarios, la gran mayoría locales, que se viene disparando de un tiempo esta parte. En el período 2006-2008 se registran 173 denuncias. Pero es evidente que muchos más secuestros y muchísimas extorsiones no han sido denunciados, por temor a las represalias (Jones, 2009: 11). Una consecuencia añadida de la desconfianza de una sociedad hacia sus propias instituciones.

Bien es verdad que un análisis desagregado de la violencia sectaria obliga a ser cautos. Porque esa violencia no se reparte a lo largo de todo el territorio por igual. Por el contrario, existen zonas de Afganistán muy estabilizadas. Por ejemplo, en el noreste de Afganistán, en el área de Badakshan. O en las zonas, también norteñas, de Jawzjan y Balkh. No es que no se registren crímenes, o robos. Pero las cifras son conmensurables a las de otros países de la zona que no se hallan en conflicto. En cambio, la situación se está volviendo a complicar en la provincia de Herat y, especialmente, en la de Farah. Finalmente, en algunas provincias la situación es crítica. Sobre todo en el sur, en las zonas de mayoría pastún: desde Nimruz, Kandahar, Helmand y Uruzgan hasta Wardak y casi hasta los arrabales de la propia Kabul. Se trata de los territorios en los que se produce el cóctel explosivo entre el irredentismo talibán, el cultivo de opio y el paraíso de la delincuencia común, ante la tardanza en levantar una estructura estatal o para-estatal realmente sólida. El problema estriba en que con las fuerzas disponibles sobre el terreno a duras penas es factible ejercer una mayor presión sobre estos territorios. Pero lo peor es que cuando eso sucede, los talibán parecen contar con apoyo suficiente en provincias menos hostiles a la coalición y tienen facilidad para migrar temporal o definitivamente hacia esas zonas. Sería el caso, en los últimos tiempos, de la provincia de Badghis (Colom, 2009: 23-24). Probablemente no sea extraño a este hecho que la presión occidental contra el cultivo de opio en las zonas en que tradicionalmente se daba haya provocado cierto desplazamiento del mismo hacia la zona de Farah y la propia Badghis, con lo cual se demuestra de nuevo la

dificultad para dominar un territorio tan vasto con las fuerzas disponibles hasta el presente.

De esta manera, mientras que algunas fuentes aluden a que a principios del año 2009 los talibán se hallan presentes de forma permanente en el 70% del territorio de Afganistán (Smith, 2009: 52) otras calculan que “el 70% de la violencia se concentra en el 10% de los distritos del país” (Hernández Calvo, 2009: 8). Otros expertos huyen de los porcentajes, pero apuntan, en línea similar, que la presencia talibán “se ha hecho permanente en unas dos terceras partes del territorio y desarrollan una intensa actividad insurgente en más de la mitad del mismo” (Reinares, 2009: 3). En este sentido, es importante no confundir las áreas en las que los talibán conducen ataques de las áreas que efectivamente controlan. De hecho, no es fácil establecer este parámetro, habida cuenta de que la situación es “extremadamente fluida” (Friedman, 2009: 11), entre otras cosas porque muchas poblaciones procuran mantener buenas relaciones con las dos partes en liza, de forma que durante ciertos lapsos de tiempo pueden estar literalmente tomadas por fuerzas talibán, mientras que en otros momentos pueden cooperar con las fuerzas de la coalición occidental.

Lo que sí parece claro es que, aunque la tónica general es de crecimiento -o si se prefiere, recuperación- del movimiento talibán afgano, no es menos cierto que en lo que a este punto respecta las diferencias inter-territoriales son grandes. Por ejemplo, en el Panshir, zona mayoritariamente tayika, el gobierno de Karzai puede ser discutido y, de hecho, lo es. Pero no es menos cierto que las autoridades locales siguen dispuestas a colaborar con él. Lo están haciendo. En cambio en Uruzgan, zona mayoritariamente pastún y de influjo talibán, el mismo nivel de descontento con Kabul se convierte, de inmediato, en oposición frontal al régimen de Karzai, básicamente porque no se le reconoce legitimidad (Yáñez, 2008: 28). Pero, pese a esas notables diferencias, el estado de ánimo está crispado. De manera que eso es más que suficiente para provocar que las gentes de Afganistán ubiquen los problemas de inseguridad como su principal preocupación. Además, es evidente que estas cifras no constituyen un buen balance después de 8 años de gobierno de Hamid Karzai.

Un último, pero no menos importante asunto condiciona el éxito de las medidas de seguridad adoptadas. Me refiero a la sensación de parte de la población afgana en el sentido de que el regreso de los talibán al poder “es una cuestión de tiempo” (Torres, 2009: 28). Lo cual no sólo sería el resultado de los éxitos más bien limitados de los talibán en esta segunda etapa de su implicación en Afganistán. Más allá de esa variable, muchos piensan que ISAF está allí de paso, que los gobiernos occidentales mantienen un compromiso de mínimos con su país, y que a poco que las adversidades crezcan, no dudarán en dar su misión por terminada, dejándolos en la estacada. Al fin y al cabo, lo ocurrido tras la derrota de los soviéticos en 1989 no fue muy diferente a lo que esta hipótesis da a entender. Si esto es así, resula hasta cierto punto lógico que muchos afganos no adopten una actitud más beligerante ante los talibán. Pues todos saben del carácter pendenciero acreditado en diversos episodios históricos reseñados en el apartado correspondiente de este análisis.

CAPÍTULO 13

EL DILEMA NACIONAL. AFGANISTÁN, UNA NACIÓN... PERO ¿QUÉ NACIÓN?

Tras algunos años de esfuerzos por reconstruir el Estado afgano, con resultados más bien discretos, es conveniente preguntarse por la otra cuestión que vertebra este libro. Es decir, ¿cómo queda, tras los últimos movimientos, la posibilidad de que Afganistán se convierta en una nación, o algo que se le parezca? La pregunta es pertinente ya que, como dicen algunos analistas, sigue pendiente de respuesta la pregunta que reza: “¿qué es ser afgano?” (Griffin, 2001: 96). Tan sencilla de plantear y tan difícil de resolver. Nosotros partimos de que no existe consenso al respecto (de hecho lo único consensuado es, precisamente, que nadie se pone de acuerdo). Lo cual no es óbice para que podamos llevar a cabo una exploración razonada y razonable de las diferentes posibilidades en liza. Al revés, ése es nuestro estímulo. Para poder llevar a cabo esta argumentación, ya sabemos que existe más de un concepto de nación que reúna las dos características básicas exigibles, esto es, mostrar una mínima coherencia teórica, en el terreno de los principios y tener una eficacia probada a lo largo de la historia, en clave empírica. Para más detalles, me remito al capítulo correspondiente de este libro. Sabemos, también, que se trata de un debate paralelo al de la construcción de un Estado. Porque encontrar la solución más adecuada al problema nacional podría contribuir a una mejor gestión de ese eterno proyecto de Estado llamado Afganistán. Así que es preciso analizar las diferentes “ofertas” que a día de hoy, tras tantos avatares, están sobre la mesa. Como también su plausibilidad teórico-práctica.

En realidad, la situación se ha vuelto más compleja, en comparación con los viejos tiempos de Abd-al-Rahman. Han aparecido nuevas posibilidades, como emplear como cemento social cohesionador la *yihad*. Si esta lectura fuese la adecuada, podría decirse que Afganistán tiene sentido como nación en una lógica de país islamista, capaz de aglutinar a los creyentes más allá de otras

diferencias (étnicas, por ejemplo) y capaz de emplear su lectura de la religión como línea de defensa contra terceros. Pero también, en lo que ahora nos interesa, como signo identitario del nuevo proyecto.

Una segunda posibilidad la aporta un Islam sin *yihad*. O, por lo menos, sin que eso sea indispensable para la identidad nacional en ciernes. Esta es, en verdad, una opción clásica, defendida por alguno de los más prestigiosos expertos sobre el mundo islámico en general, y sobre Afganistán en particular. Aunque el argumento tiene un tono reactivo, esto es, parece que estamos ante un concepto que nace *a contrario*, casi por exclusión del resto de posibilidades. Veámoslo tal y como suele formularse:

“En un país como Afganistán, donde el concepto de nación no se ha desarrollado hasta una época reciente, donde el Estado se ve más como algo externo a la sociedad y donde la lealtad de la población se dirige principalmente hacia la comunidad local, lo único que los afganos tienen en común es el Islam” (Roy, 1986: 30).

Una tercera opción es, sin lugar a dudas, la que presiden los talibán. En efecto, de acudir a sus fuentes, Afganistán podría ser definido como la primera nación en la que se pone en práctica esa peculiar lectura del Islam. Es más, podría ser la primera nación en la que esa lectura se institucionaliza y se divulga hasta alcanzar, de mejor o de peor grado, al conjunto de la población, convirtiéndose en una auténtica religión de Estado. En este caso, ser afgano y ser talibán serían conceptos prácticamente sinónimos.

Las demás opciones sí son más tradicionales. Las de siempre. Un Afganistán esencialmente pastún, de hecho lo más parecido posible a un pastunistán, en el que habría que resolver el encaje de las demás etnias. O bien un Afganistán multiétnico, más renaniano, esto es, más basado en la voluntad de compartir un mismo proyecto político que sea capaz de integrar a esos diversos colectivos y hacerlos caminar bajo la misma bandera y al son de un mismo himno. Con la diferencia que, como siempre, la primera está más desarrollada que la segunda.

El panorama no es halagüeño porque, efectivamente, todas las opciones tienen ventajas e inconvenientes. Pero parece que éstos predominan. La opción *yihadista* constituye un buen ejemplo. En Afganistán ha sido empleada hasta la saciedad. Creo que se ha abusado de ella. Hasta el punto de desprestigiarla. Hekmatiar, sin ir más lejos, declaró la *yihad* contra el gobierno de Hamid Karzai. Pero con anterioridad había hecho lo propio contra... ¡los talibán! Aunque esto pueda parecer extravagante, es así. Ocurrió en 1996 cuando él decide sumarse al esfuerzo de Rabbani y Masud para detener la ofensiva de los seguidores del mulá Omar contra Kabul. De esta manera es complicado hacer patria. Pensemos también en el líder uzbeko Dostum. Contra él los demás han estado en permanente guerra santa, por ser considerado demasiado “comunista”. Así las cosas, no es tan fácil que el colectivo que lidera, dentro del cual siempre ha habido buenos musulmanes y musulmanes no tan buenos, se sume a esta iniciativa.

En general, el criterio de la *yihad* plantea también el inconveniente de que, dados estos antecedentes, no hay que ser muy avezado para corroborar que suele ser empleado con otros fines. Léase, con la intención de ser la cobertura de una lucha de corte étnico (Rashid, 2001: 139). No lo ven de forma muy diferente los chiítas, que correlacionan la algarabía *yihadista* con la expropiación de sus tierras por parte del colectivo pastún (Raich, 2002: 95). Desgraciadamente para sus intereses, ambas cosas suelen ir de la mano en la historia reciente de Afganistán. Pero en esas tierras es relativamente normal que la *yihad* se haya confundido con el *pashtunwali* de forma absolutamente interesada (Marsden, 2002: 135). Las conexiones existen, empleando al colectivo pastún como relé de comunicaciones entre ambas lógicas, pero eso no tiene porqué gustar, y de hecho disgusta, a los miembros de otras etnias. Así que podría aducirse que el *yihadismo*, en Afganistán, separa más que une.

Tampoco contribuye a esta causa el hecho de que los diferentes actores identifiquen la *yihad* afgana con la injerencia de potencias vecinas que deseaban cualquier cosa a excepción de un Estado-Nación afgano fuerte e independiente. Pensemos en el papel jugado por Pakistán. Siempre marginó a Hamid Karzai. Probablemente porque era demasiado propenso a defender la idea de un Afganistán fuerte. En cambio, empleó el criterio de la guerra santa

para fomentar la causa de unos talibán a quienes por aquel entonces consideraba simplemente partidarios deobandi de la Umma y, por ende, lo que en nuestro lenguaje cabe calificar de internacionalistas. Pero detrás de su apoyo a la *yihad* islámica está siempre la tentación de dominar la política de Kabul. Y, por lo tanto, de convertir a Afganistán en una mera sucursal de Islamabad. Eso puede ser bueno o malo para los unos y para los otros. No nos interesa este debate. Pero es evidente que no tiene nada que ver con un nacionalismo afgano que se precie.

Si acaso, esta opción *yihadista* avalada por Pakistán podría ser una opción aceptable para algunos pastún, aunque el tiempo se ha encargado de demostrar que ni siquiera este colectivo estaría de acuerdo con los planes de Pakistán. No en vano, en Pakistán los pastún son minoría. Y con frecuencia plantean su recelo hacia la mayoría punjabi. Pero se trata de un proyecto absolutamente rechazable para el resto de etnias afganas que, como sabemos, sumadas constituyen la mayoría de la población. Así que si las añadimos a los pastún disidentes, que también son legión, apenas quedaría nada que pudiera salvarse de la quema. En general, pues, la *yihad* más bien debilitaría a Afganistán como proyecto de Estadonación. La propia Umma puede ser vista, desde esta perspectiva, como la tapadera del dominio extranjero, sea cual sea la faz de dicho dominio.

Finalmente, no podemos perder de vista que la llamada a la *yihad* significó el inmediato acceso de miles de combatientes islamistas al territorio afgano. Se trataba de filipinos, chinos, turcos, norteafricanos, árabes y así un largo etcétera de aliados de circunstancias. Pero los árabes siempre fueron considerados como extranjeros por parte de la mayoría de los afganos, sean de la etnia que éstos sean. Se los recibió bien. Por supuesto. Como se recibe bien a un invitado. Máxime si el invitado viene para hacerle un favor al anfitrión. Pero para un proyecto de nación afgana con perspectivas de futuro, su presencia podía resultar disfuncional. Si la consecuencia de abrazar la *yihad* era esa, soportar un *melting pot* étnico a gran escala que amenace con diluir las identidades afganas, no cabe duda de que muchos nativos preferirían abandonar la *yihad*.

La opción de Olivier Roy es más modesta pero, precisamente por ello, bastante más verosímil. En efecto, la identificación de Afganistán con el Islam tiene sentido, sobre todo cuando ese Islam es desvestido de otras pretensiones. Porque a día de hoy la práctica totalidad de la población afgana es musulmana. Y porque, visto en clave histórica, el influjo musulmán es el más importante, con diferencia, de todos los aportes de los que se ha beneficiado Afganistán. Su personalidad como nación, sea cual sea el criterio finalmente elegido para vertebrarla, penderá necesariamente del Islam. Eso es, por otra parte, lo que se deduce de los acontecimientos. En efecto, “si alguna vez ha existido un sentimiento de unidad en el país, ese es el Islam, con su concepto de unidad y universalidad (Umma)” (Ewans, 2002: 7-8). Además, como comenta Roy, la ventaja de esta apuesta es que contiene, por definición, un discurso interétnico. Algo que casa muy bien con la compleja sociedad afgana.

Lo que ocurre es que el Islam también es un concepto muy amplio. La cuestión no sería demasiado relevante en países acostumbrados a vivir en un ambiente de tolerancia religiosa, siquiera sea la propia de un ecumenismo estrictamente islámico. Pero sabemos que éste no es el caso de Afganistán. Especialmente en los últimos tiempos. Con todo, no es una idea descartable si los afganos sunnitas y chiítas (y dentro de éstos, los ismaelitas) se avienen a resolver sus disputas a través de una propuesta que parta de una visión más generosa del Islam. Algo así como un Estado confesional islámico que admita y proteja las diferentes versiones de dicho credo. Pero los últimos tiempos han mostrado la peor cara de los enfrentamientos entre creyentes. Porque ciertas versiones del sunnismo no aceptan que los chiítas lo sean.

Recordemos que a principios de los años noventa Abdol Sayyaf se enfrentaba a los hazaras no por tener rasgos mongoles y no entender la lengua pastún, sino por ser chiítas. Sabemos también que las consecuencias de su wahhabismo sobre esa minoría étnica fueron nefastas. Por otro lado, un sucedáneo de esta opción sería convertir Afganistán en una nación sunnita. Que es lo que deseaba Sayyaf. Pero la minoría chiíta es bastante significativa. Entre un 15 y un 20% de los afganos, sobre todo hazaras, pero hemos visto que incluso algunos tayikos siguen los pasos de Alí, el yerno de Mahoma. Así que un

hipotético Estado-Nación sunnita tendría también visos de ser muy inestable.

La opción talibán es la más novedosa. Debe ser seriamente considerada por diversos motivos. En parte porque son ellos los que ponen algo de orden en el caos de la guerra civil de 1992-1996. Aparentemente eso sólo los calificaría como hacedores de un Estado. No necesariamente de una nación. Pero la verdad es que, como se dijo en el capítulo correspondiente, los talibán comenzaron aunando voluntades alrededor de su proyecto político. En parte, también, porque perseveran en su intento, y al menos desde su propio punto de vista, ellos no se limitan a poner un poco de orden allá por donde pasan. Su vocación va mucho más allá. Consiste en divulgar un *modus vivendi* específico. Un elenco de normas de convivencia, de reglas morales, un sentido de la virtud y del vicio. Una manera de entender la vida. Una vía para delimitar quienes son amigos y quienes enemigos, y las razones de ello. Como es notorio, todo eso sobrepasa lo que es exigible al concepto de Estado.

Pero los talibán, desde su puesta de largo, han sido objeto de escrutinio por cuestiones que ahora nos incumben. Por ejemplo, durante años se ha discutido hasta qué punto traen consigo un proyecto nacional para Afganistán o, como sugieren sus influencias deobandi y wahhabitas, pergeñan a su manera la constitución de una Umma. Lo cual nos retrotraería a los comentarios vertidos en los párrafos correspondientes. Algunos consideran que los talibán, pese a dichos antecedentes, surgen como un movimiento nacionalista afgano. Nada más (Marsden, 2002: 115). Sin embargo, admiten que su relación con Al Qaida es la que les va a proporcionar ese sesgo panislamista y, en ese sentido, internacionalista. Sobre todo a partir de 1998. Yo iría más lejos todavía. Probablemente los talibán, en sus orígenes, sean una plataforma del nacionalismo pastún. Esto es, ni siquiera me atrevería a decir que lo eran de un presunto nacionalismo afgano. La confusión ya mencionada de *sharia* y *pashtunwali* así lo acredita.

Con todo, esta afirmación requiere una salvedad. Los talibán siempre han negado que constituyan un grupo étnicamente cerrado. Es cierto. Es decir, es cierto que lo han negado. Sin embargo, la verdad es que salvo en lo que se refiere a alguna pequeña incrustación tayika, a

lo largo de estos años se han mostrado escasamente receptivos a comulgar con otras etnias. La inmensa mayoría de los talibán son pastún. Si acaso, han tenido la habilidad de combinar la presencia de la elite durrani con la presencia de los ghilzai. Pero eso no sirve para cambiar esta visión de las cosas. Por el contrario, la ratifica. No en vano, los talibán se habrían mostrado como un vehículo útil para lograr la reconciliación entre pastún. Lo cual no es poco. Pero los no pastún los han visto como extraños, y ese mismo sentimiento opera en sentido inverso. Algunas minorías lo tienen especialmente mal. Porque los talibán se niegan a aceptar a los chiítas. En este sentido, el aprovechamiento de su versión del Islam (del sunnismo, de hecho) en clave de construcción nacional plantea los mismos obstáculos que ya he referido en el apartado anterior.

De hecho, con el paso del tiempo, la oferta política o político-religiosa de los talibán fue generando un rechazo creciente. Las grandes ciudades fueron las primeras en notar que en ese proyecto de Estado-Nación existe algo que no encaja con sus pretensiones. Si de defender un *modus vivendi* se trata, pues bien, el talibán no era de su agrado. Herat, Kabul, Mazar-e-Sharif son núcleos en los que los talibán fueron rechazados y sólo se impusieron coactivamente. Incluso violentamente. No se les quería. Así que parece poco plausible reconstruir una nación sin contar con estas gentes. El proyecto que los talibán defienden es medieval. El proyecto de la incipiente clase media urbana es moderno. No se trata de juzgar aquí las ventajas y las desventajas de cada uno de ellos. No es cuestión de juicios morales. No son necesarios a nuestro objetivo. Simplemente, se trata de constatar que esas dos versiones de Afganistán son inconciliables.

Los escenarios restantes nos son muy familiares. Pastunistán afgano (más, en su caso, la anexión de la zona pakistání, por ahora improbable) versus Afganistán multiétnico. Ahora bien, esta última opción sólo tiene sentido como molde de la nueva nación afgana en la medida que sea capaz de abrazar a los pastún. Me refiero a que éstos ingresen de buena gana en dicho proyecto. Un Afganistán de los pastún parece inviable. Es cierto -a la historia me remito- que siempre han gobernado los pastún. Pero no nos engañemos. El resultado de ese gobierno ha sido el caos, la reivindicación permanente y, finalmente, la guerra civil. En lo que respecta al gobierno de Kabul, cuanto más arreciaba en su empeño de pastunizar Afganistán, con repoblaciones

incluidas, más rechazo generaba entre las gentes de los pueblos nativos de las zonas afectadas. Eso es así. Es difícil cambiar la historia. Sin embargo, eso no significa que la colaboración entre las diversas etnias sea imposible. Al revés, existen indicios que invitan al optimismo.

Alguna de estas variables es tan estructural como el liderazgo pastún, pero juega a favor de las demás etnias, o por lo menos de varias de ellas, o por lo menos de un cambio de mentalidad. Me refiero a la cuestión lingüística. Aunque los pastún han gobernado durante 250 años, con escasas interrupciones, su elite se ha amoldado al dari, la lengua de los tayikos, y de los hazaras. En realidad, el dari está considerado como una lengua más culta que el pastún. De eso son conscientes propios y extraños. Pero lo que ahora me interesa señalar es que, como consecuencia de esto, el juego entre mayorías y minorías se nivela y hasta tiende a invertirse, cuando se alude a la cuestión lingüística. Efectivamente, aunque los pastún son la etnia mayoritaria (la minoría mayoritaria, en realidad) con cerca de un 40% de la población, el pastún no es la lengua mayoritaria. En parte debido a que un segmento de la elite pastún, más urbano, vinculado desde hace generaciones a los círculos del poder, habla básicamente dari. En parte, también, porque la suma de tayikos y hazaras alcanza a la de pastún. Pero si a esa cifra le añadimos a los pastún dari-hablantes, eso provoca la inversión de la relación antedicha. Como consecuencia de lo anterior, resulta que la lengua más hablada en Afganistán es el dari. Se calcula que más del 60% del total de la población se maneja bien en dicha lengua, aunque no siempre sea su lengua materna.

Obviamente, no se trata de subyugar al pastún. Nada de eso. Se trata, más bien, de constatar lo inevitable de un acuerdo de gran radio de acción entre el colectivo pastún y los dari-hablantes. Porque la propia inercia histórica, por una vez, juega en esta dirección. Con el añadido de que una elite pastún ilustrada ya realizó esta transición años atrás sin mayores problemas. Al revés. Asimismo, la presencia del dari en la administración del Estado debería facilitar el acceso a la misma de gentes provenientes de colectivos no pastún, como de hecho ya sucedió, aunque a pequeña escala, en la época de Zahir Shah. Aunque como quiera que suele pedirse el manejo de las dos lenguas principales para acceder a empleo público, se ha producido el curioso fenómeno que los mejor ubicados seguían siendo los pastún (léase, los

pastún cultos, que teniendo esta lengua como materna, se desenvuelven bien en dari). Mientras que tradicionalmente los tayikos y los hazaras apenas tenían acceso real a la enseñanza de la lengua pastún y por ese motivo quedaban fuera de concurso (Newell, 1986: 113). Por no hablar del colectivo uzbeko cuyos miembros, ante la carencia de una adecuada red de escuelas públicas se ven sistemáticamente expulsados de la competencia por acceder a ese tipo de puestos. Esos son los flecos a resolver. Todo dependerá del sistema educativo afgano. De sus planes de estudio, no menos que de la paz y la seguridad indispensables para que las escuelas, simplemente, funcionen. Pero lo más importante es des-dramatizar la cuestión lingüística. Y creo que, en los términos vistos, Afganistán está bastante bien posicionado para lograrlo.

Claro que el reto sigue vigente, porque las cifras que se manejan lo son de gente que hablan pastún o dari. Que lo hablan. Porque Afganistán sigue siendo un país con un elevado grado de analfabetismo. La conflictividad permanente y la pobreza no están ayudando a resolver esta cuestión. Ahora bien, lo importante será que cuando se esté en condiciones de hacerlo, el Estado sea capaz de llamar a los pastún de las zonas rurales al aprendizaje del dari. Ese es el reto fundamental. Incluso en clave política, me refiero. Porque la oposición de algunos pastún del sureste de Afganistán al gobierno de Kabul suele manifestarse en términos, sobre todo, de detectar una excesiva influencia persa en la capital... aunque gobierne un durrani, claro. Pero ese Estado también debe orientar sus políticas a obrar del mismo modo con los tayikos y con los hazaras que todavía viven alejados de las escuelas. Está por ver si esto puede ser operativo. Pero depende de que se logre hacerlo que Afganistán, con toda su complejidad a cuestas, se termine convirtiendo en una nación que merezca tal nombre¹.

¹ Ni que decir tiene que aquí se han contemplado las posibilidades de reconstruir un entramado nacional afgano. Siempre quedaría la opción de optar por la reafirmación de las diferentes identidades étnicas como substrato de otras tantas naciones *volkgeist*. Lo que, en términos de *policy making* difícilmente podría concluir en otra cosa que no fuera una escisión del actual territorio afgano en otros tantos Estados-nación culturalmente identificables. No faltarán voces autorizadas, en los próximos años, dispuestas a reclamar una salida de este tipo. Una solución, digámoslo así, “a la Yugooslava”. No se me escapa que ese tipo de solución ofrece algunas ventajas. Ahora

Por el momento se ha dado un paso muy importante. La Constitución de 2004 reconoce ambas lenguas como co-oficiales en todo el territorio afgano. Además, dado el espíritu de reconciliación nacional que la preside, las demás lenguas, muy minoritarias, también son co-oficiales en sus respectivos ámbitos territoriales. De entre todas ellas destaca el uzbeko, hablado por cerca de un 10% de la población. Cifra demasiado reducida para aspirar a más. Pero suficiente para merecer lo logrado. En realidad, sabemos que históricamente la lengua uzbeka había sido perseguida. En cambio, el nuevo estatuto le debería permitir el acceso a una superior dignidad. Lo relevante, en estos casos, más que el hecho en sí, es la mentalidad que está detrás de todo ello. Esto es, que los pastún y los tayikos y los hazaras entiendan que la lengua uzbeka no es ajena a su propio proyecto político. Y que los uzbekos admitan que ellos también caben en ese Estado-Nación *in fieri* sin tener que desnaturalizarse. Dicho con otras palabras, que Afganistán, a través del gobierno de Kabul, sea capaz de comportarse como una madre patria aunadora de la diversidad existente entre sus gentes. Con lo cual dejaría de ser, de una vez por todas, un arma arrojadiza que una minoría emplea para satisfacer sus propias veleidades contra los intereses de las demás.

Ni que decir tiene que ya será más complicado resolver la cuestión de los agravios recíprocos. Estos últimos tiempos han sido testigos de numerosas muertes por motivos étnicos. Se ha hablado de limpieza étnica, e incluso de prácticas genocidas. En una sociedad tan pendenciera como la afgana, esto presupone nuevos problemas. No es muy difícil constatar que a lo largo de los últimos 15 o 20 años las presiones tendentes a defender los nacionalismos periféricos de base étnica se han incrementado (en ocasiones mediante el acicate de potencias extranjeras, dicho sea de paso), en buena medida por causa de esa espiral de violencia. En realidad, lo que ha ocurrido es que iban apareciendo partidos con un líder de tal o cual etnia, pero con pretensiones multiétnicas, y que al cabo de no muchos años esos mismos partidos (o sus sucesivas escisiones) ya eran partidos que abrazaban explícitamente un ideal del tipo *volkgeist*. Ciertamente. Así, *Jamiat-e Islami*, *Hezb-e-Islami* o el *Junbish*. Todos han tenido una deriva similar, pero cada cual con su identificación principal a la

cabeza. Paradójicamente, ahora ya puede decirse que los excesos a los que antes hacía referencia han tenido como protagonistas a sujetos pertenecientes a todos los colectivos habidos y por haber. De esta manera, cada vez es más complicado que una etnia se arrogue el papel de víctima impoluta en esta sucesión de conflictos. Asimismo, -es la otra cara de la misma moneda- ninguna podrá ser estigmatizada como el paradigma de la crueldad. Razonablemente, esto debería llevar a la reflexión a todos los implicados...

CAPÍTULO 14

GEOPOLÍTICA EN AFGANISTÁN: DE ESTADO-TAPÓN A ESTADO-IMÁN

Barnett Rubin escribía, no hace mucho, que la situación en Afganistán empeora, entre otras cosas, porque siendo como es un territorio de encrucijada, antes estaba llamado a evitar los conflictos entre potencias, mientras que últimamente “más que separar conflictos (...) los une” (Rubin, 2009: 20). Pero, entonces, ¿qué ha sucedido desde los tiempos del Imperio británico y de la Rusia zarista? ¿Cuáles son los intereses en juego?

La explicación no es sencilla. No puede serlo. Por lo pronto, a lo largo de las últimas décadas, Afganistán ha seguido siendo objeto del deseo ruso, durante muchos años soviético, de hecho. Pero con una presión británica bastante atenuada desde el final de la primera guerra mundial y prácticamente inexistente desde 1947. Así que Moscú tuvo las manos libres para influir en Kabul sin demasiadas intromisiones. A ello contribuyeron varios factores. Por una parte, hemos visto que la elite política de Kabul se dejaba querer. La colaboración afgano-soviética fue a más durante los años de la monarquía de Zahir Shah. En este sentido, su intervención militar de 1979 fue más debida al temor de que un territorio amigo se le escapara de las manos que lo que correspondería a la conquista de un territorio por ellos desconocido. Por otra parte, los Estados Unidos no reemplazaron al Reino Unido a tiempo. Aunque hubo inversiones privadas en Afganistán, el aporte del gobierno norteamericano en la segunda posguerra mundial fue muy débil. Es curioso, porque no se trata de la situación estándar en la guerra fría. Pero todo parece indicar que hasta fechas más recientes Washington no pareció enterarse de la importancia geopolítica de Afganistán. Supongo que seguía viéndolo como ese viejo Estado-tapón que los británicos instituyeron en el siglo XIX. Sin embargo, no ejercieron la misma presión que sus predecesores. Washington aplicó el *laissez faire* a la política afgana, con el resultado por todos conocido. No cabe duda que eso dio alas a

la URSS, pues de otra manera se lo hubiera pensado dos veces antes de intervenir en Afganistán.

Ni que decir tiene que las cosas cambian, subrepticamente, tras la consumación de la invasión soviética. Y no sólo debido a ese hecho en sí mismo considerado, sino también porque llovía sobre mojado. Recordemos que pocos meses antes el Irán del Sha Reza Palevi había dejado de ser aliado de los Estados Unidos para convertirse, de la mano del Ayatollah Jomeini, en una de sus peores pesadillas. La sensación de pérdida de control sobre Asia Central y el Golfo Pérsico que debió atenazar a los responsables del departamento de Estado a finales de los años setenta fue enorme. Y la solución al entuerto, dada la imposibilidad de hacer nada en Irán, pasaba por salvar los muebles en Afganistán. De ahí la contribución a la causa de los *muyahidin*, esto es, a la *yihad* islámica.

Sabemos que el apoyo estadounidense, canalizado sobre todo a través de Arabia Saudita y de Pakistán, fue importante para el devenir de los hechos. Pero tras la euforia inicial se han ido descubriendo flecos. Lentamente. Por ejemplo, una de las críticas de que ha sido objeto de forma recurrente la Casa Blanca es, paradójicamente, la falta de continuidad en su asistencia a Afganistán. El argumento deriva de que un país devastado tras una década de guerra continuada contra una potencia como la URSS hubiese requerido un esfuerzo final de cara a lograr su estabilización. Nótese bien, no se trata de altruismo. Sino de evitar males mayores que surjan de entre las ruinas del conflicto supuestamente finiquitado. Es decir que este argumento no critica a Washington por insolidario, sino por negligente. Porque con un plus como el indicado sí se podía recrear a tiempo ese Estado digno de tal nombre que a su vez fuese capaz de evitar la proliferación de conflictos, delincuencia común, mafias y radicalismos ideológicos y/o religiosos por doquier. Es decir, los problemas de hoy encuentran al menos una parte de su explicación en la dejadez experimentada hace 20 años. Suele suceder así.

En lugar de eso, Afganistán fue languideciendo y corrompiéndose hasta entrar en la espiral de violencia que hoy le caracteriza. Los fondos aportados por los Estados Unidos decrecen de forma significativa a partir de 1990 (Coll, 2005: 212-215). Pero los flecos derivados del tipo de apoyo que los Estados Unidos ofrecieron

a los afganos no terminan aquí. En realidad, Washington fomentó versiones extremas del Islam. Directamente. Versiones, por lo demás, especialmente anti-occidentales y anti-estadounidenses. Seguramente porque delegó mucho (demasiado) en los servicios secretos saudíes y pakistaníes que, como era de esperar, seguían su propia lógica. Pero también debido a la ceguera de la CIA, empeñada como casi siempre en jugar la carta del apoyo al rival menos malo. Es decir, que lo que ocurre es que el tiempo acaba dando la razón a algunos miembros del departamento de Estado¹ norteamericano que desde hacía algunos años venían discutiendo el modo en que se suministraban esas ayudas (a través de la CIA y, finalmente, del ISI). Y, sobre todo, discutían a sus beneficiarios directos. Especialmente a Hekmatiar.

La cuestión es que pronto se supo que Osama Bin Laden y su embrionaria Qaida estaban detrás de una *yihad* aún no declarada, pero ya efectiva, que funcionaba a escala planetaria. La reticencia de Bin Laden a aceptar la presencia de sus antiguos benefactores en suelo árabe, aunque fuese motivada para auxiliar a un Estado amigo, como Kuwait, levantó las primeras sospechas acerca de que algo iba mal. El atentado contra el *World Trade Center* de 1993 las confirmó. Los sucesos posteriores son ya conocidos y no insistiré en ellos. Pero el primer divorcio, entre Osama Bin Laden y los Estados Unidos fue relativamente rápido. De hecho, esto también forma parte de la literatura al uso.

Menos conocida es, en cambio, la relación entre la Casa Blanca y los talibán. En realidad, aún después de la defección de Bin Laden, los Estados Unidos tuvieron una relación algo más que cordial con los secuaces del mulá Omar. Algunos expertos norteamericanos se mostraron “entusiasmados” con la aparición de los talibán (Rashid, 2001: 271). Probablemente porque el ISI pakistaní los avalaba como la mejor alternativa para pacificar el país. Sin duda porque la CIA se lo creía. Pero también porque, objetivamente hablando, los talibán eran enemigos de Teherán, que a su vez lo era de Washington. A ojos

¹ Claramente fue el caso de Edmund McWilliams, enviado especial del dept. de Estado a Afganistán. Desde su llegada al país, en 1988, McWilliams denunció las “malas amistades” de la CIA y el probable efecto boomerang que eso podía tener a medio y largo plazo. Pero perdió la batalla. Fue acusado de homosexual, y de alcohólico (al menos lo primero no lo era). Y finalmente relevado de su puesto...

de Washington, esta alternativa era mucho mejor que la que en su día representó el filo-soviético Najibullah. Lo cual es, por cierto, hartamente discutible. Máxime teniendo en cuenta que la aparición en escena de Najibullah coincide en el tiempo con la caída del muro de Berlín y la ulterior implosión de la URSS. Lo mismo sucedía con los tayikos y con los hazaras que se resistían a doblegarse ante los talibán. Porque se sabía que estaban siendo financiados por Irán o Rusia, entre otros Estados.

Aunque parezca difícil de creer, en aquel contexto la vía liderada por el mulá Omar era la que más se adecuaba a los intereses norteamericanos. La única, en realidad, que podía establecer en Kabul un gobierno que no tuviese un perfil anti-estadounidense. O eso es lo que pensaban en Washington. Así que lejos de dejarse impresionar por ese fenómeno, los expertos de la Casa Blanca y del Pentágono dejaron que el tiempo pasara mientras los talibán iban ganando terreno: Kandahar, Herat... y Kabul. La pasividad norteamericana fue el otro nombre de una complicidad y, en ese sentido, un magnífico aliado para los talibán.

Llegados a este punto, podemos detener nuestra fotografía en el año 1996. Por aquel entonces, el gobierno de los Estados Unidos opta por hacer oídos sordos ante las primeras quejas de maltrato hacia las mujeres por parte de los talibán. No gusta, por supuesto. Pero existen otras prioridades. En verano, los Estados Unidos se abstienen de cuestionar públicamente esos maltratos, incluso en sede ONU (Griffin, 2001: 29). Básicamente porque se espera que los seguidores del mulá Omar le ayuden en la pretendida extradición de Bin Laden. Todavía más, los Estados Unidos contemplan seriamente la posibilidad de reconocer el Estado-talibán, en detrimento del presidente electo, Burhanuddin Rabbani, si Omar procede a entregar a su peculiar “invitado-rehén”. Por consiguiente, los talibán tampoco consideraban a los Estados Unidos como un Estado enemigo. Al contrario, se podía negociar amistosamente con Washington.

Claro que el asunto de Bin Laden no era el único negocio que los estadounidenses se traían entre manos a mediados de los años noventa. Más allá de esto, la cuestión energética entró en escena. O, mejor dicho, lo hizo la explotación de los recursos de la zona. Afganistán no es un país rico en petróleo ni en gas natural, aunque

posee algunos yacimientos, seguramente subexplotados². Sin embargo, una vez más, se convierte en ruta de paso de los ingentes recursos del Mar Caspio y, en general, de la región de Asia Central. Existen, ciertamente, rutas alternativas. Pero están controladas por Rusia. Algunas llegan al mar a través de Irán. De manera que ninguna de estas opciones agradan a los Estados Unidos. Es lógico. Así que una multinacional radicada en Texas (UNOCAL) va a liderar un proyecto para la construcción de gasoductos que conecten las ex repúblicas soviéticas de Asia Central con Karachi, en Pakistán, pasando por territorio afgano y soslayando a Rusia y a Irán.

Este proyecto era de alto interés nacional, en la medida que aunque la producción propia de gas natural de los Estados Unidos aún es relevante, ésta se realiza a costa de llevarse por delante sus reservas a un ritmo diez veces más rápido que los rusos agotan las suyas (Klare, 2006: 50-52). Con lo cual, el temor de Washington radica en que en pocos años el país se convierta en dependiente de las importaciones de gas para satisfacer sus necesidades energéticas más esenciales, como ya sucede con el petróleo. Entonces, el hecho de que algunos de sus principales rivales (Rusia) y enemigos (Irán) controlen total o parcialmente las rutas de abastecimiento debería ser evitado, a riesgo de limitar por la vía de los hechos el margen de movimiento de los Estados Unidos como actor cuasi hegemónico en el mundo.

Pero para que todo esto fuese viable, hacia 1996, era preciso contar con el beneplácito de los talibán quienes, de facto, ya controlaban la zona por la cual debería discurrir ese gasoducto³. Así que, como tantas otras veces ha ocurrido, los intereses de UNOCAL y los intereses de los Estados Unidos van de la mano. De modo que hacia el verano de 1996 los Estados Unidos juegan, prudentemente, la carta de los talibán. Porque mientras el gobierno de Rabbani se convierte en un mero apéndice, arrinconado en el norte del país, sólo ellos son capaces de imponer el orden en suelo afgano. Y sin orden no hay nadie que pueda invertir con garantías. En octubre de 1996

² En Shiburghan existen yacimientos de petróleo, aunque subexplotados, si nos atenemos a las previsiones que en los años ochenta hicieron los soviéticos. En la época soviética también se extraía gas natural, en Jawzjan y Faryab.

³ No entro a analizar el caso de la empresa argentina Bridas que, en realidad, fue la primera en proponer algo así. UNOCAL y Bridas terminaron en los tribunales por este asunto. Y Bridas salió perdiendo...

UNOCAL establece una oficina en Kabul, que ya está en manos de los talibán. Poco después, una delegación de los talibán visita la sede de la compañía ubicada en Sugarland. Las expectativas son enormes.

Curiosamente, las primeras dudas de los Estados Unidos acontecen por sucesos que nada tienen que ver con las relaciones internacionales. Por el contrario, el punto de inflexión trae causa de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2006 y del impacto que sobre ella tenía una campaña lanzada desde círculos feministas especialmente desde *Feminist Majority*, un colectivo que reúne a más de 30 organizaciones. En efecto, la indignación ante la vulneración de los derechos de las mujeres sí caló entre intelectuales y artistas. Hollywood se movilizó en contra. Mavis Leno, la esposa del cómico Jay Leno capitaneó varias iniciativas contra el apoyo del gobierno norteamericano a los talibán. Hubo piquetes ante las embajadas de Afganistán y Pakistán, así como una campaña de sensibilización de líderes políticos, congresistas incluidos. El escándalo Lewinski estaba caliente y Hillary Clinton se mostró muy activa en la defensa de la dignidad de las mujeres afganas.

Así que para evitar males mayores en campaña, esto es, para evitar la derrota electoral, Bill Clinton comenzó a marcar distancias con los dirigentes talibán⁴. Posteriormente, esto se convertiría en la línea oficial del gobierno estadounidense. Sobre todo a partir de la postura de Madeleine Albright, abiertamente opuesta a los talibán. Pero parece demostrado que, más allá de las declaraciones útiles para consumo interno, los Estados Unidos no rompen con el mulá Omar hasta después de los atentados de Kenia y Tanzania. Es más, se ha publicado que incluso G.W. Bush hizo una última tentativa de acercamiento a los talibán en fecha tan tardía como el año 2001. Por lo visto se les entregaron 43 millones de dólares y se les prometió mucho más dinero si colaboraban en la captura de Bin Laden (Smith, 2009: 54). Pero los talibán se negaron. Poco después de esas conversaciones, en septiembre de 2001, la historia se aceleró y dio al traste con esta curiosa relación.

⁴ Ni que decir tiene que los crecientes problemas de seguridad, de los que se ha hablado en el apartado correspondiente, también pesaron como una losa sobre las intenciones estadounidenses al respecto.

Pero lo cierto es que a lo largo de dos décadas los Estados Unidos dieron muestras de un cinismo rayano en lo temerario. Afganistán es tan complejo que no es posible conformarse con explicaciones monocausales cuando se trata de entender la profunda crisis en la que está sumido el país. Eso sería demasiado injusto. Ahora bien, es evidente que desde Washington sólo se ha ayudado a complicar aún más las cosas, si cabe.

La postura de Rusia ha sido más coherente desde el principio. Aunque su implicación en el conflicto ha sido menor y, por ende, menos decisiva. Recordemos que la implosión de la URSS y la caída del régimen afín de Najibullah fueron casi coetáneas –menos de un año de diferencia entre ambos eventos-. De manera que Moscú no estaba en condiciones de liderar nada en Afganistán. En realidad, lo normal hubiese sido una pérdida de interés. Pero las circunstancias del momento lo impiden. Entre ellas destaca la secesión de las antiguas repúblicas soviéticas con población mayoritariamente musulmana. Se trata de nuevos Estados que, en varios casos, poseen una frontera común con Afganistán. La nueva Rusia se ve forzada a aceptar en primera instancia esa secesión. El problema es que la *intelligentsia* rusa sigue considerando esos territorios como una suerte de área natural de influencia de Moscú. En realidad, se trata de algo más que un prurito histórico. Esta postura también tiene que ver con cuestiones más pragmáticas, vinculadas a la seguridad. Con el fin de mantener algún vínculo entre Rusia y esas antiguas repúblicas federadas, se instituye la CEI (Comunidad de Estados Independientes). Cuatro de esas repúblicas pasan a formar parte de la nueva organización. Su debilidad económica y militar, unida a la complejidad interna propia de cada uno de esos territorios hace que no se resistan en demasía a las tentaciones del Kremlin. Aunque son conscientes de que eso significa que Rusia pretende seguir tutelando su política exterior y de defensa.

La política exterior rusa en la región se caracteriza, sobre todo, por el temor a los talibán (Griffin, 2001: 177). Aunque, más genéricamente, preocupa el *yihadismo*. El argumento esgrimido consiste en que los talibán podrían radicalizar la región entera, trasladando la *yihad* a esas ex repúblicas soviéticas. Y con ello, claro está, a las puertas de Rusia. Por lo pronto, el avance talibán complica de por sí la vida en Estados como Tayikistán y Uzbekistán, porque miles de refugiados pertenecientes a dichos grupos étnicos llaman a

sus puertas. Con el agravante de que los tayikos y uzbekos afganos – más los primeros que los segundos- pueden causar un desequilibrio en la precaria situación interna de esas repúblicas, debido a que muchos guerrilleros afganos son también islamistas convencidos. Así que para Moscú la mejor opción es que el conflicto afgano se mantenga localizado en el interior de Afganistán. Asimismo, puestos a elegir entre los contendientes –todos bastante indeseables- el Kremlin apuesta porque la victoria final no sea para los talibán. De ahí, sin ir más lejos, que durante la fase final de la guerra civil afgana, los milicianos de la Alianza del Norte recibieran financiación por parte de Rusia. Así como suministros que llegaban a Afganistán cruzando la frontera tayika, velada por tropas rusas... Al menos en este sentido sí puede afirmarse que la contribución rusa a la causa anti-talibán fue significativa.

Por esta misma razón, los rusos celebraron la intervención de los Estados Unidos y las fuerzas de la coalición en otoño de 2001. Es cierto que la posibilidad de que UNOCAL se hiciera con el macrocontrato de los oleoductos les molestaba, ya que montar rutas alternativas a las controladas por los gigantes rusos del sector, Gazprom y Lukoil, nunca es una buena noticia, desde el punto de vista de Moscú (Voloshin, 2008: 154). Sin embargo, en el momento de la intervención internacional contra los talibán la situación estaba tan deteriorada que ese tema había bajado varios escalones en la agenda. Además, los responsables de UNOCAL tuvieron la delicadeza de introducir a la propia Gazprom en su proyecto, aunque fuese como accionista minoritario (se habla de una participación que rondaría el 10%). Así las penas son menores. Pero, sobre todo, la guerra de los gasoductos estaba en horas bajas.

El apoyo ruso también es razonable desde otros parámetros. Por ejemplo, la necesidad de eliminar la presión internacional que se venía ejerciendo sobre su forma de gestionar el conflicto de Chechenia. Es más, con su aval a la causa estadounidense en Afganistán logran que desde Washington se sea menos crítico con la política represiva del Kremlin en el Cáucaso. En este sentido, puede decirse que la política del Kremlin le aporta cierta capacidad de chantaje sobre la sociedad internacional en general y sobre los Estados Unidos en particular. En realidad, los líderes rusos siempre tratan de conectar el escenario afgano y el checheno. Según su visión de las cosas, los

talibán habrían apoyado a la insurgencia chechena, de manera que el desmantelamiento de sus estructuras sería rentable en sí misma al margen de otras consideraciones (Stanekzai, 2009: 30). No es fácil demostrar esa conexión con los talibán, pero sí con Al Qaida que, a finales de los años noventa, se había acercado a los primeros. Así que, dando un pequeño rodeo, el argumento se vuelve verosímil. De esta manera, Afganistán y Chechenia serían dos marcos del *yihadismo* global. Y, como tales, merece la pena luchar contra las fuerzas que lo sustentan. Ambas campañas son, pues, igualmente legítimas. Esa es, más o menos, la óptica de Putin.

El problema, desde su punto de vista, es que la presencia de los estadounidenses y la OTAN en Afganistán va para largo. Esto cambia las cosas. Sobre todo porque puede tener malas consecuencias para la hegemonía que Rusia desea mantener sobre los Estados de la CEI. No en vano, “los dirigentes rusos, particularmente desde la llegada al poder de Vladimir Putin, han visto las acciones de EEUU en Asia Central y en el Cáucaso casi exclusivamente desde la perspectiva de un juego de suma cero, es decir, como una intrusión norteamericana en la esfera de influencia rusa” (Cornell, 2008: 196-197). Además, la elite política de Moscú está escamada desde hace tiempo porque en el seno de la CEI “las tendencias centrífugas actúan con más fuerza que las centrípetas”, hasta el punto que dicha estructura ha sido definida como un “órgano de desintegración civilizada” (Voloshin, 2008: 164). La convergencia de ambos fenómenos viene a integrar la peor de las hipótesis a ojos del Kremlin.

La verdad es que estas repúblicas también se alegraron de la iniciativa estadounidense de 2001. No sólo por su talante antitalibán. En eso el acuerdo es total, porque Estados como Uzbekistán han demostrado a lo largo de estos años una gran contundencia a la hora de intentar erradicar el islamismo⁵. Incluso una excesiva contundencia, si empleamos el baremo del respeto a los derechos humanos más elementales, entre los que está la libertad religiosa. En realidad, esa intervención constituía una oportunidad de oro para sacudirse el yugo de Rusia ya que, como era previsible, los Estados Unidos se pusieron en contacto con esas repúblicas fronterizas para conseguir todo tipo de

⁵ El representado por el Movimiento Islámico de Uzbekistán (MIU) que está catalogado por los Estados Unidos como organización terrorista.

garantías y ayudas. Como contrapartida, la presencia de bases estadounidenses sobre el terreno, aporta también un plus de seguridad a sus anfitriones. Y de dinero, pues los alquileres pagados en dólares son también suculentos. De eso se trataba, en el fondo. Sin embargo, la presencia de Rusia se volvía de repente menos necesaria.

Como reacción frente a esta subrepticia y sutil ocupación de lo que considera su *hinterland*, Rusia ha optado por una política de prudencia no exenta de firmeza. Ha seguido apoyando la causa de la coalición internacional, pero también ha abierto nuevas bases en países como Kirguizistán. Asimismo, Rusia ha trabajado para explotar los altibajos en las relaciones entre Estados Unidos y algunas repúblicas de la CEI, como Uzbekistán –cuyas relaciones con Washington se colapsan a finales del año 2005-. El terreno que los Estados Unidos pierden es rápidamente recuperado por Moscú. De manera que el resultado de esas maniobras ha devuelto la calma al ejecutivo ruso. Porque eso significa que las aguas vuelven a su cauce.

CAPÍTULO 15

EL CASO DE LOS ACTORES REGIONALES

Algunos de los Estados que más han influido en Afganistán en los últimos años no responden al estereotipo de las grandes potencias. Se trata, más bien, de vecinos deseosos de aprovechar las debilidades afganas para manejar, o al menos para reconducir, la política de Kabul en función de sus propios intereses. El caso más flagrante es, con diferencia, el de Pakistán.

Pakistán y Afganistán tienen en común a los pastún. Lo cual no significa, como sabemos, que los pastún sean fáciles de conducir. Y tampoco que sean un elemento capaz de propiciar un mejor entendimiento entre ambos Estados. Al revés. Esto, por sí mismo, genera tensiones entre ellos porque cada uno piensa que el otro lo puede emplear en contra suyo como arma arrojadiza. Sabemos de las reivindicaciones cruzadas al respecto. Así como que Afganistán no es ninguna víctima inocente en esta disputa. De hecho, en un primer momento, tras su independencia, fue Pakistán el país que se vio más presionado por las exigencias de Kabul. En 1961 el gobierno de Kabul vuelve a la carga exigiendo que la zona tribal del lado pakistaní acceda a su independencia. Sin embargo, con el transcurrir de los años, Pakistán ha visto la oportunidad de utilizar la causa pastún en su favor. Entiéndase bien. Lo que menos le interesa a Pakistán es reconocer una entidad pastún independiente. Lo que más le interesa es que los pastún de su lado de la frontera contribuyan a la causa de Islamabad en Kabul. Mientras que la culminación de sus aspiraciones sería ver un gobierno afín en Afganistán. Es más, un gobierno afgano -pastún por supuesto- que en la práctica actuara siguiendo las instrucciones de Pakistán.

Esta obcecación con Afganistán también tiene otra vertiente, no incompatible con lo hasta ahora dicho. En realidad, lo refuerza, y lo hace más perentorio. Tiene que ver con la geopolítica en estado puro. Se trata de la rivalidad entre India y Pakistán. Rivalidad que no cesa, como es bien sabido, por múltiples razones: la carrera nuclear

entre ambos Estados o el contencioso de Cachemira son las principales. Esto provoca complicaciones adicionales que revierten en Afganistán. En este sentido, el asunto de Cachemira es especialmente controvertido, porque Afganistán ha sido base de entrenamiento para los fundamentalistas islámicos pro-pakistaníes que tenían precisamente ese destino. Tal era la situación, sin ir más lejos, en la época dorada de los talibán. E India lo sabe. Pero, más allá de esto, la tensión en Cachemira provoca, a su vez, que Pakistán *qua* Estado esté intranquilo ante la posibilidad, no del todo descartable, de una furibunda reacción militar india para poner freno a las periódicas provocaciones pakistaníes. Aunque esa reacción se produzca utilizando sólo armas convencionales. Porque no podemos olvidar que en este apartado la India posee unas fuerzas armadas muy superiores a las que Islamabad podría llegar a movilizar. Así que el fantasma de una guerra contra un vecino más poderoso siempre sobrevuela las mentes de la elite político-militar punjabi. Indudablemente, es el peaje que tiene que pagar por alimentar temerariamente la causa cachemir.

Pues bien, en este escenario de crisis potencial, los pakistaníes siempre han visto Afganistán como su tabla de salvación. Efectivamente, ante un hipotético ataque de la India sobre suelo pakistaní, el territorio afgano le concedería más margen para una eventual retirada y recomposición de fuerzas propias, además de proporcionarle una ruta segura para el acceso a los suministros y municiones necesarios para continuar la guerra. Eso es lo que en clave castrense podríamos definir como tener “profundidad estratégica”. Pero es evidente que todo ello sólo sería factible en caso de que el gobierno de Kabul estuviese por la labor (Hallinan, 2009: 70). Ya que Afganistán es un Estado independiente que, en otras circunstancias, bien podría optar por cerrar su frontera con Pakistán, poniendo a los punjabis contra la espada y la pared (nunca mejor dicho). De ahí que la insistencia de los sucesivos gobiernos pakistaníes vaya mucho más allá de poder entrenar a yihadistas en los campos afganos. En realidad, este extremo es precisamente el que puede oscilar de un gobierno a otro. En cambio, la obsesión por tener la retaguardia asegurada es bastante transversal a los dirigentes de Islamabad. Y esa retaguardia se llama Afganistán.

Con todo, es evidente que la opción de que Islamabad maneje los hilos de la política de su vecino no es fácil de llevar a la práctica.

Pero dada la creciente debilidad afgana, esa esperanza se ha ido retroalimentando en las últimas décadas. Así las cosas, aprovechando la coyuntura marcada por la invasión soviética, Pakistán va a apoyar a ciertos líderes *muyahidín* con la mirada puesta en que su sueño se torne realidad. Hegel decía que el guión de la historia se escribe en renglones torcidos. En este sentido, la invasión soviética de los años ochenta abre una magnífica ventana de oportunidad que Pakistán se apresta a aprovechar.

Lo que ocurre es que Islamabad se involucra en una partida muy difícil de ganar. Por una parte, le interesa fomentar la causa de los pastún, pues el resto de etnias afganas no tienen nada que ver con Pakistán y con toda probabilidad serían menos receptivas a sus instrucciones. Por otra parte, en cambio, no interesa que esos pastún sean nacionalistas proclives a fomentar un futuro Pastunistán independiente que, renegando de la línea Durand, acabara integrando una porción del actual territorio afgano... y otra del actual territorio pakistaní. En la peor de las pesadillas de Islamabad aparece siempre un Estado pastún monoétnico que reúna a los 40 millones de pastún de ambos lados de la frontera¹. Eso sería tanto como huir de las brasas para caer en la hoguera. Así que los *muyahidín* elegidos deberían ser pastún pero, de alguna manera, “internacionalistas”. Sólo eso ofrece unas mínimas garantías de que llegado el caso relativizarían la cuestión del Pastunistán.

En esta línea, los mejores candidatos son los fundamentalistas islámicos. Tiene lógica. Cuando el entonces presidente Mohammad Zia ul-Haq, un general que llegó al poder a través de un golpe de estado en 1977, sienta las bases de la cooperación con la resistencia anti-soviética, maneja precisamente estos parámetros. En realidad, Zia –un “mohajer”²– consideraba que Pakistán debería ser “ante todo un

¹ El nacionalismo pastún está más articulado del lado pakistaní de la frontera. Incluso a través de un partido clásico, como es el Awami o Partido Nacional Awami. Recordemos que en 1947 a su líder, Abdul Ghaffar Khan, le faltó tiempo para exigir, sin éxito, una consulta para la creación de un Estado-nación pastún independiente en la zona pakistaní. Desde entonces él y otros líderes pastún pakistaníes como Wali Khan han moderado su discurso, trocándolo por otro de perfil autonomista. Pero, como es evidente, en Islamabad sospechan de sus verdaderas intenciones.

² Así se denomina a los pakistaníes residentes en territorio indio que se trasladan al nuevo Estado para participar en un proyecto, ante todo, musulmán.

Estado islámico, con vocación de representar y defender a todos aquellos que luchan en tanto que musulmanes” (Roy, 2003: 52). No en vano, él fue el gran avalador de las madrasas en Pakistán, y bajo su égida su cifra se multiplicó rápidamente (Coll, 2005: 180). En esa línea, desconfía de las tribus afganas por considerarlas sospechosas de nacionalismo pastún (Marsden, 2002: 54). Pero, sobre todo, por considerarlas poco dóciles a sus propias instrucciones. De modo que al final el favorecido es, como sabemos, Gulbuddin Hekmatiar. Un pastún sin mucho pedigrí. Pero también un fervoroso *yihadista*. Y, sobre todo, alguien que podía aceptar sin discusiones el proyecto pakistaní. Todo ello con la connivencia de la CIA y por extensión de la Casa Blanca, por supuesto³.

Hekmatiar fue un personaje al que Pakistán se encargó de agasajar y de apoyar hasta la saciedad. Pero él nunca logró corresponder con resultados. Su incuestionable determinación no se vio coronada por el éxito. En el contexto de la crisis final del gobierno pro-soviético de Najibullah, el líder tayiko Masud se le adelantó en la conquista de Kabul. No insistiré en vicisitudes que ya han sido expuestas en el capítulo correspondiente, pero sabemos que Hekmatiar llegó a bombardear Kabul repetidamente en un intento desesperado para hacerse con el poder aunque sea a destiempo. Lo cierto es que Pakistán estuvo detrás de sus maniobras hasta la pérdida de confianza acaecida en 1995-1996, cuando Hekmatiar es arrinconado por los propios talibán en su avance hacia la capital (Griffin, 2001: 119). Eso significa que Pakistán, a través de su mandatario, estimuló el bombardeo indiscriminado contra la capital de un gobierno legítimo (desde luego, del más legítimo en mucho tiempo) por las razones de tipo geopolítico que hemos ido viendo. Básicamente, el temor a que Burhanuddin Rabbani y su equipo no se avinieran a convertir

³ Washington siempre consideró que el general Zia era su hombre en Pakistán. Pero el tiempo ha demostrado que detrás de esta apuesta puede haber otro grave error de enfoque. Por lo pronto, Ahmed Rashid considera que la ceguera de Washington llega a extremos insospechados debido a que una parte de los fondos asignados a la insurgencia van a terminar alimentando el programa nuclear pakistaní o esa otra insurgencia cachemir. La única explicación de tal desbarajuste es que los estadounidenses no financiaban directamente a los interesados, sino que esos fondos iban a parar al gobierno de Islamabad. Y de éste solían pasar a manos de sus servicios de inteligencia, el ISI. De esta manera los objetivos de la ayuda inicial eran parcialmente desvirtuados en función de los intereses nacionales pakistaníes (v.gr. Rashid, 2009: 47-49). Pero éste fue, precisamente, el principal logro de Zia.

Afganistán en un Estado títere de Pakistán. Temor fundamentado, por otra parte. Aunque eso no justifique, se mire como se mire, la inquina pakistaní.

Pero el fracaso de Hekmatiar no iba a significar el final de la presión que Islamabad ejerce sobre Afganistán. Al fin y al cabo, Hekmatiar sólo era una pieza de una política mucho más ambiciosa. De modo que en Pakistán sólo tenían que buscarle un relevo adecuado. O ni siquiera eso. Es decir, ni siquiera tenían que buscar mucho. No en vano, quienes habían arrinconado a Hekmatiar, los talibán, también reunían bastantes condiciones de las previstas por Islamabad para liderar la transformación de Afganistán en la dirección pergeñada. Eran pastún. Eran islamistas antes que nacionalistas. No planteaban su intervención en términos de solidaridad tribal (aunque pudieran servirse de ella, claro). Además, los talibán tenían muchos contactos con las *madrasas* pakistaníes. Eran conocidos por el ISI. De hecho, se rumorea que algo más que conocidos. Es más probable que los servicios de inteligencia pakistaníes tuvieran mucho que ver con los primeros éxitos talibán, ya en suelo afgano. Entonces, dados estos antecedentes, ¿qué más se puede pedir? En ese contexto, Pakistán lo tiene claro. Los talibán pueden reemplazar a Hekmatiar con ventaja para llevar a cabo ese viejo pero difícil proyecto de control de la política afgana.

Así se hizo. Y al mismo nivel de compromiso que antes se tuvo con Hekmatiar. En la práctica, el compromiso pakistaní llega al extremo de que ante las primeras dificultades económicas de los talibán en el recién estrenado gobierno de Kabul, los pakistaníes van a pagar los salarios de los funcionarios afganos. Se tiene constancia de que así se hizo, al menos, en 1996, 1997 y 1998 (Rashid, 2001: 281). Es curioso. El mismo gobierno que un año antes propiciaba el bombardeo de la capital, ahora asumía hasta el pago de las nóminas. Cosas de la política internacional. Lo cierto es que, por fin, Islamabad estaba a punto de culminar uno de sus proyectos más ambiciosos. Gracias al mulá Omar y sus huestes.

Pero las cosas se complican más pronto que tarde. Sin que los talibán logren el control de todo el territorio, las fuerzas tayikas, uzbekas y hazaras van a recibir ayuda de otras potencias regionales. Rusia, Irán y la India, cada cual con sus propias motivaciones,

coinciden en la necesidad de pararles los pies a los talibán. El interés de Rusia ya lo hemos comentado. El de Irán lo veremos monográficamente más adelante. El de India es el más circunstancial de todos. En realidad, la India no tiene cuentas pendientes con Afganistán. Sin embargo, el hecho de que los talibán acaben facilitando campos de entrenamiento a Al Qaida y, en particular, a la causa pakistaní en Cachemira complica las cosas. Efectivamente, permitir un gobierno talibán es, a ojos de Nueva Delhi, tanto como verter combustible en la llama cachemir. No les falta razón. Por otro lado, la consolidación de un gobierno pro-pakistaní en Kabul también preocupa. Sobre todo porque si Islamabad siente que tiene las espaldas bien cubiertas puede mostrarse más ofensiva en muchos temas controvertidos, más allá de esa disputa fronteriza. Ni siquiera sería impensable un recrudecimiento del islamismo en el interior de la India. De modo que a los dirigentes hindúes no les tiembla la mano.

En Pakistán deberían haber sospechado que el conflicto afgano asumiría una dimensión regional y que, dadas las fuerzas en liza, su fórmula talibán podía quedar malparada. Quizá lo hicieron. Pero aún tenían que llegar tiempos peores. En realidad, la complicación máxima para Pakistán se plantea toda vez que el maridaje entre los talibán y Al Qaida se hace evidente. Máxime teniendo en cuenta que el *yihadismo* ya opera a escala planetaria, con lo cual los intereses afectados extrapolan a su vez los de las tres potencias regionales empeñadas en poner palos a las ruedas del mulá Omar. Por ejemplo, los atentados de agosto de 1998 contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania son la peor noticia que Pakistán podía recibir. La razón es bien sencilla. Los Estados Unidos (y Arabia Saudita) van a redoblar la presión sobre el gobierno de Islamabad a fin de que contribuya a la detención de Osama Bin Laden. Lo que, a esas alturas de la relación entre éste y los talibán, era tanto como poner en entredicho, de la A a la Z, toda la estrategia pakistaní hacia Afganistán. Ni que decir tiene que la aparición de los subsiguientes *Tomahawk* no contribuyeron precisamente a calmar las cosas en Pakistán.

El entonces primer ministro Omar Sharif parecía mostrarse flexible ante las reivindicaciones de Washington. A cambio de algunas promesas en la dirección pretendida por la Casa Blanca, incluso había conseguido que Washington rebajara las sanciones impuestas a Pakistán con motivo de sus pruebas nucleares de 1995. Pero la calle

dictaba otra sentencia. Muchos pensaban que no se debía ayudar a los Estados Unidos. Los islamistas del JUI estaban dispuestos a declararles la guerra santa. La clase media pakistaní, más moderada, aparecía desconcertada y maldecía las maniobras de su gobierno en territorio de Afganistán. Mientras que el ISI y la cúpula militar, que son los poderes fácticos que realmente están al mando en Pakistán, optaron por reconducir la situación contentando a unos y otros pero, sobre todo, tratando de salvar su política afgana. Así que con este motivo como telón de fondo se larva el golpe de estado que lleva al general Musharraf al poder, en octubre de 1998.

Musharraf es un estadista interesante donde los haya. Pero buena parte de ese interés emana de sus contradicciones. O quizá sea más adecuado decir que arranca del *décalage* existente entre su propia percepción de la realidad y los imperativos del momento en que tuvo que dirigir las riendas de su país. Según algunos expertos, se trata de alguien que frente al islamismo desbocado latente en la sociedad pakistaní, intenta demostrar que Pakistán “es un Estado-nación como cualquier otro, para el que los intereses nacionales priman sobre la solidaridad islámica” (Roy, 2003: 51-52). Entonces, puede decirse que el proyecto político de Musharraf navega en sentido opuesto al de Zia, por ejemplo. Pero su navegación enseguida adoptó tintes dramáticos. De naufragio, más bien. Porque las consecuencias de la política radical de Zia pesaron como una losa sobre el nuevo gobierno. Musharraf termina queriendo contentar a todos y no satisfaciendo a nadie.

Desde entonces Pakistán está a la defensiva. Cada nuevo suceso ha supuesto mayores quebraderos de cabeza. Si la onda expansiva de los atentados de 1998 llegó a Islamabad, qué decir del 11-S. Va a ser la gota que colma el vaso de la paciencia estadounidense. Su intervención en Afganistán, al frente de una coalición internacional lo es también a favor de las fuerzas de la Alianza del Norte y en contra del proyecto talibán. Así que lo poco que quedaba de las aspiraciones pakistaníes se cae por los suelos en poco tiempo. Existen fundadas sospechas de que miembros del ISI huyeron junto a terroristas de Al Qaida en los dos meses siguientes, en dirección a Pakistán. Los últimos estertores del año 2001 fueron ciertamente esperpénticos, como consecuencia de la osadía pakistaní. Por una parte, se trataba de no soliviantar más a Washington y, para ello, de contribuir a la causa de la lucha anti-terrorista mediante la

captura de activistas. Por otro lado, se trataba de ayudar a los talibán a esconderse y a rehacerse. Pero hacia 2001 había muchos talibán que tenían tratos con Al Qaida. Entonces, ¿dónde encasillarlos? Se trata de un auténtico encaje de bolillos. Pero este doble juego es el resultado de esas ambiciones. Y aunque Pakistán no lo había buscado intencionadamente, desde entonces se encuentra atrapado en sus efectos perversos. Perversos, finalmente, para la estabilidad del propio Pakistán.

La sociedad pakistaní está rota por dentro. Las tensiones entre islamistas y los sectores más modernizadores del país se acercan a una situación de pre-guerra civil. Mientras estuvo en el poder, Musharraf fue bastante cauto a la hora de perseguir a los ciudadanos afganos y pakistaníes sospechosos de colaborar con el terrorismo internacional. Pero se vio forzado a hacer concesiones a los Estados Unidos. Así que mandó arrestar a varios militantes árabes de Al Qaida y los entregó a las autoridades estadounidenses. Ni que decir tiene que esta delicadeza es irrelevante (en el mejor de los casos) a ojos de los dirigentes panislámicos de Al Qaida. De hecho, a lo largo de sus últimos años en el poder fue blanco de las iras de ese mismo extremismo islámico que él (y sus antecesores) había contribuido a fortalecer. El propio Musharraf fue objeto de varios atentados. En diciembre de 2003 sufre uno que está a punto de costarle la vida. En este sentido, no podemos obviar que desde el año 2002 Bin Laden y Al Zawahiri venían lanzando una serie de filípicas en contra suya, tildándolo sistemáticamente de “traidor” y de “vergüenza” para el Islam (Rashid, 2009: 287).

Finalmente, en julio de 2007, él es el responsable de la sangrienta represión en la conocida *mezquita roja* de Islamabad. Se trata de lo que los economistas describen como una “huída hacia delante”. Un gesto desesperado ante un problema que le supera. La respuesta de los islamistas pakistaníes ha sido declararle la *yihad* a su propio gobierno. En todo este cúmulo de desaciertos, quizá cabría decir que Musharraf fue víctima de su propia ambigüedad. Pero sería injusto. Porque detrás de él existe toda una *intelligentsia* que ha decidido jugar a un juego demasiado arriesgado. Musharraf fue víctima de una ambigüedad estructural. A lo sumo fue su portavoz. Y, en ocasiones, su portavoz a regañadientes.

De ahí que el futuro aparezca incierto. Bien es verdad que el nuevo gobierno de Ali Zardari se ha tomado al pie de la letra la necesidad de presionar a los talibán que operan en y desde el interior de Pakistán (Colom, 2009: 22). También ha ilegalizado al *Tehrik-i Taliban Pakistan* (TTP) dirigido por Baitullah Mehsud. En realidad se trata de un grupo al que cabe considerar independiente del movimiento talibán afgano, si bien comparten objetivos similares (Friedman, 2009: 8). Su principal función ha sido, genéricamente, reclutar pastún pakistaníes en beneficio de la *yihad*. Empezando por fomentar la *yihad* en el interior del propio Pakistán, por supuesto. Pero también se acusa al TTP de organizar, en concreto, el atentado que le costó la vida a Benazir Bhutto, en diciembre de 2007. El problema es que en pocos años se ha hecho con una poderosa milicia armada compuesta, según ciertas estimaciones, por unos 30.000 activistas (Reinares, 2009: 3). Eso requiere de una respuesta proporcionada a la gravedad de la amenaza. De hecho, en el momento de escribir estas líneas existen varias operaciones militares abiertas de las fuerzas armadas de Pakistán con la mirada puesta en limpiar de terroristas su lado de la frontera con Afganistán.

Pero en el ínterin se ha perdido un tiempo precioso. Lo que parece evidente es que Pakistán ha sido víctima de sus propias maniobras; que el resultado de tantos años de injerencias en la política afgana ha generado un perverso efecto *boomerang*; que como consecuencia de todo ello, hoy en día los territorios pakistaníes de la FATA se han convertido en “el lugar más peligroso de la tierra” (Stanekzai, 2009: 29); que, además de eso, son cada vez más desleales al gobierno de Islamabad; que las estrategias diseñadas para llevar la paz y la estabilidad a Asia ya se denominan AF&PAK, como queriendo decir que Pakistán ya no forma parte de la solución, sino del problema; y, lo peor de todo, que Pakistán está al borde de la quiebra. En gran medida por deméritos propios. No valen excusas.

En lo que a nosotros más nos interesa, cabe añadir que Pakistán ha jugado sus cartas como mejor ha sabido en cada momento. No siempre con acierto, como es notorio. Pero en la dimensión sistémica de la región ha contribuido al enfrentamiento en tierras afganas, retroalimentando las diferencias existentes entre los pastún y el resto de etnias. Las cosas podrían haber sido de otro modo, por supuesto. ¿Qué hubiese sucedido si los talibán se consolidan en el

poder tras la toma de Kabul? ¿Cuál hubiese sido el escenario sin 11-S? Probablemente, un gobierno mayoritariamente pastún en Kabul. E incluso únicamente pastún. Entonces algunos alabarían la valentía de Islamabad al apoyar la única vía de construcción de un Estado que se precie en Afganistán. Seguramente, así sería. Pero lo que ya es más difícil de imaginar es el grado de estabilidad que podría tener ese gobierno a medio y largo plazo, cuando representa a bastante menos del 50% de la población (habida cuenta de que, como sabemos, existen grietas dentro del colectivo pastún, máxime cuando su estilete político son los talibán). Dicho con otras palabras, la estrategia pakistaní en Afganistán es más que discutible en sí misma considerada, al margen de los avatares del destino. Pero ahora este debate es estéril porque esa hipótesis no se dio. Y no se dio porque los talibán no estuvieron en condiciones de consolidar un gobierno monocolor en Kabul. Y porque con Al Qaida de por medio el 11-S, o cualquier otro atentado similar, es algo que a fuer de ser posible se torna altamente probable. Parece evidente que Pakistán jugó malas cartas desde el comienzo.

Claro que, como antes se ha indicado, el gobierno de Islamabad no está solo en la partida asiática. Por el contrario, los demás países de la región reaccionan ante cada movimiento pakistaní. En este sentido, la coalición anti-soviética se deshace relativamente pronto. Arabia Saudita, que es uno de los tres únicos Estados que llegó a reconocer al gobierno talibán como legítimo, se desmarca de Osama Bin Laden después de los desaires y las críticas vertidos contra Riad a principios de los años noventa. Por otra parte, tras los atentados de 1998 también rompe con el gobierno talibán de Kabul. Aunque esto no puede ser excusa para olvidar que hasta ese verano de 1998 y durante varios años, desde Riad se suministró a los talibán combustible a precios subsidiados, además de inyectar a su economía muchas donaciones en metálico (Kalfon, 2005: 29). Pero no es menos cierto que tras el giro de 1998, Arabia Saudita no sólo ha cortado de raíz esa colaboración sino que también ha reconocido al actual gobierno de Hamid Karzai.

En este sentido, Arabia Saudita se realinea con la postura deseada por los Estados Unidos, como casi siempre. Eso no significa que busque enfrentarse con Pakistán. No es el caso. Pero las relaciones se enfrían debido a la reclamación constante de Riad en

torno a la entrega de Bin Laden. Efectivamente, desde la capital alauita se observa con preocupación que desde finales de los años noventa existe cierta connivencia entre los líderes talibán y el Estado pakistaní para evitar esa entrega. Sin embargo, las relaciones entre Riad e Islamabad se mantienen firmes. Si acaso, desde entonces, Riad se ha ofrecido para mediar en todo lo que tenga que ver con el futuro de Afganistán. Por ejemplo, se sabe de una reunión celebrada en La Meca, en octubre de 2008, en la que había una representación del gobierno Karzai (se comenta que su hermano) así como una delegación del mulá Omar. En general, cabe afirmar que el resto de jugadores de la partida respetan ese rol. Aunque por el momento ha sido de baja productividad.

En cambio, el papel de Irán en esta crisis es mucho más delicado. A diferencia de lo que ocurre con Afganistán, con Pakistán y con Arabia Saudita, Irán es un Estado que integra una población mayoritariamente chiíta. Aunque también posee una minoría sunnita. Culturalmente persas, en Teherán siempre se han sentido más identificados con la causa tayika que con la causa pastún. Si miramos hacia atrás, podemos comprobar que el gobierno de los ayatollahs contribuyó a la *yihad* anti-soviética aportando recursos a los grupos que menos apoyo obtenían de Pakistán. En particular, como era de esperar, ayudó especialmente a *Hisb-e-Wahdat*, que fue ninguneado por Pakistán.

Posteriormente, al menos durante algún tiempo, Irán se dejó seducir por el discurso de Osama Bin Laden. Aunque visto en perspectiva esto parezca hasta difícil de creer, tuvo sentido. En la medida en que el líder de Al Qaida pudiera representar un auténtico panislamismo capaz de integrar a sunnitas y chiítas bajo la misma bandera, el proyecto podría interesar a Teherán. La deriva abiertamente anti-occidental y, en concreto, anti-estadounidense no era extraña a la política exterior iraní. Pero además de este ideal cuasi faraónico de unificación del Islam aunque sea a través de la constatación de algún enemigo común, otras circunstancias de coyuntura contribuyeron al acercamiento de posturas. Por ejemplo, la ruptura entre Bin Laden y Riad constituía una excelente carta de presentación en Teherán, dada la enemistad existente entre esos dos Estados. Aunque para ello ese proyecto panislámico tuviese que quedar aparcado. O quizá la postura de Bin Laden respecto de la cuna

del islamismo sunnita podía interpretarse como una muestra de sinceridad en el sentido de que ya no priorizaba una corriente sobre la otra. Asimismo, es más que probable que el apoyo prestado a Bin Laden por Hassan Turabi en Sudán, en forma de hospedaje en momentos complicados tenga mucho que ver con este realineamiento dentro del microcosmos musulmán. Sea como fuere, esta relación no duró mucho. Ante el cariz que fueron tomando los acontecimientos, el gobierno de Teherán fue marcando distancias con Bin Laden. También lo hizo Turabi.

Pero el auténtico acicate para la intervención de Irán en los asuntos afganos ha sido la irrupción de los talibán y su postura intransigente hacia la minoría chiíta de Afganistán, básicamente representada por los hazaras. La verdad es que a mediados de los años noventa, Teherán mantenía algunas diferencias con Masud y muchas diferencias con Dostum. Pero tras la toma de Herat por parte de fuerzas talibán, en 1995, su política da un giro significativo. La muerte en extrañas circunstancias del líder hazara Mazari constituye otro estímulo a los esfuerzos de Irán. Desde ese momento, Irán nutre a las fuerzas de la Alianza del Norte con generosidad, les permite levantar campos de entrenamiento en territorio persa y en momentos puntuales llega a aerotransportar algunos contingentes armados a las zonas de combate con el fin de impedir que los talibán prosigan su exitosa ofensiva (Griffin, 2001: 174-175). Este criterio va a ser seguido en la primera fase de la lucha anti-talibán, hasta la toma de Kabul por las fuerzas del mulá Omar.

Más adelante, en el momento en que la ambición de los talibán les lleva hasta Mazar-e-Sharif, en las dos campañas de 1997 y 1998, se produce una nueva escalada en la crisis entre el gobierno afgano de facto e Irán. Sobre todo en el otoño de 1998. Tal y como hemos visto en bloques anteriores, se produce una matanza de hazaras que ya linda con el concepto de genocidio. Eso acontece tanto en Mazar-e-Sharif como en algunos poblados del Hazarajat, en las cercanías de Bamiyán. Además, la entrada de los talibán en el consulado iraní de dicha ciudad fue seguida del asesinato de varios legatarios iraníes. Así que la acumulación de afrentas y el temor a que la situación se desbordase hizo que el gobierno iraní pusiera a sus tropas en estado de máxima alerta y estuviera a un paso de penetrar a las bravas en territorio afgano.

A todo esto hay que añadir que la situación de Irán respecto de Afganistán es ciertamente privilegiada. Máxime si la consideramos a ojos de la dinámica talibán, ayer en el poder, hoy en la oposición. Ocurre que existen cuestiones estructurales que favorecen la posición del régimen de Teherán. Es el caso del enorme influjo de la cultura persa –*lato sensu* considerada- entre la población afgana. Incluso entre los sectores cultos de la etnia pastún. Asimismo, aunque los talibán estén tentados de llegar al enfrentamiento con los chiítas iraníes en clave de yihad, saben perfectamente que Irán puede responder de una manera similar, empleando el mismo argumento (Gohari, 1999: 136). Pero, sobre todo, saben que en este caso no se trataría de pura retórica. Así las cosas, la peculiar relación entre Afganistán e Irán está presidida por estos ítems. De hecho, lo estuvo mientras se prolongó el dominio talibán. Aunque lo significativo es que seguirá estándolo gobierne quien gobierne en Kabul y sea cual sea su sesgo político.

Dadas las circunstancias, Irán también se muestra satisfecho ante la intervención de la coalición internacional en suelo afgano. El entonces presidente Khatami dio el visto bueno a los Estados Unidos y se apresuró a cerrar la frontera con Afganistán. Sin embargo, eso no empece que como en el caso de otros actores implicados (pienso en Rusia) Irán tenga cierta prisa por comprobar cómo los estadounidenses y sus aliados más próximos (caso del Reino Unido) abandonan esas tierras. Básicamente porque de ello depende la propia seguridad iraní. Aquí se entrecruzan, pues, algunas variables geopolíticas. En efecto, si los estadounidenses se quedaran en tierras afganas gozarían de una situación perfecta para, llegado el caso, bombardear las instalaciones nucleares de Teherán, dada la reducción de distancias respecto del objetivo y la innecesariedad de vulnerar la soberanía de terceros Estados para lograr tal fin. O, de forma más limitada, gozarían de una capacidad de presión militar inaudita sobre suelo iraní que también podría ser rentabilizada para lograr objetivos más modestos. Sea como fuere, es razonable pensar que Irán esté incómodo ante la eventualidad de que cualquiera de estas hipótesis se haga realidad...

EPÍLOGO

Este es Afganistán. Y estas sus circunstancias. Un escenario complicado donde los haya. Complicación que surge de causas estructurales, que superan a las personas y sus vicisitudes. En una conferencia que pronuncié no hace tanto en la localidad de Carmona, en el transcurso de un curso de verano organizado por una universidad española diferente de la que habitualmente acoge mis clases llegué a comparar lo que está acaeciendo en Afganistán con el guión de una película reciente, la “tormenta perfecta”. Con el paso del tiempo, creo que se trata de una comparación adecuada o, por lo menos, bien orientada. El caso es que por más empeño que se ponga en hacer las cosas bien, por buenos capitanes que tenga la nave, por más que en algunos momentos parece que ya se avizora la refulgente luz del sol detrás de los últimos nubarrones... por más que todo esto sea cierto, siempre es posible, y hasta probable, que una última ola fatal dé al traste con todo lo antes realizado. Porque en los dominios de Poseidón existen ciertas zonas especialmente peligrosas para la navegación. Y los marinos lo saben bien. De la misma manera que en ciertas latitudes de nuestro planeta existen zonas especialmente peligrosas para la seguridad, para la política o para, simplemente, lograr el sosiego indispensable para construir una sociedad llevadera. Y los políticos lo saben. Los politólogos también lo sabemos. Es más, conocemos las causas últimas de esas dificultades. Las conocemos mejor que nadie. Son, en gran medida, las que he ido apuntando en los diferentes capítulos de este libro. Todo tiene su sentido, y su razón de ser. Igual que ocurre con las grandes tormentas.

La cuestión es que en el momento en que este libro culmina su particular trayectoria Afganistán sigue su andadura entre rencillas tribales, conflictos étnicos, fanatismos religiosos, señores de la guerra, delincuentes comunes, mafias organizadas, instituciones débiles o casi inexistentes y vecinos conspiradores. Todo ello sazonado por una pobreza galopante y un dolor que halla su mejor anestesia,

paradójicamente, en una desilusión crónica. Porque esos son, en definitiva, los ingredientes de la “tormenta perfecta” afgana.

Si el objetivo era elaborar un diagnóstico, creo que esto ha sido cubierto con creces. Ahora bien, como suelo apuntar en estos casos, la búsqueda de la terapia adecuada no es necesariamente fácil. Ni siquiera con un diagnóstico plausible sobre la mesa. Y digo terapia “adecuada”, porque la “idónea” no existe. Eso va de suyo. De modo que las reflexiones finales tienen que ser muy cautas. No se trata de una elección.

El empeño de la sociedad internacional y de buena parte de la elite política afgana por buscar una solución al entuerto se enmarca en el escenario antevisto. Uno de los principales mensajes que se derivan de esta exploración es que conviene no pecar de ingenuidad cuando se alude a supuestos avances relativos a la aprobación de una nueva Carta Magna, o a la celebración de elecciones. Me explico. No es que no sean cosas valorables. Lo son. Pero no son suficientes para lanzar las campanas al vuelo. Es más, en ocasiones pueden contener un efecto perverso, cual es pensar que una realidad tan compleja como la afgana se puede domeñar mediante la aprobación de una nueva norma, o de un paquete de normas, o mediante la puesta en marcha de nuevos procedimientos de corte más democrático. Así que una vez logrados esos ítems ya se puede respirar tranquilamente. Craso error. Lógicamente, esta reflexión vale también para otros conflictos latentes o emergentes.

Por eso he tratado de enfatizar desde el principio hasta el final de este trabajo que los grandes retos aquí planteados son retos metajurídicos. Mucho más básicos que la discusión acerca de los detalles de un nuevo entramado institucional o que la activación de un parlamento. Se trata de retos tan mastodónticos que a su lado celebrar unas elecciones más o menos –o que dichas elecciones sean un poco más o menos seguidas por los afganos– constituyen datos escasamente relevantes. En realidad, como hemos visto, el caso afgano apela al auténtico “abecedario” de la política. A lo más elemental, que no por ello más fácil de resolver. En esta línea, es preciso (es perentorio, diría yo) solventar de una vez por todas el problema derivado de la virtual ausencia de un Estado acreedor de dicho nombre. Un Estado, para empezar, que se extienda por todo el territorio del país. Lo podrán

lograr con ayuda externa. O solos. O podrán no lograrlo. Creo que el relato que hemos seguido tiene la virtud de demostrar que eso –que está en boca de muchos- es difícil de conseguir. Y que en suelo afgano nunca se ha conseguido completamente, aunque a decir verdad en la época de Abd-al-Rahman o más recientemente en la época de Zahir Shah se estuvo realmente cerca de esos estándares. Porque un Estado puede serlo desde el punto de vista formal. Es decir, de acuerdo con el derecho internacional público. Pero eso no es óbice para que el diagnóstico de la ciencia política, siempre más crítico, avance por otros derroteros.

Ahora bien, abordar la construcción de un Estado que alcance unos niveles adecuados de eficacia es todo un reto. Cuando aludo a que ese tema es, en el fondo, una cuestión metajurídica, lo planteo con todas sus consecuencias. Es decir, no me refiero sólo a las constituciones, sino a cualquier otra norma. Lo que está detrás de esta afirmación es que es preciso que en una sociedad existan unos mínimos para que la gente se sienta a aprobar esas normas. Un requisito previo que tiene que ver con pautas de convivencia. E incluso con la idiosincrasia de esa sociedad. Porque aquí no valen las treguas con fecha de caducidad. Eso sería del todo insuficiente.

Es por eso que también he traído a colación la cuestión nacional, de forma intencionadamente paralela a la estatal. Entre otras cosas porque aunque todos sabemos que no es indispensable que cada Estado contenga una sola nación en su interior, no es menos cierto que este último dato facilita sobremanera las cosas. Y Afganistán también debe hacer los deberes en ese punto, si desea ser viable en el futuro, más allá del apuntalamiento ofrecido por la sociedad internacional, del que hoy se beneficia. En este sentido, conviene huir del debate acerca de si es primero el Estado, o la Nación. Sinceramente, eso dependerá de cada caso. Es decir que, en el plano empírico, hay de todo. Pero en el supuesto que nos ocupa se trata de un debate estéril. Porque a día de hoy Afganistán no es ninguna de las dos cosas. Sabemos, pues, con qué cartas jugamos en el caso que nos ocupa.

Ahora bien, Afganistán no es una nación, pero no es imposible que algún día lo sea, dadas las circunstancias. Por ello, a lo largo del texto he aportado sugerencias, a través de clásicos de la ciencia política, que señalan cómo desde la plataforma estatal se puede hacer

mucho por lograr ese ensamblaje o cemento social transversal. Siempre y cuando se tengan las ideas claras al respecto. Es decir que el Estado y la Nación afgana (*in fieri*) podrían retroalimentarse mutuamente, crecer juntos y generar sinergias que permitan que cada uno de estos pilares se vea reforzado a través de la aportación del otro. Para ello será fundamental, en todo caso, la neutralización de los Estados vecinos interesados en desestabilizar Afganistán, o bien en certificar una estabilidad sesgada hacia su propio beneficio. Sería el tipo de neutralización que Habermas exige para que sus condiciones ideales de diálogo sean plenamente operativas.

Por lo demás, es verdad que en otros análisis que he elaborado sobre Afganistán con anterioridad he prescindido del concepto de nación. O, por lo menos, no lo he explicitado. Quizá porque en ese contexto yo mismo lo consideraba excesivamente rimbombante. Pero la esencia de mi discurso era exactamente la misma. En esos casos, aludía a la necesidad de aportar un *relato común* (v.gr. Baqués, 2008), de tipo transversal, que pueda ser considerado auténticamente afgano por gentes de las diversas etnias que componen esa miríada social. Ese relato común es el fundamento de la nación (de la afgana, o de la que sea). Es su razón de ser. Y, en términos prácticos, es lo que permite que las partes se sienten a una misma mesa a discutir comprendiendo que sus interlocutores son parte del mismo problema y que todos gozan de la misma legitimidad. Ciertamente, que se sienten a discutir, que de eso se trata, pues el relato en cuestión ni puede ni debe prescindir de las diferencias internas. De lo que se trata es de saber integrarlas en un todo más amplio capaz de abrazarlas. La pregunta clave tiene que ver con la capacidad afgana por definir un “nosotros” inclusivo de las diferentes sensibilidades de los pueblos que componen Afganistán. Ni que decir tiene que esto tampoco es fácil. Nada fácil.

Pero no todo son malas noticias. En este sentido, no podemos olvidar que la historia de Afganistán está llena de oportunidades o, como diría Michael Oakeshott, de *insinuaciones*, muy arraigadas en una tradición compartida y, en ese sentido, perfectamente aprovechables para llevar a cabo tal empresa. Baste recordar la larga lista de invasores/enemigos comunes habidos y por haber. Por lo tanto, sea cual sea el nombre que le demos a las cosas, el concepto subyacente es el mismo. Lo importante es tomar nota de que este nivel

de análisis es fundamental y, desde luego, insustituible-que-no-incompatible por comicios y constituciones. Lamentablemente, también es importante tomar nota de que Afganistán deja de tener sentido –al menos en cuanto tal- si no se es capaz de avanzar en esa dirección.

Después tocará discutir las medidas económicas concretas a adoptar, tocará discutir el perfil más adecuado de las administraciones que se vayan creando y/o extendiendo por todo el territorio afgano. Por supuesto. El problema estriba en empezar por discutir esas cosas, cuando lo fundamental está por hacer. Por suerte para nosotros, si algo es evidente es que no se trata de retos conceptualmente nuevos. Los Estados europeos ya pasaron por caminos semejantes, *ceteris paribus*, años atrás. Se trata de una de las escasas ventajas que aporta al análisis la experiencia de algunos miembros de la sociedad internacional ahora empeñados en la ayuda a Afganistán. Pero para eso conviene no olvidar los libros de historia, ni los manuales de ciencia política. Lo que finalmente ocurra a raíz de la gestión de este conflicto también va a suponer, de cara al futuro, una excelente vara de medir la factibilidad de este tipo de políticas. El reto es apasionante. Pero se requerirá mucha reflexión, mucha investigación y buenas dosis de imaginación política para llevar este buque a puerto, en medio de la tormenta...

ANEXO. CRONOGRAMA CON LOS HITOS DE LA HISTORIA RECIENTE DE AFGANISTÁN

- 1747 Primera tentativa de construcción de un Estado-Nación en Afganistán. Ahmed Shah Durrani, primer Emir. Las tropas afganas alcanzan Cachemira, Delhi y Peshawar. La capital se establece en Kandahar.
- 1772 Emirato de Timur Shah.
- 1774 Establecimiento de la capital en Kabul.
- 1793 Emirato de Zaman Shah. La mayor parte de las conquistas de Ahmed Shah Durrani se han perdido. Algunas de ellas, definitivamente. Crisis profunda del Estado.
- 1800 Emirato de Shah Mahmud.
- 1803 Emirato de Shah Shuja.
- 1809 Regreso al poder de Shah Mahmud. Firma del primer “Tratado de defensa mutua” anglo-afgano. Tropas británicas pisan por vez primera suelo afgano. El Estado está prácticamente derruido. Situación anárquica.
- 1819 Dost Mohammed, primer Emir del clan durrani Barakzai. Sin embargo, dada la guerra civil latente, sólo alcanza Kabul en 1826.
- 1839 Restauración de Shah Shuja, promovida por el Reino Unido, dado el talante pro-ruso de Dost Mohammed. Primera guerra anglo-afgana.
- 1842 Derrota británica en el paso del Khyber (enero).

- 1842 Dost Mohammed recupera el poder. Tentativa de reconstruir el Estado afgano. La zona pastún del sur, bajo control. Recuperación de Herat.
- 1842-1854 Ruptura de relaciones con el Reino Unido.
- 1855 Tratado de paz y amistad anglo-afgano (contexto de la guerra de Crimea). El Reino Unido subvenciona a Dost Mohammed.
- 1863 A la muerte de Dost Mohammed, Emirato de Sher Ali. El proceso de reconstrucción nacional queda paralizado.
- 1866 Emirato de Mohammed Afzal.
- 1867 Emirato de Mohammed Azam.
- 1869 Regreso de Sher Ali.
- 1872 Tratado anglo-ruso: Afganistán configurado como “Estado tapón” dentro del equilibrio regional de poder entre las grandes potencias.
- 1878 Sher Ali es acusado de pro-ruso por los británicos. El precario equilibrio geopolítico es puesto en peligro. Segunda guerra anglo-afgana.
- 1879 Sher Ali es sustituido por Yakub Khan, pro-británico, pero políticamente débil. Las tropas británicas dominan en pocas semanas la práctica totalidad del territorio afgano.
- 1879 Tratado de Gandamak (mayo): Afganistán se convierte en protectorado británico.
- 1879 Yakub Khan, definitivamente exiliado en la India, manifiesta que prefiere ser un simple jardinero al servicio del Reino Unido a gobernar Afganistán (sic).
- 1880 Abd-al-Rahman, el “Emir de hierro”, alcanza el poder con el apoyo inicial de Rusia. Pronto obtiene también el apoyo económico y militar británico. Restauración del equilibrio

geopolítico. Política de fortalecimiento del Estado, no exenta de dificultades.

- 1886 Levantamiento de las tribus pastún ghilzai contra los durrani.
- 1888 Sometimiento de los uzbekos. Yihad contra los hazaras. Inicio de las políticas de repoblación forzosa de esos territorios con pastún ghilzai.
- 1891-1893 Insurrecciones de los hazara contra el gobierno de Kabul.
- 1893 Establecimiento de la Línea Durand como frontera entre Afganistán y Pakistán.
- 1896 Culmina la islamización forzosa del Nuristán.
- 1901 Habibullah, nuevo Emir. Tendencias pro-rusas. El Reino Unido logra la neutralidad de Afganistán en la primera guerra mundial a cambio del reconocimiento de su independencia una vez finalice el conflicto.
- 1919 Habibullah muere asesinado. Le sustituye Amanollah, claramente pro-ruso. Incumplimiento de la promesa británica. Tercera guerra anglo-afgana. Tratado de Rawalpindi: fin del protectorado. Ratificación de la Línea Durand.
- 1920 Primer “Tratado de amistad y cooperación” ruso-afgano. La URSS y Afganistán proceden a un temprano reconocimiento diplomático mutuo.
- 1924-1929 Guerra civil y destitución violenta de Amanollah.
- 1929 Primer líder no pastún que alcanza el poder: Habibullah II (tayiko). Derrocado y ejecutado en pocos meses.
- 1929 El Emirato de Nadir Shah recupera la hegemonía pastún durrani en Kabul.
- 1933 Nadir Shah muere asesinado y le sucede su hijo, Zahir Shah.

- 1935-1945 Modernización del país. Reinicio de las políticas de repoblación forzosa de las tierras de uzbekos y hazaras.
- 1946 Revuelta fiscal de los hazaras. Riesgo de estallido secesionista.
- 1947 Con la creación del Pakistán, el gobierno afgano reclama la revisión de la Línea Durand a fin de reincorporar a su soberanía los territorios fronterizos poblados por los pastún.
- 1954 Creación del primer partido nacionalista uzbeko (clandestino).
- 1961 Tensiones crecientes con Pakistán. Cierre de fronteras por el asunto de la Línea Durand.
- 1964 Aprobación de la Constitución, de corte liberal. Incipientes dinámicas secularizadoras. Legalización de los partidos políticos. Parlamento electo.
- 1965-1968 Puesta en escena de los primeros partidos legalizados, tanto socialistas (PDPA) como islamistas (*Jamiat*).
- 1972 Primer partido nacionalista hazara (*Tanzim*).
- 1973 Golpe de estado “palaciego” de Daoud Khan (julio). Exilio de Zahir Shah. Continúan las reformas. Distanciamiento de la URSS en una lógica de creciente equidistancia entre las dos superpotencias del momento. La implicación de los EEUU no es militar, sino empresarial. Los sectores islamistas recelan de la deriva secularizadora de Daoud.
- 1978 Golpe de Estado pro-soviético (abril), asesinato de Daoud y llegada al poder de Taraki.
- 1978 Tratado de Amistad con la URSS.
- 1979 Taraki es llamado a consultas a Moscú. A su regreso, su lugarteniente, Amin, lo arresta y se hace con el poder (septiembre). Pocos días después Taraki es ejecutado.

- 1979 Rumores de que Amin posee conexiones con la CIA. Inicio de la intervención militar soviética (diciembre) y llegada al poder de Babrak Karmal. Finalmente, Amin es asesinado por unidades del KGB.
- 1986 Gorbachev anuncia una retirada parcial de tropas. Najibullah, jefe de los servicios secretos y hombre de confianza del KGB, se hace con el control del país (mayo).
- 1989 Culmina la retirada de las tropas soviéticas. Najibullah sigue en el poder con el beneplácito de Moscú.
- 1992 Destitución de Najibullah, gobierno provisional de Mohaddedi y gobierno de coalición de Rabbani (tayiko), como cabeza visible de la Alianza del Norte. Se trata del segundo gobierno no liderado por un pastún a lo largo de la historia de Afganistán. Inicio de un nuevo período de guerra civil. Los señores de la guerra campan a sus anchas.
- 1994 Caída de Kandahar en manos de los talibán, propiciada por la anarquía reinante.
- 1995 Caída de Herat (septiembre) en manos de los talibán. Informes favorables de la CIA y negociaciones con empresas de los EEUU para futuras inversiones.
- 1996 Caída de Jalalabad (agosto) en manos de los talibán. Bin Laden llega a Jalalabad, proveniente de Sudán. A lo largo de los meses sucesivos se establecería en Kandahar, bajo la protección del mulá Omar.
- 1996 Caída de Kabul (septiembre) en manos de los talibán. Escenificación de su contundencia con la tortura y ejecución públicas de Najibullah, hasta entonces protegido en Kabul.
- 1996 Creación de la Alianza del Norte (octubre) mediante la reagrupación de diversos grupos antitalibán (tayikos, hazaras y uzbekos, además de pastún durrani).
- 1997 Derrota de los talibán en Mazar-e-Sharif (mayo).

- 1998 Conquista talibán de Mazar-e-Sharif (agosto).
- 1998 Conquista de Bamiyán (septiembre). La matanza indiscriminada de hazaras, así como los incidentes en legaciones diplomáticas iraníes provocan la movilización de más de 200.000 hombres de las fuerzas armadas de Irán. Riesgo de guerra entre ambos países.
- 1999-2000 Retirada de los restos de las fuerzas tayikas al valle del Panshir. Campos de entrenamiento de Al Qaida en Afganistán.
- 2001 Últimas tentativas de EEUU para obtener la extradición de Bin Laden. Agentes al servicio de Al Qaida asesinan al líder tayiko Masud. Intervención de la coalición occidental en Afganistán, a raíz del macro atentado del 11-S. En pocos meses, los talibán son expulsados del poder. Bin Laden, en paradero desconocido. Virtualmente, Afganistán deja de ser un Estado-santuario del terrorismo de Al Qaida.
- 2002 Loia Jirga (junio): ratificación de Hamid Karzai en el poder a través del mecanismo tradicional afgano, con unos 1600 delegados provenientes de todo el territorio afgano.
- 2003 Los EEUU invaden Irak (marzo-abril).
- 2004 Primeras elecciones presidenciales. Nueva victoria de Karzai. Gobierno de coalición interétnico. Aprobación de una nueva Constitución, de corte liberal-democrático. Se institucionaliza el respeto a las minorías.
- 2005 Elecciones parlamentarias.
- 2006 Conferencia de Londres. La coalición internacional trata de extender el control militar directo sobre el sur afgano mediante la operación “Medusa” (Kandahar). La resistencia talibán se reorganiza. Proliferación de los atentados suicidas.
- 2007 Extensión de la ofensiva mediante la operación “Achilles” (Helmand). La producción de opio en Afganistán se dispara a

más de 8000 toneladas por vez primera en la historia de ese país.

2009 Segundas elecciones presidenciales. Otra victoria, esta vez más ajustada, de Karzai. Denuncia de irregularidades.

2010 Elecciones parlamentarias.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNEY, George (1990). *Afghanistan. The definitive account of a country at crossroads*. London: Mandarin.
- ARRC Afghanistan Research Reachback Center (2009). “My Cousin’s Enemy is My Friend: A Study of Pashtun “Tribes” in Afghanistan”, *ARRC White Paper* (September).
- BAQUÉS, Josep (2006). “El Estado”, en Miquel Caminal (coor). *Manual de Ciencia Política*. Ed. Tecnos, pp. 42-66, Madrid.
- BAQUÉS, Josep (2008). “El rompecabezas de Afganistán: hacia la construcción de un Estado”, en *Athena Intelligence Journal*, Vol. 3, nº 4, pp. 39-57.
- CALVO ALBERO, José Luis (2007). “¿Por qué empeora la situación en Afganistán?”, en *Athena Intelligence Occasional Paper*, nº 14, pp. 1-14.
- CHELLANEY, Brama (2009). “La estrategia afgana de Obama”, en *La Vanguardia*, 7 de febrero, p. 15.
- COLOM, Guillem (2009). “Afganistán: el deterioro de un complejo avispero”, en revista *Atenea*, nº 3 (febrero), pp. 20-24.
- COLL, Steve (2005). *Ghost Wars: the Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001*. New York: Penguin Books.
- CONSTABLE, Pamela (2007). “A Wake-up call in Afghanistan”, en *Journal of Democracy*, Vol. 18, nº 2 (abril), John Hopkins University Press, pp. 84-98.
- CORNELL, Svante E. (2008). “La aproximación de Estados Unidos a las cuestiones energéticas y de seguridad en Eurasia”, en González,

Alex y Claudín, Carmen (eds). *Asia Central y la seguridad energética global*. Ed. CIDOB, Barcelona, pp.179-200.

CREWS, Robert D. y TARZI, Amin (2009). "Introduction", en *The Taliban and the Crisis of Afghanistan*. Harvard University Press, pp. 1-58.

DALRYMPLE, William (2008). "De la India de ayer al Oriente Medio de hoy: la revuelta de los cipayos", en *Le Monde Diplomatique*, nº 154 (agosto), pp. 18-19.

DUPREE, Louis (1997). *Afghanistan*. Karachi: Oxford University Press.

EWANS, Martin (2002). *Afghanistan. A Short History of Its People and Politics*. New York&London: Harper Perennial.

FELBAB-BROWN, Vanda (2005). "Afghanistan: When Counternarcotics Undermines Counterterrorism", en *The Washington Quarterly*, 28: 4 (Autumn). The Center for Strategic and International Studies and the Massachusetts Institute of Technology, pp. 55-72.

FITZGERALD, Paul y GOULD, Elizabeth (2009). *Afghanistan's Untold Story*. San Francisco: City Lights Books.

FRIEDMAN, George (2009). "Obama's Move: Irán and Afghanistan". *Geopolitical Intelligence Report* (September).

FUENTE, Ignacio (2007). "Vencer en Afganistán", en revista *Ejército*, nº 794 (mayo), pp. 66-72.

FUENTE, Ignacio (2009). "Más soldados para Afganistán", en revista *Atenea*, nº 3 (febrero), pp. 29-33.

GELLNER, Ernst (1997). *Naciones y Nacionalismo*. Alianza Universidad. Madrid.

GHAUS, Abdul Samad (1988). *The Fall of Afghanistan. An Insider's Account*. Washington: Pergamon-Brassey's I.D. Publishers.

- GIUSTOZZI, Antonio (2005). *The Ethnicisation of an Afghan Faction. Junbesh-i Milli from its origins to the Presidential elections*. Working Paper n° 67, London: Crisis States Research Centre. London School of Economics.
- GIUSTOZZI, Antonio (2009). “Señores de la guerra y actores regionales”, en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, n° 31 (abril-junio), pp. 32-35.
- GOHARI, M.J. (1999). *Taliban. Ascent to Power*. Oxford: Oxford Logos Society.
- GOODSON, Larry (2005). “Building Democracy after Conflict. Bullets, Ballots, and Poppies in Afghanistan”, en *Journal of Democracy*, vol. 16, n° 1 (January), pp. 24-38.
- GREGORIAN, V. (1969). *The Emergence of Modern Afghanistan*. Stanford: Stanford University Press.
- GRIFFIN, Michael (2001). *El movimiento talibán en Afganistán. Cosecha de tempestades*. Ed. Catarata. Madrid.
- GRYMES, Robert D. (2003). *Establishing Security and Stability in Afghanistan*. US Army War College, Carlisle Barracks. Pennsylvania.
- HALLINAN, Conn (2009). “Voces en el desierto: Europa, Estados Unidos y Afganistán”, en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, n° 31 (abril-junio), pp. 65-70.
- HARRISON, Selig S. (2008). “Pastunistán: un desafío para Pakistán y Afganistán”, en *ARI*, n° 38, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-8.
- HERNÁNDEZ CALVO, Zacarías (2009). “¿Están ganando los talibanes en Afganistán?”, en revista *Ejército*, n° 820 (julio-agosto), pp. 6-13.
- HOBBS, Thomas (1992[1651]). *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica, México DF.

- HOLMES, Michael D. (2008). “Secessionist Jihad: The Taliban’s Struggle for Pashtunistan”, en *Military Intelligence Professional Bulletin*, Vol. 34, nº 3 (july-september), pp. 52-58.
- HSU, Emily&COLE, Beth (2006). “Afgan Insurgency Still a Potent Force”, en *USIPeaceBriefing*. United States Institute of Peace, Washington DC.
- HUSSAIN, Zahid (2009). “Pakistán, de aliado a amenaza”, en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?/La Vanguardia Dossier*, nº 31 (abril-junio), pp. 74-78.
- JALALI, Ali y GRAU, Lester W. (1999). “Whither the Taliban?”, Fort Leavenworth: U.S. Army, Foreign Military Studies Office.
- JARNE, José A. (2005). “El puzzle de Afganistán”, en VVAA. *Islamismo, Democracia y Seguridad*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 189-205.
- JAWAD, Nassim (1992). *Afghanistan. A Nation of Minorities*. Minority Rights Group International Report. London.
- JONES, Adele (2009). “Curriculum and civil society in Afghanistan”, en *Harvard Educational Review*, Vol. 79, nº 1 (Spring), Harvard College, pp. 113-122.
- JONES, Seth G. (2008). “The Rise of Afghanistan’s Insurgency. State failure and Jihad”, en *International Security*, Vol. 32, nº 4 (Spring), Massachusetts Institute of Technology, pp. 7-40.
- JONES, Seth G. (2009). “Solucionar Afganistán desde abajo”, en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?/La Vanguardia Dossier*, nº 31 (abril-junio), pp. 7-17.
- KALDOR, Mary (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Tusquets editores, Barcelona.
- KALFON, Thierry (2005). “Fiscal framework and the budget”, en BENNETT, Adam (ed). *Reconstructing Afghanistan*. International Monetary Found. Washington D.C., pp. 28-46.

- KERN, Soren (2006). “¿Puede reconstruirse Afganistán?”, en *ARI* n° 30, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-9.
- KILCULLEN, David (2006). “28 artículos: fundamentos de la contrainsurgencia”, en *Military Review* (sept-oct), pp. 66-77.
- KLARE, Michael T. (2006). “La geopolítica del gas natural”, en *Papeles de cuestiones internacionales*, n° 93 (primavera), pp. 49-56.
- LIPSET, Seymour Martin y ROKKAN, Stein (1967). *Party Systems and Voter Alignments: cross national perspectives*. The Free Press. Nueva York.
- MALINOWSKI, Jon C. (2004). “Cultural Geography”, en Palka, Eugene J (coor). *Afghanistan*. McGrawHill, Connecticut, pp. 39-47.
- MARSDEN, Peter (2002). *Los talibanes. Guerra y religión en Afganistán*. Ed. Grijalbo, Barcelona.
- MARTEN, Kimberly (2007). “Warlordism in Comparative Perspective”, en *International Security*, Vol. 31, n° 3 (Winter), Massachusetts Institute of Technology, pp. 41-73.
- MENA, Jaime V. (2008). “Planeamiento y ejecución de las operaciones en el RC-W”, en revista *Ejército*, n° 803 (marzo), pp. 46-52.
- METZ, Steven (2007). *Learning from Iraq: Counterinsurgency in American Strategy*. Strategic Studies Institute (SSI). US Army War College, Carlisle.
- MILL, John Stuart (1994[1863]). *Del Gobierno representativo*. Ed. Tecnos, Madrid.
- MOUSSAVI, S. A. (1998). *The hazaras of Afganistán*. Ed. Curzon, Richmond.
- NAZIF SHAHRANI, M. (2009). “Taliban and Talibanism in Historical Perspective”, en CREWS, Robert D. y TARZI, Amin (2009). *The Taliban and the Crisis of Afghanistan*. Harvard University Press, pp. 155-181.

- NEVILL, Edward (1987). “Las guerrillas del Islam”, en *Libro Militar del Año 1987*, ed. Planeta-Agostini, Barcelona, pp. 46-49.
- NEWELL, R.S. (1986). “The prospects of state building in Afghanistan”, en BANUAZIZI, A. y WIENER, M. (ed). *The State, Religion and Ethnic Politics*. Syracuse: Syracuse University Press.
- PRIEGO, Alberto (2008). “El negocio de la droga en Asia Central”, en *ARI* nº 132, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-9.
- PSTRUSINSKA, Jadwiga (1989). “Afghanistan 1989 in sociolinguistic perspective”, en *Central Asian Survey. Incidental Papers Series*, nº 7 (october). London.
- QASIM MAHDI, Niloufer (1986). “Pakhtunwali: Ostracism and Honor among the Pathan Hill Tribes”, en *Ethology and Sociobiology*, Vol. 7, New York: Elsevier, pp. 295-304.
- RAICH, Jordi (2002). *Afganistán también existe*. RBA eds. Barcelona.
- RASHID, Ahmed (2001). *Los talibán*. Ed. Península-Atalaya, Barcelona.
- RASHID, Ahmed (2009). *Descens al caos*. Biblioteca Universal Empuréis, Barcelona.
- REINARES, Fernando (2009). “Para que Al Qaeda sea derrotada, ¿hay que negociar con los talibán o imponerse a ellos?”, en *ARI* nº 91, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-7.
- RENAN, Ernest (1997[1889]). *¿Qué es una nación?* Alianza Editorial, Madrid.
- RIPHENBURG, Carol J. (2006). “Afghanistan: out of the globalisation mainstream?”, en *Third World Quarterly*, Vol. 27, nº 3, Routledge, pp. 507-524.
- ROY, Olivier (1986). *Islam and resistance in Afganistán*. Cambridge University Press.
- ROY, Olivier (2003). *El Islam mundializado. Los musulmanes en la era de la globalización*. Ed. Bellaterra, Barcelona.

- RUBIN, Barnett R. (2009). "El Estado afgano dentro de diez años", en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, nº 31 (abril-junio), pp. 20-24.
- SAIKAL, Amin (2005). *Modern Afghanistan: A History of a Struggle and Survival*, Londres: Tauris.
- SAIKAL, Amin (2006). "Afghanistan's Transition: ISAF's stabilization role?", en *Third World Quarterly*, Vol. 27, nº 3, Routledge, pp. 525-534.
- SHAHID AFSAR, SAMPLES, Chris y WOOD, Thomas (2008). "The Taliban: An Organizational Analysis", en *Military Review* (may-june), pp. 58-73.
- SILVELA, Enrique (2005). "Los equipos de reconstrucción provincial (PRT) en Afganistán", en revista *Ejército*, nº 768 (abril), pp. 90-97.
- SIMONSEN, Sven Gunnar (2009). "El puzle étnico", en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, nº 31 (abril-junio), pp. 45-49.
- SMITH, David M. (2009). "Geografía, petróleo y gas", en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, nº 31 (abril-junio), pp. 51-55.
- STANEKZAI, Mohammad Masoom (2009). "Los orígenes del conflicto (local, nacional y regional)", en VVAA. *Afganistán, ¿el Irak de Obama?*/La Vanguardia Dossier, nº 31 (abril-junio), pp. 27-31.
- SUHRKE, Astri (2007). "Reconstruction as Modernisation: the post-conflict Project in Afghanistan", en *Third World Quarterly*, Vol. 28, nº 7, Routledge, pp. 1291-1308.
- TANNER, Stephen (2009). *Afghanistan. A Military History from Alexander the Great to the war against the taliban*. Philadelphia: Da Capo Press.
- TILLY, Charles (1992[1990]). *Coerción, Capital y los Estados Europeos*. Alianza Universidad, Madrid.

- TORRES, Manuel (2009). “Los talibanes apuestan por la comunicación”, en revista *Atenea*, nº 3 (febrero), pp. 25-28.
- TORTOSA, M^a Amparo (2006). “Afganistán; descubriendo la democracia”, en *Boletín de Información del CESEDEN* nº 297. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 69-83.
- VAN HAM, Peter y KAMMINGA, Jorrit (2007). “Poppies for Peace: Reforming Afghanistan’s Opium Industry”, en *The Washington Quarterly*, 30:1 (Winter). The Center for Strategic and International Studies and the Massachusetts Institute of Technology, pp. 69-81.
- VAN ROODEN, Ron y DICKS-MIREAUX, Louis (2005). “Recent Macroeconomic Developments”, en BENNETT, Adam (ed). *Reconstructing Afghanistan*. International Monetary Found. Washington D.C., pp. 6-27.
- VILANOVA, Pere (2006). *Orden y desorden a escala mundial*. Ed. Síntesis, Madrid.
- VOLOSHIN, Vladimir (2008). “Energía y seguridad en Asia Central: la posición de Rusia”, en González, Alex y Claudín, Carmen (eds). *Asia Central y la seguridad energética global*. Ed. CIDOB, Barcelona, pp. 153-178.
- VVAA (2008). *Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de la paz*. Ed. Icaria, Barcelona.
- WEBER, Olivier (2001). *El halcón afgano. Viaje al país de los talibanes*. Ed. Oberon (Anaya), Madrid.
- YÁÑEZ, Francisco M. (2008). “La estabilidad en Afganistán”, en revista *Ejército*, nº 806 (mayo), pp. 24-32.
- ZORGBIBE, Charles (1997). *Historia de las relaciones internacionales*. Alianza Universidad, Madrid.

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO
GENERAL GUTIERREZ MELLADO (IUGM)**

PATROCINADAS POR EL IUGM

Puell de la Villa, Fernando, *Gutiérrez Mellado: Un militar del siglo XX (1912-1995)*, IUGM-BIBLIOTECA NUEVA, Madrid, 1997.

EDITADAS POR EL IUGM

VV.AA, *Cuadernos del instituto*, IUGM, Madrid, 2000.

VV.AA, *Papeles del Instituto*, IUGM, Madrid, 2000.

Díaz Fernández, Antonio M. (coord.), *Guía de Recursos para el estudio de la paz, la seguridad y la defensa*, IUGM, Madrid, 2003.

VV.AA, *El Mediterráneo: origen de cultura y fuente de conflictos (XIV edición cursos de verano, año 2003)*, IUGM, Madrid, 2004.

Castro-Rial Garrone, Fanny, Álvaro Jarillo Aldeanueva, Eduardo Trillo de Martín-Pinillos, *Las misiones de observación electoral en la prevención de conflictos*, IUGM, Madrid, 2005.

García Montaña, Juan, *¿Es posible medir la moral? potencial psicológico*, IUGM, Madrid, 2005.

VV.AA, *Seminario sobre Seguridad y Cooperación en el Oeste mediterráneo*, IUGM, Madrid, 2005.

Arteaga Martín, Félix (comp.), *Guía de Investigación sobre la paz, la seguridad y la defensa*, IUGM, Madrid, 2006.

Born, Hans et all., *Control parlamentario del sector de la seguridad*, IUGM, Madrid, 2006.

Díaz Barrado, Cástor Miguel (dir.), *Misiones Internacionales de Paz: Operaciones de Naciones Unidas y de la Unión Europea*, IUGM, Madrid, 2006.

- Martí Sempere, Carlos, *Tecnología de la Defensa. Análisis de la situación española*, IUGM, Madrid, 2006.
- Sepúlveda, Isidro (ed.), *Democracia y Seguridad en Iberoamérica. Los retos de la gobernabilidad. III Semana Iberoamericana sobre Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2006.
- Vega, Enrique (ed.), *Gestión Internacional de Crisis*, IUGM, Madrid, 2006.
- Arteaga Martín, Félix; Fojón Lagoa, Enrique, *El planeamiento de la política de defensa y seguridad en España*, IUGM, Madrid, 2007.
- Collado Medina, José (coord.), *Elementos básicos de investigación criminal*, IUGM, Madrid, 2007.
- Santamarta del Pozo, Javier (dir.), *La cooperación entre lo civil y lo militar*, IUGM, Madrid, 2007.
- Sepúlveda, Isidro (ed.), *Seguridad Humana y nuevas políticas de Defensa en Iberoamérica. IV Semana Iberoamericana sobre Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2007.
- Sepúlveda, Isidro; Alda, Sonia (eds.), *Fuerzas Armadas y políticas de Defensa: transición y modernización*, Vol. 1 Ponencias; Vol 2 Comunicaciones, IUGM, Madrid, 2007.
- Vega, Enrique (com.), *Realidades y perspectivas de la Gestión Internacional de Crisis*, IUGM, Madrid, 2007.
- Canales Gil, Álvaro; Huerta Barajas, Justo A., *Comentarios sobre la Contratación Pública Comunitaria y la Ley de Contratos del Sector Público*, IUGM, Madrid, 2008.
- Collado Medina, José (coord.), *Fundamentos de investigación criminal*, IUGM, Madrid, 2008.
- Colom Piella, Guillem, *Entre Ares y Atenea. El debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*, IUGM, Madrid, 2008.

González Rabanal, Miryam; Huerta Barajas, Justo A. (coord.), *Eficiencia en la gestión de recursos, proyectos y contratos de la Administración Pública. Especial referencia al ámbito de la Defensa*, Vol. 1 y 2, IUGM, Madrid, 2008.

Sepúlveda, Isidro; Alda, Sonia (eds.), *La Administración de la Defensa en América Latina*, Vol. 1 Normativa y Organización de la Defensa; Vol 2 Análisis de los casos nacionales, Vol. 3 Estudios Comparados, IUGM, Madrid, 2008.

Sepúlveda, Isidro; Bacas, Ramón (ed.), *El Ministerio de Defensa. Creación, Desarrollo y Consolidación, II Congreso de Historia de la Defensa*, IUGM, Madrid, 2008.

Vega, Enrique (com.), *Realidades y perspectivas de la Gestión Internacional de Crisis. Adenda 2008*, IUGM, Madrid, 2008.

Américo Cuervo-Arango, Fernando; de Peñaranda Algar, Julio; (com.) *Dos décadas de Posguerra Fría*, IUGM, Madrid, 2009.

Bacas Fernández, Jesús Ramón; Bordas Martínez, Federico; Gil Pérez, Javier; Regueiro Dubra, Raquel; Sepúlveda Muñoz, Isidro; Vega Fernández, Enrique, *Crisis somalí, piratería e intervención internacional*, IUGM, Madrid, 2009.

Garrido Rebolledo, Vicente; Isbell, Paul Adam; Malamud Rikles, Carlos; Raggio Cachinero, Benito; Sanahuja Perales, José Antonio; Sepúlveda Muñoz, Isidro; Suárez Pertierra, Gustavo, *Venezuela y la Revolución Bolivariana*, IUGM, Madrid, 2009.

Gómez Escarda, María; Isidro Sepúlveda Muñoz (eds.), *Las mujeres militares en España (1988-2008)*, IUGM, Madrid, 2009.

Sepúlveda, Isidro (ed.), *España en las operaciones internacionales de pacificación, III Congreso Internacional de Historia de la Defensa*, IUGM, Madrid, 2009.

Alda Mejías, Sonia (ed.), *Sistemas de enseñanza militar y educación para la defensa en Iberoamérica*, IUGM, Madrid, 2010.

Canales Gil, Álvaro y Huerta Barajas, Justo Alberto, *Contratación de las Administraciones Públicas en la Ley de Contratos del Sector Público*, IUGM, Madrid, 2010.

Castro-Rial Garrone, Fanny (dir.), *La Administración Internacional y la consolidación de la paz y el Estado de Derecho*, IUGM, Madrid, 2010.

Díaz Barrado, Castor M.; Vacas Fernández, Félix (dir.); *Guía del Espacio Iberoamericano de Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2010.

Puell de la Villa, Fernando y Alda Mejías, Sonia (eds.), *Los ejércitos del franquismo (1939-1975) IV Congreso de Historia de la Defensa*, Libro y CD, IUGM, Madrid, 2010.

Requena y Díez de Revenga (ed.), *Luces y sombras de la seguridad internacional en los albores del siglo XXI*, Vol. 1, 2 y 3, IUGM, Madrid, 2010.

Vega Fernández, Enrique, *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, IUGM, Madrid, 2010.

Vega Fernández, Enrique (coord.); Gil Pérez, Javier; Gutiérrez de Terán, Ignacio; Martos Quesada, Juan; Vallespín Gómez, José Ramón y Vega Fernández, Enrique, *Yemen. Situación actual y perspectivas de futuro*, IUGM, Madrid, 2010.

EN COLABORACION

Riquer, Martín de, *Caballeros Medievales y sus armas*, IUGM-UNED, Madrid, 1999.

García Pérez, Rafael, *Política de Seguridad y defensa de la U.E.*, IUGM-UNED, Madrid, 2003.

Palacios, José Miguel, *Transición democrática y postcomunista. Democratización y estabilidad en la Unión Soviética y en*

Yugoslavia, IUGM-UNED, Madrid, 2003.

González Enrique, Carmen, *Minorías nacionales y conflictos étnicos en Europa del Este*, IUGM-UNED, Madrid, 2004.

Harto de Vera, Fernando, *Investigación para la paz y resolución de conflictos*, IUGM -TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.

Olmeda, José A. (coord.), *Democracias Frágiles. Las relaciones civiles-militares en el mundo iberoamericano*, IUGM - TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.

Ramón Chornet, Consuelo, *La política de seguridad y defensa en el tratado constitucional*, IUGM -TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.